

Candance Camp

EL PRECIO DE LA VENGANZA

Editado por HARLEQUÍN IBÉRICA, S.A.

Prólogo

Julia se caló la gorra para ocultar su rostro bajo la sombra del ala y se arrimó al caballo cuyas riendas sostenía. Tenía tensos todos los músculos del cuerpo y sus ojos permanecían fijos en el hombre que caminaba por el otro lado de la calle. Sí, era Lord Stonehaven. Reconocería aquellos andares arrogantes en cualquier parte.

El caballo se agitó con nerviosismo al apretar ella la brida inconscientemente. Julia lo tranquilizó acariciándole el cuello. Lo último que deseaba era alertar a Lord Stonehaven. Sus ojos se desviaron hacia el oscuro portal situado más allá de su presa. No veía señal alguna de Nunnelly o de Jasper, aun sabiendo que se encontraban allí. El portal constituía un escondite perfecto, para eso lo había elegido para tender la emboscada.

Julia aguantó, sin atreverse apenas a respirar. Solo faltaban unos segundos para que cayese el hombre responsable de la desgracia de su hermano. Lord Stonehaven dio un paso, se bajo de la acera, alejándose del portal.

Julio apretó los dientes para contener un grito de frustración.

¡Maldito fuera!. ¿Cómo era posible que lograra escapar siempre?

Julia sabía que aquel intento había fracasado, igual que los dos anteriores, por mucho que los dos hombres salieran raudos del portal y se abalanzaron sobre su presa. Lord Stonehaven era, sencillamente, un luchador demasiado hábil como para que lo sometieran sin la ventaja de la sorpresa. Así lo demostraba la cicatriz que Nunnelly llevaba en la frente desde la tentativa anterior.

Stonehaven se giró mientras Nunnelly y Jasper cargaban contra él, y utilizando su bastón asestó a Jasper un golpe en el estómago. El joven se dobló por la cintura al tiempo que Lord Stonehaven lo rodeaba y lanzaba un feroz derechazo a la mandíbula de Nunnelly. Este se tambaleó hacia atrás, aturdido, dejando caer el saco con el que habían pretendido cubrir la cabeza de Lord Stonehaven. Se le enredaron los pies y cayó al suelo.

Agachándose, Stonehaven lo agarró por las solapas.

— ¡Está bien! — su voz resuelta llegó con claridad al otro lado de la calle —. Quiero que me respondáis... ¿Qué pretendéis conseguir atacándome? No es la primera vez.

Nunnelly le lanzó un puñetazo en respuesta, pero Stonehaven retrocedió rápidamente para esquivarlo. A continuación lo soltó. Jasper, aún encorvado por el golpe anterior, embistió contra su objetivo, pero este se dio media vuelta y, adelantando el puño, derribó al joven golpeándole en el cuello.

Julia sabía que tenía que ayudarlos. Pero también era consciente de que poco podía hacer en una reyerta con Lord Stonehaven. De modo que se subió en el carruaje y, sacudiendo las riendas con fuerza, dirigió los caballos contra su enemigo.

Lord Stonehaven retrocedió de un salto al ver el carruaje y los cuatro caballos que enfilaban hacia él. Nunnelly y Jasper se incorporaron con esfuerzo y acudieron corriendo. Seguidamente mientras Julia detenía los caballos y el tiempo justo, se subieron con presteza en el carro.

Para sorpresa de Julia, Stonehaven corrió tras ellos y logró agarrarse al travesaño que utilizaba el cochero para subir el asiento superior del carruaje. Aterrada, se giró rápidamente para darle una patada en el pecho. Fue suficiente para obligarle a perder su asidero. Stonehaven cayó pesadamente en el empedrado de la calle.

Julia se arriesgó a mirar atrás. Vio cómo Lord Stonehaven se incorporaba lentamente, profiriendo maldiciones y sacudiéndose la ropa. Luego se giró para dominar a los asustados caballos. No fue tarea fácil. Aun plantando los pies firmemente en el suelo e irguiéndose para tirar de las riendas, por un angustioso momento creyó que los caballos no responderían. Finalmente, los animales menearon la cabeza, fueron aminorando el paso y, por último, se detuvieron.

Nunnelly salió del carruaje.

— ¡Jesús, María y José! – exclamó, su acento irlandés más marcado que nunca a causa de la excitación – ¿Se puede saber qué ha hecho usted, señorita Julia? – corrió a inspeccionar los caballos, acariciándolos y hablándoles en el tono cariñoso y especial que reservaba a sus animales.

— Os he salvado vuestro ingrato pellejo, eso es lo que he hecho– replicó Julia bruscamente. Luego se giró. La calle aparecía desierta y sumida en la oscuridad. Habían dejado a Lord Stonehaven muy atrás en aquella frenética huida.

— Desde luego, y me alegra que lo haya hecho – reconoció Nunnelly –. Pero ¿era necesario que asustara así a los caballos? ¡Ven, Jasper – se giró hacia su desconsolado ayudante–. Haz algo útil y sujétalos mientras yo me subo. Hoy has hecho bien poco.

— ¡Tú tampoco has hecho mucho, que digamos!

— Silencio, los dos – ordeno Julia – todos hemos fallado.

— En eso tiene razón, señorita – convino el cochero mientras se situaba en el asiento, junto a ella y tomaba las riendas. Luego le hizo un gesto a Jasper, quien soltó a los caballos y corrió encaramarse en la parte trasera del carro.

Nunnelly miro a Julia, con sus pantalones, su camisa de hombre y su gorra.

— Menos mal que no consiguió subirse, señorita, o habría sido el fin de todos nosotros.

— Stonehaven no me hubiera reconocido – repuso Julia confiadamente –. Nunca me ha visto. Aquella vez que fue al campo a visitar a Selby, mi madre estaba muy enferma y yo ni siquiera bajé al salón.

— Es posible señorita. Pero su disfraz no lo hubiera engañado ni por un segundo. Se hubiera dado cuenta de que es usted una chica – el cochero meneó la cabeza –. Resulta demasiado peligroso que venga usted con nosotros.

— ¿Y dónde estarías esta noche si yo no hubiera venido? – se defendió Julia–. Además, es mi plan. Tengo que estar presente.

Ya habían mantenido la misma discusión en numerosas ocasiones, y Nunnelly sabía que ganarla era imposible. Julia era la persona más testaruda que conocía, y siempre se había salido con la suya desde que apenas levantaba un palmo del suelo.

Nunnelly suspiró y meneó la cabeza.

— La verdad, señorita Julia, es que no me parece que su plan dé resultado.

Julia emitió un suspiro.

— Sí, Nunnelly, lo sé. Tienes razón. Era la tercera vez que intentaban capturar a Lord Stonehaven, y siempre se les había escapado.

— Es un excelente luchador, señorita. Tengo entendido que se entrena con el Caballero Jackson, el púgil más célebre del momento –. Es fuerte y muy rápido – hizo una pausa y luego añadió pensativo –: Podría contratar a algunos hombres para el trabajo. Ni siquiera él podría enfrentarse a un grupo de cuatro o de cinco y salir airoso.

— No – se apresuró a responder Julia –. Prefiero que nadie sepa de este asunto. Con Jasper y contigo es distinto – tanto Nunnelly como el chico llevaban años trabajando para su familia. No hubiera podido serles más leales ni siendo parientes suyos –. Pero contratar a desconocidos.. No, todo se estropearía si el asunto sale a la luz.

— Cierta, señorita – convino el cochero. Permaneció callado un momento mientras recorrían las oscuras calles de Londres. Casi habían llegado a casa cuando dirigió a Julia una mirada especulativa y dijo titubeando –: Quizá deberíamos olvidarnos de todo esto, señorita...

Julia se giró hacia él, mirando con unos ojos que desprendían fuego.

— ¿Qué? ¿Qué olvidemos lo de Selby? ¿Acaso ya no te importa? ¿Te da igual que su reputación siga mancillada, o que Gilbert haya de vivir a la sombra del escándalo durante toda su vida? ¿No deseas castigar al hombre que se lo hizo? ¿O es que tienes miedo?

— Nadie puede tachar a Mike Nunnelly de cobarde, señorita – repuso el cochero, molesto – Y me ofende que diga que no me importa su hermano. Simplemente me preocupo por usted, señorita. Quizá sea hora de que haga otras cosas y siga adelante con su vida. Que vaya pensando en casarse y tener hijos...

Otro hombre se habría amedrentado ante el brillo feroz de los ojos de Julia.

— ¿Casarme? ¿Tener hijos? – respondió con desdén – ¿Insinúas que debo dedicarme a hacer croché y dejar que los hombres trabajen? Además, ¿crees que me saldrán pretendientes mientras todo el mundo piense que mi hermano era un... ladrón? – sus ojos se llenaron de lágrimas de furia.

— Estamos hablando del plan, no de su hermano, que en gloria este –: Hemos hecho lo que hemos podido, señorita, pero no ha servido de nada. Llevamos tres semanas siguiéndolo, viéndolo entrar y salir, perseguir mujeres y jugar a las cartas en alguno de sus clubs. Siempre va con algún amigo o con alguna mujer hermosa del brazo... Lo cual, señorita, y disculpe que se lo diga, es algo que usted no debería ver.

— Lo sé – contesto Julia con expresión meditabunda.

— En tres ocasiones hemos conseguido sorprenderlo solo, y siempre ha logrado escapar. Para colmo, ya empieza a sospechar... ¿No oyó lo que me dijo? Sabe que somos los mismos que le atacaron las otras veces. Será imposible sorprenderlo de nuevo.

— Me hago cargo. Tienes razón. Está claro que este plan ya no es viable. Pero no pienso darme por vencida después de lo que le hizo a Selby.

Tres años atrás, Selby, el hermano de Julia, fue acusado de robar dinero de un fondo de fideicomiso del que era depositario. La persona que lo acusó, y que me mostró ante el mundo la culpabilidad de Selby, fue Deverel Grey, Lord Stonehaven. Aunque Selby había insistido en su inocencia, la opinión publica fue extremadamente dura con él. De hecho, las pruebas presentadas habían logrado convencer a todo el mundo, excepción echa de la esposa y la hermana de Selby. Al final, Selby acabó pegándose un tiro mientras se hallaba solo en su pabellón de caza. La gente lo había considerado un suicidio, una prueba más de su culpabilidad. Incluso Phoebe, su esposa, pensó que se había suicidado movido por la desesperación y la imposibilidad de lograr que alguien creyera en él. Solamente Julia se aferró a la creencia de que se había disparado a sí mismo por accidente, achacando el descuido a la angustia y la frustración que sentía. A su juicio, la culpa de lo sucedido lo tenía, en último término, el hombre que había acosado a Selby hasta su muerte, Lord Stonehaven.

Julia se volvió hacia Nunnelly, con el mentón alzado en un gesto de terquedad que él conocía bien.

— Tendremos que idear otro plan.

— ¿Otro plan? – el cochero arrugó la frente – ¿Y tiene usted algo en mente? – las ocurrencias de Julia solían alarmar al estólido irlandés.

— Sí, se me acaba de ocurrir una idea.

— ¿Y de que se trata?

Julia miró de soslayo a su leal sirviente. No podía revelarle la verdad.

— Espera y ya lo verás.

Nunnelly gruñó al oír su respuesta, pero Julia lo pasó por alto, recostándose en el asiento y contemplando las oscuras casas de los alrededores. Era un plan osado, se dijo, pero podía resultar.

Llevaban semanas estudiando a Lord Stonehaven y conocía sus flaquezas. Utilizaría una de dichas flaquezas contra él y, tendría éxito.

Haría caer a Lord Stonehaven... seduciéndolo.

Capítulo 1

— ¡Julia, no! ¡Ni se te ocurra! – Phoebe, la cuñada de Julia, se levantó de un salto al oír su plan, llevándose las manos al pecho como para impedir que se le saliera el corazón –. No puedes hacerlo. ¡No lo sabes lo que dices!.

Julia suspiró. Había esperado tal reacción por parte de Phoebe. La seducción no era una meta propia de una respetable jovencita de 1811.

— Sé muy bien lo que digo, y no tengo intención de acostarme con él.

Phoebe emitió un gruñido sofocado y volvió a hundirse en la silla.

— ¡Julia!

— Creí que te satisfaría saberlo – declaro Julia en tono pragmático.

— Naturalmente que no querría que te... que te ... En fin, ya sabes. Pero Julia, querida ¡qué falta de decoro! ¡Hablar de semejante cosa! – las mejillas de Phoebe se inflamaron.

— ¿De qué otro modo puedo explicártelo?– Julia no observaba muchas de las convenciones de la sociedad. A causa de la larga enfermedad de su madre, no se había puesto de largo cuando debió hacerlo y, posteriormente, el tremendo escándalo que envolvió a su hermano las había relegado a ella y a Phoebe al ostracismo.

Phoebe dejó escapar un gemido y hundió la cabeza entre las manos.

— No puedes hacerlo, Julia. ¡Shelby se enfurecería conmigo si lo supiera! No debí permitir que vinieras a Londres. No debí transigir con nada de esto. Tu primer plan ya era una locura... ¡Secuestrar a Stonehaven y obligarle a confesar la verdad! ¡Pero esto...!

— No me falles ahora, Phoebe – Julia atravesó la habitación y se arrodilló frente a la silla, tomando las manos de Phoebe entre las suyas. Phoebe era una mujer dulce y adorable como pocas, y Julia comprendía por que su hermano la había amado tanto. Sin embargo, había ocasiones en que deseaba que su tímida cuñada tuviera algo más de carácter –. ¿Recuerdas cómo te alteraste al conocer el primer plan? Temías que sufriera daño si acompañaba a Nunnelly y a Jasper. Que mi reputación quedase mancillada.

Phoebe hizo un gesto afirmativo

— Sí, ¡Me desesperaba cada vez que salías!.

— Pero no pasó nada, ¿verdad? – prosiguió Julia –. Volví sana y salva cada noche, y Lord Stonehaven jamás sospechó que yo conducía ese carruaje.

— Sí, gracias a Dios.

— Pues créeme cuando te digo que tampoco pasará nada malo esta vez. No pienso dejar que ese hombre se aproveche de mí. Estoy hablando, simplemente, de conocerle, coquetear con él y seguirle el juego por un tiempo, para sonsacarle la verdad.

Phoebe la miró dubitativa.

— ¿Crees que eso dará resultado con un hombre como Lord Stonehaven?

— Sí, estoy convencida de ello – Julia se sentó en el suelo, junto a la silla de Phoebe, y prosiguió sus explicaciones con ansiedad –: He descubierto dos cosas siguiendo a Lord Stonehaven durante estas últimas tres semanas. La primera es que resulta imposible someterlo por la fuerza. Es muy fuerte físicamente y también muy valeroso, hay que reconocerlo. ¡No huyó de dos hombres, sino que prefirió hacerles frente! – no pudo impedir que una nota de admiración se filtrara en su voz –. La segunda es que Lord Stonehaven es un hombre muy mujeriego.

— ¿Un libertino?

Julia se encogió de hombros.

— No sé si ir tan lejos. No parece que persiga a doncellas inocentes. Solo le he visto con damas sofisticadas y con mujeres de, eh, cierta catadura.

— Ay, Julia... – gimió Phoebe.

— Pero, ¿No lo comprendes? ¡Eso redundará en beneficio nuestro! – gritó Julia –. Ese hombre tiene una debilidad, y son las mujeres. Por eso he llegado a la conclusión de que, si consigo

acercarme a él, podré sacarle la verdad. Tú misma me has dicho que un hombre es muy vulnerable cuando va tras una mujer, pues se muestra ansioso por complacerla.

— No sé — Phoebe parecía insegura. — Tú ni siquiera has hecho aún tu presentación en sociedad, y Lord Stonehaven es un hombre rico con mucho mundo. Estoy segura de que anda por los treinta.

Julia enarcó las cejas y se puso en pie, con una expresión ofendida en el rostro.

— ¿Insinúas que no soy capaz de atraer a un hombre sofisticado como Lord Stonehaven? ¿Qué solo atraigo a los varones de un pueblucho como Whitley?

Su gentil cuñada pareció horrorizada, tal como había esperado Julia, y olvidó sus objeciones por un momento.

— ¡Oh, no! ¡No he querido decir eso!. Querida Julia, puedes atraer al hombre que desees. Eres la mujer más hermosa que conozco.

Julia sonrió. En realidad, no albergaba ninguna duda acerca de su capacidad para atraer a los hombres. Simplemente había querido que Phoebe se olvidara de sus preocupaciones. Julia Armiger había estado segura de su belleza desde que era una niña que daba sus primeros pasos. De hecho, le bastaba mirarse al espejo cada día para constatarlo. Poseía una figura alta y esbelta, una lustrosa mata de caballo castaño rojizo y ojos azules realzados por largas pestañas. Todos sus rasgos faciales, desde su tez blanca a la suave curva de sus carnosos labios, se combinaban para crear una perfección que hubiera podido resultar fría, de no ser por la calidez de su sonrisa y los graciosos hoyuelos de sus mejillas.

Julia no era vanidosa con respecto a su belleza. La aceptaba como un hecho, y había descubierto que los demás solían concederle más importancia que ella misma. En ocasiones, incluso, había llegado a representar un obstáculo, sobre todo cuando deseaba conversar con un hombre de cuestiones mas interesantes que la tersura de su piel o el brillo de sus ojos.

— ¿Me perdonas, quería Julia? — pidió Phoebe con cierta ansiedad, y Julia se inclinó para darle un abrazo tranquilizador.

— Claro que sí. Simplemente estaba bromeando.

Phoebe sonrió, relajada.

— Bien. Lo que quería decir es que Lord Stonehaven tiene más experiencia que tú. Estoy segura de que te admirará en cuanto te vea, pero me preocupa que lo pueda hacerte. Es un hombre peligroso, sin escrúpulos. Acuérdate de lo que le hizo a Selby, que había sido amigo suyo durante años. ¿Y si lo excitas.. y no se comporta como un caballero? ¿Y si..? — Phoebe bajo la voz — ¿Y si te fuerza?

— Tengo alguna experiencia con los hombres y no creo que los de Kent sean distintos de los demás. Siempre he sabido manejar a mis pretendientes, incluso a los que me hicieron proposiciones impropias de un caballero.

Los ojos de Phoebe se abrieron de par en par.

— ¡No! ¿En serio? ¿Quiénes fueron?

Julia dejó escapar una risita.

— El hacendado Buntwell, por ejemplo

— ¡El hacendado Buntwell! ¡Ese vejestorio! — exclamo Phoebe indignada —. Si tiene más de cincuenta años. Y está casado, por si fuera poco.

— De todos modos, le dejé bien claro que debía buscar satisfacción en otra parte — los ojos de Julia se tornaron risueños mientras recordaba el incidente.

— ¿Qué hiciste?

— Le pisé el pie y luego le di un puñetazo en el grasiento estómago. Y mientras se esforzaba por recuperar el aliento, le advertí que no volviere a hacerlo o se lo contaría a su esposa, al reverendo y a todas las chismosas de la región. Creo que lo entendió.

Phoebe emitió una risita.

— Seguro que sí. Pero no creo que eso dé resultado con un hombre como Lord Stonehaven.

— Quizá no. Sin embargo, puedo llevar conmigo la detonadora de Selby – dijo Julia, refiriéndose a la pistola de bolsillo de la colección de su hermano –. Sospecho que el ardor de un hombre mengua considerablemente ante el cañón de un arma de fuego.

— ¡Julia! – Phoebe parecía escandalizada, pero prorrumpió en risas sin poder remediarlo.

En ese momento los interrumpió la tumultuosa entrada de un niño de seis años.

— ¡Mamá! ¡Mamá! Ah, tía, ahí estabas. Te he buscado por todas partes. ¡Mira lo que tengo! – tendió una mano regordeta, con la palma hacia arriba, para revelar un trofeo que sabía que valoraría más su tía que su madre, cariñosa pero extrañamente remilgada.

— ¡Una oruga! – gritó Julia al tiempo que se agachaba para examinar el trofeo—. ¡Maravilloso, Gilber! Y no la has aplastado. Buen chico.

— Gilbert asintió orgulloso.

— ¿Puedo quedármela? –inquirió volviéndose hacia su madre –. Por favor.

Phoebe sonrió al chico. De constitución robusta, tenía un rostro angelical, con los ojos azules y la sonrisa de su madre, y la mandíbula recia de Selby. Una nube de rizos rubios contribuía a conferirle el aspecto de un querubín. Phoebe, que no compartía la afición de su hijito por las orugas, los gusanos y las serpientes, apenas podía negarle nada.

— Naturalmente que sí, cielo. Pero asegúrate de meterlo en el bote, o asustará a las doncellas.

— Dile a Tata que te busque un frasco – indico Julia –. No olvides abrir unos agujeros en la tapadera e introducir unas cuantas hojas verdes.

Gilbert asintió y salió brincando de la habitación para enseñarle el trofeo a su niñera. Phoebe lo siguió con la mirada, y los ojos se le ribetearon de lágrimas. Gilber, que solo contaba tres años cuando murió su padre, ni siquiera se acordaba de Selby.

— Ojalá Selby viviera para verlo crecer.

Aquellas palabras llenas de tristeza reforzaron la determinación de Julia.

— Y viviría... si Stonehaven no lo hubiera acosado hasta la muerte. Phoebe, he de obligarle a revelar la verdad, ¿no lo comprendes?

— Lo sé.

— De lo contrario, Gilbert vivirá siempre a la sombra del escándalo. Oirá los rumores. La gente le dará de lado – hizo una pausa, para no añadir “como nos han dado de lado a nosotras”, pero Phoebe sabía la verdad tan bien como ella.

El escándalo que rodeó la muerte de Selby había expulsado a Julia y a Phoebe de la “sociedad de bien”. Fueran a donde fuesen, incluido la iglesia, veían cómo las demás las miraban y cuchicheaban. Cuando se trasladaron a la casa de los Armiger en Londres, hacia unas cuantas semanas, más de una dama de la alta sociedad había vuelto la cara al verlas pasar. La mancha que había recaído sobre el nombre de la familia era demasiado grande.

— No – susurró Phoebe con rabia –. Eso no puede pasarle a Gilbert. No debemos permitirlo – alzo la mirada hacia los vividos ojos azules de su cuñada, y su mandíbula se tensó en un gesto de determinación –. Estás en lo cierto. No debemos cejar en nuestro intento de demostrar la inocencia de Selby. Haz lo que haga falta.

Julia embozó una sonrisa cínica.

— Sabía que no te echarías atrás, Phoebe.

Su cuñada le sonrió y retomó la costura. Pero se detuvo para mirarla inquisitivamente.

— Pero, Julia, querida... ¿Cómo te las arreglarás para conocer a Lord Stonehaven? No hacemos vida social. Es más, estoy convencida de que no seríamos recibidas aunque lo intentáramos.

— Cierto, es un problema – Julia no consideraba necesario explicarle a Phoebe que no pretendía presentarse ante Lord Stonehaven como una mujer que pudiera conocerse en las fiestas de sociedad. Era mejor que su cuñada no supiera todo los detalles –. Pero he estado pensando... Creo que el primo Geoffrey podrá ayudarme.

— ¿Geoffrey Pemberton? – Phoebe sonrió – Me parece bien. Es un caballero elegante y cortés. Seguro que sabrá lo que hay que hacer.

— Sin duda – Julia no pensaba pedirle consejo a su primo, sino ayuda para ejecutar su plan. Sabía exactamente cómo iba a conocer a Stonehaven y a despertar su interés. Por desgracia, requería la ayuda de algún varón dispuesto a colaborar.

— Pero, Julia, ¿no crees que Lord Stonehaven recelará de tus intenciones? Al fin y al cabo, eres hermana de Selby.

La sonrisa de Julia provocó un escalofrío a Phoebe.

— No voy a utilizar mi verdadera identidad.

Julia halló solo a su primo en su casa aquella misma tarde. Aguardó prudentemente hasta pasadas las tres para darle tiempo a levantarse, almorzar y vestirse adecuadamente, tres tareas que llevaban su tiempo. Cuando el mayordomo hizo pasar a Julia a la sala de estar y anunció su presencia, Geoffrey se quedó mirándola con sorpresa.

— ¡Prima Julia! – exclamó al tiempo que se levantaba educadamente y miraba en torno con nerviosismo—. ¿Qué te trae por aquí?

— No tienes por dónde escapar, primo – respondió Julia con desenfado mientras le ofrecía la mano—. Siéntate, por favor. Entre nosotros no hacen falta ceremonias.

— No, por supuesto que no. ¡Escapar, ja!– emitió una risita desgranada –. Como si no celebrara enormemente tus visitas.

Julia se rió.

— No mientas, primo, Recuerdo muy bien cuando me dijiste que mis visitas te resultaban agotadoras en extremo.

Su primo esbozó una sonrisa lánguida. Era un hombre apuesto, de cintura ligeramente regordeta, aunque sabía disimularlo muy bien con sus chalecos, y lucía un bonito par de piernas. Al ser pariente por parte de madre, había escapado del cabello pelirrojo que era una suerte de cruz para los Armiger. Selby solía quejarse de su pelo color zanahoria y su piel blanca excesivamente sensible al sol. Geoffrey, en cambio, tenía el cabello castaño, igual que los ojos, y poseía una sonrisa encantadora. Vestía a la última moda y hacía gala de un gusto exquisito.

— Mi queridísima Julia, sabes muy bien cuanto te quiero.

— A tu manera – observó ella sonriendo

— Sí, por supuesto. Si bien es cierto que me agotan esos extraños accesos de energía que experimentas en ocasiones, eres una de mis parientes predilectas.

— Teniendo en cuenta lo que piensas de la mayoría de tus parientes, no sé si considerarlo un cumplido.

— Me ha sorprendido que me visites aquí. No sabía que estabas en la ciudad.

Julia se encogió de hombros.

— Phoebe y yo llegamos hace unas semanas.

— Ah, la bella Phoebe – otra sonrisa surcó la faz de Geoffrey – ¿Cómo esta esa encantadora criatura?

— Sigue tan dulce, amable y maternal como siempre. Aunque algo menos triste. Supongo que el tiempo lo cura todo.

— Sí. De lo contrario, se nos haría insoportable la vida.

— Pero ni ella ni yo hemos olvidado a Selby.

— Desde luego que no – Geoffrey empezaba a mirarla con mayor cautela, presintiendo que se acercaban al objeto de la visita de Julia.

— Ni hemos olvidado a quienes lo empujaron hasta la tumba.

— Querida, no entiendo ni palabra. ¿A qué te refieres?

— Deseo limpiar el nombre de mi hermano. Y para ello necesito tu ayuda.

De no haber estado tan resuelta a cumplir su misión, Julia se habría carcajeado de la expresión horrorizada que cobraron los ojos castaños de Geoffrey.

— Pero, querida prima, sabes que no se me da bien ese tipo de cosas.

— ¿Qué tipo de cosas? Ni siquiera has oído aún lo que quiero pedirte.

— Hablo de la venganza y de más. Buscar pistas, encontrar a los culpables...

— No tendrás que hacer gran cosa – le aseguro Julia – Solo necesito que me introduzcas en una de las mejores casas de juego que existen. La de Madame Beauclair, concretamente.

— ¡¿Has perdido el juicio?! ¡Una dama en un antro de juego!

— Yo no lo llamaría “antro”. Sé que Selby solía frecuentarlo, y lo consideraba un establecimiento muy elegante. En cierta ocasión dijo que incluso lo visitaban mujeres.

— Así es – reconoció Geoffrey –. Pero ninguna joven y soltera. Casi todas las mujeres que van allí son, bueno...

— ¿De moral relajada? – sugirió Julia.

— Sinceramente, Julia, tienes que cambiar de actitud o nunca llegarás a nada en la alta sociedad.

— Algo, querido primo, que nunca ocurrirá después de lo que le sucedió a Selby. Y ambos lo sabemos.

— Sí, lo sé. Es horrible. Ojalá pudiera hacer algo al respecto... – se encogió de hombros elocuentemente.

— Y puedes hacerlo. Acompáñame a la casa de Madame Beauclair. No dejan entrar a nadie sin invitación, según he oído. Y estoy segura de que tu disfrutas de una invitación permanente.

— Desde luego – a Geoffrey pareció ofenderle que hubiese la mas leve duda al respecto – Aunque voy muy poco. El juego me resulta agotador. La tensión constante, el temor a perder, el entusiasmo al ganar.. El simple hecho de observar a esos pobres diablos basta para cansarme– al ver que Julia no decía nada, suspiró y continuó –: De todas maneras, ¿qué pretendes conseguir? ¿Acaso yendo allí limpiaras el nombre de Selby?

— Lord Stonehaven es asiduo al local, según tengo entendido – Julia se abstuvo de mencionar que lo había visto entrar en aquella casa pequeña y elegante, en dos ocasiones con una mujer hermosa del brazo –. Necesito hablar con él.

Geoffrey emitió un gruñido.

— No pensarás enfrentarte a Stonehaven en el local de Madame Beauclair, ¿verdad? No estaría bien, ¿sabes?

— No soy tan ajena a las reglas mínimas del decoro, Geoffrey. No pienso enfrentarme a ese individuo en absoluto. Solo quiero hablar con él.

— Sí esperas convencerlo de que Selby no lo hizo, te advierto que lo considero una causa perdida. Las pruebas eran abrumadoras... Las cartas que escribió Selby, el hecho de que utilizara ese nombre...

El fondo de fideicomiso de cuyo robo se había acusado a Selby había sido constituido en beneficio de Thomas St. Leger, el padre, había fallecido a la temprana edad de veintinueve años, dejando a una viuda, Pamela, y a su hijo pequeño. Aunque el dinero de la herencia había sido puesto en fideicomiso hasta que Thomas alcanzara la mayoría de edad. Como depositarios, Walter había nombrado a cuatro amigos suyos: Sir Selby Armiger; Lord Stonehaven; Varian St. Leger, que también era primo suyo; y al mayor Gordon Fitzmaurice. En realidad, el fondo era administrado por un agente de Londres, y el trabajo de los depositarios consistía en supervisar las necesidades del niño y en dar instrucciones al agente para que enviara a la madre el dinero necesario. En teoría, cualquiera de los cuatro depositarios podía ordenar una retirada de fondos, siempre y cuando la solicitud se presentara por escrito y estuviera firmada por otro de los depositarios. En la practica, había sido Selby el que mas a menudo había retirado dinero, pues su finca lindaba con la de Thomas St. Leger a su madre sino a un tal Jack Fletcher, de Londres. La investigación reveló que no existía tal persona, ni motivo alguno para que se le enviaran tales cantidades. El dinero había desaparecido, simplemente. Las cuatro cartas en las que se solicitaba la transferencia de fondos estaban escritos de puño y letra de Selby, y naturalmente, contaban con la segunda firma de rigor: en una ocasión con la de Varian St. Legar, y en las tres restantes con la del mayor Fitzmaurice. Ninguno de los dos hombres, sin embargo, se acordaba de las cartas. Lo más grave había sido el nombre de Jack Fletcher. Los depositarios sabían que “Jack Fletcher” era un nombre falso inventado por Selby cuando todos eran apenas unos jovenzuelos. Al ser sorprendido en una u otra travesura de

estudiantes en la universidad Selby siempre echaba la culpa a Jack Fletcher. El nombre se había convertido en una suerte de broma prohibida que siempre lo acompañó a partir de entonces.

El hecho de que el dinero hubiese sido enviado a alguien con ese nombre parecía un acto de monumental arrogancia por parte de Selby, un gesto de desprecio hacia el mundo, y fue considerada una prueba sólida de su culpabilidad.

— Sí, sé que las pruebas parecían irrecusables – reconoció Julia –. Viene a demostrar cuán lejos fue el auténtico ladrón para lograr que pareciera Selby el culpable.

— Pero su suicidio.. – dijo Geoffrey con delicadeza–. ¿Por qué iba a quitarse la vida si no fue el quien...?

— ¡No se quito la vida! – exclamó Julia, girándose para mirarlo a la cara. Sus ojos desprendían chispas, y se llevó los puños crispados a las caderas –. Selby era demasiado valiente. Jamás habría abandonado a Phoebe y Gilbert a merced del escándalo. Estoy segura de que fue un accidente. Se encontraba en su pabellón de caza. Probablemente estaría limpiando su arma, o cargándola, y se le disparó. Su descuido, que no hubiera cometido en circunstancias normales, se debió a las preocupaciones que lo agobiaban. Su muerte fue el resultado directo del acoso de Stonehaven – miro a su primo entornando los ojos – No me digas que tu eres de los que piensan que era culpable.

— No se que pensar – respondió Geoffrey con franqueza –. Hubiera dicho que se trataba del hombre mas honrado y fiable que conocí jamás. Pero las pruebas...

— ¡Eran falsas!– dijo Julia tajantemente– Alguien tomó medidas meticulosas para asegurarse de que culparan a Selby de la desaparición del dinero. Y estoy convencida de que ese alguien fue Deverel Grey.

— ¿Lord Stonehaven? – los ojos de Geoffrey se desorbitaron todavía más –. Sinceramente, Julia, si existe alguien menos sospechoso que Selby de hacer algo así, es Stonehaven. Nunca he conocido a nadie mas apegado al honor y el deber.

— De dientes para fuera – repuso Julia agitando la mano – Phoebe y yo llevamos mucho tiempo reflexionando sobre ello. Tuvo que ser Stonehaven. El lo descubrió y encabezó la investigación con suma diligencia.

— Aguarda un momento. Si el lo hizo, ¿no hubiera preferido mantenerlo en secreto?

— Probablemente comprendió que alguien, el agente o los demás depositarios, no tardaría en sospechar de aquellos enormes gastos. Así que lo preparo todo cuidadosamente para inculpar a mi hermano. Y lanzo a la opinión publica contra el. Selby jamás tuvo la oportunidad de hacerse escuchar. El vigor con el que Stonehaven lo acoso rayaba en la maldad. ¿Por qué iba a mostrarse tan empeñado en destruir a Selby, si no era porque intentaba desesperadamente ocultar que el era el autentico ladrón? – Julia asintió con decisión para recalcar su razonamiento.

— ¡Por supuesto! Tuvo que ser alguien estrechamente relacionado con Selby y con el fondo de fideicomiso.

— Pero ¿cómo? ¿Y por qué? Stonehaven es un hombre muy rico. No necesitaría robar dinero del fondo de St. Leger.

— Eso piensa todo el mundo – replicó Julia sobriamente –. ¿Quién conoce realmente la situación financiera del vecino? ¿No lo comprendes? Por eso necesito hablar con Lord Stonehaven. Para descubrir el motivo. Y el medio.

— ¿Crees que lo dirá, sin mas? – Geoffrey puso voz de falsete –. Oh, Lord Stonehaven, dígame ¿sustrajo usted cuarenta mil libras del fondo del joven Thomas? – a continuación añadió con tono exageradamente grave –: Pues sí, mi querida señorita. Lamento que lo haya preguntado, pero soy incapaz de mentir.

Julia hizo una mueca.

— Quizá no consiga hacerlo confesar, pero si podré sacarle información suficiente para sumar dos y dos.

— ¿Y cómo vas a engañarlo, si todo el mundo sabe que eres hermana de Selby?

— Ah, pero en Londres me conoce muy poca gente. Y, naturalmente, me presentare a Stonehaven con un nombre falso.

— Naturalmente –murmuro Geoffrey – Debí haberlo supuesto...

— Por favor, Geoffrey – Julia esbozó se expresión más arrebatadora –, dime que me ayudaras. Que me acompañaras al casino de Madame Beauclair. Es lo único que te pido. No tendrás que quedarte conmigo ni llevarme de vuelta a casa. Yo me ocuparé de lo demás.

— No puedo abandonarte allí. Tendré que acompañarte a casa – Geoffrey enarcó una ceja—. Si me niego, ¿durante cuanto tiempo seguirás insistiendo?

Julia ladeó la cabeza, simulando pensárselo.

— Yo diría que hasta el día que me muera.

— Me lo temía – Geoffrey meneó la cabeza –. Sé que acabaré arrepintiéndome, pero lo haré.

Julia emitió un gritito y lo abrazó impulsivamente.

— Prima, por favor – protestó el – ¡Que vas a arrugarme el fular!

— Lo siento – ella retrocedió sin perder la sonrisa – ¿Esta noche, pues?

— ¡Esta noche! – Geoffrey se mostró atónito –. Querida, concédeme al menos tiempo para prepararme.

— Bah. No hace falta preparar nada. Al hierro candente hay que batirlo de repente.

— ¿Dónde aprendes esos refranes tan vulgares? – bromeó Geoffrey arrastrando la voz –. Esta bien, tu ganas. Esta noche.

Julia necesitó ayuda de Phoebe para poder estar lista a la hora convenida. Tras encerrarse brevemente en su cuarto, para retocarse el vestido y el peinado, se echó la capa sobre los hombros y bajó al salón para reunirse con su primo. Phoebe, que había estado conversando con Geoffrey, se levantó como accionada por un resorte.

— ¡Julia! ¡Estas bellísima!

— Ya lo creo que sí – convino Geoffrey –. Esta noche seré el hombre más envidado del casino.

Julia lo obsequió con una sonrisa deslumbrante. Phoebe se acercó para abrazarlo y le deseó suerte en susurros. Luego Julia aceptó el brazo de Geoffrey y por fin se marcharon.

El paseo en carruaje no duró mucho, lo cual agradeció Julia. No lograba concentrarse en la charla insustancial de su primo. El nudo nervioso que se le había formado en el estómago se intensificó conforme se aproximaban a la casa de juego. Y, minutos después, cuando se detuvieron frente a la pequeña y elegante estructura, temió estropearlo todo indisponiéndose de repente.

Se agarró al brazo de Geoffrey con una mano helada como la nieve y subió las escaleras del local, esperando aparentar calma en lugar de terror. En la puerta, Geoffrey fue recibido con cortés familiaridad y conducido al interior. Julia notó que las miradas de los presentes se volvían hacia ella conforme entraban, aunque se hallaba demasiado distraída contemplando lo que la rodeaba como para prestar atención a nada más.

Era un local como muchos otros, decorado con un gran derroche de medios y de buen gusto. Las dos salas que se extendían más allá del vestíbulo estaban repletas de mesas y sillas, todas ocupadas por hombres que jugaban a las cartas. Que ella alcanzara a ver, solo había dos mujeres presentes. Una tenía el cabello plateado y llevaba una fortuna en joyas alrededor del cuello y en las orejas. La otra era una rubia menuda, embutida en un traje diseñado para sílfide. A Julia se le antojó vulgar.

Un criado se acercó para recoger sus guantes y su capa. En ese momento, un amigo de Geoffrey le saludó en voz alta desde la habitación contigua. Geoffrey alzó la mano y sonrió. Era tan sociable como perezoso, y Julia que se pasaría toda la velada bebiendo y conversando con los amigos en interminables partidas de cartas.

— Ah, ahí esta Cornbliss. Supongo que debo ir a saludarlo – Geoffrey se giró para mirar a Julia – ¿Quieres que te lo presente? ¿Cómo te llamas, por cierto? No quiero meter la pata.

— Jessica – se apresuró a decir Julia – De ese modo, si alguno de los dos se equivoca y empieza a decir mi nombre, podrá rectificar rápidamente.

— Muy astuta.

— Jessica Murrow – añadió Julia –. En cuanto a quién soy, no tiene importancia.

— Mantendré el aire de misterio. Siempre resulta práctico cuando uno no sabe lo que hace.

Julia sonrió.

— Ve a reunirse con tus amigos. No es necesario que me los presentes.

— ¿Estas segura?

Ella asintió. Había contado con que el despiste y la pereza inherentes a Geoffrey contribuirían a quitárselo de encima, y se alegró al ver que no se había equivocado. Tras besarle brevemente la mano a modo de saludo, Geoffrey se alejó para unirse a sus colegas. Aliviada, Julia se adentró en el salón opuesto y se situó en un lugar apartado para observar.

Nunca había estado en un ambiente tan intensamente masculino. Debía de ser, se dijo, similar a uno de aquellos clubs de caballeros de los que se excluía por completo a las mujeres. El humo de los cigarrillos y los puros se elevaba en perezosas espirales, sin consideración alguna hacia la sensibilidad femenina. Junto a los hombres, encima de las mesas, abundaban las copas de vino y coñac. Un estruendo de voces masculinas saturaba el aire, interrumpido de tanto en tanto por fuertes estallidos de risas. Julia sospechó que aquella noche oiría cosas que la harían subir los colores.

Se paseó por la habitación, y seguidamente traspuso las puertas dobles que conducían a otra estancia aún mas amplia. Debía de tratarse de una pequeña sala de baile. Julia reparó en una mujer de unos cuarentas años, situada junto a una de las mesas de juego. Su mirada se paseaba por la habitación con serena eficacia, y sonreía y a quienes alzaban la mano para saludarla. Aquella mujer, dedujo Julia, debía ser Madame Beauclaire en persona, pues desprendía un aire inequívoco de autoridad.

Su mirada se clavó en Julia, y esta comprendió que estaba evaluando su ropa y su forma de actuar, para determinar quién y qué era aquella desconocida. Julia la obsequió con una leve sonrisa y luego se volvió para regresar al vestíbulo. Una visita a la sala de música, donde una mujer cantaba al piano, dejó claro que Lord Stonehaven no estaba en el local.

Julia descargó los nervios en el pañuelo de encaje que llevaba. Retorciéndolo entre sus manos. ¿Qué haría si no se presentaba aquella noche? Había notado las miradas de más de un hombre interesado en ella mientras se paseaba por las habitaciones, y estaba segura de que no tardaría en recibir invitaciones de naturaleza indebida. En ese momento, se giró al oír que se abría la puerta principal. El criado que había atendido la puerta se apartó a un lado, inclinándose obsequiosamente.

Lord Stonehaven entró en el salón.

Julia se quedó petrificada. De repente, le faltaba la respiración. No podía retirar los ojos de la figura que permanecía en el extremo opuesto del salón. Era alto, de anchos hombros, y tenía las piernas largas y musculosas de un deportista. Vestido con un elegante traje negro, y un fular perfectamente anudado en el cuello, era la viva estampa de un caballero distinguido. Unos gemelos incrustados de diamantes brillaban en los puños de su camisa.

Alzó la mirada y sus ojos se encontraron con los de ella. Por un momento, ambos permanecieron congelados en el tiempo, contemplándose mutuamente. Julia hubo de admitir que Stonehaven era el hombre más atractivo que había visto nunca. Su espeso cabello negro, muy corto, enmarcaba un rostro de mandíbula cuadrada y proporciones perfectas. Tenía la boca ancha y expresiva, la nariz recta, y sus negras pestañas resaltaban unos ojos tan oscuros como su cabello. El mentón recio y la pequeña cicatriz que surcaba uno de sus pómulos conferían a su semblante un aire intensamente masculino.

El odio estalló en el interior de Julia, y su corazón empezó a latir con frenesí. Detestaba a aquel hombre con una furia que amenazaba con consumirla. Y, aquella noche, haría que la deseara como jamás había deseado a una mujer.

Capítulo 2

Julia se sobrepuso de su parálisis y retiró la mirada de Stonehaven. Lentamente, con fingida despreocupación, prosiguió su camino hacia la gran sala de juego. El corazón le latía como un tambor. ¿Continuaría observándola? ¿La seguiría?

Era consciente de que no podía mirarlo ni aparentar interés en él. Había meditado cuidadosamente acerca de cómo atraerlo a su femenina telaraña, estableciendo con meticulosidad todos los aspectos del plan. Stonehaven había sido amigo de su hermano durante muchos años, si bien no de los más íntimos, y Selby solía hablar de él de vez en cuando, por lo general haciendo referencia a algún deporte. Julia sabía que disfrutaba con la competición y el desafío. El mejor modo de atraer su interés, pues, era fingiendo desinterés hacia su persona.

Julia, sin embargo, tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no mirarlo. Se paseó por la sala de juego, alejándose de él cuanto le fue posible. No sabía a que jugaban, y ni siquiera reparó en la mirada invitadora que le dirigió uno de ellos. Toda su atención, todos sus pensamientos, se centraban en la sala que había detrás, y en la pregunta de si Lord Stonehaven habría encontrado en ella. Se disponía a dirigirse hacia otra mesa cuando una voz masculina habló a su espalda.

— ¿Es aficionada al piquet?

Julia sintió un estremecimiento, pero se obligó a mirar a su interlocutor con displicencia. Lord Stonehaven se hallaba a escasos centímetros de ella, con una sonrisa arrogante en los labios. La observaba con un brillo de diversión en sus ojos negros. De cerca era incluso más atractivo, se dijo Julia, de esa clase de hombre ante los cuales las jovencitas soltaban risitas tontas. Ella, sin embargo, no sentía ganas de reír; al contrario, se sentía embargada por un irreprimible deseo de arremeter contra él con los puños en ristre. ¡Aquel hombre había hundido a su hermano! Su ira era tan profunda y tan amarga que casi podía paladearla. Iba a necesitar todo su autocontrol, se dijo, para simular indiferencia.

— ¿Me hablaba a mi señor? – inquirió con el tono de voz mas sereno de que fue capaz.

— Pues sí, a usted – el brillo de diversión que reflejaban los ojos de Stonehaven se intensificó – Lo lamento. Soy consciente de que no nos conocemos, pero supuse que teníamos un interés en común – hizo un vago gesto en dirección a la sala.

— Y así es – Julia le dirigió una sutil sonrisa. Al fin y al cabo, debía incitarlo al tiempo que fingía eludirlo.

El le devolvió la sonrisa, y Julia notó un ligero cosquilleo en el estómago. ¿Quién habría pensado que un hombre de su calaña poseía tal calidez en la mirada? Ella miró rápidamente hacia otro lado.

— ¿Ha jugado aquí con anterioridad? – inquirió el en tono bajo y lento, y ella comprendió que le estaba preguntando si era pareja de otro hombre.

— No – contestó, esperando que sus mejillas no la traicionaran sonrojándose.

— Lo celebro. En ese caso, espero que a su amigo no le importará si la invito a un vaso de ponche.

— Es a mí a quien debe preguntarlo, no a mi amigo.

El sonrió

— Ah. Es usted una mujer independiente, ya veo. Entonces, ¿me permite que la acompañe hasta la mesa de las bebidas?

— Será un placer – respondió Julia aceptando su brazo.

Había algo liberador en todo aquello, se dijo mientras caminaban hacia el vestíbulo. Nunca había estado en un sitio así, sin matronas que vigilaran constantemente, sin expectativas por parte de los demás acerca de cómo debía comportarse una jovencita o qué debía decir. Aunque Julia se consideraba una librepensadora, había sido educada para comportarse como una dama y siempre había tenido presente la necesidad de observar tal comportamiento para no avergonzar a su familia.

— Espero que sus pensamientos tengan relación conmigo – dijo su acompañante, y Julia lo miró sorprendida.

— ¿Cómo?

— Su sonrisa era tan dichosa, que esperaba que estuviera pensando en mí.

— Oh – Julia dejó escapar una risita –. Me pone usted en un aprieto, señor. Si digo que sí, pareceré osada. Y si digo que no, parecerá que le insulto.

— Sospecho que no le importara que se piense de usted cualquiera de las dos cosas.

Julia le dirigió una sonrisa enigmática.

— Yo diría que eso depende de con quién esté hablando.

— Ah. Bien, no soy tan estúpidamente atrevido como para preguntarle si mi opinión le interesa – habían llegado a la última habitación de la primera planta, donde se extendía una larga mesa rectangular con una fuente de ponche y bandejas de queso, carne, panecillos y dulces –. No, se lo ruego, no conteste. Dígame qué le apetece tomar.

Stonehaven tomó una bandeja de cristal y empezó a llenarla de manjares, si bien Julia dudaba que sus nervios le permitieran comer mucho. Una vez que acabó llenar las dos bandejas, añadiéndoles sendos vasos de ponche, Stonehaven la condujo hacia las escaleras que llevaban a la segunda planta. Julia lo siguió, sorprendida.

— ¿Adónde vamos?

— A un lugar más tranquilo, donde podamos comer y charlar – él señaló un sofá bajo de terciopelo situado contra la pared cercana a las escaleras. Una palmera lo ocultaba parcialmente, y parecía un lugar cómodo y agradable.

Julia tomó asiento con su bandeja, y él se sentó junto a ella, mucho más cerca de la debida. A ella le resultó extraño tener a un desconocido tan cerca. Era muy consciente del calor que desprendía a su cuerpo, de la amplitud de sus hombros, del aroma leve de su colonia masculina. Nunca había imaginado que olería tan bien.

Con impaciencia, Julia puso coto a sus erráticos pensamientos. Debía concentrarse en su misión.

— ¿Aquí arriba hay salas de juego? – inquirió sin una curiosidad real.

— Sí. En estas salas uno puede encontrar a quienes gustan de apostar fuerte – hizo un gesto hacia las dos puertas cerradas frente a las escaleras.

Julia lo miró de soslayo. La estaba observando mientras comía, sin tocar la comida de su propio plato, y el calor de sus ojos le produjo un escalofrío. Julia resistió el impulso de cerrarse más el vestido. Había sorprendido en más de una oportunidad a alguna de sus admiradores mirándola con deseo, pero ninguno de ellos la había mirado nunca así... Como si tuvieran el derecho de hacerlo, como si la visualizaran totalmente despojada de su ropa. Y, ciertamente, ninguno de sus admiradores le había provocado nunca aquella extraña mezcla de estremecimientos y calor interior.

Tragó saliva, insegura de cómo reaccionar. El alargo la mano y le pasó la yema del dedo índice por la mejilla y la línea del mentón.

— Es usted una mujer muy hermosa.

— Gra... gracias. – Julia notó que la piel le ardía. – ¿De veras?

— Sí. Y creo que usted también se fijó en mí. ¿Me equivoco?

— Le vi, es cierto – Julia pugnó por dominar sus pensamientos. No podía permitir que la distrajera de aquel modo. Había alcanzado el objetivo de interesar a Lord Stonehaven. Ahora debía utilizar aquella circunstancia en su provecho. No podía seguir sentada como un maniquí, respondiendo únicamente “sí” o “no”.

¿Qué haría en aquella situación una mujer experimentada? En primer lugar, se dijo, debía hacerse con el control de la situación. Si Lord Stonehaven llegaba a pensar que podía conquistarla fácilmente, o afectar a sus pensamientos, perdería rápidamente el interés en ella.

Así pues, Julia se deslizó hacia el extremo del sofá y abrió el abanico que llevaba.

— O, al menos, creo que era usted – siguió diciendo con el tono más aburrido de que fue capaz –. Me parece que sí, pero apenas miré hacia la puerta.

— Comprendo – extrañamente, a Stonehaven pareció hacerle gracia su respuesta. Julia decidió que había hecho lo correcto. Debió de sentirse complacida, al comprobar que ella pensaba resistirse. Sin duda, con su atractivo y su fortuna, las mujeres caían rendidas a sus pies con excesiva facilidad.

Julia se levantó.

— Gracias por haberme enseñado el local y por la comida. Confieso que empezaba a tener algo de hambre. Ya estoy lista para regresar a las mesas.

— ¿Cómo no? – Stonehaven se levantó y depositó ambas bandejas en una pequeña mesa cercana –. Permítame que la acompañe. ¿Qué juego prefiere? Creo recordar que estaba observando una partida de piquet.

— En realidad, prefiero el lu – contestó ella – ¿Juega usted señor...? Lo siento, me temo que no sé su nombre.

— Deberle Grey, señorita. ¿ Y usted, cómo se llama?

A Julia le sorprendió tanto que se presentara con su nombre, y no con su título, que olvidó momentáneamente el nombre falso que había elegido.

— ¿Cómo? Oh, disculpe... – emitió una risita fingida –. Me temo que mi mente estaba en otra parte – Jessica Nunnally – era consciente de haber errado el apellido, pero fue lo primero que se le ocurrió. Luego recordó haberle dicho a su primo que utilizaría el apellido “Murrow”. En fin, con un poco de suerte, Geoffrey y Stonehaven nunca hablarían del asunto.

Tomó el brazo de Stonehaven y ambos bajaron. Julia empezó a dudar de su interés cuando el la dejó para jugar una partida de cartas en la pequeña sala contigua, pero su seguridad se vio forzada por el hecho de que hubiera escogido un sitio desde el cual podía verla directamente. En más de una ocasión, mientras Julia jugaba, sentía su mirada sobre ella. Le resultó difícil concentrarse en las cartas. Nunca había jugado en una mesa a la que solo se sentaban hombres, y menos con apuestas tan altas.

No dejaba de pensar en su conversación con Stonehaven. Había sido un autentico caballero con ella. ¿Por qué no había utilizado su título? ¿Acaso temía que ella fuera tras su dinero? También era posible, se dijo Julia, que hubiera hecho gala de cierta modestia, e incluso cortesía, para que una mujer humilde como ella no se sintiera intimidada por su grandeza. Aunque se le antojaba poco probable. Era un hombre demasiado arrogante como para obrar así.

Julia acabó cansándose de las cartas y empezó a perder los nervios. Decidió que ya era hora de retirarse. Corría un gran riesgo, pues Stonehaven podría olvidarse de ella en cuanto le perdiera de vista, pero esperaba que su marcha lo dejara aún más intrigado.

Garrapateó una nota para su primo Geoffrey, comunicándole que tomaría un carruaje y que no se preocupara por ella, y se la entregó a uno de los camareros.

A reglón seguido se levantó y dijo:

— Dispensen, caballeros, pero me encuentro algo cansada. Creo que me retiro por esta noche.

No había contado con que uno de los jugadores, que le había hecho más de un cumplido a lo largo de la noche, se levantaría también.

— Permítame que la acompañe a su casa, señorita.

Julia negó rápidamente con la cabeza.

— No, gracias. No será necesario, aunque su ofrecimiento me halaga.

Dándose media vuelta, se encaminó hacia la puerta, pero su admirador no captó la indirecta.

— Debe permitir que la acompañe. Es peligroso para una mujer andar sola por las calles a estas horas –insistió, siguiéndola.

— Tomaré un carruaje – repuso Julia –. Por favor, quédese y disfrute de la partida.

— Estoy mucho más interesado en otro juego – dijo él con una sonrisa lupina.

Julia no se dignó a contestar. Se alejó con frialdad y pidió al criado su capa y sus guantes. ¿La seguiría aquel individuo tan importuno hasta la calle?, se preguntó mientras esperaba.

Cuando el criado regreso con la capa, el otro hombre le agarró para ayudarla a ponérsela. Julia le dirigió una mirada glacial.

— Lo siento, señor – dijo una voz masculina tras ella –. La señorita ya había convenido en que yo la acompañara a su casa.

Julia alzó los ojos hacia Stonehaven. Este miraba al otro hombre con frialdad, y aguardaba la capa con las manos extendidas. Por un momento, el hombre no se movió, pero luego entregó con reticencia la capa a su rival.

— Faltaría más, Lord Stonehaven – dijo con un deje de rencor –. No sabía que esta ave del paraíso le pertenecía.

Julia no pudo reprimir un jadeo de asombrada ira. La mandíbula de Stonehaven se tensó.

— Dado que es una mujer – dijo –, y no un gato ni una pieza de joyería, yo no diría que me “pertenece”. Sin embargo, la señorita Nunnelly me ha honrado aceptando que la lleve a su casa esta noche.

— Naturalmente. Las mujeres de su calaña siempre prefieren a los más adinerados.

— Pasaré por alto ese insulto por esta vez – dijo Stonehaven con acritud –. Pero como vuelva a ofendernos a mí o a la señorita Nunnelly, no seré tan benigno.

Stonehaven se giró sin aguardar una respuesta y le echó a Julia la capa sobre los hombros.

— Gracias – Julia mantuvo un tono de voz bajo y sereno. A continuación se giró hacia el insistente individuo y dijo –: Confió en que haya aprendido que lo que preferimos las mujeres, sea cual sea nuestra condición, es la cortesía – se dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta. Oyó que Lord Stonehaven emitía una risita tras ella, mientras se ponía los guantes.

— Una réplica muy malévola, señorita Nunnelly.

— Y muy cierta, señor mío. Me pregunto cómo llegó el señor Grey a convertirse en Lord Stonehaven.

— Fue el señor Grey durante muchos años, antes de ser Lord Stonehaven. Y mis amigos me llaman Deberle, o Dev.

— No creo que nos conozcamos lo suficiente para ser amigos.

— Pero el hecho de que la haya rescatado de ese individuo me habrá hecho acreedor a su amistad, sin duda.

Julia alzó la mirada y comprobó que le estaba sonriendo. Jamás se le había ocurrido pensar que su enemigo hiciera gala de unos modales tan encantadores o poseyera una sonrisa tan arrebatadora. Era peligroso en más de un aspecto, comprendió alarmada. Tendría que andarse con mucha cautela.

— Aun así, me parecía presuntuoso por mi parte llamarle por su nombre de pila.

— ¿Aunque tenga mi permiso? Quizá yo también podría llamarla Jessica.

— Pero, en ese caso, me tomaría usted por una mujer osada.

— Algunos hombres aprecian la osadía.

— ¿Y es usted uno de tales hombres? – Julia le dirigió una mirada provocativa y desafiante.

— Depende de la mujer con la que esté – su mirada indicó a las claras que ella era una de tales mujeres.

Julia notó una extraña sensación en el estómago, y apartó la mirada rápidamente.

— No hay carruajes –dijo mirando la tranquila calle –. Esperaba encontrar uno.

— Debe permitirme que la acompañe a su casa.

— Oh, no –se apresuró a responder ella. Stonehaven quizá no supiera que su casa había sido el hogar de la familia Armiger durante los ciento cincuenta años precedentes, pero sí sabría que no era una casa propia de una mujer de su supuesta clase.

— No es necesario.

— Insisto.

Julia se detuvo y le lanzó una mirada agresiva.

— Y yo me niego.

Él se quedó mirándola un momento, perplejo, y luego se echó a reír.

— Mi querida señorita Nunnelly, es usted una entre mil. Y pensar que estuve a punto de no venir al casino esta noche... ¡basta para darme escalofríos! Muy bien, será un carruaje. Pero creo que tendremos más suerte si avanzamos una calle o dos.

Julia caminó a su lado, insegura de qué hacer para que las cosas fueran exactamente como ella deseaba. Había algo enervante en la presencia física de Stonehaven. La proximidad de su cuerpo y

su fuerza latente, la calidez y la firmeza de sus dedos sobre su brazo... No había esperado sentir aquellas sensaciones.

Stonehaven aminoró el paso conforme se aproximaban a la calle contigua, más animada, y Julia lo miró inquisitivamente. El se detuvo y se volvió hacia ella. Le colocó las manos en la cintura y la atrajo hacia sí. Julia se quedó sin respiración; de repente, su corazón latía desbocado. En un acto reflejo, alzó las manos y las situó sobre el pecho de él, como si quisiera apartarlo, pero sus manos carecían de fuerza. Podía sentir el calor de su cuerpo incluso a través de la ropa, los latidos regulares de su corazón.

— Creo que es usted la mujer mas hermosa que he visto nunca –dijo Stonehaven en voz baja.

Julia quiso emitir una réplica aguda, pero no le salía la voz del cuerpo. El rostro de él se acercó, llenando su campo de visión. Luego sintió que posaba los labios sobre los suyos, dulces y cálidos.

Julia se puso rígida al notar cómo le introducía la lengua en la boca. Los besos de sus pretendientes no la habían preparado para algo semejante. Notó que un calor abrasador recorría sus nervios hasta desembocar en su bajo vientre. Sus músculos parecieron derretirse de repente. Los brazos de Stonehaven la rodearon con más fuerza, atrayéndola hacia sí. Su cuerpo parecía increíblemente recio, todo huesos y tendones, y el contraste con la suavidad del suyo propio resultaba estremecedor. El siguió poseyéndola con la boca mientras la apretaba contra sí colocándole las manos en los glúteos.

Julia notó que todo su cuerpo temblaba, sacudido por una tormenta de sensaciones, y lo único que pudo hacer fue aferrarse a las solapas de su chaqueta mientras Stonehaven emitía un ronco jadeo de satisfacción masculina, al percibir el calor de ella.

Finalmente, alzó la cabeza y la miró, sus ojos brillando con una oscura ferocidad.

— Jessica...

Julia distinguió la pasión que se dibujaba en su rostro, la inconfundible determinación de poseerla. Era, precisamente, la reacción que ella había pretendido suscitar en él desde el principio. Sin embargo, por primera vez, las dudas la asaltaron. ¿Y si no conseguía controlar la situación?.

Retrocedió bruscamente, llevándose una mano al vientre como si quisiera aplacar el vendaval que arrasaba su interior.

— No – Stonehaven alargó la mano hacia Julia, pero ella dio otro paso hacia atrás, y él se detuvo –. No te vayas. Quédate conmigo.

— No puedo – Julia miró frenéticamente calle arriba y vio, como caído del cielo, un carruaje que se aproximaba con parsimonia. Ella alzó la mano y lo llamó.

Stonehaven le puso una mano en el brazo, deteniéndola.

— No te vayas todavía.

— Debo irme.

— Paseemos un poco más.

Ella arqueó las cejas.

— Sé dónde acaban sus “paseos”, señor.

— ¿Y eso es malo? – repuso él suavemente –. No parecías creerlo así hace un momento.

— No soy un trofeo que se gana con tanta facilidad –contestó Julia –. Temo que me considera una mujer fácil.

— Eso nunca.

Ella meneó la cabeza e hizo ademán de alejarse. Los dedos de él se cerraron con fuerza en torno a su brazo.

— Al menos, dime tus señas, pera...

— No puedo.

— ¿Por qué? ¿Acaso te espera un marido en casa? – la furia espesaba su voz.

— No. Por favor, dejémoslo así.

— Pero, ¿Cómo te encontraré? ¿Cuándo volveré a verte?

Julia alzó la cabeza para mirarlo. Su expresión era dura y feroz, como si el cazador que había en él hubiera retirado con facilidad la capa exterior de su encanto y hubiera expuesto la realidad que se ocultaba debajo. Sus palabras no eran tanto una pregunta como una exigencia.

Julia sonrió. Se sentía como si acabara de batir un oso.

— Soy muy aficionada al juego, como sabe – luego se zafó de él y, subiéndose la falda hasta los tobillos, corrió hacia el carruaje que la aguardaba.

— ¿No sentiste miedo? – inquirió Phoebe, inclinándose para mirar el rostro de Julia mientras caminaban. Estaban dando su habitual paseo matutino por Hyde Park, y Julia había dado a su cuñada cumplida cuenta de lo sucedido la noche anterior, cuando conoció a Lord Stonehaven. – ¿Fue muy perverso?

— Pues no – admitió Julia –. En realidad, se mostró encantador. Aunque, naturalmente, tiene sentido si lo piensas bien. Si fuera abiertamente malvado, todos se habrían dado cuenta de que mentía con respecto a Selby. Pero al ser tan caballeroso y simpático, uno asume que dice la verdad, que sus motivos son sinceros.

— Mmm. Me figuro que sí – Phoebe parecía decepcionada –. Había empezado a imaginármelo con cuernos y rabo.

— Yo también. Pero tú ya habías coincidido con él, ¿no?.

— Sí, unas cuantas veces. Aunque no era un amigo íntimo de Selby, como podían serlo Varian o Fitz. Siempre me pareció muy agradable. Algo rígido y distante, eso sí – Phoebe arrugó la frente –. Nunca hablamos mucho. Siempre pensé que me consideraba aburrida.

— Tonterías – replicó Julia, aunque, en el fondo, podía entender que algunas personas encontraran la personalidad dulce de Phoebe un tanto insípida –. Además, si te consideraba aburrida, era culpa suya, no tuya.

— ¿Piensas volver a verlo? – quiso saber Phoebe.

— Oh, sí – se apresuró a contestar Julia –. Quiero decir que no tendré más remedio. Lo de anoche fue solo el comienzo. Únicamente quería despertar su interés y que mordiera el anzuelo.

Phoebe emitió una risita tonta.

— Qué cosas dices, Julia. Ni que fuera un pez.

— Lo es – respondió Julia –. Un pez digno de trofeo que pienso colgar en la pared.

— ¿Vas a ... volver a ese sitio?

— Es preciso. No tengo otra manera de coincidir con él.

— Oh, no – Phoebe emitió un leve jadeo de horror –. ¿Y cuándo volverás? ¿Esta noche?

— No – respondió Julia con reticencia –. Creería que estoy ansiosa por volver a verlo. Todo hombre disfruta con un buen desafío, y sospecho que Stonehaven más que la mayoría. Hay que esperar que se impacienta, a que tema no volverme a ver.

Phoebe asintió.

— Estoy segura de que tienes razón.

— Creo que volveré el viernes. Así dispondrá de dos días para cocerse en la duda. ¿Qué te parece?

— No sé. Nunca he sido muy diestra en estas cuestiones. El único hombre al que he amado fue Selby, y siempre deseaba tanto verlo que no podía fingir lo contrario.

Julia sonrió ante la expresión ligeramente culpable de Phoebe y la tomó del brazo.

— Eso es porque eres demasiado buena y honesta, querida mía. Seguro que te preguntas cómo es posible que a mí me resulte tan ... fácil.

— ¡Julia! ¡ No digas esas cosas!.

— ¡Señora Armiger! –una deleitada voz masculina les llegó desde la izquierda. Phoebe y Julia se giraron para ver a un hombre y una mujer que caminaban hacia ellas. El hombre sonreía encantado. La mujer parecía esculpida en piedra –. Señorita Armiger –prosiguió él –. Cuanto cerebro verlas. No sabía que estaban en la ciudad.

— Varian – Phoebe sonrió al tiempo que le ofrecía la mano –. Qué sorpresa tan agradable. Pero, ¿cómo es que nos hemos convertido en la señora y la señorita Armiger, cuando antes éramos Phoebe y Julia para ti?

— Phoebe, pues – Varian aceptó su mano y le sonrió con calidez –. Y Julia. Este año he sido negligente, me temo. No he visitado a Thomas ni una sola vez. Es una suerte que su madre y él estén pasando el verano en Londres.

— Sí, desde luego – Phoebe dirigió una tímida mirada a la mujer que permanecía junto a Varian, sin decir una palabra –. ¿Cómo se encuentra, señora St. Leger?

Pamela St. Leger no contestó. Se limitó a hacer un leve gesto de asentimiento. Sin que su expresión se suavizara ni un ápice. Pamela, la madre de Thomas, había llegado a sugerir, incluso, que se confiscara la hacienda de Selby en compensación por el dinero sustraído del fondo de fideicomiso. La decisión, sin embargo, no había dependido de ella, sino de los depositarios, quienes se abstuvieron de tomar dicha medida, sin duda gracias a la influencia de Varian St. Leger. Lo único que pudo hacer Pamela, pues, fue aislarlas socialmente, entregándose a la tarea con ahínco. De modo que rehusaba asistir a cualquier reunión donde Julia o Phoebe hicieran acto de presencia.

— Buenos días, señora St. Leger –dijo Julia en voz alta, obsequiando a Pamela con una radiante sonrisa.

Pamela asintió brevemente. Julia sospechaba que la había detestado desde mucho antes del escándalo, y que había aprovechado la circunstancia para evitar su compañía. A Julia, personalmente, la vida le resultaba mucho más agradable sin la presencia de Pamela, quien había prohibido a Thomas, su hijo, cualquier relación con ellas. El chico apreciaba mucho a los Armiger y solía visitar a Selby con asiduidad, hasta el punto que Julia había llegado a verlo como un hermano pequeño. Por añadidura, Thomas había sido el único, aparte de Julia y Phoebe, que se había mostrado convencido de la inocencia de Selby. Julia consideraba cruel que su madre le hubiera negado la compañía de las personas que compartían su cariño y su dolor por la pérdida de Selby.

Obviamente, Thomas desobedecía a su madre, y a menudo se escabullía para visitarlas siempre que podía.

Con un brillo malévolo en los ojos, Julia siguió dirigiéndose a la impávida señora St. Leger.

— ¿Qué raro que coincidamos en Londres, verdad?. En Kent nunca nos vemos, a pesar de que vivimos tan solo a unas millas de distancia – al ver que Pamela enarcaba las cejas y guardaba silencio, Julia la presionó –: ¿No le parece, señora St. Leger?

Pamela se removió incómoda y miró de reojo a Varian, quien la observaba.

— Desde luego –dijo a través de sus labios apretados.

— El otro día, precisamente, Phoebe y yo comentábamos el hecho de que ya apenas la vemos. Esperábamos que no estuviera evitando la vida social, como suelen hacer algunas viudas. Phoebe, usted ya la conoce, pensaba que quizá aún estuviera guardando luto por su esposo. Pero yo le dije que no podía ser ese el motivo, puesto que frecuentó usted más de una fiesta a los pocos meses del funeral de Walter.

Las mejillas de Pamela se tiñeron de color. Sabía, tan bien como Julia, que se había rumoreado mucho acerca de su breve luto por Walter St. Leger.

— Sí, a Walter jamás le gustó el negro en una mujer – la necesidad de justificarse la sacó de su desdeñoso mutismo.

— Ah, claro – Julia esbozó una sonrisa elocuente –. Ya le dije a Phoebe que no creía que fuese el luto lo que la mantenía apartada de los placeres sociales de Whitley. Me inclinaba más bien por algún problema de salud. Espero que no sea el lumbago... Tengo entendido que provoca unos dolores terribles.

Los ojos de Pamela despedían fuego.

— No, le aseguro que no ha sido por ningún “problema de salud”. De hecho, señorita Armiger, asisto a numerosas veladas y bailes.

— ¿En serio? ¿Y cómo es que nunca la hemos visto? – Julia frunció la nariz con desconcierto.

— ¿De verdad desea saberlo? Muy bien, se lo diré. No voy a ningún sitio donde las reciban a ustedes. Ninguna dama con un mínimo de clase iría.

Varian miró a Pamela con una expresión de indignación y de disgusto, tal como había deseado Julia.

— ¡Señora St. Leger! —exclamó—. ¡Por favor! Estoy seguro de que no hablaba usted en serio — lanzó a Pamela una mirada cargada de intención.

— ¡Todo el mundo lo sabe! —dijo ella desafiante, aún demasiado enfurecida como para que le preocupara parecer hosca y despreciable ante el depositario de la herencia de su hijo.

— Phoebe, por favor, os ruego que aceptéis mis disculpas —prosiguió Varian, girándose hacia Phoebe—. Te aseguro que no todo el mundo opina así.

Phoebe le sonrió.

— Eres muy amable, Varian. Sé que no es tu caso.

— Desde luego que no. Es más, espero que me permitáis visitaros mientras estéis en Londres.

— Cómo no.

Tras despedirse de ambas, Varian se alejó con Pamela.

Julia se giró hacia Phoebe.

— Oh, Fee, lo siento. He hecho mal provocándola de ese modo. No tuve en cuenta que te disgustarías. A veces soy tan insensible... No, por favor, no llores.

Phoebe meneó la cabeza y esbozó una sonrisa trémula. Sus ojos brillaban a causa de las incipientes lágrimas.

— No. No es eso. Es que me has llamado “Fee”. Shelby siempre solía llamarme así. ¿Te acuerdas?

— Sí, me acuerdo —Julia notó un nudo en la garganta—. Solía llamarte “Fee” y “Tesoro”.

Phoebe dejó escapar un gemido.

— Oh, Julia. ¿Cómo puedo sentir aún este dolor después de tanto tiempo?

— No lo sé — Julia abrazó a su cuñada fuertemente—. A veces pienso que siempre nos dolerá, aunque solo sea un poco.

— Quiero demostrar que Selby no lo hizo — dijo Phoebe en un tono feroz que sorprendió a Julia—. Quiero demostrar que todo fue obra de Stonehaven. ¡Que esa mujer horrible se trague todas las cosas desagradables que ha dicho de nuestra familia!

— Así será —prometió Julia tensando la mandíbula—. Así será.

Al día siguiente, Julia se hallaba en la sala de estar, bajando el dobladillo de uno de los vestidos de Phoebe, con la esperanza de poder ponérselo. Estaba muy concentrada en su plan de manipular a Stonehaven para que confesara su crimen. Y era consciente de que no debía dejarse distraer otra vez, como sucedió con el beso de hacía unos días.

El ama de llaves, una mujer rolliza ataviada con cofia y delantal blanco, permanecía detrás de Phoebe mientras esta repasaba los menús del resto de la semana.

— Verá, señora Willet —dijo Phoebe—, la verdad es que no me gusta el pato.

— Pero, señora, el pato siempre fue uno de los platos favoritos del señor.

Julia miró de soslayo a Phoebe, quien se mordía el labio inferior con aspecto preocupado.

— Tonterías, señora Willet —terció Julia— Usted y yo sabemos que era el plato favorito de mi padre, y por eso Selby lo tomó siempre. Lo cierto es que a la señora Armiger no le gusta. Y no veo por qué ha de formar parte del menú.

Una expresión consternada se adueño del rostro del ama de llaves. Se subió las gafas y dijo con resignación:

— Está bien, señorita Julia. Si así lo desea... He trabajado con su familia durante treinta años.

— Sí, y es usted un ama de llaves excelente— convino Julia para aliviar los sentimientos heridos de la anciana.

En ese momento, se oyó el chirrido de unas ruedas que se detenían delante de la casa. Julia y Phoebe se miraron sorprendidas, pues no solían recibir visitas. Julia se levantó y corrió hacia la ventana.

La puerta del carruaje se había abierto, y de su interior surgió la figura de un hombre vestido elegantemente en tonos blancos y negros. Julia abrió la boca con horror.

— ¡Oh, Dios mío! —exclamó, llevándose las manos a la garganta. Retrocedió rápidamente.

- ¿Qué sucede? – Phoebe corrió hacia ella con preocupación –. ¿Quién es?
- Lord Stonehaven –graznó Julia –. Lo ha descubierto.
- ¡Oh, no! ¿Qué vamos a hacer?

El sonido de la aldaba de la puerta principal resonó en toda la casa. Julia echó a correr hacia la puerta, para indicar al criado que no abriera. Pero el eficaz sirviente ya estaba abriendo la puerta principal, y Julia volvió a refugiarse en la sala.

— ¿Sucede algo, señorita Julia? –inquirió el ama de llaves, preocupada por su expresión de pavor.

— Una visita. Dígale que no estamos en casa, señora Willet –sugirió Phoebe con aire suplicante.

Se oyeron los pasos del criado, seguidos por los de Stonehaven. Julia miró frenéticamente en torno. No había modo de salir de la habitación.

— Discúlpeme, señora Willet – murmuró mientras alargaba la mano y le quitaba a la anciana primero las gafas, y luego la cofia. Tras agarrar su propio chal, Julia se ocultó tras el respaldo alto de una silla, justo en el momento en que el criado entraba en la sala.

— Lord Stonehaven, señora –anunció.

Capítulo 3

Phoebe se giró hacia la puerta, donde Lord Stonehaven permanecía de pie tras el criado.

— Señor – dijo a través de pálidos labios, esforzándose por no mirar hacia la silla tras cuyo respaldo se había refugiado Julia, ni a su sirvienta, que pestañeaba y se mesaba el cabello despeinado.

En ese momento, Julia salió de detrás de la silla como impulsada por un muelle. Phoebe emitió un jadeo de sorpresa. Julia se había envuelto en el largo chal, que ocultaba su figura. En la cabeza llevaba la anticuada cofia de la doncella, que cubría hasta el último mechón de su característico pelo castaño rojizo. El disfraz se cumplimentaba con las gafas de la anciana. Como toque final, Julia frunció el ceño y estrechó los labios.

Stonehaven arqueó las cejas levemente al verla y titubeó al pronunciar el nombre de Phoebe.

— Y, eh ¿señorita Armiger? –añadió inseguro.

— ¡SOHO! – bramó Julia con voz ronca—. Así me llamo, aunque no sea asunto de su incumbencia.

— Julia... – protestó Phoebe débilmente.

— Lo que digo es cierto – insistió Julia. El corazón le latía con tal intensidad que temió que los demás pudieran oírla. Deseó poder ver la cara de Stonehaven, pero este se le aparecía como un borrón a través de los gruesos cristales de las gafas –. Puede retirarse, señora Willet – despedir a la criada era, en realidad, cometido de Phoebe, pero Julia sospechaba que se hallaba demasiado sorprendida, y prefería evitar que el ama de llaves hiciera algún comentario acerca de la cofia y las gafas.

— Sí, señorita –confusa, la anciana pasó junto a Stonehaven y desapareció a tientas por la puerta.

Phoebe se giró hacia el visitante e intentó sonreír. No fue un intento muy afortunado.

— ¿Por qué.. por qué no se sienta en el sofá, señor? – sugirió con voz ligeramente trémula al tiempo que señalaba el sofá de terciopelo, situado a cierta distancia de donde se encontraba Julia.

— ¿A qué ha venido? –inquirió Julia mirando a Stonehaven con rabia.

Él enarcó levemente las cejas ante su descortesía.

— Ayer coincidí con St. Leger en mi club, y me dijo que estaban ustedes en la ciudad. He venido a visitarlas.

— Eso ya lo veo – dijo Julia en un tono aún más improcedente. Deseaba librarse de aquel hombre antes de que la reconociera a través del disfraz –. Pero, ¿por qué motivo nos visita? Creo que ha hecho usted todo el daño posible a mi familia. Aquí no es bien recibido, y usted, sin duda alguna, lo sabe.

— Es usted una mujer muy franca, señorita Armiger.

— Sí, a diferencia de otras personas.

— Julia.. – Phoebe se sonrojó ante la brusquedad de su cuñada.

— ¿Por qué vamos a disimular lo que sentimos Phoebe? Seguro que Lord Stonehaven no le sorprenderá saber de nuestra antipatía hacia él.

— No, no me sorprende – confirmó él –, aunque debo decir que me disgusta mucho. Espero que comprendan que jamás les deseé ningún mal.

— Una súbita furia inflamó el rostro de Julia.

— En ese caso, nos hizo mucho mal accidentalmente.

— Se produjo una larga e incómoda pausa.

— Señorita Armiger, no fui yo quien trajo el deshonor a su familia. Fue Selby. Sé que amaba usted a su hermano, pero...

— Tiene razón. Lo amaba. Aún le amo. ¡Y no sé cómo tiene usted la desvergüenza de presentarse aquí! – Julia se aclaró la garganta.

— Lo siento – Lord Stonehaven suspiró –. Es obvio que no debí venir. Por favor, créanme si les digo que no deseo causarles ningún dolor. Simplemente, esperaba poder curar algunas de las heridas que nos separan.

— Eso no será posible – Julia se incorporó y lo miró furiosamente –. ¿Cree que puede recibir nuestro perdón después de haber hundido a mi hermano?

Stonehaven también se levantó.

— Ya veo que era esperar demasiado – se giró hacia Phoebe –. Le ruego acepte mis saludos, señora Armiger. Si puedo ayudarla en algo, sea lo que sea, no tiene más que llamarme.

Julia emitió un gruñido poco elegante.

— Antes llamaría a una serpiente.

— Lo siento, Lord Stonehaven – Phoebe miró a Julia con nerviosismo –. Pero creo que será mejor que se marche ya.

— Sí, naturalmente – Stonehaven se inclinó formalmente para besar la mano de Phoebe pero, tras lanzar una cautelosa mirada en dirección a Julia, fue lo bastante juicioso para no acercarse a ella –. Que tengan un buen día, señoras.

Se dio media vuelta y salió de la sala. Phoebe y Julia permanecieron inmóviles, escuchando el sonido de sus pasos sobre el suelo de mármol de Carrara a medida que se alejaba. Seguidamente oyeron cómo la puerta principal se abría y se cerraba.

Julia se arrancó la cofia y la arrojó con fuerza en la silla, repitiendo la misma operación con las gafas.

— ¡Oh! ¡No doy crédito a la desvergüenza de ese hombre! ¿Cómo ha sido capaz de venir aquí? ¿Acaso pensó que sería bien recibido?

Phoebe emitió un suspiro de disgusto, y Julia se arrepintió al instante de su acceso de ira.

— Lo siento, Phoebe. Pero es que me ha puesto muy furiosa – apretó el puño y se golpeó la palma de la mano –. Lord Stonehaven carece de sentimientos.

— Ha sido muy amable de su parte visitarnos – musitó Phoebe tímidamente –. Nadie nos visita. La mayoría de la gente nos rechaza. Para él hubiera sido más fácil no venir.

— ¡Amable! –bufó Julia –. Yo no he visto amabilidad por ninguna parte. Créeme. Vino simplemente para jactarse. O quizá le convenía parecer magnánimo. Muy bien, a partir de ahora más vale que se lo piense dos veces.

— Estoy segura de que lo hará – Phoebe se quedó mirándola –. Oh, cielos, no sé cómo pudiste reaccionar así. Yo me sentí aterrada cuando entró en la sala.

— ¿Crees que me habrá reconocido? – inquirió Julia con ansiedad –. Apenas pude verlo con las gafas. ¿Puso alguna expresión extraña?

— No. Parecía mirarte con ... horror. ¡Ay, Julia! – una risita histérica brotó de la garganta de Phoebe –. ¡No te imaginas el aspecto que tenías! Tus ojos parecían grandes y saltones como los de una rana.

— Vaya, muchas gracias – Julia intentó fingir indignación, pero se echó a reír.

— ¡Y esa cofia! – Phoebe emitió otra risotada –. ¿Cómo pudo ocurrírsete con tanta rapidez? ¿Seguro que Stonehaven no sabía si eras una sirvienta o una ... una...

— ¿Una rana con un vestido? – sugirió Julia. Ambas prorrumpieron en nuevas risas –. Bueno, será mejor que le devuelva sus cosas a la señora Willet e intente hacer las paces con ella.

— Seguro que la pobre creerá que te has vuelto loca.

— Sin duda. Con suerte, podré inventarme una historia verosímil – Julia se levantó y echó a andar hacia la puerta, pero de pronto se detuvo, asaltada por un repentino pensamiento –. ¡Oh, no! No me atrevo a verme con él esta noche, estando tan reciente la visita de esta tarde.

— Sí, será mejor que le des unos cuantos días para que se olvide de la señorita Armiger – convino Phoebe.

Julia suspiró, sorprendida por la desilusión que experimentó de pronto. Pero, en fin, era lógico... Una simple indicación de lo ansiosa que se sentía por entregar a Lord Stonehaven a la justicia.

Julia dejó que pasaran tres días antes de volver al local de Madame Beauclair. Tal como esperaba, el portero le franqueó la entrada con una reverencia, reconociéndola. Desplegando el abanico para ocultar sus nervios, Julia se paseó por el pasillo central y se asomó a las salas de ambos lados.

Lord Stonehaven no estaba presente.

Decepcionada, recorrió las mesas, deteniéndose a contemplar una partida de tanto en tanto. En una de las mesas oyó mencionar el nombre de Stonehaven.

— Ah, Stonehaven... Pues no, no le he visto hoy. Y es raro, porque no ha faltado ni una sola noche en lo que va de semana, según parece.

— No sabía que le hubiera dado tan fuerte por el juego.

Julia se volvió y sonrió para sí. También ella sabía que Stonehaven no acostumbraba a frecuentar el local de Madame Beauclair con tanta asiduidad. Seguramente, había acudido sin falta un solo día con la esperanza de verla.

Tranquilizada por aquella información, Julia fue capaz de sentarse en una de las mesas, con aire adecuadamente despreocupado, y participar en una partida. Stonehaven aparecería, estaba segura. No era de los que se rendían con facilidad.

No fue hasta media hora después cuando una voz masculina dijo tras ella:

— Espero que no esté apostando demasiado alto.

— Julia se giró con una radiante sonrisa en el rostro.

— Lord Stonehaven – sabía que, probablemente, se había mostrado excesivamente ansiosa al verlo, de manera que moduló su voz para aparentar una amabilidad próxima a la indiferencia –. Otra vez está usted aquí. Me preguntaba si lo vería esta noche.

— He venido con la esperanza de verla, señorita Nunnelly – le dirigió una sonrisa encantadora, y los ojos de Julia se vieron irresistiblemente atraídos hacia sus labios, anchos y carnosos. Había olvidado cuán atractivo era de cerca.

— Avanzó hacia él.

— Espero no haberla interrumpido en una racha de suerte – dijo él –. ¿Quiere quedarse?

— ¿Cómo? Oh – Julia miró hacia la mesa, sorprendida al darse cuenta de que se había retirado de ella –. No. Me disponía a dejarlo. Hoy no estoy de suerte.

Stonehaven se quedó mirándola durante unos segundos, con los ojos entrecerrados. El miedo estalló en el interior de Julia. Su mirada casi parecía ... de sospecha.

— ¿Por qué me mira usted así?

— Oh – él parecía confuso –. No sé. Por un momento, tuve la extraña sensación... de que ya la había visto antes.

Julia se obligó a sonreír con picardía, aunque la boca se la había secado de repente.

— Efectivamente, señor, creo que me ha visto antes. Coincidimos aquí hace cinco noches, si no recuerdo mal.

Stonehaven emitió una risita.

— Créame, tengo eso muy presente. No, quería decir que me recordó usted a otra persona. Su mirada, su forma de ladear la cabeza... Pero eso, desde luego, es absurdo. No existe otra mujer tan bella como usted.

Al oír aquellas palabras, Julia notó una opresión en el pecho. Sin embargo, consiguió decir:

— Un cumplido muy hermoso, señor.

— Pero sincero – cuando hubieron llegado al vestíbulo, Stonehaven miró en tornó y luego hacia atrás –. No me apetece quedarme aquí. ¿Le gustaría que ... fuéramos a otro sitio?

Julia se sintió repentinamente invadida por el pánico.

— ¿Qué ... qué quiere usted decir, señor? – balbuceó, temiendo que la estuviera invitando a su casa.

— Creí que habíamos quedado en que olvidaría ese tratamiento de “señor” – dijo él –. Me llamo Deverel.

— Sí, cómo no ... Deverel.

— Esta noche no me apetece jugar a las cartas. Prefería pasar la velada conversando con usted.

— No tengo nada que objetar – contestó Julia jadeando levemente.

— Tengo cierto amigo cuya casa siempre está abierta a las visitas. En realidad, la casa pertenece a una ... conocida suya.

— Su amante – respondió Julia abiertamente. Pocas damas ignoraban que los caballeros solían arreglar ese tipo de citas.

La boca de Stonehaven se curvó en una sonrisa.

— Es usted peligrosamente franca. Sí. Es la casa de su amante, pero él casi siempre suele estar allí, acompañado de sus amigos. Y de las amigas de estos, naturalmente.

— Comprendo – no era exactamente un burdel, se dijo Julia, pero se le acercaba. Supuso que debía sentirse horrorizada ante la idea de ir a un sitio semejante, pero su curiosidad acabó prevaleciendo.

— Me parece bien – dijo al fin.

— Celebro que esté de acuerdo – Stonehaven la condujo hasta la puerta principal.

El portero les entregó la capa de ella, y Stonehaven se la echó sobre los hombros, rozándole levemente la piel con la yema de los dedos. Julia tragó saliva, intentando pasar por alto el estremecimiento que le producía su caricia.

— ¿Prefiere que vayamos caminando? – sugirió él cuando hubieron salido al sereno aire de la noche –. No está lejos.

— Muy bien.

Mientras paseaban, agarrados del brazo, Julia intentó pensar en algo que decir. Pero Stonehaven se le adelantó.

— Había esperado verla en el casino estos días pasados.

— No soy tan aficionada al juego.

— Ni yo. Acudí cada noche con la esperanza de encontrarla allí.

— Adulador – Julia lo miró enarcando una ceja.

— No. Es cierto. La he estado buscando desde el día que nos conocimos. Pregunte a cualquiera de mis amigos.

Stonehaven se giró para mirarla, y Julia quedó presa en el hechizo de sus ojos negros.

Lentamente, él le recorrió el labio inferior con la yema del dedo índice.

— Me gustaría besarte aquí y ahora, en mitad de la calle. Pero me temo que, si empiezo, no podré parar.

El sonido de su voz ronca, la caricia de su dedo, levemente áspera sobre la tierna carnosidad de sus labios, bastaron para que Julia se le aflojaran las rodillas. Trató de dominar sus pensamientos, pero, por un momento, su mayor logro parecía ser el hecho de seguir respirando.

— No me importaría – dijo sinceramente, pero a continuación se detuvo, horrorizada por la frase que había brotado de sus labios.

Stonehaven emitió una risita.

— Cielos, muchacha. Otra respuesta como esa, y ambos nos veremos en un severo aprieto.

— Lo... lo siento. No hablaba en serio.

— Pues yo espero sinceramente que sí –contestó Stonehaven con un brillo en los ojos –. Por desgracia, ahora mismo no puedo hacer nada al respecto. ¿Seguimos caminando? – alargó el brazo, y Julia lo tomó con cautela.

Sus pasos los llevaron hasta una casa con fachada de ladrillo visto, pequeña pero atractiva, donde una doncella les abrió inmediatamente la puerta. Saludó a Stonehaven con una sonrisa amistosa.

— El señor está en la sala de música – les comunicó innecesariamente, pues las risas y el sonido de un piano delataban la situación de los ocupantes de la casa.

Stonehaven condujo a Julia hasta la estancia en cuestión. Un hombre vestido con un uniforme de húsar estaba sentado ante el piano, recorriendo hábilmente las teclas con los dedos. De pie, junto al piano, había una mujer con un enorme puro en la mano, detalle que asombro a Julia. Había varios hombres y mujeres más en la habitación, unos de pie, otros sentados, y uno de los extremos, en una pequeña zona vacía de mobiliario, bailaba una pareja.

Sin embargo, lo que más llamó la atención de Julia fue que, en una silla, próxima a la ventana, había sentado un hombre con una mujer en su regazo. El vestido de ella se transparentaba tanto, que Julia podía distinguir las aureolas oscuras de sus pezones. Tras dirigirles una fugaz ojeada de desinterés, la mujer se volvió para reanudar el beso que se estaba dando con su acompañante cuando entraron Julia y Stonehaven. Ruborizada, Julia miró rápidamente hacia otro lado, solo para ver a otra pareja, en una postura similar, en otro rincón de la estancia. Aquellos no se besaban, pero Julia contempló cómo el hombre alzaba la mano hasta el escote bajo de ella y le tomaba uno de los senos.

Julia trago saliva, muerta de vergüenza. ¿Así era como se suponía que ella debía comportarse?

— ¡Stone! – un hombre sentado junto al piano se levantó, deshaciéndose en sonrisas –. Caramba, no esperaba verte por aquí esta noche. ¡Callie, mira! Stonehaven ha venido a visitarnos.

Su último comentario estaba dirigido a la mujer que fumaba al lado del piano. Esta se volvió y sonrió. Al ver a Julia, alzó las cejas levemente y la miró de arriba abajo.

— Hola, Dev – dijo al tiempo que cruzaba la sala –. Ya iba siendo hora de que te acordaras de tus amigos. ¿Quién es tu invitada?

— Permíteme que os presente. Señorita Nunnelly, quiero que conozca al honorable Alfred Brooks y a la señorita Callandra Cooper.

El honorable Alfred se inclinó ante Julia y murmuró:

— Arrebatadora. ¿Cómo es que siempre logras encontrar a las mujeres más hermosas de la ciudad, Dev?

— A todas, no –observó cortésmente a Stonehaven, inclinándose para saludar a la acompañante de Alfred –. Tú ya has capturado a una de las más bellas.

Callandra sonrió ante el cumplido. Stonehaven siguió charlando unos minutos con sus amigos, y luego se retiró con Julia a un extremo de la sala.

— Dios, cuánto ruido hay aquí dentro – comentó. Se acercó al oído de Julia y añadió suavemente: ¿Quieres que salgamos? Hay un jardín precioso en la parte de atrás, y un banco donde podemos sentarnos.

— Oh, sí –se apresuró a responder ella, sonriéndole –. Parece una idea sumamente agradable.

Stonehaven la tomó de la mano y la guió hasta una puerta situada al fondo del vestíbulo. Salieron a un pequeño jardín que olía a hierbas y a flores. Tras recorrer un agosto sendero, llegaron a una fuente que se alzaba en medio de un patio, frente al banco de piedra.

Julia siguió a Lord Stonehaven hasta el banco. La suave brisa estival le acariciaba la piel, y la densa fragancia de las rosas saturaba el aire.

Cuando se hubiera sentado, Julia reparó en que él no le había soltado la mano. Trató de apaciguar sus pensamientos, de tener presentes su deber y el plan que había trazado.

— Tus amigos parecían muy contentos de verte – empezó a decir, atreviéndose a tutearlo.

Stonehaven sonrió débilmente.

— Alfred es un buen tipo. Generoso en exceso. Tanto, que a veces se mete en apuros por ello.

— ¿Y eso?

El se encogió de hombros.

— Lo de siempre. Se aprovechan de él – meneó la cabeza y le sonrió –. Pero, por favor, no hablemos de Alfred. Es un tema aburrido, me temo.

— En ese caso – dijo Julia con ojos chispeantes –, hablemos de algo más interesante. De ti, por ejemplo.

— Permíteme dudarle – en su limitada experiencia, Julia había comprobado que el tema de conversación favorito de los hombres solía girar en torno a sí mismos –.

— Al menos, a mí no me lo pareces.

— Hay poco que contar. ¿Qué te gustaría saber?

— Pues todo. No sé por dónde empezar – Julia hizo una pausa –. ¿Son las cartas tu pasión? ¿A eso dedicas tu tiempo?

— Generalmente, reservo el juego para las noches. Pero no, no creo que las cartas me apasionen. Solo son un pasatiempo.

— Entiendo ¿Y qué haces con el resto de tu tiempo? —Julia esperaba que mencionara el fondo de fideicomiso al enumerar sus actividades.

Stonehaven se encogió de hombros.

— Pues un poco de todo. Voy a mi club cuando estoy en Londres. Hago visitas. E incluso participo en ciertos asuntos financieros —esbozó una sonrisa burlona—. ¿Lo ves? Ya te dije que soy aburrido —alzó la mano de Julia, acariciándole lentamente los dedos—. Seguro que hablar de ti resulta mucho más divertido. ¿De dónde eres? ¿De Londres?

— No, de Kent —respondió ella automáticamente, y al instante lamentó aquel golpe de sinceridad. No obstante, se dijo, Kent tenía miles de habitantes; Stonehaven no tenía por qué asociarla con Thomas St. Leger o con sus vecinos, los Armiger.

— ¿En serio? Voy a Kent de vez en cuando.

— ¿Sí? —murmuro Julia vagamente. Las caricias de su mano empezaban a distraerla.

— Sí. Un protegido mío vive allí, de modo que lo visito con frecuencia.

— ¿Un protegido? ¿O sea, que eres tutor de alguien? ¿Un pariente, acaso?

— No, no soy su tutor, sino simple depositario de su herencia —Stonehaven hizo un gesto para restar importancia al asunto—. Me temo que no es muy interesante.

— Oh, a mí sí me lo parece. ¿De modo que inviertes con su dinero y eso?

— Lo administramos. Aparte de mí, hay otros dos depositarios. Pero no hablemos de eso ahora —Stonehaven se acercó la mano de ella a los labios—. Prefiero que hablemos de ti. O que no hablemos en absoluto.

Julia enarcó una ceja coquetamente.

— ¿Ah, sí? ¿Tan aburrido te resulta conversar conmigo?

— Eso nunca —él empezó a besarle los dedos uno por uno, mirándola a los ojos en todo momento—. Pero hay otras muchas cosas que me interesan de ti.

La calidez de sus labios sobre sus dedos produjo un agradable cosquilleo en el interior de Julia.

— Señor...

— Deverel —murmuró él al tiempo que la giraba la mano para posarle un prolongado beso en la cara interior de la muñeca.

— Deverel...

— ¿Qué? —los labios cálidos y sedosos de Stonehaven habían empezado a ascender por su brazo desnudo.

— No creo que esto esté bien.

— ¿Por qué no?

Julia pudo notar la sonrisa de él sobre su piel

— Porque cualquiera podría venir en cualquier momento y vernos.

— Es posible. Pero improbable —Stonehaven llegó hasta su hombro y comenzó a trazar un sendero de beso por el cuello.

Julia notó un estallido de calor tan súbito e intenso, que sintió miedo.

— Deverel, para.

Había un atisbo de pánico en su voz, y Stonehaven irguió la cabeza para mirarla con perplejidad.

— ¿Por qué? ¿Qué pasa?

— Yo... —Julia alzó la vista hacia él. Sus ojos negros ardían de un modo que la hizo estremecerse. No podía echarse atrás ahora, se dijo, en un momento tan delicado. Había sabido, desde el principio, que Stonehaven no era un colegial que cayese con facilidad en su trampa.

Julia respiró hondo y le sonrió.

— Nada. No pasa nada —dijo al tiempo que le colocaba la mano en la nuca para atraerlo hacia sí.

No estaba preparada para el torrente de sensaciones que la inundaron con aquel beso. Tembló bajo el asalto y cerró los dedos en torno al cuello de él, como si deseara sujetarse. Jamás había tocado a un hombre con tanto atrevimiento.

Stonehaven la besó profunda y prolongadamente, como si quisiera acceder a su propia alma, al tiempo que la envolvía entre sus brazos y, por fin, la sentaba sobre su regazo.

— ¡Deverel! – Julia saltó sorprendida al notar que la mano de él se posaba en su seno.

— ¿Mmm? –Stonehaven siguió besándole la línea que se extendía desde el cuello hasta el hombro.

— Yo... Eh – Julia no sabía qué decir. Todo su cuerpo parecía palpar, y sentía una persistente comezón entre los muslos. Hizo un vago gesto en dirección a la casa –. Tus amigos..

Él alzó la cabeza y la miró. Su pecho subía y bajaba en rápidos y ásperos jadeos.

— Tienes razón – convino al fin –. Este lugar no es lo suficientemente íntimo.

Julia hizo ademán de abandonar su regazo, algo sorprendida por su propia reticencia a hacerlo. Por fin logró zafarse de él.

— Jessica... espera... – Deverel alargó la mano hacia ella, pero Julia retrocedió un paso.

— Ah, no –dijo con un tono deliberadamente coqueta –. Ignoro con qué clase de mujeres sueles relacionarte, pero yo no soy de las que se dejan seducir con tanta facilidad.

— ¿Ah, no? –repuso el falto de resuello – ¿Y qué clase de mujer eres, entonces?

— De las que se tienen en alta estima a sí mismas – contesto Julia fríamente.

Deverel se levantó y se acercó a ella, indicándole, con perezosa sonrisa, que entendía cuál era su juego.

— ¿Qué hacemos ahora, pues?

Ella titubeó. Aquello era, exactamente, lo que había pretendido. Dominar por completo la situación. De pronto sonrió al ocurrírsele una idea.

— Bueno... Debo confesar que me apetece mucho visitar los jardines Vauxhall y ver los fuegos artificiales.

— ¿De veras? –respondió él con un brillo en los ojos –. Desde luego, debes verlos. ¿Mañana por la noche te parece bien?

— No, me temo que mañana no podré –al fin y al cabo, debía hacerse de rogar un tiempo para alimentar el apetito de Stonehaven –. ¿Pasado mañana?

— Como tú quieras –contestó él gentilmente, inclinando su cabeza sobre la de ella.

Tras despedirse de su anfitrión, se marcharon. Una vez más, Julia declinó su ofrecimiento de acompañarla a casa. Stonehaven insistió al principio, pero finalmente accedió a alquilarle un carruaje. No intentó besarla de nuevo, sino que se despidió de ella rozándole suavemente con los labios el dorso de su mano.

Al día siguiente por la tarde, Julia y Phoebe se hallaban en la sala de estar, conversando con Geoffrey Pemberton, cuando uno de los criados anuncio la llegada de Varian St. Leger y del mayor Gordon Fitzmaurice.

— Cómo no – dijo Phoebe con una sonrisa – Hazles pasar.

Geoffrey emitió un gemido al marcharse el criado.

— Acabo de acordarme de cierto asunto urgente que deba atender.

— Vamos, vamos, Geoffrey– amonestó Julia a su primo –. El mayor Fitzmaurice es un hombre muy agradable.

— Y tiene el cerebro de un mosquito.

Incluso la bonancible Phoebe hubo de sonreír ante el comentario.

— Tal vez. Pero siempre ha sido amable conmigo.

— En ese caso, imagino que deberemos soportarlo – con un suspiro Geoffrey miró hacia la puerta y susurró –: De todos modos, ya es demasiado tarde para huir.

Varian St. Leger entró en la sala, acompañado de un hombre fornido de porte militar. Tenía el cabello castaño y los ojos grises.

— Varian, Fitz – Phoebe les dispensó un caluroso recibimiento propio de viejos amigos –. Sois muy amables al visitarnos.

— ¿Amables? – replicó Varian con una cálida sonrisa –. Nada de amabilidad. Ha sido un placer, puramente egoísta lo que nos ha traído aquí hoy.

Geoffrey carraspeó, y Varian se giró hacia él.

— Disculpa, Pemberton. ¿Has dicho algo?

— Pues no. En realidad, estaba pensando que te has negado ese placer durante mucho tiempo.

Varian se sonrojó, y Fitzmaurice pareció confuso.

— Vamos, vamos, Geoffrey –dijo Julia en tono de advertencia—. ¿Cómo iba a saber Varian que estábamos en la ciudad? No se lo dijimos a nadie.

— No me refería a las últimas semanas, sino a los últimos años –su primo enarcó una ceja al tiempo que se volvía hacia St. Leger.

— Pemberton tiene razón, Julia. No le regañes. Ha sido negligente contigo y con la señora Armiger. Debí visitaros mas a menudo en Greenwood. Pero fui un cobarde.

— Oh, por favor, te ruego que no te tortures por eso –pidió Phoebe afablemente—. Lo comprendo. Greenwood está lleno de recuerdos.

Phoebe desvió rápidamente el rumbo de la conversación hacía otros derroteros. Julia miró a su primo Geoffrey al cabo de unos minutos, y vio que sus párpados estaban peligrosamente próximos a cerrarse.

— ¿Y qué habéis estado haciendo durante vuestra estancia en la ciudad? –inquirió Varian al poco rato.

— Pues poca cosa –respondió Phoebe—. Aparte de ir de compras, hemos llevado a Gilbert a visitar algunos museos.

— En realidad –terció Julia—, Hemos venido para investigar el asunto del desfalco.

En la sala se hizo un silencio mortal. Geoffrey miró a su prima con ojos desorbitados.

— ¿Cómo has dicho? –dijo por fin Varian.

— Vamos a demostrar que Selby no era culpable del delito que se le imputó.

Los dos hombres se quedaron mirándola extrañados.

— Me temo que no lo entiendo –dijo Varian—. Ciertamente, yo jamás hubiera creído a Selby capaz de algo semejante, pero las pruebas...

— Todo fue un montaje –respondió Julia secamente—. Estoy convencida de ello. Es la única explicación. Phoebe y yo sabemos que Selby no lo hizo, y pensamos que las pruebas eran tan poderosas porque alguien las preparó deliberadamente.

— No comprendo –se quejó el mayor.

— Yo estoy atónito –dijo Geoffrey sardónicamente.

— Pero Julia... –Varian arrugó la frente con preocupación.

— ¿No lo comprendes? Es la explicación lógica. Tú misma has dicho que no podías imaginar a Selby haciendo algo así.

— Sí, admito que resulta difícil de creer, pero también cuesta imaginar que alguien preparase un plan tan detallado para incriminar a Selby. Además, ¿por qué a Selby? Le caía bien a todo el mundo.

— Al parecer, no a todo el mundo. Pero dudo que se tratase de un rencor específico contra Selby. Creo, más bien, que él era el candidato más plausible, dado que gestionaba casi todos los asuntos de Thomas.

— ¿Sugiere usted que alguna otra persona robó el dinero del joven Thomas? –inquirió Fitzmaurice, empezando por fin a comprender.

— Exactamente, mayor –le aseguró Phoebe.

— No digo que no tengáis razón –dijo Varian lentamente—. Nadie se alegraría tanto como yo si, al final se revelara que no fue obra de Selby. Pero me temo que no comprendo como pensáis demostrarlo.

Julia reparó en cómo su primo se removía ansiosamente en su silla, pero lo pasó por alto.

— Oh, ese es mi secreto –dijo agitando la mano vagamente—. No queremos que el asunto se airee.

Geoffrey se relajó, emitiendo un leve suspiro.

— Pero si estáis en lo cierto –insistió Varian –, y fue obra de otra persona, ¿no crees que corréis un gran peligro al tratar de desvelar su identidad? Si fue tan desalmado como para robar el dinero y arruinar la vida de otro hombre, ha de ser un individuo peligroso.

— Muy cierto –terció Fitzmaurice –. No puede ser un caballero.

Geoffrey chasqueó la lengua y desvió la mirada, como si de repente hubiera hallado algo interesante que contemplar en el suelo.

— Me temo que tiene usted razón –concedió Julia, reprimiendo una sonrisa –. No es ningún caballero. Pero dudo que exista peligro. Ese individuo debe de ser un cobarde.

— Pero cualquier cobarde puede revolverse si se ve acorralado –advirtió Varian.

— No soy ninguna enclenque. Si eso sucede, sabré cuidar de mi misma.

Aquellas palabras solo sirvieron para preocupar aún mas a Varian.

Entonces, el mayor Fitzmaurice habló inesperadamente.

— Recuerdo que en cierta ocasión hubo un caso de robo en mi regimiento. Mala cosa.

— ¿De veras? –inquirió Phoebe con educado interés – ¿Y logró capturar al ladrón?

— Oh, sí. O, mejor dicho no. Yo me enteré del asunto cuando ya había pasado. Lo capturó Joseph Bollinger, un sujeto realmente listo –Fitzmaurice frunció el ceño, recordando –. Jamás conseguí entenderle.

— Qué edificante –comentó Geoffrey con ironía al tiempo que se ponía de pie –. Lo siento, señoras, pero me temo que debo irme ya. He quedado con cierta persona en mi club.

— ¿Va usted a Brook's? –preguntó el mayor –. Permítame acompañarle. Tenía ganas de charlar con usted. El otro día fui a visitarle, pero no estaba en casa. Necesito un poco de consejo... Verá, tiene que ver con mi ayuda de cámara.

Julia reprimió una sonrisa al ver la expresión de su primo conforme abandonaba la sala en compañía de Fitzmaurice. Varian St. Leger se quedó unos minutos más, y de nuevo intentó disuadirlas de la idea de encontrar al culpable. Cuando por fin se marchó, Julia emitió un prolongado suspiro de alivio.

— Gracias a Dios que se han ido. No les habría dicho nada si Varian no se hubiera mostrado tan remilgado con respecto a todo el asunto.

— Creo que es muy amable al preocuparse tanto por nosotras –protestó Phoebe con afabilidad.

Julia miró a su cuñada detenidamente. Se pregunto si Phoebe sentiría, tal vez, algo especial por el viejo amigo de su marido.

Marido...

La imagen de Stonehaven irrumpió en su mente, sobresaltándola, y ella la ahuyentó de inmediato. A pesar de su encanto y su apostura, no era precisamente el tipo de hombre que quisiera tener por esposo. Por añadidura, era su enemigo. ¡Su anatema!

— ¿Julia? – la voz de Phoebe interrumpió sus cavilaciones –. ¿Te ocurre algo? –inquirió preocupada –. Tenías expresión de auténtico rencor...

— No... Mi mente estaba en otra parte. Perdona. Tienes razón. Varian simplemente estaba siendo amable con nosotras. Sin duda, tengo los nervios a flor de piel, en espera de mañana noche – Julia no le había dicho a Phoebe adónde iba, a sabiendas de que se horrorizaría imaginando a Julia en los jardines de Vauxhall, a solas con Lord Stonehaven.

— Lo sé. Pobrecita mía...¿no tienes miedo?.

— ¿Miedo? No. No me pasará nada malo. Solo temo fracasar en mi tarea.

Phoebe arrugó la frente.

— No puedo evitar cierta preocupación. ¿Y si descubre quién eres? ¿O cuál es tu plan? No es ningún caballero... Es decir, en el verdadero sentido de la palabra.

— Procuraré que no sospeche nada. De todos modos, no creo que me hiciera nada malo –Julia no sabía exactamente por qué estaba tan segura de ello, pero así era.

— Si tan segura estás, querida...

— Absolutamente segura. Bueno, hablemos de otra cosa. ¿Qué te parece si llevamos al señorito Gilbert a dar un paseo por el parque?

La idea complació a Phoebe inmensamente, de modo que pasaron el resto del día con Gilbert, jugando y cazando mariposas. Al regresar se sentían tan exhaustos, que cenaron y se fueron a la cama a una hora más temprana de lo habitual.

Julia cayó dormida en cuanto su cabeza tocó la almohada, y llevaba ya algunas horas sumida en un profundo sueño cuando la despertó un ruido extraño. Abrió los ojos, confusa. Su cuarto tenía el mismo aspecto de siempre. Giró la cabeza hacia el extremo opuesto del dormitorio, donde las dos grandes ventanas permanecían abiertas para que entrara el aire fresco de la noche. Allí, delante de una de las ventanas, recortada contra el resplandor pálido de la luna, Julia vio la oscura silueta de un hombre.

Capítulo 4

El cerebro de Julia, aún embotado por el sueño, tardó un momento en registrar la presencia del intruso. Se quedó petrificada, mirándolo. Su rostro era un borrón oscuro, desprovisto de rasgos. Luego la figura empezó a avanzar hacia ella.

El movimiento sacó a Julia de su parálisis. Gritó con toda la potencia de sus pulmones, al tiempo que retiraba la colcha y saltaba de la cama. Instintivamente, alargó la mano para agarrar el primer objeto que encontró en la mesita de noche.

Era un libro, y Julia lo proyectó hacia delante con todas sus fuerzas. El grueso tomo golpeó en la sien al hombre, que emitió un chillido de dolor y de sorpresa. Ella volvió a gritar, disponiéndose a efectuar un nuevo barrido con su arma. El hombre retrocedió apresuradamente.

En ese momento, Julia oyó la voz de su cuñada en el pasillo, llamándola. Seguidamente, la puerta del dormitorio se abrió y Phoebe entró blandiendo un candelabro. Su aparición acobardó al agresor, que se giró y se dirigió hacia la ventana. Julia fue tras él, seguida por Phoebe, y el hombre apenas consiguió salir por la ventana antes de que Julia lo agarrara.

— ¡Maldición! –gritó—. ¡Se escapa!

Phoebe se situó junto a ella delante de la ventana, y ambas presenciaron cómo el hombre bajaba por el árbol cercano como un mono. En el pasillo se oyó un ruido de pasos y voces. Luego Sidle, el mayordomo, irrumpió en el cuarto con una de las pistolas de Selby en la mano. Tras él apareció la señora Willett, armada con un rodillo de cocina.

Julia hubo de disimular una sonrisa al verlos.

— Ya pasó todo –les aseguró—. Se ha ido.

— ¿Qué ha ocurrido, señorita? –preguntó Sidle apresurándose hacia la ventana, a tiempo de ver cómo la figura trepaba por la pared del jardín y desaparecía—. ¿Un ladrón?

— Sí, supongo que sí –respondió Julia, sorprendida al descubrir que las rodillas le temblaban. Tomó asiento en el sillón situado ante la venta, y Phoebe le echó el brazo por los hombros.

— ¡Ha debido de ser horrible para ti!

— ¿Se ha llevado algo, señorita? –inquirió el ama de llaves, ocupada en la prosaica tarea de encender una vela.

— No. No tuvo tiempo. Debí de despertarme al entrar por la ventana. Grité y corrí hacia mí... para silenciarme imagino. Luego le golpeé. Al llegar Phoebe, salió huyendo.

— No sé donde vamos a llegar –dijo la señora Willett indignada—, si los ladrones pueden irrumpir así como así en las casas respetables y asustar a todo el mundo.

— Me temo que así es.

— Sin duda buscaría joyas –aventuro Phoebe.

— Seguramente –con un suspiro, Julia miró hacia la ventana abierta—. Ahora tendré que cerrar las ventanas. Detesto dormir en una habitación cargada.

Phoebe le dio una comprensiva palmada en la mano.

— Todo esto se acabará pronto, y podremos regresar a Greenwood. Para serte sincera, me alegraré abandonar Londres.

Julia asintió.

— Has debido de aburrirte mucho aquí –no había habido, desde luego, ninguna de las veladas o las fiestas que Selby y Phoebe solían disfrutar en otros tiempos, cuando visitaban la ciudad. Phoebe ni siquiera había disfrutado de la emoción de intentar atrapar a Lord Stonehaven.

Su cuñado sonrió.

— Me divertí yendo de compras y contemplando el paisaje de nuevo. Había olvidado lo bulliciosa que es la ciudad. Me gusta Londres... aunque he de admitir que siento cierta añoranza al acordarme de cómo solía ir con Selby a la ópera, al teatro y a multitud de fiestas.

Siguieron conversando acerca de alguna de las fiestas más elegantes a las que Selby y Phoebe habían concurrido durante sus temporadas en Londres. Media hora después, una vez

apacados los nervios de ambas. Phoebe recogió el pesado candelabro y regresó a su dormitorio. Julia cerró ambas ventanas y, movida por un súbito impulso, incluso echó la llave de la puerta. A continuación, tras apagar la vela, volvió a meterse en la cama.

Tardó un buen rato en conciliar el sueño. A resultas de ello, se levantó muy tarde al día siguiente. Dedicó gran parte de la tarde a arreglar un viejo vestido azul de su madre. Cuando por fin se lo puso, se ruborizó al contemplar los resultados. Gracias a Dios por la capa, se dijo, porque, de lo contrario, Phoebe jamás le permitiría salir de la casa con un escote tan amplio y una falda tan ceñida.

Julia tomó un baño en agua perfumada con esencia de rosas, permitiendo que el calor mitigara sus maltrechos nervios. Luego, su doncella ayudó a hacerse un peinado sencillo, con un pequeño lazo como único adorno. Una vez que la muchacha le hubo abotonado el ceñido traje, Julia contempló el conjunto con unas exquisitas sandalias. Le hubiera gustado darse un toque de color en las mejillas y los labios, pero, como no tenía colorete ni carmín, hubo de conformarse con pellizcarse las mejillas y apretar los labios para sonrosarlos.

Julia salió por fin de la casa, envuelta en su capa y con una máscara azul con encajes en el rostro. Se lo había ocurrido la idea un poco antes. La máscara le daba cierto aire de misterio al tiempo que realzaba la tonalidad azul de sus ojos.

Un carruaje la llevó a las puertas de los jardines, y enseguida divisó la alta figura de Stonehaven, que la esperaba. Lo reconoció al instante, a pesar de que también él llevaba la máscara de rigor que se estilaba en las fiestas de disfraces celebradas en los jardines Vauxhall. La de Stonehaven era lisa, de seda negra, pero le confería cierto aspecto de pirata. Julia reparó en cómo dos mujeres que pasaban por su lado lo miraban con interés.

El adusto semblante de Stonehaven se iluminó al verla llegar.

— Has venido —dijo tomándola de la mano y sonriéndole de un modo que hizo que a Julia se le acelerara el pulso—. Temí que hubieras cambiado de parecer.

— No llego tarde, ¿verdad?

Él emitió una risita.

— No. Yo he llegado temprano —se inclinó sobre ella para inhalar su aroma—. Hueles como una delicada flor —le acarició la mejilla con los nudillos—. Y tu piel es tan suave como el pétalo de una rosa.

— Señor mío, es usted un adulator incorregible.

— En absoluto. Pregunte a cualquiera, y le dirán que soy extraordinariamente sincero —Stonehaven la tomó del brazo y la guió hacia el centro del parque, donde se extendía una hilera de cabañas privadas. A continuación abrió la puerta trasera de una de las cabañas y se apartó para dejarla pasar.

Era una habitación agradable, con una pequeña mesa y varias sillas, así como un sofá situado contra la pared. La parte frontal consistía en un muro, de un metro de altura, abierta a los jardines. Julia se fijó que las cortinas de terciopelo negro que podían ser corridas para evitar las miradas de la multitud. Una lámpara de aceite llenaba la estancia de un resplandor suave, y encima de la mesa había varios platos cubiertos y botellas de vino sin descorchar.

— He dado la noche libre a los criados —dijo Stonehaven señalando la mesa—. Pensé que podríamos arreglarnos sin ellos.

— Sí, claro —respondió Julia casi sin resuello. Aun siendo una mujer sin experiencia, se daba cuenta que aquel era un marco idóneo para la seducción.

— Ven, deja que te quiete la capa —cuando Julia se despojó de la prenda, revelando un provocativo vestido, Stonehaven se detuvo en seco. Las palabras se le ahogaron en la garganta, y se limitó a mirarla—. Eres muy hermosa —dijo con voz ronca.

Un estremecimiento recorrió a Julia.

— Gracias —fue lo único que acertó a responder. Pensó que él la estrecharía entre sus brazos para besarla, pero, en vez de eso, se giró para colgar la capa en una percha.

Julia se quitó los guantes, recordando que debía mantener firmemente el control de la situación aquella noche. Era lo mejor ocasión para atrapar a Stonehaven, y no pensaba desperdiciarla.

— ¿Cenamos? –sugirió el señalando la mesa.

— Preferiría contemplar el desfile un momento, si no te importa. Es una multitud de gente muy interesante, ¿no te parece? –Julia hizo un vago gesto en dirección a las botellas de vino –. ¿Quizá podamos beber algo?

— Naturalmente –Stonehaven se acercó a la mesa –. ¿Te apetece un vaso de vino? ¿O mejor jerez? –mencionó las dos bebidas que solían tomar generalmente las damas.

— Prefiero jerez –Julia le sonrió al tiempo que se aproximaba al muro bajo que dominaba la zona central de los jardines. No se había quitado la máscara, y se alegró de ello, pues las miradas que le lanzaban los jóvenes que pasaban cerca eran hartamente atrevidas. Se sentía más segura tras la máscara.

— Stonehaven se situó detrás de ella y le entregó un vaso lleno de un líquido dorado. Bebieron mientras contemplaban a la gente que se paseaba por el exterior. De tanto en tanto, Julia preguntaba quién era tal o cual persona. Una señora despampanante, que ella supuso que debía de ser un miembro de la aristocracia, resultó ser, según le informó Stonehaven, una de las madames más famosas de la ciudad. Mientras que otra dama, con el cabello plateado y vestida con un traje negro pasado de moda, era una duquesa.

— ¡No! –protestó Julia –. No puede creerlo –miró el vaso vacío que Stonehaven tenía en la mano –. Debes de haberte confundido.

El se echó a reír.

— En absoluto. Ya te digo, es la duquesa de Denwater. Baja a Londres una vez al año y vuelve locos a sus hijos y a su nuera. El Duque se queda en su casa de Yorkshire, pues detesta viajar.

Julia meneó la cabeza al tiempo que alargaba la mano para tomar el vaso de él.

— Permite que vuelva a llenártelo.

— ¿Te has propuesto emborracharme? –bromeó Stonehaven mientras la seguía hasta la mesa y se subía la máscara.

Julia contempló sus ojos chispeantes y, alargándole el vaso, dijo en un tono de provocación:

— Pues claro que sí. Si no, ¿cómo voy a conseguirte?

Los dedos de Stonehaven se cerraron en torno al vaso, rozando los de ella.

— En realidad, mi querida Jessica, no tienes que hacer nada para lograr esa meta. Ya soy tuyo.

Julia se notó la boca seca. El corazón empezó a latirle con fuerza en el pecho. Se quedó mirándolo, incapaz de hablar. El soltó el vaso en la mesa con una mano, mientras con la otra le quitaba la máscara.

— Detesto que cualquier parte de tu cara esté tapada –murmuró.

Se inclinó para besarla.

Julia se preparó con el fin de resistir el asalto. Sabía que no debía dejarse llevar como en las dos ocasiones anteriores. Pero Stonehaven la sorprendió al no besarla profundamente, sino de manera tierna y acariciadora, rozándole los labios con la suavidad de un par de alas de mariposa.

Luego alzó la cabeza y la miró inquisitivamente. Julia sostuvo su mirada. Ignoraba qué deseaba que dijera, pero temía que, si abría la boca, sería para pedirle otro beso.

Con el mayor de los esfuerzos, Julia se obligó a retroceder un paso.

— Quizá... quizá deberíamos tomar ya la cena.

— Cómo no –dijo él retirándole una de las sillas. A continuación destapó los platos y sirvió a Julia una generosa porción de todos los manjares que se desplegaban ante ellos. Ella tomó un sorbo de vino para aplacar los nervios y empezó a remover la comida. Jamás había sufrido una falta tal de apetito.

— Háblame de ese protegido suyo –dijo por fin, en tono deliberadamente casual.

— ¿Te refieres al joven Thomas? Olvidé que te lo había mencionado.

— No por su nombre. Simplemente me dijiste que solías ir a Kent a visitarlo. Ah, sí...Y también que no eres un tutor, sino depositario de su herencia –Julia arrugó la frente al tiempo que pinchaba un guisante con el tenedor –. Me temo que no entiendo del todo cuál es la diferencia.

— Thomas vive con su madre. Yo me limito a administrar un fondo de fideicomiso que le dejó su padre. Walter y yo éramos viejos amigos.

— Ah, ya comprendo. Es una lástima que muriera tan joven.

— Sí, sufrió un accidente mientras montaba a un caballo. Una auténtica desgracia. Sobre todo para Thomas. No tiene padre, y tanto yo como los demás depositarios de la herencia vivimos muy lejos de él. Solo uno vivía cerca, pero.. bueno, también ha muerto.

Julia sintió un nudo en el estómago al oír mencionar el fallecimiento de su hermano. Sin embargo, logró decir con normalidad.

— Qué trágico.

— Sí, fue muy trágico. En todos los sentidos.

— ¿Qué sucedió?

Stonehaven meneó la cabeza.

— No hablemos de un asunto tan triste esta noche –tomó la mano de ella y la besó –. Prefiero concentrarme en algo más agradable. Como tú, por ejemplo.

Julia estuvo a punto de emitir un grito de frustración, pero se obligó a sonreír.

— Sí, tienes razón. No es una noche para tristezas –tomó la botella de vino y volvió a llenar su propio vaso –. Debemos estar alegres.

Stonehaven alzó el vaso para brindar, y ella hizo lo propio. Luego sorbió el vino. Había evitado beber en la medida de lo posible, pero, en su nerviosismo, ya había apurado dos vasos. Dado que apenas había probado bocado, empezaba a sentirse algo mareada. Se obligó a comer un poco al tiempo que intentaba pensar en el modo de conseguir que Stonehaven le hablara de lo que ella deseaba. No le parecía prudente retomar de inmediato el asunto de la herencia, por temor a despertar sospechas.

Una vez que hubiera acabado de cenar, salieron a pasear por los jardines.

— Me figuro que es justo que los demás nos critiquen tal como nosotros los criticamos a ellos –dijo Julia, de nuevo con la capa y la máscara puestas, mientras caminaban por la franja de césped que se extendía delante de las cabañas.

— ¡Protesto! Hicimos muchas más cosas aparte de criticar. Recuerdo que incluso viste un vestido que te gustó mucho.

— Ah, sí, el rosa. Aunque yo jamás me lo pondría, porque no va bien con el color de mi pelo. El rosa le favorece especialmente a Ph... Eh, a cualquier mujer con el cabello rubio –Julia le sonrió, esperando que no hubiera reparado en su tropiezo.

¿Cómo había podido cometer semejante desliz? ¡Casi se le había escapado el nombre de Phoebe!

Mientras paseaban, comprendió por qué los jardines de Vauxhall no eran un lugar al que pudiera ir una dama sin la compañía de un varón responsable. Vio a una jovencita perseguida por un hombre claramente ebrio. Los gritos de ella, sin embargo, eran tan juguetones, y se reía con tal júbilo, que resultaba evidente su deseo de ser alcanzada. A la sombra de un árbol, Julia vio a otra pareja unida en un ferviente abrazo.

— Ya casi es la hora de los fuegos artificiales –dijo Stonehaven dando por concluido el paseo.

Cuando hubieron regresado a la cabaña, se sirvió una copa de coñac y le ofreció otra a Julia, aunque ella no la aceptó. Seguidamente se acomodaron en el sofá, delante del muro bajo, para contemplar los fuegos.

Julia no pudo sino disfrutar ante el despliegue pirotécnico, exclamando y aplaudiendo siempre que contemplaba algún efecto especialmente espectacular.

— ¡Ha sido precioso! –exclamó con los ojos chispeantes y las mejillas sonrojadas de puro placer cuando acabó el espectáculo.

Stonehaven la miró sonriendo

— Tú sí que eres preciosa –alargó el brazo para correr las cortinas. Julia notó que el corazón empezaba a latirle con fuerza. Comprendió que había llegado el momento, y no sabía si sentirse aterrada o excitada.

El se quitó la máscara y la arrojó hacia la mesa. Luego alzó la mano para despojar a Julia de la suya. La sorprendió sacando del bolsillo interior de su chaqueta una cajita pequeña.

— Toma –dijo al tiempo que se lo ofrecía –Una muestra de mi estima.

Sorprendida ella tomó la cajita y la abrió. En el interior, sobre un fondo de terciopelo, había un exquisito brazalete de zafiros y diamantes. Julia jadeó con asombro.

— ¡Es precioso!

— Celebro que te guste.

— ¡Pero no puedo aceptarlo! –dijo ella instintivamente, devolviéndole la caja.

— ¿Cómo? –Stonehaven parecía estupefacto –. ¿Por qué dices eso? ¿Acaso no te gusta?

— ¡Pues claro que me gusta! pero... –Julia se detuvo. No podía revelar el verdadero motivo de su rechazo –. Es demasiado caro. No puedo aceptarlo.

El dejó escapar una risita.

— Quédatelo, por favor –dijo cerrándole la mano en torno a la caja –. Cuando lo vi, me acordé de tus ojos, y supe que a ninguna mujer le favorecería tanto como a ti.

Julia sabía que debía aceptarlo si deseaba seguir interpretando su papel. Pero le resultaba imposible. Se sentiría... sucia, como si se hubiera vendido.

— No, por favor. No insistas. No puedo –respondió en tono bajo al tiempo que retiraba la mano. Luego se alejó de Stonehaven. Sentía un extraño deseo de echarse a llorar.

— Lo lamento. Te he ofendido –él se mostró desconcertado y arrepentido. La siguió y la abrazó por detrás, inclinándose y agitándole el cabello con su aliento –. Si he cometido una torpeza, te ruego que aceptes mis disculpas. No estaba en mi ánimo disgustarte u ofenderte en modo alguno. Simplemente deseaba expresar lo que siento por ti. Y lo he estropeado todo –agachó más la cabeza para posarle un beso en el cuello. Julia contuvo la respiración –. Por favor, di que me perdonas –murmuró Stonehaven.

Empezó a recorrerle el hombro con los labios. Julia ladeó la cabeza, dejando inconscientemente su largo cuello a merced de sus besos. El aprovechó la oportunidad, abriéndose paso con lentitud desde el cuello hasta la oreja, cuyo lóbulo mordisqueó delicadamente. Ella dejó escapar un suspiro entrecortado. Sus labios le estaban produciendo todo tipo de sensaciones.

Finalmente, con gran esfuerzo, se separó de él, llevándose una temblorosa mano a la cara.

— Lord Stonehaven ... Deverel. Te... te parecerá una tontería, seguramente, pero no estoy preparada para esto.

— Mi querida muchacha, solo tienes que dejarte llevar –le aseguró el, agarrándola de nuevo por la cintura y atrayéndola hacia sí con suavidad.

— Pero no soy una dama tan sofisticada como tú parece creer. Ni siquiera soy de Londres, y temo que...

Stonehaven emitió una risita baja mientras procedía a besarle el otro lado del cuello.

— ¿Qué tiene que ver Londres con esto?

— No estoy segura –contestó Julia con sinceridad, pensando que debía de parecer una idiota – Quiero decir que quizá este mal que yo haga esto –alzó la cabeza para mirarlo a la cara y comprendió, de inmediato, que había cometido un error. El calor que emitían sus ojos negros era casi tangible, y le afectaba tanto como sus besos. Tragó saliva y siguió diciendo : A veces hacemos cosas malas que nos martirizan durante toda la vida, ¿no te parece? ¿Nunca has hecho algo malo? ¿Algo de lo que ansíes hablar, aunque te resulte imposible? ¿Algo que te atormenta por dentro?

Stonehaven la miró con extrañeza.

— Esto que hacemos no es nada malo. Impropio, quizá, pero no malo –se inclinó para acariciarle juguetonamente los labios con los suyos. Luego volvió a mirarla –¿Te ha parecido “malo”?

— No, claro que no –respondió Julia, momentáneamente distraída por la caricia de su boca –. Pero una cosa suele llevar a otra. A veces deseamos algo con tal intensidad, que acabamos obrando mal, aunque posteriormente lo disculpemos. ¿No te ha sucedido nunca?

El pestañeo y después se encogió de hombros.

— No... no estoy seguro. Supongo que sí, pero ahora mismo no puedo pensar con claridad –se inclinó para besarla de nuevo, esta vez de forma más prolongada. El sabor de coñac de su lengua resultaba embriagadora. Julia notó que las rodillas le fallaban, y se aferró a la chaqueta de Stonehaven para sostenerse. Cuando la boca abandonó por fin la de ella, Julia parpadeó y se quedó mirándolo un momento, aturdida.

— ¿Nunca... nunca has hecho nada malo?

Él se echó a reír.

— Jessica... ¿qué sucede? ¿Crees que no te tengo afecto? ¿Qué lo que siento es algo fugaz y pasajero? Te prometo que no es así. Si me pides que te trate de manera honorable, te garantizo que lo haré. No soy de esos hombres que se aprovechan de las mujeres y luego las olvida.

Julia estuvo a punto de emitir un gemido. ¿Por qué no cooperaba?

Stonehaven la atrajo hacia sí y descansó la cabeza sobre la suya.

— Te doy mi palabra. Cuidare de ti. Te trataré bien –le besó el cabello y seguidamente la mejilla –. ¿Acaso te he tratado mal algún otro hombre? Te prometo que yo no soy así –la envolvió delicadamente con sus brazos y la estrechó contra su recio cuerpo. Finalmente le dio un buen beso profundo y abrasador en los labios.

Julia tembló al sentirse invadida por una oleada de calor. Sabía que debía protestar, alejarse de él, pero no consiguió resistirse a aquel fuego, maravilloso y sorprendente, que se extendía por todo su cuerpo a medida que él la besaba una y otra vez.

Con un rápido movimiento, Stonehaven la tomó en brazos y, dándose media vuelta, la llevó hasta el sofá situado en el fondo de la habitación.

El pánico se apoderó de Julia. Se retorció entre los brazos de Stonehaven.

— No, te lo ruego...

— Chist –la voz de él era suave y confortadora, y ella comprendió que había achacado su resistencia a unos nervios repentinos que podía aplacar fácilmente.

La soltó en el sofá y se arrodilló a su lado, sin dejar de abrazarla. A continuación se inclinó sobre su cuerpo y comenzó a recorrerlo con los labios, hasta llegar a la altura de los senos. Con la punta de la lengua le acarició un pezón a través del encaje, y Julia jadeó, aturdida por aquella maniobra inesperada y por el estallido de placer que provocó en su interior. Se estremeció, sacudida por el cúmulo de sensaciones, mientras él seguía recorriendo circularmente el pezón con la lengua.

De repente, notó una sensación de humedad entre los muslos. Apretó con fuerza las piernas, tratando de mitigar aquella placentera comezón, pero, lejos de aplacarse, solo pareció aumentar.

— Deverel – susurró.

Stonehaven bajó la mano y la situó sobre la pierna de ella para subirla por la falda.

— Eres tan hermosa... –murmuró al tiempo que su mano se arrastraba por el abdomen de Julia hasta llegar, finalmente, a la confluencia de su pierna.

— ¡No! Deverel, espera... –Julia miró en torno, tratando de recuperar el dominio de sí misma. Si seguía adelante, acabaría entregándose a su peor enemigo.

El horror de aquel pensamiento le insufló la fuerza necesario para incorporarse y bajar las piernas del sofá. Stonehaven retrocedió, confuso.

— ¿Jessica? ¿De qué se trata? ¿Ocurre algo?

— ¡No puedo! ¡No puedo hacerlo! –Julia se levantó trabajosamente.

— Pero, querida mía.. ¿He hecho o dicho algo malo?

— ¡No! ¡No puedo explicártelo! –sus palabras surgieron en forma de leve sollozo, se giró y corrió hacia la puerta. Tras ponerse la capa, salió al aire de la noche. Oyó que él la llamaba, pero no miró atrás, simplemente corrió como loca por entre la multitud que abarrotaba los jardines.

Era una chica de campo y estaba habituada al ejercicio físico, pero sabía que no podía competir con Stonehaven. El la hubiera alcanzado, de no ser porque se le cruzó un borracho que lo

detuvo momentáneamente. Stonehaven lo apartó enseguida, por supuesto, pero el incidente lo frenó durante los segundos que necesitaba Julia para alcanzar la fila de carruajes estacionados en la salida de los jardines. Uno de los cocheros, apercibiéndose de la situación con un mero vistazo, dio riendas al caballo en cuanto Julia se hubo subido en el carruaje, y partieron justo al tiempo que aparecía Stonehaven. Ella se volvió para contemplar por última vez su rostro ceñudo.

Todo había terminado, se dijo. ¡Había fracasado! El dolor inundó su pecho y, de repente, Julia pareció incapaz de contener el llanto. Se cubrió el rostro con las manos y sollozó. No volvería a ver a Deverel.. y el nombre de Selby seguiría mancillado para siempre.

Julia pasó el día siguiente sumida en una gran tristeza. Cuando una preocupada Phoebe le preguntó qué ocurría, ella solo pudo responder que le había fallado a Selby.

— ¡Oh, no! —protestó su cuñada tomándole de la mano—. Estoy segura de que Selby no lo creería así.

— Pues yo sí —Julia suspiró—. En el momento de la verdad, fui débil.

Un ceño de preocupación se dibujó en la frente de Phoebe.

— ¿Qué ocurrió? ¿Te hizo... algún daño?

— No. Oh, no. Solo sentí herido mi orgullo. De repente, comprendí lo tonta que estaba siendo.

— No digas eso.

— No fui rival para Stonehaven.

— Pero resulta lógico. Piénsalo. Es un hombre habituado a la maldad. Era de esperar que ganara en esa clase de batalla.

— Supongo que sí. Pero lo cierto es que no he conseguido ayudar a Selby... ni a Gilbert.

— Quizá se nos ocurra alguna otra manera —sugirió Phoebe en tono tranquilizador.

— Quizá —convino Julia, aunque poco convencida, de modo que permaneció abatida durante el resto del día.

A la mañana siguiente la sorprendió una visita temprana de Thomas St. Leger. Thomas tenía catorce años de edad, y había llegado a apreciar sobremanera a la familia, a pesar del asunto del desfalco.

El mayordomo anunció su presencia a Julia y a Phoebe, que aún estaban desayunando.

— ¿Thomas? —inquirió Julia, sintiéndose más animada—. Como no, hazle pasar. Y prepara un plato para él. Seguro que traerá hambre.

En efecto, como adolescente que era, Thomas estaba hambriento a pesar de haber desayunado en su casa. Se abalanzó con verdadero placer sobre el plato de huevos, jamón y tocino frito.

— Estaba delicioso —dijo tras haber engullido la comida—. Lo siento. No puedo quedarme mucho rato. Solo he venido a deciros que volvemos a Farrow mañana.

— ¿De veras? Es un poco pronto, ¿no? Aún queda bastante verano.

— Mi madre está histérica desde que se enteró de vuestra presencia en la ciudad. No me explico por qué detesta tanto a Julia.

Ambas sabían que Pamela St. Leger siempre había envidiado la belleza de Julia, pero se abstuvieron de decírselo a su hijo.

— Además, ayer tuve una discusión con el primo Varian. Creo que fue a cuenta de la visita que os hizo. Se marchó, rígido como una tabla, sin siquiera despedirse de mí, cosa totalmente impropia de él, os lo puedo asegurar. Supongo que para mi madre fue la gota que colmó el vaso. Así que esta mañana dijo que nos volvíamos a casa de inmediato.

— Lamento que vuestra estancia haya sido tan breve —dijo Phoebe en tono comprensivo.

Pero Thomas descartó la importancia del asunto con un gesto.

— No me importa. En Londres me aburro como una ostra. Siempre pegado al tutor ese, visitando museos y sin poder montar a caballo.

— Te sentirás mucho más feliz en casa.

El chico hizo un gesto de asentimiento.

— He añorado mucho Farrow. Y mi madre nunca me cuenta nada de lo que le comunican en las cartas. O nada interesante, al menos. Solo bobadas acerca de su insípida señora Beasley. ¿Y qué me importa a mí sus tontas partidas de cartas?

Phoebe asintió comprensivamente.

— Seguro que te interesará mucho más saber que Theo Hutington se partió una pierna mientras montaba a su nuevo caballo de caza.

— ¡No me digas! —exclamó Thomas inclinándose hacia delante—. El muy cretino. Y eso que siempre presume de sus habilidades de jinete —se giró hacia Julia—. Por cierto ¿qué hay de vuestro plan? ¿Tenéis ya a Stonehaven en el saco?

— No —Julia se removió incómoda en la silla. Detestaba confesarle a su joven amigo que había fracasado—. No conseguimos atraparlo. Nunnelly lo intentó varias veces, pero Dev... es decir, Lord Stonehaven siempre consiguió zafarse. Así que... concebí otro plan.

— ¡Otro plan! ¿y qué? ¿Dio resultado?

— No. Tampoco —admitió Julia a disgusto.

— ¿Y en que consistía?

— Parece gustarle mucho la compañía femenina, así que... se me ocurrió hacerme pasar por otra persona, y...

— ¿Cómo? ¿Intentaste sacarle la verdad coqueteando con él? —Thomas dejó escapar una sonora carcajada—. Qué tontería. Yo podía haberos dicho de antemano que no serviría de nada. No creo que sea muy aficionado a las faldas. A mi madre no le cae nada bien, porque en una ocasión... bueno, en varias ocasiones, la verdad sea dicha... trató de cazarlo y él no mordió el anzuelo.

Julia se sintió algo molesta.

— Te equivocas. Sí que le gustan las mujeres, y yo, en concreto, le gustaba mucho. Pero no conseguí hacerle hablar del escándalo. Y luego, bueno, no fui capaz de llegar hasta el final.

Thomas frunció el ceño.

— ¿Hasta el final? ¡Julia! —su voz se tornó severa—. ¿Qué hiciste, exactamente?

— Nada reprehensible —Julia hizo una pausa y luego añadió—: Al menos, no mucho. No le...—su voz se extinguió.

— ¡Por Júpiter! ¡Lo que hay que oír! —la voz de Thomas destilaba una indignación puramente masculina—. ¿Cómo se te ocurrió hacer algo semejante? ¿Te imaginas lo que irá diciendo ahora por ahí?

— Ni siquiera conocía mi identidad. Para él seguiré siendo un misterio.

— Hasta que coincidas en alguna ocasión...o se le ocurra relacionar tu pelo color de zanahoria con el de Selby.

— ¡No tengo el pelo de color zanahoria! —protestó Julia—. Y no nos relacionará. No tiene motivos para ello. Tampoco existe el peligro de que coincidamos. Stonehaven no va nunca a Greenwood, y dudo que yo viaje alguna vez a Buckinghamshire o regrese siquiera a Londres. Pero nada de eso me importa. Lo verdaderamente grave es que he fracasado.

Los tres guardaron silencio durante unos segundos.

— Podrías haberle secuestrado, ¿sabes? —dijo Thomas por fin—. Seguro que, después de unos cuantos días sin comida ni agua, hubiera acabado confesando. ¿Recordarás la cabaña que arreglamos hace algún tiempo? Sería el lugar idóneo para encerrarlo.

— Ya te lo he dicho. Lo intentamos tres veces, pero de nada sirvió. Es un luchador excelente.

— Sí, lo más difícil sería cómo cazarlo —convino Thomas—. Pero estoy convencido de que hablaría. Un hombre capaz de hacer lo que le hizo a Selby ha de ser, en el fondo, un cobarde.

Julia sintió una punzada de malestar al oír el último comentario de Thomas. Después de haber pasado unos días cerca de Stonehaven, ya no estaba convencida como antes de su cobardía.

En ese momento, sin embargo, Phoebe sugirió algo que desplazó de su mente cualquier otro pensamiento.

— Ya que no es posible obligarlo físicamente, quizá podríamos engañarlo.

— ¡Fee! ¡Claro, eso es! Has dado en el clavo. ¡Lo engañaremos para que se meta el solo en la cabaña!

- ¿Cómo? –quiso saber Thomas
- Julia sonrió como un gato que acabara de dar con el tarro de la nata.
- Por eso no te preocupes. Tengo mis métodos.

Julia retiró la cortinilla y se asomó al exterior del carruaje. Aún no había señal de Deverel. Suspiró, sintiendo un nudo en el estómago. ¿Y si estaba enojado con ella y no acudía?

Julia había preferido no revelarle a Thomas la naturaleza exacta de su plan, pero sí se lo había explicado a grandes rasgos a Phoebe. Esta, naturalmente, se había inquietado al principio por el posible peligro que correría Julia si algo salía mal, pero al final había convenido que era la única manera viable de alcanzar la meta deseada.

A continuación, tras escribirle una breve nota a Lord Stonehaven, Julia se la había hecho llegar con un golfillo de aspecto fiable que encontró en la calle.

Faltaban cinco minutos para las siete, hora en que Julia lo había citado frente al local de Madame Beauclair. Nunnelly, a instancias de ella, había estacionado el carruaje en la acera opuesta, diez minutos antes de la hora señalada.

Julia suspiró aliviada al divisar a una conocida figura masculina que avanzaba por la calle, hacía ella, y abrió la portezuela del carruaje. Stonehaven la vio enseguida.

Por suerte, y aunque Nunnelly llevaba alzado el cuello del abrigo y el sombrero calado sobre la frente, Deverel ni siquiera miró en dirección al cochero mientras se inclinaba para besar la mano de Julia.

- Jessica –se irguió para mirarla.
- Sube –pidió ella al tiempo que retrocedía para dejarle sitio.

El siguió su sugerencia y, tras subir, cerró la portezuela. El carruaje se puso en marcha inmediatamente.

Por un momento, Julia y Deverel se limitaron a mirarse mutuamente. Julia retiró por fin la mirada.

- Lo lamento. No sé por donde empezar.
- Ni yo. Me siento algo confuso. ¿Te ofendí la otra noche? ¿O simplemente estabas jugando conmigo? Confieso que no sé si enfadarme contigo o pedirte disculpas.
- No. Simplemente sentí... miedo.
- ¿De mí?
- No, claro que no. Bueno, un poco sí. No tengo tanta... experiencia como crees. En realidad, señor mío, logra usted hacer que pierda la cabeza –Julia hizo una pausa y a continuación lo miró de soslayo –. Espero que no estés enfadado.

Stonehaven esbozó una leve sonrisa.

- De todos modos, aún no acierto a comprender por que huiste de esa manera.
- Acudí... acudí a la cita pensando que podría dominar la situación. Pero, conforme avanzaba la velada, comprendí que no era así. Me... dejé llevar en exceso.

El se inclinó hacia delante y le tomó la mano.

- ¿Insinúas que no deseabas hacerme el amor?

Julia asintió

- En ese sitio, no. Ni esa noche. No podía soportar la idea de que ocurriera en una cabaña de los jardines de Vauxhall.

— ¡Querida mía! Yo tampoco tenía la menor intención de hacerte el amor allí. Pensaba invitarte a mi casa, donde podríamos disfrutar de una mayor intimidad durante toda la noche. Pero debiste haberme hablado de tus miedos. Yo te hubiera tranquilizado.

- No lo creo. Estaba aterrada. ¿Podrás perdonarme?

— Mi querida Jessica... Naturalmente que sí –Stonehaven no creyó necesario hablarle de la furia, el dolor y la inquietud que lo habían embargado durante los dos días precedentes, ni de lo enojoso que le había resultado el hecho de no poder desterrarla de su mente –. Ahora debo preguntarte si me permitirás verte de nuevo. Si puedo esperar más cosas de ti.

Julia le sonrió.

— No debería ser tan osada, pero soy incapaz de mentir. Sí, puedes esperar más cosas de mí – retiró la mirada al tiempo que añadía –: De hecho, había pensado que esta noche podríamos....

— No tengo ningún plan –le aseguro él –. Dale mis señas al cochero.

— No –se apresuró a responder ella –. No puedo ir a tu casa. No me parecería lo correcto. Pero conozco un lugar apartado y discreto. Está en Kent.

— ¿Tu casa? –inquirió Stonehaven con sorpresa.

— No, pero queda cerca. Es un sitio muy acogedor. Allí podremos estar solos, sin que nadie lo sepa...–Julia imprimió un tono invitador al final de la frase –. Por favor, di que vendrás.

— ¿Ahora mismo? ¿No sería conveniente que me pasara por mi casa para recoger unas cuantas cosas? Es decir, si está fuera de la ciudad, no vengo preparado para...

— Oh, no –dijo Julia provocativamente al tiempo que le dirigía una sonrisa seductora –. No podemos hacer eso. Verás, te estoy secuestrando.

— ¿En serio? –él enarcó una ceja, víctima de la broma –. ¿Y con qué fin me secuestras? Nadie pagaría un rescate por mí, te lo prometo.

— Eso no me importa. Mi intención es convertirte en mi esclavo.

Aun en la penumbra del carruaje, Julia acertó a ver el cambio sutil de su expresión.

— ¿De veras? –respondió Stonehaven con voz ligeramente ronca –. ¿Y como habré de servirte?

— Como yo desee –contestó ella con picardía.

— Dios, cómo sabes excitarme. Ya estoy duro como una piedra, y ni siquiera me has tocado aún.

Las mejillas de Julia se tiñeron de color. De repente, Stonehaven alargó los brazos y, alzándola de su asiento, se colocó sobre el regazo.

— Espero que no sea un largo viaje –dijo inclinándose para besarla.

Ella se entregó por completo al beso.

— Oh, Dios, será mejor que paremos o iré mucho más lejos de lo que pretendo –musitó roncamente contra la piel de su cuello. Luego emitió un largo suspiro y la apartó de sí, bajándole de nuevo la falda.

Permanecieron un rato en silencio. El traqueteo del carruaje no hacía sino alimentar el ardiente calor que Julia sentía por dentro. Miró hacia todas partes excepto a Stonehaven, recordando que era un hombre horrible y que había arruinado a la vida de su hermano. Sin embargo, ni siquiera retirando la cortinilla para contemplar el paisaje bañado por la luna consiguió abstraerse de la ansiedad que la embargaba.

— Suéltate el cabello –dijo Stonehaven de pronto.

Julia se volvió para mirarlo, sorprendida.

— ¿Qué?

— Quiero verte con el cabello suelto.

— Yo... eh... –ella no estaba segura de si debía hacerlo, pero era incapaz de resistirse a su mirada o a su voz. Alzó las manos y empezó a quitarse las horquillas. Los mechones castaños rojizos comenzaron a caer uno a uno, hasta que por fin, la lustrosa melena enmarcó su rostro y cayó sobre sus hombros.

— Ven aquí –pidió él con voz ronca, y se fundieron en un apasionado beso –. Debemos parar – musitó él al cabo de unos segundos.

Era lo último que Julia deseaba oír. Se sentía como si todo su cuerpo estuviera compuesto de puro fuego. Sin embargo, era consciente de que él tenía razón, y apretó los labios para reprimir los gemidos de protesta que ascendían por su garganta.

— Eres la mujer más encantadora que he conocido jamás –murmuró Deverel contra su cabello –. Nunca he deseado a nadie como te deseo a ti.

— Lo mismo digo –admitió Julia tímidamente, con voz tan rasposa que ni ella misma la reconocía.

De pronto, sintió unas ganas súbitas e irreprimibles de llorar. Se preguntó cómo diablos podría sacar adelante su plan. Temió no ser capaz. Pero tampoco sabía qué otra cosa hacer. ¿Cómo

iba a decirle a Nunnelly que olvidara lo que habían planeado? ¿Cómo podría mirar a Phoebe a la cara y decirle que había dejado escapar a su enemigo simplemente porque su cuerpo la había traicionado? ¿Y qué le diría al propio Deverel? ¿Qué todo había sido un error?

Quiso llorar... Y también quiso acercarse a él, hundirse entre sus brazos y pedirle que la poseyera allí y ahora.

Tendría que olvidarse del plan, concluyó Julia por fin. Se llamó a si misma tonta y cobarde, pero se sabía incapaz de consumarlo. En cuanto el carruaje se detuviera, ordenaría a Nunnelly que olvidara sus instrucciones. Luego convencería a Deverel de que regresara a Londres. Ella se quedaría allí, en su casa, pues no tenía valor para presentarse ante Phoebe después de lo sucedido.

El carruaje dio una sacudida y se detuvo. Deverel alargó la mano inmediatamente para abrir la portezuela y, tras bajar al suelo de un salto, se giró con el fin de ayudar a Julia. Ella se movió lentamente, tratando de pensar que decirles tanto a Deverel como a Nunnelly. Se inclinó para tomar su mano. Y, de repente, una figura apareció tras él. Julia emitió un jadeo ahogado.

— ¡No! —gritó.

Pero, en ese momento, Nunnelly asestó a Stonehaven un fuerte golpe en la cabeza con la porra que llevaba en la mano.

Deverel se desplomó en el suelo.

Capítulo 5

Julia profirió un grito y se apeó del carruaje de un salto.

— ¡Nunnelly! ¡No debías hacerlo! ¡Aun No! —se arrodilló preocupada junta al cuerpo postrado de Deverel—. Dios mío, no se mueve. ¿Respira?

— Pues claro que sí. Ha sido un golpe de nada. Pensé que sería más fácil golpearle aquí, y luego arrastrarlo hasta la puerta, que seguirlos a los dos hasta la cabaña.

— Ay —Julia dejó escapar un gemido. Luego hizo girar la cabeza de Deverel y la palpó con delicadeza—. Me parece que está sangrando —sacó un pañuelo y lo presionó sobre la fea hinchazón.

— No debe acobardarse ahora, señorita Julia. Ya está hecho. Lo llevare a la cabaña. Usted quédese con los caballos —Nunnelly se agachó y agarró a Stonehaven por debajo de los brazos. Acto seguido, echó a andar hacia atrás, arrastrándolo.

Julia, mientras tanto, se situó junto a los caballos. Nunnelly tenía razón, se dijo. ¿Dónde estaba su lealtad a su amado hermano? ¿Iba a cejar en su empeño de limpiar su nombre simplemente porque su enemigo la había seducido? Se sentía mezquina y culpable, aunque ignoraba qué la hacía sentirse peor, si el hecho de haber capturado a Stonehaven, o su deseo súbito de abandonar el plan.

— Ya está, señorita —anunció Nunnelly tras ella—. He atado a ese demonio. Volverá en sí de un momento a otro —la miró con preocupación—. ¿Se siente mal, señorita?

Julia asintió, algo avergonzada.

— Supongo que sí. ¡Ay, Nunnelly! En el último momento, me sentí incapaz de hacerlo. ¿Estaré obrando mal?

— ¿Qué le hizo cambiar de opinión, señorita?

— No lo se —Julia no podía decirle que había caído rendida ante los encantos de Stonehaven. Sin embargo, aún seguía creyendo que aquel hombre había robado el dinero e incriminado deliberadamente a su hermano. Lo único que había cambiado era el hecho de que ella se había debilitado. Se había dejado llevar por el deseo.

Julia se enderezó.

— Lo siento. Por un momento, perdí el valor —alzó el mentón—. pero ya estoy bien.

Nunelly pareció aliviado.

— Entraré con usted, señorita, para comprobar si está despierto.

Julia recorrió resueltamente el sendero que conducía a la puerta de la cabaña, seguida de Nunnelly. Conteniendo el aliento, abrió la puerta y entró.

Deverel se hallaba sentado en una tosca silla de madera, fuertemente atado. Tenía la cabeza erguida y los ojos abiertos, y miraba a su alrededor con aturdimiento. Julia acertó a ver cómo se tensaba los músculos de sus brazos y sus piernas conforme probaba la resistencia de las ligaduras. Giró la cabeza al oírlos entrar. Su expresión era de desconcierto.

Cuando vio a Julia, su rostro se contrajo en una sombría mueca.

— ¡Furcia taimada y mentirosa!

Julia se encogió interiormente. Había imaginado que se pondría furioso, pero sus palabras le atravesaron el corazón como una daga.

— Eh, no hable usted así —Nunnelly se adelantó hacia él con los puños apretados—. Fui yo quien le golpeó, no la señorita Julia.

— Ah, con que ahora se llama Julia ¿eh? —dijo Deverel con desdén—. ¿Y qué ha sido de la otra señorita? Aquella cuya timidez la obligó a salir huyendo antes de...

— ¿No me ha oído? ¡Le digo que se calle! —rugió Nunnelly—. Ahora no está usted al mando mi buen amigo, así que mantenga un tono respetuoso cuando se dirija a la señorita.

— No es mi señora.

— Será mejor que se vaya, Nunnelly —se apresuró a decir Julia.

— ¿Nunnelly? —inquirió Deverel arqueando las cejas —¿ES tu padre? ¿O tu marido?

Nunnelly entornó los ojos, pero Julia lo despidió rápidamente con un gesto.

— Puedo manejar esto yo sola. No podrá hacerme nada, atado como está. Seguro que se tranquilizara cuando se queda a solas conmigo.

A regañadientes, Nunnelly echó un último vistazo a Stonehaven.

— Como usted diga, señorita. Estaré afuera –añadió.

— ¡Vaya, si eres el que me agredió las otras veces! –exclamó Lord Stonehaven de repente, mirando a Nunnelly, quien por fin salió por la puerta –. Pues claro. He sido un estúpido al no darme cuenta de que todo estaba relacionado. ¡Tonto de mí! Como un semental persiguiendo a una yegua en celo, fui demasiado ciego para comprender que era una trampa.

— Estoy segura de que estarás de humor para hablar dentro de un rato –dijo Julia fríamente, manteniendo su pose.

— ¡Hablar! –exclamó –. ¿Eso es lo que quieres de mí? Estoy dispuesto a hablar ahora mismo... Aunque dudo que te interese lo que he de decirte.

— ¡Quizás te muestres más tratable cuando hayas pasado la noche entera aquí! –estalló Julia.

Stonehaven emitió una risotada desdeñosa.

— Si crees eso, entonces es que no me conoces. ¡Ramera estúpida! ¿De verdad pensabas que podrías someterme a tu voluntad de este modo? ¿Creíste que te pagaría a cambio de mi libertad? ¿Qué pretendías hacer? ¿Dispararme si no te daba dinero? Muy bien, puedes dejarme aquí encerrado para siempre, pero no me sacarás ni un solo penique –puso los ojos en blanco –. Puta traicionera.

— ¡Yo no soy una puta! –Julia sintió unos deseos enormes de abofetearlo –. y no te traicioné. Te traicionó tu propia lujuria. Si tu cerebro tuviera dominio sobre tu cuerpo, y no al contrario, no estarías aquí. ¿verdad? –levantó la mano –. No, no contestes. La respuesta es obvia.

— ¿Tan obvia como la reacción de tu cuerpo en el carruaje?

Julia enarco una ceja.

— Tú mismo acabas de expresar hasta qué punto conseguí engañarte.

Por el brillo de renovada furia que se reflejó en los ojos de Stonehaven, Julia comprendió que se había marcado un tanto.

— Desaparece de mi vista –rugió el –. No conseguirás sacarme nada.

— Muy bien –ella se encaminó hacia la puerta. Con la mano en el pomo, se detuvo y se giró hacia Deverel –. Ya veremos si mañana sigues cantando en ese mismo tono.

El esbozó una sonrisa diabólica.

— Sí, ya veremos. Vete e intenta dormir. Piensa en lo mucho que has perdido. Y reflexiona sobre tu dilema... Las amenazas de poco sirven si uno no es capaz de cumplirlas.

Julia le lanzó una mirada de intensa antipatía y salió por la puerta. Tras echar la llave y guardársela en el bolsillo, se dirigió hacia el carruaje, con una mueca en el rostro.

pasó todo el trayecto hacia su casa acurrucada en un rincón del carruaje, aferrándose a la furia. Al llegar a la mansión que era su hogar, se sintió sola y perdida. La casa estaba a oscuras, y los criados, que no esperaban su llegada, ni siquiera habían preparado su dormitorio.

Julia paseó la mirada por el cuarto en penumbra, sintiéndose aún más abatida. Se derrumbo en el mullido sillón situado junto a la chimenea, con lágrimas en los ojos. Tras unos breves segundos de llanto, empezó a sentirse algo mejor. Al menos, Lord Stonehaven seguía sin conocer su identidad. No podría decirles a los demás lo que ella había hecho y atraer la desgracia sobre la familia Armiger por segunda vez.

Julia se levantó, y bajó quedamente las escaleras. A continuación, salió por la puerta lateral y cruzó el patio hasta los establos. Tras tomar una brida y una silla de montar, se acercó a Clover, su yegua. Clover la saluda con un relinche de satisfacción. Julia lo acaricia el hocico, disculpándose por no haberle llevado una zanahoria, como acostumbraba. Una vez que la hubo equipado, la montó y echó a cabalgar hacia la cabaña, tratando de decidir exactamente cómo soltaría a Stonehaven.

Por un momento, se planteó volverse atrás, pero el sentimiento de culpabilidad por haberlo dejado en la posición tan incómoda, sin comida ni bebida, la atormentaba.

Al cabo de un rato divisó la cabaña, cobijada entre el bosquecillo de árboles que se extendía mas adelante. Deteniéndose frente a la puerta, con los nervios tensos, desmontó, ató la yegua a un matorral cercano y se encaminó hacia la cabaña.

A través de los resquicios de las contraventanas acertó a ver el resplandor de la lámpara de aceite que había dejado encendida. Alargó la mano hacia el pomo y entró.

un leve movimiento, a su derecha, captó su atención. Pero, antes de que pudiera reaccionar, un fuerte brazo la inmovilizó y una mano le tapó la boca.

Julia permaneció un momento paralizada por el miedo, pero luego empezó a debatirse y a gritar. Sus gritos quedaban amortiguados por la mano que le cubría la boca, y sus forcejeos eran fútiles, pero se negaba a rendirse sin pelear.

¿Cómo había podido soltarse? Porque a Julia no le cabía duda de que era Stonehaven. Nunnelly lo había atado fuertemente y, aunque no lo habían amordazado, no había nadie en kilómetros a la redonda que pudiera haber oído sus gritos.

Julia pateó, pero de nada sirvió. El se sacó su elegante pañuelo del bolsillo y se lo introdujo en la boca para acallar sus alaridos. A reglón seguido, recogió un trozo de cuerda del suelo para atarla las muñecas.

— ¿Cómo te sientes, querida, al recibir tu propio tratamiento?

Asombrada, Julia observó como recogía su capa, que había caído en el suelo con el forcejeo, y la envolvía en ella. Luego le puso la capucha estirándola al máximo para esconder su rostro.

¿Qué estaba haciendo? ¿Por qué no huía, sin más? Las esperanzas de Julia de evitar un escándalo se esfumaban con rapidez.

Stonehaven se agachó y, tomándola en brazos, se dirigió no hacia la cabaña, sino hacía la yegua. La colocó boca abajo sobre el lomo del animal y luego montó el mismo, ajustando las espuelas a la medida de sus largas piernas.

Julia comprobó con alivio que enfilaba en dirección opuesta a su casa, hacia Farrow. Cuando por fin llegaron al pueblo, Stonehaven guió a la yegua hasta el patio de la posada local.

Julia se puso rígida. La embargó un nuevo temor. ¿Acaso pensaba entregarla a las autoridades, acusándola de secuestro?

Era noche cerrada, y la posada se hallaba a oscuras y en silencio, mas Stonehaven no dudó en llamar a voces al posadero. Desmontó y apeó a Julia de la yegua. Asegurándose de que aun llevaba la capucha bien puesta, la acurrucó contra su pecho, de forma que apenas resultara visible una silueta femenina. La capa ocultaba con efectividad sus manos atadas, así como su rostro.

— ¡Posadero! ¡Abra! ¡Necesito una habitación!

Desde el interior les llegó un gruñido. El posadero no tardo en aparecer, ataviado, con su camisa de dormir y los pantalones puestos apresuradamente por encima.

— ¿Qué demonios quiere...? —empezó a decir furioso, pero se interrumpió cuando la luz de su vela reveló la presencia de un hombre cuyo porte e indumentaria le señalaban como miembro de la nobleza.

— Mi esposa está enferma. Necesito una habitación inmediatamente.

Julia empezó a retorcerse y a balbucir a través de la mordaza, pero los brazos de Stonehaven seguían sujetándola con fuerza.

— Como puede usted ver —dijo Deverel con calma —, está demasiado débil incluso para hablar.

— Muy bien, pasen, pasen, señor —el posadero retrocedió, sosteniendo la puerta para franquearles la entrada—. ¿Qué le ocurre, señor? ¿Necesitan un médico?

— No, no lo creo. Los viajes suelen agotarla mucho. Es de constitución delicada. Verá, nuestro carruaje sufrió un percance cerca de aquí. El cochero aún está intentando repararlo, pero mi esposa se encontraba tan mal que decidí adelantarme con el caballo para alquilar una habitación.

— Cómo no, señor —el posadero, siempre feliz ante la oportunidad de hacer negocio, los acompañó hasta las escaleras—. Les daré la habitación del fondo. Es la más tranquila. Da al jardín, y el cuento contiguo no está ocupado.

Al oírlo, el corazón de Julia se retorció de miedo, pero Stonehaven dijo satisfecho:

— Parece la ideal.

El posadero les abrió la puerta de la habitación y, cuando se hubo marchado, Deberle echó la llave por dentro. Luego obligó a Julia a cruzar el cuarto y la arrojó sobre la cama. Cerniéndose sobre ella, recorrió con los ojos toda la longitud de su cuerpo. Una sonrisa aviesa iluminó sus rasgos.

— Bien –dijo–. Creo que no hay duda de que estás completamente en mi poder.

Deberle se sentó en el filo de cama, junto a ella, y el colchón se hundió bajo su peso, haciendo que Julia se deslizara hasta él.

Stonehaven sonrió. Con un gesto casual pasó la mano por su pecho, acariciándole el abdomen y los senos simplemente para demostrar su poder.

— Sí, podría poseerte si quisiera –dijo con afabilidad–. Podría reclamar el trofeo con el que me tentaste.

Los pezones de ella se tensaron, presionando la tela del vestido, y él tomó uno de ellos entre el índice y el pulgar, dándole un leve masaje. Julia comprobó horrorizada cómo se endurecía con su desdeñosa caricia.

— ¿Acaso te asusta la idea? No imagino por qué. Teniendo en cuenta lo que haces para ganarte la vida, estarás muy habituada a las caricias de los desconocidos.

Julia emitió un sofocado gruñido de ira y lo miró.

— Bueno, no debes preocuparte –prosiguió Stonehaven al tiempo que retiraba la mano y se levantaba–. No tengo intención alguna de compartir los discutibles placeres de tu cuerpo. Francamente, el solo hecho de verte me repugna. Prefería acostarme con una serpiente.

Sus palabras eran dolorosas, pero Julia se relajó aliviada. Comprendió que el orgullo de Stonehaven estaba herido, que ni siquiera estaba dispuesto a admitir que la deseaba.

— Ahora te quitare la mordaza. Quiero hablar contigo. Pero si gritas, le contare al posadero toda la verdad y te entregare a las autoridades. No desearás pasar el resto de tus días en la prisión de Newgate, ¿verdad?

Julia negó con la cabeza. Deverel la miró un momento, como si estuviera juzgándola, y luego le retiró la mordaza.

Julia tenía la boca seca como el algodón. No habría sido capaz de gritar aunque hubiera querido su garganta. Carraspeo, se humedeció los labios e hizo un nuevo intento.

— ¿Qué quieres de mí, entonces?

— Algo muy simple, te lo garantizo. Quiero que me des los nombres de tus cómplices. Quiero saber quién tramó todo esto, quién decidió utilizarme.

— Fui yo.

Stonehaven hizo una mueca

— ¿Acaso me tomas por tonto? Sé que hay, como mínimo, otras dos personas implicadas, aparte de ti... El individuo que conducía el carruaje y el otro. Intentaron secuestrarme en plena calle, pero fallaron, así que tuvieron la idea de utilizarte a ti como cebo. ¿Son solo dos o hay más? A mi juicio, ambos tenían aspecto de lacayos. De modo que alguien tuvo que pagarlos a los tres, y quiero saber quién fue.

Julia lo miró, apretando la mandíbula. Obviamente, estaba convencido de que una simple mujer no podía haber ideado un plan semejante. Y nada de lo que ella dijera podría convencerlo de lo contrario.

— ¿Qué es ese hombre para ti? ¿Tu amante? ¿Tu chulo?

— ¡Bastardo! –Julia se incorporó con los ojos inflamados por la furia–. ¿Cómo tienes la osadía?

El chasqueo la lengua con mofa.

— Vaya, ¿ahora eres una dama refinada? Estoy empezando a cambiar de opinión. Quizá seas actriz. Parece una actividad acorde con tus habilidades y con tu catadura moral. ¿Se trata de eso? ¿Tu amante y tú os dedicáis al teatro?

— ¡Bueno eres tú para criticar mi catadura moral! –contraatacó Julia–. ¿Qué hiciste en el carruaje, o en los jardines Vauxhall? ¿Defenderte de mis voraces ataques, como el santo que eres?

— Existe una diferencia, señorita, entre dejarse llevar por el deseo e idear a sangre fría un plan para atrapar a alguien. Lo segundo es propio de personas sin corazón.

— ¿Y tú si lo tienes? Que mentira tan descarada. Tu no tienes compasión, ni sentimientos, ni corazón. Eres de esas personas que permanecerían tranquilamente a la orilla, para no mojarse la ropa, mientras otro se ahoga.

Deverel enarco las cejas ante el veneno que destilaba su voz.

— ¿De veras? ¿Y cómo es que, sin conocerme de nada, has llegado a semejante conclusión acerca de mi carácter?

— Conozco a los hombres de tu calaña –dijo hoscamente, antes de quedarse callada de nuevo.

— Volvamos al asunto que nos ocupa. Tus cómplices. Dado que te resulta difícil hablar de ellos ¿qué tal si empezamos por el más fácil, el hombre que me golpeo en la cabeza? ¿Quién es? ¿Un pariente? Le llamaste “Nunnelly”. ¿O se trata también de un nombre falso?

— No es ningún pariente. Ni se llama Nunnelly. Inventamos ese nombre para, eh, ocultar su identidad.

— ¿Cuál es su verdadero nombre?

— No lo se.

— Vamos, vamos. ¿No conoces los nombres de tus cómplices?

— Solo su nombre de pila, Fred.

— ¿Y el otro?

— Will. Se retiró del plan después del último intento. No tiene estomago para pegarle a la gente.

Julia puso los ojos en blanco y se quedo callada.

— Será mejor que me lo digas. Soy un hombre paciente. Y estoy dispuesto a quedarme aquí todo la noche hasta que me cuentes la verdad... o se lo cuentes a la policía.

— No me entregarás a la policía –aseguro Julia con más confianza de la que sentía en realidad –. Porque, si lo haces, nunca llegarás a conocer la identidad de ese hombre. Y creo que te interesa mucho.

— ¿En serio? ¿Por qué? –pese a la frialdad de su semblante, Julia percibió un súbito brillo de interés en sus ojos.

Ella se encogió de hombros.

— Porque fue el quien me contrato. Si, y me enseñó a hablar bien. Es alguien perteneciente a tu clase.

— ¿A mi clase?

— Exacto. Yo no era más que una pobre muchacha que trabajaba en una taberna, cuando ese caballero, muy parecido a ti, acudió a mi. Me propuso un trabajo con el que ganaría mucho dinero. Y yo, faltaría mas, acepte. Así que me llevó a su mansión, en su lujoso carruaje, y me enseñó a hablar como una dama. Hizo un trabajo espléndido.

— Si, espléndido –convino Stonehaven irónicamente.

— Después me compro ropas elegantes y me enseñó a caminar y a sentarme correctamente. una tarea agotadora, vaya que si.

— Sin duda. ¿Y cual era la finalidad de tan fastidiosa educación?

— Pues atraptarte a ti, claro ¿Cuál iba a ser?

— ¿Cómo se llama ese caballero?

— No lo se. Me pidió que lo llamase Andrew, y así lo hice, pero dudo que sea su verdadero nombre

— ¿Y que tiene contra mí?

— Pues no sabría decirle, exactamente, pero una vez le oí comentar que eras un ladrón –Julia lo observó detenidamente.

— ¡Un ladrón! –Stonehaven enarcó una ceja –. ¿Y que se supone que he robado?

— No estoy muy segura –respondió Julia, y a continuación añadió con descaro : ¿Tantas cosas has robado, que ni siquiera sabes a que se refería?

Stonehaven dejó escapar un suspiro.

— Eres una embustera consumada. Estás contándome una sarta de mentiras, y ambos lo sabemos. Nunca le he robado a nadie, y dudo que exista ningún caballero que sienta semejante rencor hacia mi o que te haya educado para seducirme. El acento, la forma de caminar, los modales.. no son cosas que se aprenden en unas cuantas semanas de estudio. De hecho, me siento inclinado a creer que desde pequeña te enseñaron a hablar y a comportarte como una dama. Sospecho que eres una chica de buena cuna que probablemente deshonró a su familia fugándose con su profesor de danza.. o quizá con un grupo ambulante de actores.

— Sientes fascinación por los actores, ¿verdad? —dijo Julia—. ¿por qué será? me pregunto.

— ¡Maldita sea! —Deverel se dio media vuelta y golpeo con el puño la superficie de la mesita de noche—. ¿Jamás había visto semejante sangre fría! Nada te inmuta. ¿verdad? Ni la seducción, ni el secuestro ni la mentira. De hecho, eso se lo que mejor se te da. ¡Mentir!.

— Oh, se me dan bien muchas otras cosas —respondió Julia con calma. No sabía con seguridad qué la impulsaba a provocar a Stonehaven, cuando todos sus sentidos la advertían que era preferible aplacar su ira.

El emitió un gruñido.

— Seguro que sí, y casi todas ellas en la cama. Sin embargo, no tengo interés en degustar tus talentos esta noche. Si crees que seduciéndome podrás escapar, estás muy equivocada.

— Ni siquiera se me había ocurrido. La idea de que me toques me repugna, francamente. Es más, me resultó muy difícil permitir que me abrazaras, a pesar del dinero que obtendría a cambio.

— En ese caso, muchacha, eres una actriz prodigiosa —contestó Deverel apretando la mandíbula—. Nunca he conocido a una mujer capaz de inflamarse así por exigencias del guión. O de fingir hasta el punto de que sus pezones se tensen y se humedezca su entrepierna...

Julia saltó de la cama con inarticulado grito de ira. A pesar de sus ligaduras, se abalanzó hacia él para morderle y arañarle. Sin embargo, al tener los tobillos atados, perdió el equilibrio y cayó pesadamente en el suelo.

Stonehaven profirió una maldición y se apresuró a recogerla.

— ¿Estas loca? ¿Cómo se te ha ocurrido hacer una cosa así?

— Quería matarte.

— La verdad duele ¿eh?

Ella le dirigió una mirada inexpresiva.

¿Y esa es la verdad? Has hablado de ciertas reacciones físicas provocadas por los estímulos determinados. Cualquier persona puede provocarlas, sin duda alguna. Yo, en cambio, me refería a las emociones. Si tan seguro estuvieras de que disfruté con tus besos y tus caricias, no te habría enfurecido tanto el pensamiento de que te “utilice” para atraparte. ¿No estás de acuerdo?

Julia se vio recompensada con un diminuto destello de ira en los ojos de Deverel. El no contestó nada, sino que se limitó a dejarla otra vez encima de la cama.

Seguidamente, tras quitarle la capa y colgarla en la percha situada junto a la puerta, se arrodillo frente a ella para despojarla de los zapatos.

Un estremecimiento recorrió a Julia cuando sintió el contacto de sus manos en los pies.

— ¿Qué estás haciendo?

— Te quito los zapatos. ¿O acaso preferís dormir con ellos puestos?

— ¿De que estas hablando?

— Es evidente que así no llegaremos a ninguna parte —declaró Deberle—. Quizá si duermes un poco te mostrarás mas dispuesta a colaborar. Te aseguro que yo, al menos, estaré de mejor humor tras una noche de sueño.

— ¿Y esperas que duerma así? —Julia extendió los brazos atados.

— No recuerdo que a ti te preocupara mucho si yo dormía o no con los brazos y los pies incómodamente atadas a una silla.

— No... no era mi intención hacerte daño —al cabo de un segundo, Julia comprendió que su tono arrepentido podía confundirse con una petición de disculpas. Y no lo era. De modo que lo miró, con aire desafiante, y alzó la barbilla—. Pero no me arrepiento. Tu comodidad carecía de importancia.

— Evidentemente. Sin embargo, yo no soy tan duro de corazón como tu.

Con gran asombro, Julia vio cómo empezaba a desatarle las ligaduras de los tobillos.

— Confío –prosiguió Deberle – en que no se te pase por la cabeza la idea de huir hacia la puerta. Está cerrada con llave, y te atraparía con facilidad. Luego tendría que atarte de nuevo y olvidarme de ser compasivo –tomó la cuerda que le había retirado de los tobillos y le ató con ella una de las muñecas.

— ¿Que estas haciendo?

— Permitirte un poco de movimiento... aunque sin darte libertad para que te metas en problemas, como sin duda harías, pues eres la mujer más difícil que he conocido – la condujo al pie de la cama y ató el otro extremo a la cuerda de la columna más cercana a la pared –. Ahora te desataré las manos.

Julia asintió, resistiéndose a darle las gracias. Cuando la hubo desatado, exhaló un suspiro de alivio. Inconscientemente se frotó las marcas rojas producidas por las ligaduras. Deberle se quedó mirándole las muñecas. Con la mandíbula tensa, se dio media vuelta bruscamente.

— Ahí tienes los útiles de aseo –señalo hacia la pared, donde, colocados sobre la pequeña mesa, había un jarro con agua, una jofaina y varias toallas limpias.

Julia no pudo sino sentir una oleada de gratitud hacia Stonehaven, recordando que ella no le había mostrado la misma consideración.

El se dirigió hacia la puerta.

— Voy a salir unos minutos. Dado que soy un experto haciendo nudos, yo en tu lugar no me molestaría en intentar deshacer el que te sujete a la columna de la cama.

— No intentaré escapar –aseguro Julia –. Ahora, quiero decir, aunque eso no significa que no lo intentare más adelante.

Stonehaven se giró y la miró con las cejas enarcadas.

Julia le sostuvo la mirada al tiempo que se colocaba las manos en las caderas.

— No hace falta que me mires así. ¡Te doy mi palabra!

— Sí, y estoy seguro de que tu palabra tiene un gran valor –ironizó él.

La gratitud que Julia había sentido unos segundos antes se esfumó.

— ¡Muy bien, vete! ¡Y piensa lo que te plazca!

Deberle se inclinó ligeramente, a modo de sardónico saludo, y a continuación salió del cuarto. Julia se dio cuenta de que echaba la llave por fuera. Hizo una mueca en dirección a la puerta sacó la lengua. Luego procedió a aprovechar la oportunidad que él le había ofrecido.

Se sintió mucho mejor después de asearse, aunque le resultó algo difícil estando atada a la cama. De haber tenido un cepillo, se dijo, su satisfacción hubiera sido completa. No se había vuelto a recoger el cabello y, en consecuencia lo tenía muy enredado.

Con un suspiro, Julia se sentó en la cama y aguardo el regreso de Deberle. La puerta se abrió de pronto, y ella se levantó dando un respingo. Luego lo miró con desprecio y volvió a sentarse, mostrándose, o eso esperaba, indiferente y desdeñosa como una duquesa.

Stonehaven cerró la puerta y echo la llave, Julia reparó, con cierta esperanza, en que la dejaba puesta en la cerradura. Podría abrir la puerta... si lograba soltarse de la cuerda que la ataba a la cama.

Tras despojarse de la chaqueta y terciarla en una silla, Deberle se sacó los faldones de la camisa. Julia se preguntó con horror si pensaría desnudarse delante de ella, pero no se quitó nada más aparte de los zapatos y los calcetas.

Luego se acercó a la jofaina y, enrollándose las mangas de la camisa, empezó a lavarse. Al ver sus muñecas por primera vez, Julia emitió un jadeo ahogado. Tenía restos de sangre reseca en ambos brazos, sobre todo en el izquierdo.

— ¿Qué? –inquirió el al oír la jadear.

— Tus brazos –indicó Julia –. ¿qué te ha pasado? ¿Por qué tienes sangre?

Deberle se miró los brazos, como sorprendiéndose un poco de verlos ensangrentados.

— Tuve que romper las cuerdas con las que me ató tu amigo.

— Pero, ¿con que?

— Con la tulipa de la lámpara que dejasteis. Acerqué la silla a la mesa y volqué la lámpara para romperla.

Julia giró la cabeza hacia otro lado, sintiéndose culpable. El la miró pensativamente unos instantes, y luego siguió lavándose las manos. Cuando hubo terminado, se acercó a la cama y retiró la colcha.

— ¿Piensas dejarme aquí de pie durante toda la noche? –inquirió Julia observándolo con cierta esperanza.

— No sería peor de lo que te mereces. Sin embargo, no es esa mi intención –Stonehaven rodeó la cama y, con gran sorpresa de ella, empezó a desatar la cuerda de la columna. No obstante, en lugar de atarle de nuevo las muñecas, se ató su propio brazo con el otro cabo de la cuerda.

— ¿Qué estas haciendo?

— Asegurarme de que no intentaras escapar en mitad de la noche. Como comprenderás, incluso una persona con el sueño profundo se despertaría si intentaras quitarle la cuerda. Y dado que yo tengo el sueño ligero...

— Pero eso significa que tu y yo.. – Julia miró de reojo la cama y luego a él, ruborizándose.

— Sí, tendremos que dormir juntos. No temas por tu preciosa virtud. Ya he dejado claro que perdí cualquier deseo de acostarme contigo después de descubrir quién eres – hizo una ligera reverencia y añadió -: Te doy mi palabra, tal como hiciste tu, de que no te molestaré.

Julia inhalo por la nariz.

— Pues debo decirte, tal como me dijiste tú, que me fió poco de tu palabra.

Deverel arqueó una ceja.

— Te aseguro que, a estas alturas, lo único que me apetece es dormir. No obstante, si prefieres dormir en el suelo, puedo atarte de nuevo las muñecas a la columna de la cama.

— ¡No! – Julia se quedo mirando el polvoriento suelo con repugnancia -. Dormiré en la cama – accedió malhumoradamente.

El hizo un gesto para invitarla a meterse en cama primero, y ella así lo hizo, deslizándose bajo la colcha y retirándose de Deverel tanto como se lo permitía la cuerda. Luego se giró de espaldas a él, rígida como una tabla, con todos los sentidos alerta. Noto como el colchón se hundía bajo su peso y, a reglón seguido, lo oyó apagar la vela con un soplo. La habitación se sumió en la oscuridad.

Julia aguardo hasta que, increíblemente deprisa, la respiración de Deverel se tornó más lenta y profunda. Sin hacer ruido, deslizó la mano por las sábanas, siguiendo la cuerda, hasta que palpó el nudo.

— Creí haber señalado la futilidad de intentar desatar la cuerda mientras duermo –la voz de Deverel surgió de la oscuridad, sobresaltándola -. Te repito que tengo el sueño muy ligero.

Julia no contesto, sino que se limitó a darse otra vez la vuelta. El cansancio acabó rindiéndola y, por fin, se quedó dormida.

A julia no la despertó la tenue luz del amanecer, sino el calor. Empujo para liberare del peso que la oprimía y, finalmente, recordó dónde estaba. Se hallaba en la taberna, y el peso que se sentía sobre su cuerpo era el brazo de Deverel. Abrió rápidamente los ojos, alarmada, al tiempo que su cerebro volvía a funcionar con normalidad.

Stonehaven y ella yacían en mitad de la cama, acurrucados el uno contra el otro, la espalda de ella pegada al pecho de el. Julia podía sentir la dureza de su deseo contra los glúteos, empujándola con insistencia. Stonehaven la rodeaba con el brazo libre, y le había echado por encima una pierna. Lo más inquietante era que su mano permanecía cerrada en torno a uno de sus senos.

Su cuerpo parecía un horno. Julia apenas podía respirar. Tenía los senos hinchados y los pezones erectos. Estaba totalmente excitada, sin que Stonehaven hubiera tenido que hacer esfuerzo alguno para conseguirlo. ¿Qué demonios le pasaba? ¿Por qué el hombre al que odiaba producía semejante efecto en ella?

Deverel emitió un leve jadeo y se pegó aún mas a julia, si tal cosa era posible. Ella sintió un fuerte deseo de apretar sus caderas contra el , pero logró reprimirse. Deverel murmuro algo incomprensible y hundió la nariz en su cabello. Julia noto su aliento en el cuello y, seguidamente, el cálido contacto de sus labios en la piel.

Dándose la vuelta, lo empujó con toda su fuerza, consiguiendo echarlo de la cama, y Deverel aterrizó en el suelo con fuerte golpe sordo. No obstante, la momentánea satisfacción de Julia se esfumó por el hecho de que, al estar unidas las muñecas de ambos, ella también resultó arrastrada. Aterrizó encima de Deverel un segundo después.

El prefirió una obscena maldición.

— ¿Qué intentas hacer, matarme? ¿O simplemente quieres despertar a toda la posada?

— Me estabas tocando. ¡Y dijiste que no lo harías! –Julia trató de levantarse, pero se lo impedían tanto la cuerda como el flanco de la cama. Volvió a caer de bruces sobre Deverel, y se ruborizó al notar la inevitable reacción de su cuerpo.

El la miro al tiempo que emitía una risita.

— Tu lo estas provocando todo, mi querida muchachita. Yo no he hecho nada.

— ¡Oh! – Julia consiguió rodar hasta el suelo, y ambos quedaron tumbados boca arriba, con las muñecas unidas –. Levántate. Prefiero ir a la cárcel antes que pasar un momento mas contigo.

— Pues creo que debes de tener un extraño concepto de la cárcel –replicó Deverel mientras se incorporaba.

Julia pasó por alto el comentario y se alisó la falda del vestido. Luego se acercó al espejo y emitió un apesadumbrado jadeo.

— ¡Tengo aspecto de haber dormido en un lodazal!

— No. ¿Cómo puedes decir eso? No tienes ni una sola mota de tierra encima.

Ella entrecerró los ojos.

— ¿Siempre eres tan fastidioso por las mañanas?

— Me temo, querida, que siempre me despierto muy despejado –Deverel esbozó una sonrisa malvada –. Sobre todo si me despierto de un sueño agradable.

Julia frunció los labios.

— No tengo ningún cepillo –se quejó –Mira el aspecto de mi pelo.

El se quedo mirando la enredada cascada de rizos. Parecía que hubiera pasado la noche haciendo el amor apasionadamente, y aquel pensamiento hizo que Deverel experimentara una punzada de deseo en la entrepierna.

Dirigió a Julia una mirada sombría, obligándose a no decir las cosas que estaba pensando. Aquella mujer lo había tomado por tonto, engatusándolo para que sus cómplices pudieran secuestrarlo.

— Tengo un peine –dijo por fin, acercándose a ella. Julia agarró el peine e intentó utilizarlo, pero no pudo al tener la mano derecha imposibilitada por la cuerda –. Deja, yo lo haré.

Deverel tomó un lustroso mechón de cabello y empezó a pasar el peine por las puntas, deshaciendo cuidadosamente los enredos. Podía oler el fragante aroma de rosas que aún desprendía cada hebra. De pronto, se noto la boca seca y la garganta obstruida.

Ella pudo oír la cadencia ronca de su respiración.

Apartó la cabeza bruscamente.

— Ya.. ya está bien.

Deverel se detuvo, con la mano paralizada en pleno aire, y luego arrojó el peine sobre la cómoda. Dándose media vuelta, se dirigió hacia la jofaina. Y ella, naturalmente, tuvo que acompañarlo.

Tras llenar la jofaina de agua limpia, Deverel se inclinó para enjuagarse la cara, arrastrando el brazo de ella consigo.

Chasqueo la lengua con exasperación y alargó la mano para desatar la cuerda. Julia se quedó muy quieta. Por fin se le presentaba la ocasión de escapar.

— ¡Ya está! –exclamó el tras quitarse la cuerda de la muñeca.

Sin perder un solo instante, Julia agarro el jarro y golpeó a Deverel con todo su fuerza. Había pretendido darle en la cabeza, pero él retrocedió instintivamente, de modo que recibió el golpe en el hombro y en el pecho. Se tambaleó y, por suerte para Julia, resbaló con el agua que se había derramado en el suelo.

Mientras Deverel caía, ella atravesó la habitación a la carrera e hizo girar la llave en la cerradura. Él se levantó, entre maldiciones, y echó a correr hacia Julia justo cuando ella salía por la puerta.

Capítulo 6

Julia recorrió presurosa el pasillo y empezó a bajar las escaleras, pero oyó tras de sí las pisadas de los pies de Stonehaven. Era mucho más rápido que ella, de modo que la alcanzó en el rellano. Agarrándola con fuerza del brazo, la obligó a darse media vuelta.

— ¡Pequeña miserable! –sus ojos centelleaban, y su rostro ardía de furia.

— ¡Suéltame! –Julia trató de soltarse, propinándole un puntapié en la espinilla. El profirió una maldición.

— ¡Quieta, maldita sea! –Deverel la rodeó con sus brazos, inmovilizándola, al tiempo que la arrinconaba contra la pared con todo el peso de su cuerpo.

— ¡Basta! Suéltame. ¡Apenas puedo respirar!

— Si no pudieras respirar, no estarías hablando –repuso Deverel, mirándola a la cara. Tenía las mejillas congestionadas y sus ojos brillaban de ira. Su cabello, suelto sobre sus hombros, parecía una gruesa manta castaña rojiza. Su belleza volvió a dejarlo estupefacto.

— ¡Suéltame! insistió ella, empujándolo con su propio cuerpo.

— Aquel súbito empujón de su pelvis fue lo que motivó la reacción de Stonehaven. Buscó sus labios ávidamente. Julia se derrumbó contra él, repentinamente demasiado débil para tenerse en pie. La boca de Deverel devoró la suya, saqueándola con los dientes, la lengua y los labios.

El calor los consumió a ambos. Apenas un último resto de sentido común impidió a Deverel alzarle la falda y poseerla allí mismo. Apretó la pelvis contra la de ella, y vio incrementada su excitación por el jadeo de placer que resonó en la garganta de Julia.

Ninguno de los dos repararon en el sonido de la puerta principal de la posada al abrirse, seguido de un ruido de voces y pasos.

Una voz masculina reverberó en el salón.

— ¡Dios bendito! ¡Stonehaven!

Deverel y Julia se quedaron petrificados, como si acabaran de arrojarles un cubo de agua helada. El la soltó y ambos se giraron.

Vieron a tres personas, a unos cuantos metros, que los miraban con horrorizado estupor. Una mujer, un hombre y un adolescente. Las tres personas que tanto Julia como Deverel menos deseaban ver en aquel momento y en aquella tesitura.

— Fitzmaurice –graznó Deverel.

— ¡Julia! Exclamó Pamela. St. Legar, por una vez aparentemente sin palabra.

Thomas, Situado junto a su madre, no dijo nada, sino que siguió mirándolos con la mandíbula desencajada.

Julia se puso colorada como un tomate. Deberle maldijo entre dientes.

— ¡Que estas haciendo aquí, Julia? ¡Y... y en semejante situación! –farfulló Pamela.

Julia emitió un gemido y se abrazó a Deberle, con gran sorpresa de este, ocultando el rostro contra su pecho.

— ¡Como si no fuera ya bastante indecoroso lo que hizo tu hermano! –. ¡Mírate, comportándote como una fulana en una posada pública! –paseó inexpressivamente la mirada por su pies descalzos y su cabello desgreñado –. Pobre Phoebe –suspiro –. Pobre Gilbert. No sé como los Armiger podrán levantar la cabeza ahora.

— ¿Julia? –murmuró Deverel muy rígido –. ¡Santo cielo! –tomó la barbilla de Julia y la obligó a alzar la cabeza para mirarlo –. De eso se trataba...

Lo interrumpió Thomas, que en ese momento habló por primera vez.

— Te equivocas, madre. ¡Sir Selby no hizo nada malo! Y estoy segura de que Julia tampoco –agregó firmemente.

— Desde luego –añadió Fitzmaurice sin convicción.

— No seas tonto, Thomas –dijo Pamela . Lo que tu querida Julia estaba haciendo resulta muy obvio. ¿me equivoco, Julia?

Julia giró la cabeza y le dirigió una mirada pétrea. Sabía, tan bien como Pamela, que su reputación estaba acabada. Había fracasado completa y miserablemente. No solo no había logrado limpiar el nombre de Selby, sino que había empeorado las cosas para Phoebe y Gilbert al envolver a la familia en otro escándalo.

— Bueno, cariño –dijo entonces Deverel –. Parece que tendremos que decírselo.

Julia lo miró rápidamente. ¿De que estaba hablando?

— ¿Qué? –inquirió con un hilo de voz.

— En fin, ya sé que planeábamos decírselo antes a mi madre, pero dada la situación, creo que debemos hacer al mayor Fitzmaurice y a la señora St. Legar partícipe de nuestra pequeña sorpresa – Deverel se giró hacia los demás, sin dejar de rodear a Julia con el brazo –. Lo lamento –prosiguió –. No se lo habíamos dicho a nadie. Queríamos esperar a que lady Stonehaven conociera la noticia. Precisamente íbamos de camino hacia allí.

— ¿A Stonehaven? –Fitzmaurice parecía confuso –. ¿No es tu hacienda de Buckinghamshire?

— Exacto –contesto Deberle con afabilidad –. Pero antes debíamos venir a la casa de Julia, naturalmente. Mas eso es lo de menos. Lo importante es lo que han visto ustedes. Reconozco que Julia y yo somos culpables de cierta falta de conducta –añadió sonriendo –, pero no tenía nada de pecaminoso. Espero que no sean demasiados duros con nosotros. Uno debe hacer ciertas concesiones a los recién casados, ya saben. Julia y yo nos casamos ayer mismo.

El anuncio fue seguido de un profundo silencio.

Fitzmaurice fue el primero en reaccionar.

— ¡Pues claro! Eso lo explica todo. Mi enhorabuena, muchacho –se adelantó para estrechar la mano de Deberle. –. Y Julia, querida mía –le dirigió una cálida sonrisa mientras añadía –: Le deseo toda la felicidad del mundo, Lady Stonehaven.

— Julia palideció.

— ¡Oh, no! ¡No debes llamarme así!

— Naturalmente, Fitz, para ti sigue siendo Julia –explicó Deberle con calma –. Eso nunca cambiará, te lo aseguro –se giró hacia St. Legar –. Bueno, Thomas, ¿no piensas felicitarlos? Me consta que quieres mucho a Julia.

— Sí... si, claro, faltaría mas –tartamudeó Thomas al tiempo que miraba a Julia inquisitivamente. Ella le frunció el ceño, con la esperanza de que comprendiera que todo era un truco –. Enhorabuena, señor. Julia.

— Que... extraordinario –dijo Pamela con un énfasis irónico. Julia estaba segura de que no se había creído nada de lo que había dicho Deberle.

— Si, ¿Verdad? –Stonehaven le sonrió –. Me consideré increíblemente afortunado cuando Julia aceptó. En fin, me temo que debemos irnos ya. Tenemos que ponernos en camino para llegar a Stonehaven esta misma tarde –hizo una reverencia a modo de saludo –Con su permiso. Vamos, amor mío.

Julia titubeó, sintiéndose culpable por no haberles dicho que Stonehaven mentía. Sin embargo, siguió a Deberle hasta la habitación, ocultando cuidadosamente el brazo donde tenía atado la cuerda. El la guió al interior del cuarto y cerro la puerta. Luego se giró para mirarla.

Julia notó que, de repente, las rodillas empezaban a temblarle, y se derrumbó en la silla.

— ¡Oh, no! ¿Qué vamos a hacer ahora ¿ ¡Que mala suerte!

— Si, debo estar de acuerdo. Pero ahora no hay tiempo para lamentos y recriminaciones. Tenemos que salir de aquí deprisa, antes de que empiecen a hacernos preguntas delicadas. Como, por ejemplo, por que hemos pasado la noche en una posada, y no en tu casa.

— ¿Por qué les dijiste que nos hemos casado? –gimoteó Julia al tiempo que se levantaba y se paseaba nerviosa por la habitación

— Es evidente. Era lo único que podía salvar tu reputación.

— ¡pero lo has empeorado todo! ¿No lo comprendes? ¡Tarde o temprano, averiguarán la verdad, y el escándalo será aun mayor!

— No averiguarán la verdad –aseguró Deverel mientras se sentaba para ponerse las calcetas y los zapatos –. Porque no se trata de una mentira –le hizo un gesto –. Ponte los zapatos, muchacha. Tenemos que irnos.

— ¿Cómo que no se trata de una mentira? –a Julia le apetecía gritar, pero se sentó obedientemente para colarse los zapatos. No estamos casados. No podemos...

— Eso lo remediamos pronto –contestó el lentamente.

Julia se quedó mirándolo. Luego se incorporó lentamente.

— ¿Insinúas que vamos a casarnos?

— Naturalmente. ¿Acaso tenemos mas remedio?

— ¡Pero si nos odiamos!

— Cosa muy habitual entre los matrimonios –repuso él al tiempo que se ponía una chaqueta –. la única diferencia es que nosotros ya lo sabemos, y no tendremos que descubrirlo más tarde. Bueno, si estás lista...

— No pienso ir a tu casa –afirmó Julia tajantemente.

— Ya hablaremos de eso en un momento mas propicio.

— ¡No! Hablaremos ahora, antes de llegar aún más lejos. Todo esto es absurdo. No vamos a casarnos. No puedes querer casarte conmigo. Ni yo, desde luego, deseo casarme contigo.

— Sé muy bien cuales son tus sentimientos hacia mí. Y no puedo fingir que lo que yo siento por ti sea particularmente positivo. Pero no estamos hablando de lo que deseamos. Estamos hablando de nuestro deber –Deverel le dirigió una mirada penetrante –. ¿Has olvidado ya en que apuro te encuentras? Nos han sorprendido en una situación extremadamente comprometida, dos personas que, probablemente, se lo contarán a media Inglaterra. Fitzmaurice carece de buen juicio para mantener la boca cerrada, y Pamela es de esas personas que disfrutan haciendo desgraciados a los demás. Tu reputación quedará arruinada, y solo podrás evitarlo casándote conmigo.

— me doy cuenta de ello. No soy estúpida –se defendió Julia –. pero no tienes por que hacer semejante sacrificio. Además, los Armiguer ya hemos caído en desgracia. ¡Vivimos en el ostracismo por culpa de... lo que tú le hiciste a Selby!

— ¿Lo que yo le hice a Selby? Dios santo, a pesar de todos tus defectos, hasta ahora no me había parecido que fueras estúpida. Yo no le hice nada a Selby. El se lo hizo todo. Fue necio y débil, y acabó deshonorando su nombre. Ni siquiera tuvo valor para afrontarlo como un hombre.

— ¿Cómo te atreves a hablar así de Selby? – Julia crispó los puños y lo miro con ferocidad – ¡Era el mejor hombre del mundo! ¡Era maravilloso, amable, y mucho más valiente que una serpiente como tu!

— Si, un ejemplo a seguir, sin duda –comento Stonehaven sardónicamente –. Pero volvamos al asunto que nos ocupa, si no tienes inconveniente. Es cierto que Selby ya deshonoró a la familia, pero si tú das pie a otro escándalo será aun peor. Piensa en la señora Armiger y en el pobre Gilbert.

Julia no pudo reprimir las lagrimas.

— ¡Lo se! ¡Lo se! No hace falta que me lo recuerdes. SE muy bien cual es la situación. Y sabía perfectamente lo que sucedería si mi plan fracasaba.

— Pero seguiste adelante a pesar de todo, ¿Verdad? –Deverel maneó la cabeza con exasperación –. Eres muy parecida a Selby... impetuosa e impulsiva en exceso. Deseabas vengarte de mí porque fui yo quien denunció a Selby, así que concebiste ese ridículo plan, aun a sabiendas de que podía estallarte en la cara.

— Creí que merecía la pena correr el riesgo.

— Muy bien. Podemos seguir hablando mientras viajamos. Pero es necesario que nos vayamos ya de la posada.

Deverel abrió la puerta y se asomó al exterior con cautela. Tras salir al pasillo, le hizo a Julia que lo esperase fura mientras él buscaba el posadero.

— — ¡Julia! Te vi salir.

Julia miró hacia la puerta, alarmada.

— ¿Nos ha visto alguien más? No puedo hablar con Pamela.

— No, no corres ningún peligro. Mi madre y el mayor aún están almorzando –Thomas miró con expresión de angustia –. No es cierto, ¿verdad? No te has casado con él, ¿eh?.

— No, por supuesto que no. Ay, Thomas, todo esto es un desastre. Deve... Lord Stonehaven lo dijo porque nos sorprendisteis. Pero no estamos casados. Sabes que no podría casarme con el.

— ¡Gracias a Dios! Pero, ¿qué hacíais aquí? ¿Y por que lo estabas besando?

— Pues... veras, es una historia muy complicada. No puedo explicártelo ahora.

— Pero, ¿has descubierto algo? –la urgió Thomas –¿confesó al verse acorralado?

— ¡Santo Dios!

Ambos dieron un salto y se giraron al oír la voz furiosa de Stonehaven tras ellos. Tan absortos estaban en la conversación, que no lo habían oído salir. Se quedaron mirándolo, boquiabiertos.

— con que era eso ¿eh? –tronó Deverel – No querías vengarte de mí por haber denunciado a Selby, ¿verdad? ¡Me sedujiste y me llevaste a esa cabaña para obligarme a hacer una especie de confesión!

Julia tragó saliva, aterrada por la ira que reflejaba en su rostro. Se obligó a alzar el mentón y dijo:

— Naturalmente que si. ¿Para que, sino, íbamos a encerrarte en la cabaña?

— Pensé que deseabas hacerme daño en venganza por lo que sucedió a Selby –Deverel hizo una pausa y la miró inquisitivamente –. ¿Qué querías que confesara?

— ¡Que fue usted quien robó el dinero! –aulló Thomas, enfrentándose a él con los puños apretados.

— ¿cómo? –Stonehaven se quedó mirándolo con asombro –. ¿Estas loco?

— No, soy mas listo de lo que usted cree.

Stonehaven emitió una risotada.

— En absoluto, si crees que fui yo quien robó tu dinero. En mi vida había oído una ridiculez semejante.

— No es una ridiculez, y tu lo sabes –terció Julia –. Robaste el dinero que te las arreglaste para cargarle a Selby el delito. Lo hundiste, a él y a toda la familia, con tus afanes egoístas.

Stonehaven palideció.

— ¿De veras.. de veras crees que yo robe el dinero del joven Thomas? ¿Qué traicioné el honor de mi familia y la confianza de Walter depositó en mi? ¿Y que, no contento con eso, hundí a un hombre que había sido amigo mío durante años?

— Si, eso es lo que creo.

Deberle miro a Thomas.

— ¿Y tu, joven Thomas... también lo crees?

Thomas hizo un gesto afirmativo, manteniéndose en su terreno, a pesar de su aspecto ligeramente amedrentado.

— Estoy abrumado por el alto concepto que tenéis de mi –Deverel hizo una pausa –. Lo siento, Thomas, pero la señorita Armiguer y yo debemos marcharnos. Tenemos muchas cosas que hacer en las próximas días. Pero te aseguro que se casará conmigo, y quisiera solicitar tu discreción. Se que a mi no me aprecias, pero te ruego, por el cariño que le tienes a Julia, que guardes silencio acerca de lo que has oído.

— ¡Yo jamás le haría daño a Julia! –exclamó Thomas.

— Bien. Pero si lo harás si le cuentas la verdad a tu madre y a Fitz.

— Oh, no, señor, descuida –aseguró Thomas con firmeza.

— Por lo demás, te prometo que la señorita Armiger y yo investigaremos el asunto del desfalco minuciosamente. No tardará en saber quien robó en realidad el dinero –se giro hacia Julia, mirándola con ojos desafiantes.

Ella le sostuvo la mirada.

— si crees que podrás engañarme y hacerme creer que fue Selby, te advierto de antemano que no dará resultado.

— Desde luego. Pero espero que la razón y la lógica acabe convenciéndote –Stonehaven hizo una pausa –. Bueno, debemos irnos ya.

Julia se volvió a Thomas para abrazarlo.

— No me pasará nada –le susurro—. Y te juro que, sea como sea, lograré arrancarle la verdad. Seguidamente, Deberle a condujo hasta los establos.

— El posadero consintió en alquilarme su carreta. Es más lento que un solo caballo, pero también mas adecuado para una mujer vestida con un traje de diario. ¿no crees?.

Julia emitió un suspiro de alivio.

— Gracias –dijo evitando mirarlo a los ojos.

— No las merece –respondió el en un tono igualmente rígido.

Cuando el mozo de cuadra hubo sacado la carreta de los establos, con la yegua de Julia atada a la parte trasera, Stonehaven la ayudo a subir y luego tomó las riendas. Emprendieron un ritmo lento.

— Lamento estropearle los planes –dijo Julia al cabo de un rato –, pero irás a Buckinghamshire tu solo. Tenemos que pasar por Londres, y allí me apearé.

El la miro de soslayo.

— Que mosca te ha picado ahora?

— No voy a casarme contigo. La mera idea es absurdo.

— En ocasiones, yo también he opinado así del matrimonio –contestó Deberle con calma—. Pero me temo que es una forma de vida comúnmente aceptada.

— Deja de decir tonterías, por favor. Me refiero a nuestro matrimonio. No tiene razón de ser.

El emitió una sonora carcajada.

— Creí que habíamos zanjado la cuestión.

— En absoluto. No tienes razones para casarte conmigo. No estas obligado a hacerlo. Para ti y para tu familia solo sería un motivo de vergüenza emparentar con los Armiguer. Y, en particular, conmigo, después de que Pamela St. Leger les cuente a todos lo sucedido.

— Yo también formaba parte de la situación.

— Pero para un hombre no es lo mismo, y los sabes. La gente chasqueará la lengua y meneará la cabeza, y quizá algunas damas decidirán que eres demasiado libertino para invitarte a sus fiestas, pero nada más. La sociedad no te relegará al ostracismo.

— Ni a ti tampoco, cuando se sepa que estamos casados.

— No tienes que hacer tamaño sacrificio por mi –repuso Julia tercamente. ¿Por qué insistía en actuar con tanta nobleza?—. No puedes querer atarte a una “furbia taimada y mentirosa”.

Stonehaven enarcó una ceja, divertido.

— Ah, eso te ofendió, ¿eh?

— Tu me desprecias –añadió Julia, pasando por alto su comentario—. Y sabes que yo también te desprecio a ti. ¿Qué clase de matrimonio formaríamos?

El se giró y le dirigió una mirada penetrante.

— Escúchame bien. Pretendo casarme contigo. Y me trae sin cuidado lo que pienses. Como ya te he dicho, es una cuestión de honor. Fui sorprendido en la misma situación delicada que tú. Ciertamente, la sociedad no me castigaría con la misma severidad que a ti. Pero si me conocería como el canalla que te sedujo y luego se negó a casarse contigo.

— ¡Pero la culpa fue mía! –protestó Julia—. Sabía muy bien lo que estaba haciendo. Tú no me conocías, ni sabías si yo era una mujer de bien me hice pasar por alguien de moralidad dudosa. Estoy preparada para arrastrar las consecuencias de mis actos.

— Ciertamente –convino él con una inflexión sarcástica –, no sabía quién eras ni cuáles eran tus intenciones. De haberlos sabido, hubiera actuado con mas sensatez. Sin embargo, independientemente de cuáles fueras las circunstancias, yo también obré mal. Cometí la temeridad. Debí escapar cuando me liberé de las cuerdas. Pero preferí quedarme porque estaba furioso. Yo te llevé a la posada, de modo que tuve la culpa de que nos sorprendieran en esa... situación –los ojos de Deverel descendieron hasta la boca de Julia, y ella no pudo sino recordar el beso apasionado que compartían cuando los sorprendieron.

Recordó el sabor de sus labios, su textura, su calor ardiente, y se estremeció sin poder evitarlo.

— Además —prosiguió el con voz neutra, fijando los ojos en el camino —aunque no nos hubieran sorprendido, entable contigo una relación... íntima que solo debería estarle permitida a tu esposo. Habiéndote visto y acariciado... —su tono se tornó mas profundo.

Julia se sintió embargada por un estallido de calor, y retiró la mirada. ¿Cómo podían excitarla tanto sus meras palabras?

— No. Por favor. No llegamos a...

— No, no hicimos el amor —respondió Deverel bruscamente —. No te arrebaté tu virginidad. Ese pecado, al menos, no puedo imputárseme. Pero a pesar de ello, es mi deber corregir la situación moral y legalmente.

— ¡Pero yo no quiero casarme contigo! —estallo Julia perdiendo la paciencia —. Quizá para ti lo más importante sea el que dirán, pero no para mí. ¡Preferiría pasar el resto de mi vida en la vergüenza antes de atarme al hombre que hundió a mi hermano!.

— ¡Yo no hundí a Selby! —los ojos negros de Stonehaven resplandecieron con furia —. ¿Acaso estás loca? ¿Cómo puedes pensar que yo robé ese dinero? ¿O que utilicé a Selby? Era amigo mío.

Julia puso los ojos en blanco.

— Que dios nos salve de los amigos como tú.

— Esto es absurdo. ¿Qué te ha llevado a pensar que yo sustraje el dinero de Thomas?

— Ella le lanzó una mirada de desprecio.

— Tu deberías saberlo mejor que nadie.

— Dímelo.

— Bueno, en realidad no puedo demostrarlo. Por eso quería hacerte confesar.

— ¿Seduciéndome? —Deverel frunció el ceño, pensativo —. Recuerdo que me hiciste preguntas extrañas en la cabaña de los jardines Vauxhall —una sonrisa sardónica curvó sus labios —¿Qué pretendías hacer? ¿Decirme, en el apogeo de la pasión, “ah, por cierto, quisiera saber si desfalcaste el dinero de la herencia de Thomas”? Hubiera resultado un tanto inoportuno, ¿no crees?

— No dio resultado, obviamente —Julia le hizo una mueca —. Enseguida comprendí que no estaba a la altura de la tarea.

— Oh, lo hiciste muy bien —aseguró él, y por un momento sus ojos se iluminaron con un fuego malévolo.

— No conseguí la información que buscaba.

— Así que decidiste secuestrarme. Por cierto, ¿quién es Nunnelly, al que le debo el golpe en la cabeza?

— No debes echarle la culpa —aseguró Julia con firmeza —. Todo fue idea mía. Su lealtad hacia mí es tal, que obedece todos mis caprichos. Jamás lo habría hecho si yo no se lo hubiera pedido.

— Así que es un sirviente, y no un asesino a sueldo.

— ¡No iba a asesinarte! —repuso Julia horrorizada.

— Volvamos al asunto que nos interesa. Ibas a decirme por que llegaste a la conclusión de que soy un ladrón.

— Porque tanto Phoebe como yo conocíamos bien a Selby.

— Comprendo. Entonces, no tienes pruebas que demuestren que él no lo hizo.

— Desde luego que no. O las hubiera hecho públicas hace mucho tiempo. Pero conocía a mi hermano, y sé que jamás hubiera obrado así. Thomas era como un hermano pequeño para él.

— Unos sentimientos admirables por parte de una hermana. Sin embargo, todo hombre es capaz de hacer cosas contrarias a su naturaleza si la necesidad lo apremia.

— ¿Hablas de Selby?

— Sí. Selby era un jugador empedernido. Perdió una gran suma de dinero. Sin duda, necesitaba pagar sus deudas de juego, y tuvo la idea de tomar el dinero del fondo de fideicomiso. Quizás pensaba devolverlo cuando volviera a disfrutar de una racha de suerte, pero eso, naturalmente, nunca ocurre.

Julia descartó la idea con un gesto.

— Sé que de joven jugaba mucho. El mismo me lo dijo. Pero dejó de hacerlo tras conocer a Phoebe.

— En absoluto –Deverel respiró hondo y se obligó a hablar con calma –. Era tu hermano y lo amabas profundamente. Al principio, también a mi me costó creer que hubiera hecho algo así. Pero cuando vi las pruebas, me resultó imposible creer otra cosa. Por Dios santo, Julia, se suicidó. ¿No fue eso una indicación clara de su culpabilidad?

— ¡No se suicidó!

— ¿Y cómo llamas tú al hecho de que un hombre se ponga una pistola en la sien y apriete el gatillo?

— Fue un accidente de caza. Probablemente estaba limpiando el arma y se disparó. Al fin y al cabo, había ido allí a cazar.

— No. Hablé con el vigilante de su pabellón de caza. Me dijo que Selby no había cazado nada. Fue allí y se pegó un tiro, sencillamente.

— No hubiera sido capaz de suicidarse –insistió Julia con terquedad –. Era demasiado fuerte. Jamás nos hubiera dejado así, desamparadas.

— ¡Por Dios santo mujer! ¿Qué se necesita para convencerte? Selby se quitó la vida. ¡Dejó una nota diciéndolo, y confesando su culpabilidad en el asunto del desfalco!

Hubo un momento de devastador silencio.

— ¿Qué? ¿Cómo has dicho?

— Selby dejó una nota en la que manifestaba su intención de quitarse la vida porque ya no podía soportar mas la vergüenza. Admitió haber sustraído el dinero.

— No me lo creo –farfulló Julia con voz temblorosa –. No te creo.

— Pregúntale a Varian St. Legar. El se encontraba en mi casa cuando recibí una nota de Selby, pidiéndome que me reuniera con él en su pabellón de caza. Al principio, me resistí a ir, pensando que querría suplicarme o iniciar una nueva discusión. Pero acabé yendo, y Varian me acompañó. Lo encontramos en su estudio, muerto. Junto a él, en la mesa, había una nota, en la que imploraba el perdón de todos y admitía su culpabilidad.

— Sabía... sabía que Varian y tú encontrasteis su cadáver, pero... nunca se dijo nada de una nota.

— No. Varian y yo convenimos en que era preferible para todos no entregarle la nota a la señora Armiger. Contenía detalles que una familia en trance de duelo no debía ver.

— ¿Cómo os atrevisteis? –Julia apretó con fuerza los puños, deseosa de golpearlo –. ¿Cómo os atrevisteis a ocultarnos algo así? Teníamos derecho a saberlo. Phoebe debería haber podido leer las últimas palabras de su esposo. ¿Qué os hizo pensar que tenías derecho a ocultárnoslo?

— Hicimos lo que consideramos conveniente.

— ¡Lo que considerasteis conveniente! repitió Julia desdeñosamente, con las mejillas teñidas de color –. ¡Debisteis habernos dicho la verdad!. Ni Phoebe ni yo somos unas niñas pequeñas. Si pudimos sobrellevar la muerte de Selby, también habríamos sobrellevado el detalle de la nota. Quiero verla.

— Lo hicimos para protegeros.

— No te he pedido tu protección. Ni te la pediré nunca. Quiero ver esa nota –Julia lo miró con los ojos entrecerrados –. ¿O deseas ocultarla porque temes que Phoebe y yo no aceptemos su autenticidad tan ciegamente como Varian?

Stonehaven crispó los puños y tensó la mandíbula. Por un momento, Julia temió que empezara a gritarle. No obstante, cuando habló, lo hizo en tono bajo y medido.

— Muy bien. Veras la nota. Quizá entonces admitas por fin la verdad.

— Ya sé la verdad –Julia notó un nudo nervioso en el estómago. De repente, comprendió que no se aparearía en Londres. Deseaba ir a Stonehaven más que ningún otro sitio del mundo.

Hablaron muy poco durante el resto del viaje. Hicieron un alto para descansar en un pueblo llamado Swanley, en cuya posada, Deverel alquiló un carruaje. Mientras tomaban un generoso desayuno en una sala privada de la posada, Stonehaven envió una doncella a la calle para que

comprara horquillas y un cepillo para Julia. A ella le extrañó la amabilidad del gesto, si bien se alegró de todo corazón.

Tardo varios minutos en hacerse un peinado mínimamente presentable. Se miró en el espejo, y vio a Deverel de pie en el extremo opuesto de la habitación, observándola. Julia se quedó sin aliento. Rápidamente se recogió el cabello en un sencillo moño, dejando sueltos algunos mechones.

Stonehaven había estado ocupado durante la mayor parte del tiempo escribiendo algo en una hoja de papel, que finalmente dobló y selló.

— ¿Quieres escribirle alguna nota a la señora Armiger? –inquirió con la misma cortesía formal que ambos habían venido empleando en las raras ocasiones en las que intercambiaban algún comentario –. He escrito algunas instrucciones a mi secretario, y planeo enviárselas cuando pasemos por Londres. He pensado que quizá querrías comunicarle tus planes a tu cuñada.

— Sí, gracias –contestó Julia con igual cortesía. Sumergiendo la pluma en el tintero, escribió a Phoebe una breve nota.

Querida Phoebe:

No tengo tiempo para explicártelo por escrito, aunque sé muy bien cuanto te sorprenderás al leer esta carta. Quiero que sepas que estoy bien. Nos dirigimos hacia Stonehaven, la hacienda de Lord Stonehaven, en Buckinghamshire. Insiste en que me case con él y desea que conozca a su madre. Naturalmente, no tengo intención alguna de hacerlo. (Me refiero a casarme con él.) Sin embargo, tiene allí una información importante, y debo verlo. Por favor, envíame algo de ropa.

Afectuosamente,

Julia

No tuvo tiempo de escribir más, pues el carruaje los esperaba en el patio. Tras esparcir arena sobre la tinta, para que se secara, Julia dobló la hoja y la selló con cera. Seguidamente, cuando se la hubo entregado a Lord Stonehaven, subieron presurosamente en el carruaje y se pusieron en camino, acompañado por un mozo de cuadra.

Después de unos cuantos minutos de silencio sepulcral, Deverel cerró los ojos y se recostó en el asiento. Julia no sabía si pensaba dormirse o, simplemente, rehuir su compañía del único modo posible. En cualquier caso, se sintió mas cómoda así, y pudo relajarse y contemplar el paisaje.

Finalmente, cuando llegaron a la oficina de correos de Londres, Julia insistió en añadir una línea en el reverso de la nota a Phoebe. Deverel envió al mozo de cuadra con ambos mensajes y, al cabo de unos minutos, reanudaron el viaje.

Esta vez fue Julia quien cerró los ojos y se quedó dormida al poco rato. El sueño le ayudó a matar parte del tiempo, hasta que se detuvieron momentáneamente para tomar una cena ligera.

Llegaron a su destino cuando ya había anochecido. La puerta principal de la casa, una elegante mansión de piedra color miel, se abrió de par en par para recibirlos, al tiempo que una criada los saludaba con una reverencia.

— ¡Señor! Que sorpresa.

— Espero que no desagradable.

— Oh, no señor. Lady Stonehaven se alegrará mucho. Creo que Carruther ha ido a informarle de su llegada.

— Muy bien. ¿Está en el salón?

— Me parece que sí, señor.

— Jennings, te presento a la señorita Armiger, mi prometida.

— Su... –el hombre reprimió una exclamación de sorpresa y miró a Julia –. Enhorabuena señor. Bienvenida a Stonehaven, señorita Armiger.

— No traemos equipaje. Págale al postillón, ¿quieres? Nosotros subiremos a ver a mi madre.

Apenas habían subido las escaleras cuando se toparon con una mujer que corría presurosa hacia ellos por el vestíbulo. Sonrió ampliamente al ver a Deverel y extendió ambos manos hacia él.

— ¡Deverel! ¿Por qué no me avisaste de que venías?

El le tomó las manos y luego se acercó para abrazarla.

— Lo cierto es que tomé la decisión de venir esta misma mañana. Y pensé que sería mejor explicarte el motivo personalmente –se giró hacia Julia y su madre hizo lo propio, con un brillo de curiosidad en sus ojos negros.

Deverel había heredado los ojos y el cabello de su madre, aunque de las sienes. No obstante, a diferencia de su hijo, era baja y algo regordeta, con un rostro sonriente y agradable. Iba vestido a la moda, con un vestido gris paloma de líneas elegantes que, a buen seguro, era obra de algún modisto destacado.

— Madre, quiero que conozcas a mi prometida, la señorita Armiger. Julia, te presento a mi madre, Lady Teresa Stonehaven.

Hubo un momento de gélido silencio. Lady Stonehaven miró extrañado a Julia, y luego a su hijo.

— ¿Armiger?

— Sí.

— Vaya... Pues sí que es una sorpresa –Teresa se volvió hacia Julia –. Discúlpeme. no sé dónde están mis modales. ¿Cómo está usted, señorita Armiger? Celebro mucho conocerla –extendió una mano para estrechar la de Julia, y esta reparó en que los dedos de la anciana parecían extrañamente descoloridos, en tonos diversos de marrón, amarillo y verde. Lady Stonehaven siguió la dirección de su mirada –. No se preocupe, no es suciedad. Sucede, sencillamente, que no consigo eliminar por completo las manchas.

Julia la miró, ruborizada.

— Lo siento.

— Oh, no se preocupe. Suele sucederles a las personas que no me conocen. Se que es usted demasiado educado para preguntarlo, de modo que lo diré. Pinto. Oleos, principalmente. Aunque de un tiempo a esta parte me interesan mucho los murales.

— ¡Otra vez has estado pintando en las paredes, madre?

— Solo en dos –prometió ella –. Pero no en las de tu cuarto.

— Gracias.

Lady Stonehaven pareció ofendida.

— Ni que te disgustaran mis pinturas, Dev.

— Desde luego que no, señora. Ya sabes lo que opino de tu talento. Sin embargo, no me apetece despertarme en plena noche y ver a un grupo de griegos en el extremo opuesto de mi habitación –mientras charlaban, Deberle las tomo a ambas del brazo y atravesó el vestíbulo, dirigiéndose a una pequeña sala de estar exquisitamente amueblada.

— ¡Que habitación tan encantadora! –exclamo Julia, admirada ante la hogareña combinación de confort y belleza.

— ¿Le gusta? Es mi habitación favorita de la casa. Paso aquí la mayor parte del tiempo... cuando no estoy en mi estudio, claro –Lady Stonehaven señaló una silla al tiempo que preguntaba – : ¿Tiene hambre? ¿Le apetece cenar algo?

— Una idea magnífica –contestó Deverel – . Solo hemos tomado una cena ligera en el trayecto, y nos saltamos el té, me temo.

— Aquí ya hemos cenado, pero segura que la cocinera podrá prepararos algo en poco tiempo.

— Con las sobras bastara.

Lady Stonehaven tocó una campanilla, para avisar a un sirvienta, y acudió el mayordomo en persona, quien aseguró que había ordenado la preparación de una cena rápida, y que les sería servida en bandeja

— Espero, Carruthers. Quiero presentarte a la señorita Armiger, mi futura esposa.

El anciano se sorprendió tanto que alteró su expresión habitualmente medida.

— ¡Señor! – se sobrepuso lo suficiente para añadir con calma–: ¿Puedo darle la enhorabuena? – . Señorita Armiger. Que maravillosa sorpresa. Les deseo lo mejor.

En cuanto la puerta se hubo cerrado tras el mayordomo, Julia se volvió hacia Deberle.

— ¿Por qué se lo dices a todo el mundo? Quedarás como un cretino cuando no nos casemos.

Lady Stonehaven enarcó las cejas.

— ¿No vais a casaros? Pero creí que estabais comprometidos.

— Y lo estamos –respondió Deberle.

— No lo estamos –dijo Julia al mismo tiempo.

Se miraron el uno al otro con furia.

— Ay, cielos –gimió Lady Stonehaven –. Debo confesar que me siento algo confusa.

— Lo siento, Lady Stonehaven –dijo Julia de corazón –. Debo usted pensar que estamos locos.

— No. Bueno... solo un poco.

— Lo cierto es que, en fin, debido a ciertas circunstancias, Lord Stonehaven ha considerado necesario casarse conmigo. Pero yo ya le he asegurado que no tiene ninguna obligación de hacerlo.

— Pamela St. Leger nos sorprendió en una situación comprometida, madre –explicó Deberle –. Al no simpatizar con ninguno de los dos, estoy convencido de que se lo dirá a todo el mundo.

— Cielos –exclamó lady Stonehaven.

— No era lo que parecía –aseguró Julia, conciente de que aquella afable mujer debía despreciarla tras la revelación.

— Desde luego que no –convino Deberle.

— Estoy segura de que no –convino a su vez Lady Stonehaven –. Deberle es demasiado formal para hacer nada indecoroso.

— Hablas como si fuera un mojigato.

— No. Simplemente, un hombre que se lo piensa bien antes de actuar.

Deberle arqueó una ceja y murmuró:

— Si tú supieras....

— ¿Cómo dices, querido?

— Nada. En cualquier caso, era obvio que nuestro único recurso era casarnos. De hecho, le dije a Pamela que ya estábamos casados.

— Parece sentir un deseo incontrolable de decírselo a todo el mundo –dijo Julia provocativamente –. No sé por que no te lo guardas para ti.

— No debes preocuparte, querida –aseguró Lady Stonehaven –. Nuestros criados jamás revelaran que os casasteis aquí, después de que Deberle se lo dijera a Pamela. Son todos muy leales.

— No me preocupa las habladurías de la servidumbre. ¡Me refiero a que no deseo casarme con él!

Lady Stonehaven pareció conmocionada.

— Pero , querida mía, según lo he entendido, la situación es tan comprometedora que no tenéis mas remedio que casaros.

— Así es –confirmó Deberle –. Pero Julia es demasiado ingenua para entenderlo. O quizá demasiado terca para aceptarlo. O ambas cosas.

— ¡No soy ingenua! Y tu eres diez veces más terco que yo. No dejas de insistir en que me case contigo. ¡Pero no lo haré! –Julia se giro hacia la madre de Deberle con expresión de disculpa –. Perdona señora. Ya sé que es su hijo, pero no puedo casarme con el, sencillamente.

— Lo entiendo perfectamente –Lady Stonehaven se levantó –. ¿Sabe lo que debemos hacer? Le mostrare su habitación, señorita Armiger. Sin duda estará muy cansada, y querrá asearse, cenar un poco e irse a la cama. Le diré a los criados que le suban la cena al dormitorio. ¿Qué le parece?

— Muy bien –admitió Julia, sorprendida ante la amabilidad que Lady Stonehaven mostraba con ella. Máxime cuando debía de recordar su apellido y el escándalo asociado a su familia.

La anciana le sonrió al tiempo que la conducía por el pasillo hasta un amplio y elegante dormitorio.

— Esta es la habitación rosa –explicó –. Siempre la tenemos lista para los huéspedes. No es la primera vez que Deverel nos sorprende trayendo invitados inesperados... Aunque si la primera que la invitada es una mujer.

Julia paseo la mirada por la enorme habitación, fijándose particularmente en la pared decorada con una pintura de ramales de parra y grandes rosas. El dibujo era tan perfecto, que las rosas parecían crecer realmente en la pared.

— ¡ Es precioso! –exclamó acercándose –. ¿Es obra suya?

Lady Stonehaven asintió.

— Me alegra que le guste. Fue mi primera pintura en una pared. Después pinté un mural de dioses griegos en mi estudio, y se me ha ocurrido pintar otro en la galería –hizo una pause, pensativa—. Claro que tendré que pedirle permiso a Deberle. Ahora la casa es suya, en realidad.

— Seguro que no le pondrá ningún impedimento. Parece gustarle mucho.

— Sí. Mi hijo puede ser un cielo cuando quiere... Aunque estoy segura de que hoy no le ha mostrado a usted esa faceta suya. Pobrecilla. ¿La ha tratado muy mal? –tomo a Julia del brazo y la condujo hasta una de las sillas.

— Lady Stonehaven, ¿cree que podría hablar con el? –pidió Julia al tiempo que, movida por un impulso, tomaba la mano de la anciana entre las suyas—. ¿Convencerlo de que todo esto está mal? A usted la escuchará.

— Lady Stonehaven le apretó la mano.

— Pero, querida, yo no creo que esté mal. Pese a la rudeza a proceder, Deberle tiene razón en lo referente al honor. Si dice que es la única forma de salvar la reputación de usted, será verdad.

— ¡Me temo que eso no tiene ya remedio! –Julia se levantó bruscamente—. Seguramente ya sabe de la deshonra de mi familia. Le sornará mi apellido.

— Sí, sospecho que debía de estar emparentada con ese pobre muchacho, Selby. Siempre lo considere un joven vivo. Dev y él no eran íntimos, pero Sir Selby vino a visitarnos unas cuantas veces. Era educado, pero también divertido. La casa siempre estaba animada cuando el nos visitaba.

Julia sonrió, notando en los ojos el súbito escozor de las lagrimas.

— Seguro que sí. Selby siempre alegraba a los demás con su presencia.

— Debe de añorarlo mucho.

— Si. Muchísimo –Julia suspiró y volvió a sentarse en la silla—. Pero, como puede ver, la desgracia ya ha caído sobre mi familia. No es justo que compartan ustedes esa carga. ¡Y no necesito que Deberle me rescate!.

— Naturalmente que no.

— Y no deseo casarme con el. ¡No puedo!

— ¿Por qué lo que le sucedió a su hermano?

— Sí –contestó Julia, aliviada ante el talante comprensivo de la madre de Deberle.

— Piensa que Deberle fue culpable de la muerte de Selby, por haber puesto de manifiesto el asunto del desfalco. Es natural. Yo habría reaccionado del mismo modo. Y seguro que Deberle perdió la paciencia al oír su razonamiento. Su sentido del honor y el deber es tan acusado, que me temo que a veces le falta... cierto talante comprensivo. Se que sintió profundamente lo de Selby, pero en ocasiones no comprende por que la gente hace lo que hace.

— Pero usted entiende por que no puedo casarme con el ¿verdad?

— Naturalmente –respondió lady Stonehaven con una dulce sonrisa—. El problema es que no sé como podrá evitarlo –alargó la mano y le dio una palmadita afectuosa—. No se preocupe. Tómese la cena y descanse. Seguro que por la mañana todo le parecerá mejor. Pensaremos en ello e intentaremos dar una solución más adecuada.

— Gracias –Julia se sintió inmensamente agradecida.

La anciana se dirigió hacia la puerta, pero antes de salir, se giró y preguntó.

— ¿Seguro que no siente nada por Deberle?

Julia se sonrojó, incapaz de contestar. No podía negar que sí sentía algo por el. Abrió la boca para tartamudear una respuesta, pero Lady Stonehaven simplemente le sonrió y salió del cuarto.

Capítulo 7

Mientras en Stonehaven, Julia tomaba una excelente cena y se acostaba temprano, su cuñada se paseaba intranquila por su casa de Londres. Nunnelly se había presentado precipitadamente aquella tarde, anunciando que había perdido a Julia.

— ¿Qué la has perdido? –inquirió Phoebe—. ¿Qué quieres decir con eso?

— Quiero decir, señora, que no la encontré por ninguna parte. Cabalgué por toda la hacienda hasta Farrow, pero nada. He enviado mozos de cuadra a buscarla –Nunnelly apretó la mandíbula—. Nunca debí acceder a ayudarla en ese loco plan.

— Oh, cielos –Phoebe se desplomó en una silla—. ¿Y que hay de...?

— ¿Del señor? Eso es lo más preocupante, se escapó.

— Oh, cielos –repitió Phoebe, palideciendo.

Nunnelly asintió.

— Al no ver a Phoebe se vieron mitigados en parte cuando, unos minutos más tarde, un criado le pasó una nota entregada en la puerta por un mensajero. Phoebe la leyó un par de veces, con el ceño fruncido, y luego habló de su contenido con Nunnelly, quien entendía tan poco como ella.

— ¿Por qué estará con Stonehaven? –gimió Phoebe—. ¿Qué habrá pasado? Debe de hallarse en un aprieto.

Nunnelly asintió lúgubrementemente.

— Aquí hay algo que no cuadra, señora. ¿Por qué querrá ese señor casarse con la señorita Julia? No tiene sentido.

— ¡Oh, jamás debí mostrarme conforme con un plan tan disparatado! Seguramente la habrá obligado a acompañarlo.

— Bueno, según dice, va tras una información importante.

— Quizá él la obligó a escribir la nota... para aplacar nuestros temores y evitar que acudamos a socorrerla.

— Tal vez yo debería ir a ese sitio, Stonehaven, para ver lo que está pasando.

— No conseguirías nada. Lord Stonehaven te cerraría las puertas. Si ha de ir alguien –Phoebe cuadró los hombros–, debo ser yo.

Una expresión de asombro se dibujó en el rostro del cochero, pero se limitó a decir:

— Sí, señora.

— Una vez que Nunnelly se hubo retirado, Phoebe siguió paseándose por la estancia, muy agitada hasta que por fin se sentó para garrapatear una nota apresurada que seguidamente entregó a uno de los criados. Luego reanudó sus nerviosos paseos. A medida que transcurrían los minutos, su preocupación por Julia iba en aumento, y apenas su pudo reprimir el impulso de salir para arrastrar a su invitado cuando oyó que llamaban por fin a la puerta.

El criado anunció la presencia del honorable Geoffrey Pemberton, y Phoebe saltó de la silla y corrió hacia Geoffrey, tomándole las manos.

— ¡Geoffrey! ¡Gracias a dios que has venido!

— ¡Querida! ¿Qué sucede? –inquirió Geoffrey, con un leve ceño de preocupación en su rostro de ordinario imperturbable—. En tu nota parecías desesperada.

— ¡Lo estaba! ¡Aún lo estoy! Geoffrey, se trata de Julia.

— Cómo no. – Geoffrey condujo a Phoebe hasta el sofá—. Ven, siéntate y tranquilízate un poco.

— ¡Ha ido a Buckinghamshire, Geoffrey!

— ¿En serio? – Geoffrey se mostró ligeramente sorprendido—. Bueno, confieso que a mí nunca se me ocurriría ir, pero no creo que sea tan malo.

— No, no lo comprendes. Allí es donde vive Stonehaven.

— ¡Stonehaven! ¿Todavía sigue Julia con eso? Creí que ya se habría dado por vencida.

— Pues no. Lo cierto es que... Bueno, lo secuestró.

Geoffrey arqueó las cejas.

— ¡Vaya! Qué te parece. ¿Y luego lo ha llevado a su casa de Buckinghamshire?

— No, no. Creo que te estoy confundiendo. Julia se lo llevó a una cabaña situada en Greenwood. Quería obligarlo a confesarla verdad. —Phoebe emitió un gemido y hundió la cabeza entre las manos—. ¿Por qué se lo permití? Debí de estar loca.

— Vamos, vamos —Geoffrey le dio unas palmadas en la espalda—. Julia siempre hace lo que se le antoja. No hubieras podido impedírselo. No hubieras podido impedírselo.

— ¡Pero no hice nada por evitarlo!— Phoebe rompió a llorar.

— Por favor, querida, no te pongas así — la habitual sangre fría de Geoffrey lo abandonó cuando vio las frías lágrimas de Phoebe—. Una copa de coñac. Sí, te sentará bien —toco apresuradamente la campanilla y, cuando hubo aparecido el criado, pidió coñac, añadiendo—: Y deprisa.

El criado les llevó coñac sin demora y Geoffrey consiguió que Phoebe tomara un sorbo. Ella tosió, al sentir cómo el licor le quemaba la garganta, y pestañeó.

— Dios mío.

— Ya está. Ahora te sentirás mejor. El coñac es la mejor de las medicinas —para demostrarlo, Geoffrey procedió a dar cuenta del resto de la copa—. Bueno —dijo al fin—, si lo llevó a Greenwood, ¿a qué viene entonces lo de Buckinghamshire?

— ¡Stonehaven se escapó! O, al menos, eso suponemos. Nunnelly afirmó haber encontrado la cabaña vacía, y ni Stonehaven ni Julia aparecían por ninguna parte.

— ¿Nunnelly? —inquirió Geoffrey, algo perdido.

— El cochero. Ayudó a Julia a secuestrar a Stonehaven.

— Unos criados muy extraños tenéis.

— Nunelly es terriblemente leal a Julia. Y a Selby.

— Pero, si el cochero no sabe qué fue de ellos, ¿Por qué pensáis que se dirigen a Buckinghamshire?

— Recibí una nota de Julia. Me aseguró que estaba bien, que iban de camino hacia Buckinghamshire... ¡y que Stonehaven quería casarse con ella!

— ¡Casarse con ella! —repitió Geoffrey— ¿Estás segura? Debes de haberte confundido.

— Parece absurdo, lo sé, pero eso fue lo que decía en la nota. Ten, léelo por ti mismo —Phoebe le pasó la arrugada nota—. Quiere que le envíe ropa... ¡a Stonehaven! —dándole la vuelta a la nota, añadió—: Fíjate, también me ha pedido su caja de teca. ¿No te parece raro?

— Desde luego que sí. ¿Qué tiene que ver una caja de teca en todo esto?

— No lo sé. Me resulta muy extraño. Julia, guarda en ella sus recuerdos... Cartas, invitaciones a bailes, flores secas y cosas por el estilo.

En ese momento, el criado llamó a la puerta y entró de nuevo en la habitación.

— El honorable Varian St. Leger, señora anunció.

— Oh, cielos.

— No vendrá con él ese tal Fitzmaurice, ¿verdad? —preguntó Geoffrey desconfiadamente.

— No, señor. Solo el señor St. Leger.

Phoebe miró a Geoffrey con consternación. Lo último que deseaba en aquellos momentos era recibir una visita de cortesía. Sin embargo, se aferró a la esperanza de que Varian pudiera decirles algo que arrojara luz sobre el asunto.

— Sí, hazle pasar.

Varian hizo su entrada al cabo de un momento.

— Ah, Phoebe, estás tan hermosa como siempre. Pemberton. Veo que eres un asiduo a esta casa.

— En fin, la familia, ya se sabe —respondió Geoffrey a modo de explicación.

— Desde luego.

— ¿Cómo estás, Varian? —preguntó Phoebe con una sonrisa—. Siéntate, por favor.

— Estoy bien. Pero ha llegado a mis oídos una noticia a la que apenas pude dar crédito. Creí oportuno preguntártelo personalmente.

— ¿Sí? —Phoebe notó un nudo en el estómago.

— Hace cosa de unos minutos vi a Fitz en mi club, lo cual me sorprendió. Había ido a acompañar a Thomas y Pamela a Farrow, y no lo esperaba de vuelta hasta dentro de uno o dos días. Según me dijo, Pamela estaba tan agitada que decidió traerla de vuelta a la ciudad. Por lo visto, se puso así al enterarse de lo de Julia y Stonehaven.

— ¿Ah, sí? —inquirió Phoebe con los labios muy rígidos—. ¿Qué sucede con ellos?

— Por lo visto, se los encontraron en una posada de Whitley. Stonehaven les dijo que se habían casado.

— Casado —repitió Geoffrey con voz neutra—. ¿Ya?

— Entonces, ¿estabais enterados? —inquirió Varian sorprendido—. ¿Tenían pensado casarse? Yo no había oído nada al respecto.

Nos hemos enterado hoy mismo —explicó, Phoebe cuidadosamente, sin atreverse a desmentir la noticia—. Recibí una nota de Julia. La verdad es que nos sorprendió tanto como a ti.

— Es muy extraño. Hubiera jurado que apenas se conocían —reflexionó Varian—. Claro que Julia afirmó estar investigando el asunto —del... desfalco. Quizá intimaron a raíz de dicha circunstancia.

— Quizá.

Con todo, no me parece propio de Dev. Por lo general no es un hombre impulsivo

— Estoy segura de que pronto todos los detalles —dijo Phoebe sonriéndole.

Varian se quedó unos cuantos minutos más charlando, pero ni Phoebe ni Geoffrey se mostraron muy conversadores, de modo que Varian no tardó en despedirse de ellos. Cuando la puerta se hubo cerrado tras él, Phoebe se volvió hacia Geoffrey.

— Bueno, ¿tú qué opinas?

— Opino que todo esto me resulta incompresible. Julia dice que Stonehaven quiere casarse, pero que ella se niega. Stonehaven, por su parte, dice que ya están casados. Y a Pamela St. Leger, nada menos, la persona más idónea para propagar la noticia. Nada le gusta más que un buen chismorreio.

— ¿Conoces bien a Pamela? —preguntó Phoebe.

— ¿Yo? No —él meneó la cabeza—. No simpatiza mucho con los Armiger, como bien sabes. Yo no soy un Armiger, desde luego, pero Selby era primo mío.

— Lo sé —Phoebe le sonrió—. Es todo un detalle por tu parte, Geoffrey.

Geoffrey pareció un poco azorado.

— Vamos, vamos —se aclaró la garganta—. Con respecto a Julia...

— Es verdad, lo siento. A veces soy un poco atolondrada. Debemos decidir qué haremos con respecto a Julia.

— No creo que podamos hacer nada.

Llevo horas pensando sobre ello. Creo que la nota contenía un mensaje oculto. En cierta ocasión, ella y yo leímos una novela en la heroína mandaba una carta a su prometido, diciéndole que había decidido no casarse con él. Pero la carta hacía referencia a cierta estatua de Ares, ante la cual solían reunirse. Salvo que él sabía que no existía dicha estatua y dedujo, por la alusión a Ares, que ella necesitaba un campeón.

— ¿Y crees que Julia también lo necesita? —preguntó Geoffrey con escepticismo.

— Creo que me necesita. Y que debo ir con ella.

— Pero no puedes ir sola —protestó Geoffrey. Phoebe giró hacia él sus claros ojos azules, y fue cuando Geoffrey cobró conciencia de estar atrapado—. Ah, sí. Ya veo. Me estás pidiendo que te acompañe.

— ¿Lo harías, Geoffrey? —Phoebe se inclinó hacia él, tomándole ambas manos—. Sería un detalle por tu parte. Sé que no tengo ningún derecho a pedirte, pero no sé a quién más recurrir. Toda mi familia está en Northumberland, excepto mi hermano Robert, pero también él vive demasiado lejos. Tardaría días en venir, y quiero ir mañana mismo.

— ¡Mañana! —exclamó Geoffrey—. Pero, Phoebe, no podrás hacer el equipaje y partir mañana mismo.

— Lo puedo intentar. Quizá no pueda salir por la mañana, pero sí a mediodía. Buckinghamshire no está tan lejos. Llegaríamos por la tarde ¿No te parece?

— No, lo sé. Nunca he ido –Geoffrey apenas salía de Londres.

— Yo fui con Selby unas cuantas veces, y había un día de viaje desde Greenwood.

— Mmm. Supongo que tienes razón. Aun no estoy seguro de que puedas prepararte para el viaje en tan poco tiempo. Además, tendría pasarme por el banco para retirar algo de dinero.

— ¡Ay, Geoffrey! –Phoebe le dirigió una luminosa sonrisa–. Eso quiere decir que aceptas a acompañarme, ¿verdad?

Geoffrey pareció algo sorprendido. –Pues sí, supongo que sí.

— ¡Gracias! –Phoebe le tomó la mano impulsivamente–. Qué bueno eres. Sabía que podía contar contigo.

— Claro, claro. Vivo Para servirte, ya lo sabes.

Phoebe casi se echó a reír ante el abúlico comentario. Al cabo de un rato, cuando Geoffrey se hubo marchado, emprendió la agotadora tarea de preparar el equipaje para partir al día siguiente.

Julia, extenuada por la excitación de los últimos días, durmió hasta últimas horas de la mañana. Encontró la ropa que había llevado el día anterior limpia y pulcramente doblada junto a la cama. Tras despojarse del camisón que le había dejado Lady Stonehaven, se vistió, se cepilló el pelo y bajo a la sala de estar. Sólo la madre de Stonehaven se hallaba sentada a la mesa. La anciana sonrió al verla.

— Ya te has levantado, querida –dijo tuteándola–. Siéntate. ¿Te apetece tomar jamón y huevos? –señaló al criado que permanecía de pie junto a la mesa–. Por desgracia, Deverel ha ido a dar una vuelta por la finca con el secretario. Me temo que tendrás que confortarte con mi compañía esta mañana.

— No se me ocurre compañía mejor– contestó Julia. Aunque desanimada por la ausencia de Deverel, disfrutaba verdaderamente conversando con su madre.

— Eres muy amable... Aunque no me engaño pensando que te resulta más interesante estar con anciana que con un joven apuesto –Lady Stonehaven sonrió–. ¿Has dormido bien?

— Oh, sí. Gracias por haber pedido que lavaran mi ropa mientras dormía.

— Hubiera deseado poder prestarte algún vestido mío. Pero me temo que cualquier prenda de mi guardarropa te quedaría ancha y corta en exceso.

— Es usted muy amable. Le escribí a mi cuñada, solicitando que me enviara algo de ropa –las mejillas de Julia se tiñeron de color–. Seguramente se preguntará cómo llegué aquí en semejante estado. Sin equipaje ni doncella.

— Me extrañó un poco, sí –admitió Lady Stonehaven –. Si deseas contármelo, bien. Si no... En fin, todos tenemos derecho a guardar nuestros pequeños secretos, ¿verdad?

— Pero debe de considerarme una... una perdida.

— No seas absurda. Deverel jamás habría traído a una perdida a casa, presentándola como su futura esposa. Bueno... he pensado que podría enseñarte la casa, si quieres.

— Desde luego. Me encantaría.

Y resultó ser una experiencia sumamente agradable. Lady Stonehaven, que insistió en que la llamara Teresa, era encantadora, y conocía perfectamente toda la historia de la casa y de quienes habían vivido en ella. Contó anécdotas divertidas sobre muchas de las habitaciones por las que pasaban, y las evidencias de su buen gusto abundaban por doquier. Acabaron el recorrido en el estudio de Lady Stonehaven.

El mural del dormitorio no había preparado a Julia para la magnitud y la excelencia del arte de la anciana. Admirada, examinó durante varios minutos el mural de una escena ateniense que decoraba el una pared del estudio.

— ¡Son magníficos! –Exclamó a continuación, contemplando los diversos lienzos.

— ¿Te gustan? – Lady Stonehaven se mostró deleitada.

— Oh, sí.

— Lo celebro. A veces, me preocupa que los demás me den su visto bueno por simple cortesía. Resulta muy gratificante venderlos, pero puesto que lo hago a través de una agencia, no suelo oír las opiniones de los compradores.

— ¿Vende sus cuadros?

— algunos, cuando me resigno a desprenderme de ellos. Por supuesto, no los firmo con mi verdadero nombre, sino como T.A. Emerson. Emerson era mi apellido de soltera, y son las iniciales de mi nombre Tersa Anne.

Siguieron hablando de cuadros durante un buen rato. Julia ni siquiera era consciente del tiempo transcurrido cuando la voz de Deverel las interrumpió.

— Me figuré que os encontraría aquí.

Julia se sintió conmovida por la oleada de puro deseo que la embargó al oír su voz. Deverel estaba apoyado en la jamba de la puerta, aún con su atuendo de montar a caballo. Sonrió a Julia y por un instante, su mirada fue tan cálida y cordial como lo había sido días atrás, antes de que descubriera la verdad sobre ella. Julia no pudo sino devolverle la sonrisa.

Deverel dio un paso hacia delante.

Pero, de repente, se detuvo, y su expresión cambió, sustituida por un rictus frío y levemente sardónico, como si súbitamente hubiera recordado quién era ella y qué había sucedido.

— Vaya, Deverel – lo saludó Lady Stonehaven–. Qué agradable sorpresa. No te esperaba tan temprano.

— Ya casi es mediodía madre. He concluido mis asuntos con Hammerton, al menos por hoy.

— Magnífico. Entonces, podrás almorzar con nosotras.

— Faltaría más

— De... Lord Stonehaven –empezó a decir Julia adelantándose–. Prometiste enseñarme esa nota.

Él hizo una mueca.

— Sí, y te la enseñaré. Pero antes debo asearme un poco ¿Lo dejamos para después del almuerzo?

Julia asintió, y Deverel salió del estudio.

Más tarde, durante el almuerzo, Stonehaven se mostró frío y distante, dejando el grueso de la conversación a su madre y a Julia. Esta sospechó que empezaba a arrepentirse de la promesa de mostrarle la nota del suicidio. Cínicamente, se preguntó si dicha nota existiría siquiera, o si se trataba de una invención suya para convencerla de la culpabilidad de su hermano.

Después de comer, Stonehaven la acompañó hasta su despacho, una amplia habitación repleta de anaqueles y mobiliario caoba. Un enorme escritorio dominaba la estancia, y hacia él se dirigió Deverel tras cerrar la puerta. Luego se volvió hacia Julia.

— ¿Estás segura de que quieres verlo? –inquirió bruscamente–. Debí estar loco al prometerte que te lo enseñaría. Te entristecerá mucho. Por eso Varian y yo decidimos mantenerlos en secreto.

— Quiero verlo –repuso Julia en tono tajante–. Si existe, claro está. ¿O se trata de una invención tuya?

— Desde luego que no –respondió él–. A diferencia de ti, no tengo por costumbre mentir –se sacó una diminuta llave del bolsillo y abrió uno de los cajones del escritorio. Tras rebuscar un momento en su interior, extrajo un papel, que entregó inexpresivamente a Julia.

Ella sintió un nudo en el estómago, y el corazón empezó a latirle con fuerza. Alargó una mano ligeramente temblorosa para tomar el papel. La familiar caligrafía pareció saltar de la hoja, y Julia se sintió mareada. Tomó asiento en la silla más cercana. Era la letra de su hermano y, de repente, sintió miedo. Tuvo que hacer acopio de valor para leerla.

A quienes encuentren esta nota:

Cuando leáis esto, estaré muerto. Lamento añadir este último pecado a mis numerosas faltas, pero no puedo seguir soportando el peso de la culpa. Yo robé el dinero del fondo del joven Thomas. Thomas, espero que alguna vez me perdone. Sé que obré mal, pero tenía que conseguir dinero sin que nadie lo supiera, y no se me ocurrió otro medio de hacerlo. Verás, una mujer apareció en mi

vida. Acudía a verla siempre que podía. Mi única excusa es que estaba locamente enamorado de ella. No podía pensar a derechas. Perdí toda la noción del honor. Nada me importaba salvo mantenerla... y no era una mujer que se contentara con poco. Me exigía una casa, carruaje, joyas, vestidos... Yo no podía permitirme el lujo de costear dos casas, y comprendí que me resultaría difícil mantener tanto gasto en secreto, de modo que sustraje el dinero del fondo de fideicomiso. Fue un error y una ruindad por mi parte. Ahora lo comprendo. Pero, en aquel momento no pude evitarlo.

En mi locura, arruiné mi vida y la de quienes me rodean. Ya no puedo soportarlo el sentimiento de culpa. Por favor, Phoebe, perdóname. Haz lo posible porque Gilbert no odie a su padre. Os quiero mucho a los dos, y me resulta insoportable la idea de seguir viviendo y presenciando cómo sufrís por culpa de mi necedad.

La nota estaba rubricada con la firma clara y contundente de Selby.

El papel se tornó borroso ante los ojos de Julia.

— ¡Oh, Dios mío! —gimió llevándose una mano a la boca. Pero no logró contener los sollozos que surgían de su garganta—. ¡Shelby!

Empezó a llorar a tiempo que todo su cuerpo temblaba, estremecido por el llanto. Apenas fue consciente de cómo Stonehaven profería una maldición y, acercándose a ella, la acunaba entre sus brazos.

— Lo siento. Por favor, perdóname. No debí enseñarte esa nota. He sido un estúpido. Perdóname.

Murmuró suaves palabras de consuelo al tiempo que le acariciaba el cabello. Julia se aferró a él, llorando desconsoladamente, agradecida por su fuerza y su comprensión. Sintió como le posaba un suave beso en el pelo.

— Deverel —musitó Julia sin resuello.

— Julia —él le besó la mejilla, y a continuación la frente. Ella echó la cabeza hacia atrás y, de pronto, estaban besándose con toda la ansiedad reprimida durante los dos días anteriores.

Julia emitió un leve jadeo y le colocó las manos en la nuca para atraerlo más hacia sí. El dolor, el miedo, todas las tempestuosas emociones de la semana previa estallaron y se consumieron en el fuego de la pasión.

Deverel la besó como si le resultara imposible saciarse de ella. Bajó las manos por la curva de la sus caderas para aferrar sus glúteos y apretarla contra su cuerpo. Julia notó la dura longitud de su deseo, oyó el soplo ronco de su aliento, y sintió un húmedo calor entre las piernas, como su bajo vientre se hubiera convertido en cera.

Deverel musitó su nombre otra vez.

— Gracias a Dios —murmuro mientras empezaba a mordisquearle el lóbulo de la oreja—. Ahora lo comprendes todo. Ahora ya sabes la verdad.

Julia se puso rígida, oyendo una serie de alarmas en su mente. Se retiró de él, mirándolo con súbito recelo.

— ¿Cómo has dicho?

— ¿Qué? —Deverel pareció perplejo—. Digo que ahora sabes que no soy lo que tú creías. Que fue Selby quien...

— ¡No! —Julia se zafó de sus brazos y retrocedió tambaleándose, repentinamente asqueada de sí misma. ¿Cómo podía haber dado crédito a aquella nota y haber caído en sus brazos tan premura?—. No, no puedo... —se agachó para recoger la nota del suelo, y llorando quedamente, se giró para salir de la habitación, con la carta en la mano.

Julia corrió hasta su habitación y cerró la puerta tras de sí. Luego, derrumbándose en la cama, se permitió otro acceso de llanto. ¿Cómo podía haber actuado así? Se sentía como si hubiera traicionado a su hermano. Juró limpiar su nombre, pero se había derrumbado al toparse con el primer obstáculo. Al ver la nota y ver la letra de Shelby, había llegado a creer, por un momento de su culpabilidad. Aún peor, había caído en los brazos de su mayor enemigo.

Julia permaneció un rato tumbada en la cama, inmersa en la tristeza. Deseó que Phoebe estuviera allí para poder hablar con ella. Sin embargo, al instante comprendió que no podía mostrarle aquella nota a su cuñada. Le haría demasiado daño. Por ese motivo, según Deverel, Varian y él habían mantenido en secreto la existencia a de la carta, recordó Julia con irritación.

Se levantó de la cama y, tras enjuagarse la cara, tomó la nota y se sentó en la silla para leerla de nuevo. Finalmente, tras reflexionar unos minutos, bajó al despacho de Deverel y llamó a la puerta.

— ¡Julia! —exclamó él, rodeando el enorme escritorio, al verla entrar—. ¿Te encuentras bien?

Ella asintió al tiempo que cerraba la puerta.

— Sí. He estado en mi habitación, pensando.

— Espero que aceptes mis disculpas. Lo que hice fue inexcusable e inadecuado, dado tu estado emocional. Me aproveche de tu debilidad.

Julia observó su expresión fría y medida. Apenas parecía el mismo hombre que la había besado con pasión unos minutos antes.

— No tiene importancia. He venido a hablar contigo de la carta.

— Comprendo —el rostro de Deverel se tornó aún más inexpresivo—. Por supuesto.

— Shelby no la escribió.

Él dejó escapar un suspiro.

— Debí imaginarlo —señaló la silla situada delante del escritorio—. Siéntate.

Julia tomó asiento al mismo tiempo que Deverel se acomodaba en el borde del escritorio, con los brazos cruzados, y la miraba pacientemente.

— No hace falta que me mires así —protestó ella—. No soy ninguna estúpida. Tengo buenas razones para creer en lo que digo.

— Muy bien.

— Por un momento me engañó la caligrafía. Si la letra de las demás cartas se parece a la de Selby tanto como la de esta, no me extraña que todo el mundo resultara engañado. Pero si fueron falsificadas, podría decirse lo mismo de esta nota.

— Evidentemente

— ¡Deja de mostrarte tan malditamente condescendiente y escúchame! He repasado la nota varias veces, y he llegado a algunas conclusiones. La primera es que sigo sin creer que Selby fuera capaz de suicidarse. Era un luchador. No nos habría abandonado a nuestra suerte. Sería un acto de cobardía, y coincidirás conmigo en que Selby nunca fue un cobarde.

— No. En eso tienes razón. Pero hasta el hombre más fuerte puede derrumbarse. Y, dado el peso de las pruebas, debió de comprender que no tenía escapatoria. Pamela estaba haciendo presión para que se emprendiera una investigación criminal. Selby pensaría que, con su muerte, impediría dicha investigación y salvaría a su familia de un escándalo aun mayor.

— Pero, sin tanto deseaba salvarnos del escándalo, ¿Por qué iba a dejar una nota confesando su culpabilidad y, aún más, admitiendo la existencia de una amante?

— Quizá el peso de su crimen era excesivo para su conciencia. Suele ocurrir. Era, en esencia, un hombre bueno, pero se descarrió. Su pasión por una mujer le llevó a hacer cosas que jamás hubiera hecho en circunstancias normales. De modo que sintió la necesidad de confesar, aunque fuera incapaz de soportar la culpa.

— ¡Bobadas! He ahí otro detalle que me escama. Selby amaba a Phoebe. Nunca le hubiera sido infiel. Nunca se hubiera echado una querida en Londres.

— Es una práctica bastante común —señaló Deverel—. Incluso en hombres que aman a sus esposas.

— ¿Ah, sí? ¿Y eso es lo que pretendes hacer cuando te cases conmi...? —Julia se detuvo, consciente de lo que estaba diciendo, y enrojeció por completo—. Yo no... no quería decir...

— Lo que tú o yo hagamos es un asunto totalmente distinto —los ojos de Deverel se iluminaron con un extraño brillo.

— Sí, naturalmente —repuso ella con sarcasmo—. Al fin y al cabo, Selby quería a Phoebe.

— ¡Quizá por eso la señora Armiger nunca dejó inconsciente a su marido ni lo ató a una silla!

A Julia no se le ocurría ninguna réplica válida, de modo que se limitó a mirarlo con rabia. Al cabo de unos segundos, Deverel se acercó a la ventana y contempló las rosas del jardín.

— Estoy segura de que Selby quería a su esposa y a su hijo. Que tuviera una amante no significa que no los quisiera.

Julia hizo una mueca.

— Creo que conocía a mi hermano mejor que tú. Y sé que tuvo amantes antes de conocer a Phoebe, pero no después de haberse casado. ¿Alguna vez lo oíste hablar de esa mujer? ¿O a Varian? ¿O a Fitz? ¿Se hablaba de ello en el club?

— No.

— ¿Y no te parece extraño que Selby tuviera una amante y que nadie lo supiera?

— No puedo asegurar que no lo supiera nadie. Careces de pruebas para apoyar tu teoría, Julia. Sólo te basas en creencias infundadas y suposiciones.

— No, hay más cosas. Por ejemplo, en la nota apenas mencionaba a Phoebe y a Gilbert. Solo al final, y muy brevemente. Por otra parte, casi nunca le oí llamar a Phoebe a su esposa. Siempre empleaba algún apodo cariñoso, como “Fee” o “Tesoro”.

— Sinceramente, Julia, creo que estás afinando demasiado. Resulta lógico que, en sus últimas palabras, utilizara un tono más formal.

— No, tratándose de Selby. De todos modos hay otro detalle significativo. En la nota no me mencionaba a mí –al ver la expresión de Deverel, Julia prosiguió apresuradamente–. Sí, sí, lo sé. Un hombre no ha de recordar a todos sus parientes antes de suicidarse. Pero Selby y yo estábamos muy unidos. Yo era su única familia aparte de Phoebe y de Gilbert. Nuestros padres habían muerto. Selby me escribía con mucha frecuencia cuando se fue a estudiar a la universidad, y más tarde, cuando vivió una temporada en Londres antes de casarse. No se habría olvidado de mí de ese modo, lo sé.

— Julia...

— Además, hay otra prueba tangible. Fíjate en el sello de la carta –Julia le pasó la nota, señalando el círculo de cera roja con que había sido sellada.

Deverel miró la cera, y luego a ella.

— ¿Sí?

— Fíjate en el sello. Es el signo del anillo de Shelby. Solía utilizarlo para sellar todas sus cartas. Pero en esta fecha en que firmó la nota no tenía el anillo –Julia hizo una pausa para recalcar la importancia de ese detalle–. Lo había perdido un mes o dos antes. Lo sé porque hizo que pusieramos la casa patas arriba para buscarlo. Era muy importante para él.

— Tenía el anillo en el dedo cuando lo encontramos. Debí de habérselo dejado en el pabellón de caza, y por eso no lo encontraba. Luego, al volver allí, lo recuperé.

— ¡Oh! –Julia se levantó de un salto–. – ¡Me exasperas! ¡Ya tienes una opinión completamente formada! ¡Te niegas a escuchar nada de lo que digo!

— Julia, ¿Eres consciente de lo que sugieres? Si la nota es falsa, obra de la misma persona que falsificó las demás cartas, entonces esa persona debió asesinar a Selby. ¿Por qué, si no, hubiera escrito una confesión de suicidio?

Julia sintió el estómago ligeramente revuelto, Deverel tenía razón, aunque, hasta el momento, a ella no se le había ocurrido pensar en las implicaciones de su teoría.

— Las personas cambian, Julia –prosiguió él–. Y cometen errores. Eso fue lo que le sucedió a Selby.

— Ya veo que es inútil hablar contigo –replicó ella poniéndose de pie–. Estás decidido a no creerme –se giró y se dirigió hacia la puerta.

— ¡Julia! –la voz de Deverel la detuvo. Ella se volvió para mirarlo inquisitivamente–. ¿De veras crees que yo hice todo eso?

Julia titubeó. ¿Creía sinceramente que Deverel había robado el dinero y asesinado a Selby? La acuciante pregunta estalló de súbito en su mente ¿Por qué el hombre que hizo tales cosas iba a ocultar la nota que hubiera convencido irrevocablemente a todo el mundo de la culpabilidad de

Selby? Pero, sobre todo, Julia sentía en el pecho una sensación extraña y dolorosa, que clamaba contra la idea de que Deverel fuera un asesino.

— Alguien tuvo que hacerlo –respondió amargamente antes de darse media vuelta y salir del despacho.

Julia bajó a cenar tonel mismo vestido, del que ya empezaba a cansarse. Al llegar al salón, se sintió agradecida al ver que Lady Stonehaven no se había arreglado para la cena, sino que llevaba un suave vestido gris de diario. Lady Stonehaven, se dijo Julia, estaba convirtiéndose en una de sus personas favoritas. No entendía como una mujer así había engendrado un hijo como Deverel.

Estaban a punto de empezar a cenar cuando se oyeron unos golpecitos suaves en la puerta principal.

— Que raro –comentó Lady Stonehaven–. ¿Quién podrá ser?

Stonehaven salió al vestíbulo, donde pudo ver cómo el criado acudía ya a abrir.

— ¡Dios santo! –exclamó–. ¡Pemberton!

— ¿Quién? –inquirió Lady Stonehaven, perpleja.

— ¿Cómo? –Julia se levantó rápidamente de la silla y se dirigió corriendo hacia el vestíbulo.

Efectivamente. Allí, entrando por la puerta, estaba Geoffrey Pemberton.

— ¡Primo Geoffrey!

Geoffrey paseó la mirada por el vestíbulo y por fin la vio.

— ¡Julia! Criatura traviesa. Ya le dije a Phoebe que te encontrarías perfectamente. Y aquí estás tan sana como un caballo.

— Julia se acercó a él, seguida de Deverel y su madre.

— ¿Qué haces aquí?

— ¿Qué hago aquí? Pues buscándote, querida prima. Y ha sido un viaje de lo más molesto, créeme. Tuve que volverme atrás para buscar algo que se le olvidó esa tonta niñera. Y lo encontré nada menos que en el fondo del baúl. El juguete favorito del pequeño. Digo yo, si es su juguete favorito, ¿no sería más lógico tenerlo a mano, en lugar de guardarlo en el baúl?

— ¿Quién? –lo interrogó Julia, mirándolo sin entender nada–. ¿Qué niñera? ¿Qué juguete favorito? ¿De quién estás hablando?

— Pues de tu sobrino, claro está. Quizá no te hayas dado cuenta, pero ese crío tiene un genio terrible.

— ¿Gilbert?

— Pues sí, Gilbert. ¿Quién si no? Oye, Julia, ¿te encuentras bien? Primero escribes esa extraña nota que casi mata de preocupación a Phoebe, y ahora no sabes quién es tu sobrino.

— ¿Quieres decir que Gilbert ha venido contigo? ¿Gilbert y Phoebe están aquí también?

— Naturalmente. No creerás que iba a venir yo sólo ¿verdad? A Phoebe se le metió en la cabeza que corrías peligro y me convenció para que la acompañara.

— ¿Dónde está?

— Fuera, en el carruaje. Creí conveniente llamar primero a la puerta, para ver en qué dirección soplaban el viento, por así decirlo.

— ¡Ay, Geoffrey, es maravilloso! –Julia le dio un impulsivo abrazo, sobresaltándolo, y luego salió presurosa por la puerta–. ¡Phoebe!

La portezuela del carruaje se abrió, y Phoebe se apeó de un salto, seguida de su hijito.

— ¡Cuánto me alegro de que estéis aquí! –Julia le dio un fuerte abrazo.

— ¡Lo sabía! –exclamó Phoebe en tono quedo–. Sabía que necesitabas mi ayuda. ¿Qué pasó? ¿Te secuestró? ¡Me angustié tanto cuando Nunelly me dijo que habías desaparecido y que lord Stonehaven se había escapado! Luego Varian nos hizo una visita y dijo que, según le había contado Fitz, ya os habíais casado ¿Es verdad eso?

— No, en absoluto. No pienso casarme con él. Pero me secuestró... Bueno, no exactamente. Es decir, sí, lo hizo. Pero luego, tras averiguar quien era yo, me obligó a acompañarlo para escapar de Pamela. Es un hombre muy testarudo. Después se me ocurrió que podría averiguar más cosas acerca

del desfalco si venía... –Julia hizo una pausa, recordando que había decidido no hablarle a Phoebe de la nota. Al fin y al cabo, estaba convencida de que era falsa y, si Phoebe llegaba a verla, sufriría un dolor innecesario. Sin embargo, algo tendría que decirle, pues le había comunicado en la nota que Stonehaven poseía una información importante.

— Pero resultó no ser nada –prosiguió lentamente–. Tenía una, eh, nota de Selby, en la que le pedía que se reuniera con él en el pabellón de caza. Stonehaven cree que esa nota prueba su suicidio. Pero no prueba nada. La falsificaron como el resto de las cartas.

— ¡Tía Julia! ¡Tía Julia! –Gilbert, cansado de que no le hicieran caso, le tiró de la falda–. Se me ha caído un diente. ¿Lo ves? –sonrió ampliamente para mostrar el hueco vacío.

— ¡Dios santo, es verdad! ¿Cuándo ocurrió?

— Mientras veníamos –explicó Phoebe con una risita–. Pobre Geoffrey... Creí que le daría algo cuando Gilbert le enseñó su trofeo, aún ensangrentado.

— ¡El primo Geoffrey dijo que yo era un maldito pilluelo! –añadió Gilbert orgulloso.

— ¿En serio? ¿Le has dado un mal rato al primo?

— ¡No! –Gilbert pareció indignado–. Hasta le presté mi soldado –aún llevaba en la mano el juguete en cuestión, y lo alzó para mostrárselo a su tía–. Y jugamos a muchos juegos. ¿Verdad, mama?

— Sí, querido. Contamos vacas, caballos y ovejas. Fue de lo más divertido –los ojos de Phoebe brillaron de alegría.

— Ay, Dios –Julia miró a su cuñada mientras Gilbert se dirigía hacia las escaleras dando saltitos. Estoy intentando imaginarme al primo Geoffrey contando vacas, caballos y ovejas.

Phoebe se echó a reír.

— Pobrecillo. Es un ángel, que Dios lo bendiga. Tenía miedo de venir sola, y me temo que prácticamente le obligué a acompañarnos. Gilbert por poco lo mata haciéndole preguntas, y encima, le vomitó, como es habitual cuando viaja.

— Oh, no

— Sí. Cuatro veces –Phoebe extendió cuatro dedos para enfatizar el detalle–. Y cuando se metió el dedo en la boca, y se sacó el diente, triunfante, el primo Geoffrey... En fin, jamás vi semejante expresión de horror en el rostro de un hombre.

Julia se rió.

— ¡Me hubiera gustado estar allí para verlo! –tomó a Phoebe del brazo y ambas siguieron a Gilbert hacia la escalera principal–. Bueno, quiero que conozcas a Lady Stonehaven. Su bondad casi basta para que acepte casarme con Deverel.

Phoebe se quedó mirando a Julia, extrañada. ¿Ahora era “Deverel” y no el terrible Lord Stonehaven? ¿Qué estaba pasando allí?

Capítulo 8

Una vez dentro, encontraron a Geoffrey conversando con Lady Stonehaven y Deverel.

—Lady Stonehaven —dijo Julia sonriendo—. Por favor, permítame presentarle a mi queridísima cuñada, la señora Armiger. Phoebe, esta es Lady Stonehaven, quien tan amable ha sido conmigo. A Lord Stonehaven ya lo conoces, naturalmente.

—Sí, hemos coincidido —reconoció Deverel al tiempo que miraba a Julia sardónicamente—. Aunque fue cuando tú llevabas gafas, Julia.

Su madre lo miró con extrañeza.

—¿Qué...? Ah, supongo que es una de tus bromas —dio un paso adelante para estrechar la mano de Phoebe—. Querida señora Armiger, celebro mucho que hayan venido.

—Disculpenos por habernos presentado de esta manera —respondió Phoebe, algo apurada—. Es que cuando recibí la nota de Julia me, eh, preocupé muchísimo.

—No le dé ninguna importancia —le aseguró Lady Stonehaven—. Es natural que desee estar junto a Julia en la boda. Si hay algún culpable, es Deverel, por habernos avisado a todos con tan escasa antelación.

—Nos hospedaremos en la posada del pueblo, desde luego —afirmó Phoebe, pasando por alto el asunto de la boda.

—Tonterías. No estarían ustedes cómodos. Deben quedarse aquí. La casa es muy grande, y solo llevará unos minutos preparar unas cuantas habitaciones. Resulta tan agradable recibir visitas...

Phoebe pareció indecisa, pero finalmente accedió con un agradecido susurro. En ese momento, Gilbert decidió que era hora de hacer notar su presencia. No había dejado de mirar atentamente a Deverel desde que entraron por la puerta.

—¿Es usted un hombre malo? —inquirió.

—Perdón, ¿cómo dices? —Deverel agachó la mirada hacia el pequeño.

—¡Gilbert, no! —advirtió Phoebe, sonrojándose, y Geoffrey emitió un gemido al tiempo que se cubría los ojos.

—Mi madre dijo que íbamos a rescatar a la tía Julia de un hombre malo. ¿Es usted?

—¡Gilbert! —Phoebe tapó la boca del pequeño con la mano, mortificada—. Lo siento, Lord Stonehaven. Mi hijo... es decir, yo le...

—¿Sí? —Deverel enarcó una ceja, escuchándola educadamente.

—Deverel, deja de molestar —le reprendió Lady Stonehaven—. Nuestros invitados van a pensar que no tienes modales.

—Sí, madre —Deverel se giró hacia Gilbert—. En realidad, pequeño, creo que hay ocasiones en las que todos tendemos a ser hombres malos. Así pues, confieso que a veces lo soy. ¿Y tú? ¿Has sido alguna vez un niño malo?

Gilbert asintió con orgullo.

—Muchas, muchas veces. Ayer mi tata dijo que yo era un diablillo de Satán.

—¿En serio? Debiste de enfurecerla mucho.

—Le desaté el lazo, y ella dice que se lo estropeé —añadió el niño con legítima indignación—. Pero es que necesitaba un collar para el gato.

—Y seguro que el lazo era un collar espléndido.

—¡Sí! —Gilbert parecía impresionado con la inteligencia de Deverel. Decidiendo, al parecer, que Stonehaven era lo suficientemente digno, se metió la mano en el bolsillo y extrajo el diente para enseñárselo—. Se me cayó un diente en el viaje.

Tras él, Geoffrey chasqueó la lengua y se volvió hacia otro lado, pero Deverel se ganó el respeto de Gilbert agachándose para examinar su trofeo.

—Debo decir que es un diente magnífico. ¿Te costó mucho sacártelo?

El pequeño negó con la cabeza.

—¡Empecé a moverlo y a moverlo, y de pronto, pumba, salió! —sonrió con deleite al recordarlo.

—Parece que el viaje fue divertido.

—Sí, y vomité cuatro veces.

—¿Viajar en carruaje te sienta mal? Pues, en ese caso, has sido muy valiente al venir desde tan lejos.

Gilbert reflexionó acerca de la cuestión y asintió.

—Sí.

—Tienes que venir a dar un paseo en mi carro. No tiene capota, y he descubierto que cuando el aire te da en la cara, no te sientes tan mal.

—¿De veras?

—De veras.

—Es usted muy amable, Lord Stonehaven – murmuró Phoebe con expresión contrita –. Gilbert, no debes agobiar al señor.

—No lo estoy agobiando – protestó el niño con cierta justicia –. El hombre malo quería hablar conmigo. ¿Verdad? –miró a Stonehaven para confirmarlo.

—Así es. Pero quizá podrías llamarme Deverel, en vez de «hombre malo».

—De acuerdo.

—Caramba, parece que le caes bien al chico –comentó Geoffrey algo asombrado.

—Tú también me caes bien –aseguró Gilbert a Geoffrey.

—¿En serio? –Geoffrey puso tal expresión de sorpresa, que Julia no pudo sino reprimir una carcajada.

—Me dejaste jugar con tu reloj y tu faltriquera. Y no me gritaste cuando vomité encima de tus zapatos.

—Oh. Pobre diablillo, supongo que no pudiste remediarlo –admitió Geoffrey, aunque palideció un tanto al recordarlo.

—¿Sabes una cosa, Gilbert? Podríamos montar a caballo mientras estáis aquí. E ir a pescar. Tenemos un estanque espléndido –Deverel dirigió una sonrisa traviesa al pequeño–. Solo los hombres... Tú, Geoffrey y yo.

Gilbert dio un salto y, tras emitir un grito de alegría, empezó a balbucir preguntas. Geoffrey, por su parte, intentó con la misma energía zafarse de la expedición.

Lady Stonehaven interrumpió los esfuerzos de ambos, diciendo afablemente que la cena no tardaría en enfriarse. El mayordomo ya se había ocupado de poner dos platos más, y una doncella llevó a Gilbert y a la niñera al cuarto de los niños, donde, según aseguró Lady Stonehaven a Phoebe, sería una delicia tener de nuevo a un crío, después de tanto tiempo.

—Mi único hijo, como ven – dijo mirando a Deverel con burlona desaprobación –, no me ha dado todavía un heredero – sonrió cariñosamente a Julia –. Aunque, si hay suerte, eso pronto se remediará.

Después de la cena, las mujeres se retiraron al salón para conversar, mientras Deverel intentaba aplacar los destrozados nervios de Geoffrey con un coñac en su estudio. Por fin, cuando todos se hubieron retirado a sus habitaciones, Phoebe pudo hablar en privado con su cuñada. Julia había sugerido que Phoebe se quedara en su dormitorio, para que los criados no tuvieran que preparar otro cuarto. En cuanto la doncella las hubo ayudado a desvestirse y se hubo marchado, Phoebe se giró hacia Julia.

—¿Qué sucedió? – preguntó casi sin respiración –. ¿Qué es todo eso de que vais a casaros? ¿Y por qué me pediste tu caja de recuerdos?

—La has traído, ¿verdad? – preguntó Julia con cierta ansiedad.

—Sí, está en el baúl, con la ropa – Phoebe señaló el baúl de viaje repleto de vestidos.

—¡Eres la mejor de las amigas! – Julia se acercó al baúl y alzó la tapa –. ¡Oh! Nunca creí que me alegraría tanto de ver mi ropa. Ni te imaginas lo que es llevar el mismo vestido durante tres días seguidos, aunque Teresa tuviera la amabilidad de pedir que lo lavaran.

—¿Teresa?

—Lady Stonehaven. ¿No es un cielo?

—Es encantadora –convino Phoebe–. Parece mentira que Lord Stonehaven sea hijo suyo.

—¿A que sí? – Julia sacó la caja de teca, acariciando su lisa superficie, y luego la abrió. Dentro había varios fajos de cartas, atados con lazos.

—No lo comprendo – dijo Phoebe –. ¿Para qué querías esa caja? ¿Era una especie de mensaje en clave?

—Quería las cartas. Verás... – Julia se interrumpió bruscamente, comprendiendo que había estado a punto de irse de la lengua. No podía hablarle a Phoebe de la nota; al menos, hasta que se demostrara que no la había escrito Selby –. Pensaba, eh, cotejarlas de nuevo con las cartas que supuestamente escribió Selby. Para demostrar que estas últimas no eran tuyas.

—¡Ah! – Phoebe se echó a reír –. Verás cuando se lo diga a Geoffrey. Estaba convencida de que intentabas pedir ayuda, como la chica de aquella novela...

Julia se rió.

—¡Oh, no! ¿La de la estatua de Ares?

—Exacto. Pero Geoffrey se mostró más bien escéptico.

—Me lo imagino – Julia se enjugó las lágrimas de los ojos –. El bueno del primo Geoffrey.

—Fue muy amable al acompañarme. Estoy segura de que no le apetecía nada venir. Pero, en fin, no hablemos de eso. ¡Cuéntame qué pasó! ¿Qué haces en Stonehaven? ¿Y por qué le dijo Lord Stonehaven a Pamela que ya os habíais casado?

—Sentémonos y te lo contaré – Julia se subió en la alta cama, seguida por Phoebe. A continuación, le relató lo sucedido con todo lujo de detalles, incluido el embarazoso episodio de la taberna.

—¡Julia! – exclamó Phoebe con horror –. ¡Oh, no! ¡Será tu fin!

Julia emitió un suspiro.

—Eso fue lo que pensó Deverel. Por eso les dijo que estábamos casados. En realidad, las consecuencias serán aún peores... cuando no nos casemos.

—¡Cuando no os caséis! Pero, Julia, querida, ¿cómo no vais a casaros? – protestó Phoebe –. Es decir, os sorprendieron juntos en una posada a primera hora de la mañana...

—Y descalzos – agregó Julia, por si fueran pocos los elementos escandalosos de la escena –. Saltaba a la vista que acabábamos de levantarnos.

Phoebe palideció aún más.

—Esto es horrible. ¡Pamela se lo contará a todo el mundo! Pero si hasta Varian lo sabe ya. Fitz se lo contó nada más volver a Londres. Ese hombre es incapaz de guardar un secreto.

—La siento, Fee... – los ojos de Julia se llenaron de lágrimas. Tomó la mano de Phoebe –. Sé que el escándalo será aún mayor si no me caso con él, pero...

—¡No digas eso! – exclamó Phoebe suavemente –. Tienes que casarte con él, Julia.

—¡No! ¿Tú también, Phoebe? ¿Cómo voy a casarme con él, con todo lo que ha hecho?

—Pero... ¿y si estábamos equivocadas? – inquirió Phoebe con preocupación –. ¿Y si él no robó el dinero? No tenemos ninguna prueba que así lo indique. Actuó como un caballero al fingir que ya estabais casados, con el fin de salvar tu reputación. No estaba obligado a hacerlo, ¿sabes? Podría haberles contado toda la historia, y te habrías visto envuelta en un escándalo todavía mayor.

—Dijo... – continuó diciendo Julia con un hilo de voz –. Dijo que era su deber. Que me había comprometido al secuestrarme aquella noche.

—¿Te parece una conducta propia de un hombre que roba dinero y le carga el crimen a otro? – Phoebe empezó a morderse el labio inferior –. Ha sido tan bueno con Gil esta noche...

—Eso no significa que no sea un ladrón. Probablemente se siente culpable, porque Gil es hijo de Selby.

—No sé. ¿Y si, al final, resulta que es inocente?

Julia arrugó la frente, sintiendo cómo la duda hacía mella en su interior. ¿Y si se había equivocado? ¿Y si se había propuesto destruir a un hombre inocente? ¿Y si se había ganado permanentemente la antipatía del hombre al que...?

—¡No! – Julia se bajó de la cama y empezó a pasearse –. ¿Cómo voy a casarme con él después de lo que ha sucedido? Me odia. ¿Cómo voy a pasar toda la vida al lado de un hombre que me odia?

No. Es imposible – se giró, sus ojos centelleando –. Tengo demasiado orgullo como para aceptar su caridad. Me lo echaría en cara siempre – puso gesto de disgusto.

—Está bien – dijo Phoebe, observando los ademanes nerviosos de Julia con cierta ansiedad –. Naturalmente, no tienes por qué casarte con él si no quieres. Pero pensé que... En fin, no hablemos más de ello por esta noche.

—Gracias – Julia la miró algo avergonzada –. Lo siento. Detesto sentirme obligada de esta manera. Además, lo he despreciado durante tanto tiempo... – su voz decayó hasta tornarse un angustiado suspiro –. ¿Y si él no lo hizo? ¿Quién fue, entonces? No pudo ser Selby.

—¡No! Por supuesto que no – le aseguró Phoebe –. No debes pensarlo siquiera. Ven. Acostémonos ya.

Julia asintió al tiempo que se metía en la cama. Ambas se deslizaron debajo de las sábanas, en silencio, y aguardaron la llegada del sueño.

Al día siguiente, Julia se levantó muy descansada. No lograba desterrar de su mente el pensamiento de la boda con Stonehaven, y pensó que quizá un paseo, después del desayuno, le ayudaría a aclarar las ideas.

Phoebe y ella encontraron a Lady Stonehaven sentada aún a la mesa al entrar en la sala. La anciana las recibió con una sonrisa.

—Deverel salió muy de mañana con el pequeño Gilbert –explicó–. Creo que han ido en busca de buenos sitios para pescar – se giró hacia Julia –. Deverel estaba seguro de que querías participar en la expedición, querida, pero yo insistí en que necesitabas dormir.

—Gracias, señora –respondió Julia muy agradecida.

—Pobre hombre –añadió Phoebe–. Me pregunto si sabrá lo que le espera.

—Dev siempre ha congeniado bien con los niños – dijo Lady Stonehaven con visible orgullo –. Tuvo un mal comienzo con el joven Thomas, pero yo lo achaco fundamentalmente a su madre. A Pamela nunca le cayó bien mi hijo, y predispuso a Thomas contra él desde pequeño.

—Muy propio de Pamela – asintió Julia –. Pero, ¿por qué detesta a Deverel? Siempre creí que sentía debilidad por los hombres guapos.

—Es guapo, ¿verdad? – convino Lady Stonehaven –. En realidad, creo que fue esa debilidad de Pamela por los hombres lo que la enemistó con él. Walter era el mejor amigo de Dev, y mi hijo jamás hubiera hecho nada que pudiera lastimarlo.

Phoebe la miró con los ojos abiertos como platos.

—¿Cree usted que Pamela se insinuó a Deverel?

Teresa se encogió de hombros.

—Él nunca me lo dijo. Pero, habiendo visto cómo se comportaba Pamela en su presencia, no me cabe duda al respecto. Era obvio para todo el mundo, salvo para Walter, desde luego. Sospecho que, al final, se insinuó abiertamente a Deverel, y mi hijo la rechazó.

—¡Oh, cielos! – Phoebe parecía escandalizada –. Apenas puedo creerlo.

Julia emitió un resoplido de disgusto.

—Pues yo sí. De esa mujer me lo creo todo.

—¿De qué mujer?

Las tres se giraron hacia la puerta y vieron a Geoffrey.

—¡Primo Geoffrey! –exclamó Julia sonriendo–. No doy crédito a mis ojos. Creí que no te levantarías antes de las once.

Él la correspondió con una expresión dolorida conforme entraba en la sala y se acomodaba en una silla, siguiendo la indicación de Lady Stonehaven.

—Normalmente nunca me despierto antes de esa hora – meneó la cabeza y suspiró –. Había olvidado lo ruidoso que es el campo.

—¿Ruidoso? –inquirió Julia con ojos risueños.

—Sí. Todos esos golpes y aullidos... Un pájaro no ha dejado de ulular en toda la noche. Y, por si eso fuera poco, una estúpida bandada de aves se puso a cantar nada más amanecer.

Julia empezó a reírse, pero Phoebe palmeó conmisericordia la mano de Geoffrey y le dijo:

—Pobrecito mío. ¿Te sirvo una taza de café? ¿O prefieres té?

—El café me sentará mejor – accedió Geoffrey, animándose un poco –. Con razón la gente del campo sigue unos horarios tan espantosos.

—Sí, lo sé –dijo Lady Stonehaven–. No parece natural levantarse justo cuando el sol sale, ¿verdad?

—Exactamente – Geoffrey sonrió de oreja a oreja ante su talante comprensivo, y luego miró muy serio a su risueña prima –. Sin duda es algo que tú no entiendes, Julia, pues siempre has sido muy briosa. Seguro que te encanta madrugar.

—La verdad es que sí –afirmó Julia–. Así tengo mucho más tiempo para mis travesuras.

—Descarada –replicó él sin rencor, antes de proceder a calmar sus maltrechos nervios con un generoso desayuno.

—¿Sabías que Lady Stonehaven es pintora, Geoffrey? –inquirió Julia. A continuación, girándose hacia Teresa, añadió–: El primo Geoffrey colecciona obras de arte.

—¿De veras? Es maravilloso.

Geoffrey sonrió al tiempo que explicaba el motivo de aquel extraño hábito.

—Es una afición que apenas cansa.

—Estoy de acuerdo. Y mucho más gratificante que una cacería a caballo.

—Exacto –Geoffrey se estremeció visiblemente.

—Lady Stonehaven hace un trabajo magnífico –añadió Julia–. Tienes que visitar su estudio.

—La verdad, querida, vas a conseguir que me sonroje –protestó Lady Stonehaven–. Pero le mostraré gustosamente mi estudio al señor Pemberton, si lo desea: Y también a la señora Armiger.

Tanto Geoffrey como Phoebe afirmaron sentirse ansiosos por contemplar su obra, y convinieron en visitar el estudio en cuanto acabaran de desayunar. Julia, que ya había visto los cuadros, prefería ir a dar un paseo, y así lo manifestó.

—Una idea magnífica –dijo Lady Stonehaven–. No tendrás más que seguir el sendero que cruza el jardín para llegar al bosquecillo de árboles. Allí encontrarás un precioso arroyuelo.

Una vez terminado el desayuno, Julia se puso un sombrero de paja y un chal ligero, y se encaminó por el jardín. Tras hacer un alto para admirar las rosas y oler su dulce fragancia, echó a andar por el sendero que desembocaba en el bosquecillo. Allí vio el arroyo que había mencionado Lady Stonehaven. Utilizando un tronco caído como asiento, Julia se sentó unos minutos para contemplar perezosamente el paisaje. El entorno era demasiado apacible, casi somnoliento, y Julia se adormeció casi sin darse cuenta.

Un súbito estallido la despertó de pronto. Se giró rápidamente, buscando la causa, pero no vio nada. Mientras se ponía en pie, se produjo otro estallido, e inmediatamente después sonó un fuerte golpe en el tronco donde había estado sentada. Julia agachó la mirada, sorprendiéndose al comprobar que un trozo de madera había sido arrancado del tronco. Junto al surco recién abierto vio una pequeña bola de metal, incrustada en la madera.

¡Alguien le había disparado!

Julia se quedó paralizada por un instante, mirando la bola de metal. Luego se dio media vuelta y echó a correr por entre los árboles, gritando.

Julia corrió como un gamo, esquivando los árboles y saltando por encima de las piedras y las ramas caídas. Tropezó y cayó, perdiendo el poco aliento que le quedaba. Mientras yacía tumbada en el suelo alfombrado de musgo, luchando por respirar, aguzó el oído para comprobar si la perseguían, pero no oyó nada.

Con cautela, se incorporó y miró en torno. El bosque permanecía en silencio. Justo cuando se disponía a levantarse, captó un crujido de pisadas sobre las hojas secas, seguido de un ruido de voces. Asustada, miró a su alrededor, buscando un sitio donde ocultarse.

—¡Hola! –dijo una voz de hombre a lo lejos–. ¿Hay alguien ahí? Hemos oído gritos.

Julia se quedó petrificada. A continuación, moviéndose tan silenciosamente como pudo, avanzó hacia un arbusto, haciendo una mueca cada vez que la hojarasca crujía bajo sus pies. Una vez acucillada tras el arbusto, se asomó por entre las gruesas ramas, aunque apenas podía ver nada.

—¡Hola! —llamó de nuevo la voz.

—¡Hola! —repitió otra voz, esta vez perteneciente a un niño.

—¡Gilbert! —Julia se levantó rápidamente. —¿Puede usted oírme?

¿Era la voz de Deverel?

—¿Puede usted oírme? —la voz del niño imitó la del adulto.

—¡Gilbert! —gritó Julia, corriendo hacia las voces—. ¿Eres tú, Gilbert? ¿Deverel?

Se oyeron más ruidos en la distancia y, por fin, Julia divisó a un hombre tirando de las riendas de un caballo. Tras él había un poni, con un niño pequeño en el lomo.

—¡Tía Julia!

—¡Estoy aquí! —Julia agitó los brazos por encima de su cabeza y corrió hacia ellos. Jamás se había alegrado tanto de ver a alguien.

—¡Julia! —al verla, Deverel apretó el paso.

Aliviada, ella avanzó corriendo hacia él. Deverel la estrechó entre sus brazos fuertemente, y Julia se aferró a su cuello.

—¡Cuánto me alegro de verte! ¡Estaba tan asustada!

—Julia, Julia —los labios de Deverel le rozaron suavemente la piel del cuello. Tras ellos, Gilbert canturreó el nombre de su tía con un alegre soniquete.

Julia por fin reparó en que estaba comportándose indebidamente delante de su sobrino, y abrazando a un hombre al que despreciaba, de modo que soltó a Deverel.

—Lo siento.

Él dudó un momento antes de separarse de ella.

—¿Qué ha pasado? Oímos unos ruidos extraños mientras volvíamos a la casa, así que decidimos echar un vistazo. ¿Te has perdido?

—Pues... sí —admitió Julia—. No tengo ni idea de dónde estoy. Eché a correr sin pensar. Alguien me disparó.

—¿Te disparó? —Deverel pareció atónito—. ¿Estás segura de que te apuntaban a ti?

—Naturalmente que estoy segura —replicó ella irritada—. La bala alcanzó el tronco en el que estaba sentada.

Las cejas de Deverel se unieron, formando un sombrío ceño.

—¡Son esos malditos cazadores furtivos! Le disparan a todo aquello que se mueva. ¡Esto les va a costar muy caro!

¡Cazadores furtivos!, se dijo Julia aliviada. Pues claro, eso había sido. Un accidente, un error. ¿Por qué había pensado que alguien intentaba matarla deliberadamente?

—¿De verdad crees que han sido furtivos?

—Desde luego. ¿Qué iba a ser, si no? —Deverel se mostró algo perplejo; por fin, su expresión se aclaró—. No pensarías que alguien te disparó a propósito, ¿verdad?

Julia se sonrojó.

—No... no sé lo que pensé. Simplemente me asusté y salí corriendo.

—Es natural. Yo, en tu lugar, habría reaccionado del mismo modo —Deverel le tomó la mano—. Vamos, regresemos a la casa. Sin duda, necesitas descansar. Le diré a mi guardabosque que eche una ojeada. ¿En qué sitio te dispararon?

—No lo sé —confesó Julia—. Dudo que pudiera encontrarlo de nuevo. Era un claro, el primero que vi al adentrarme entre los árboles.

Mientras caminaban a paso lento hacia la casa, los nervios de Julia fueron calmándose poco a poco. Cuanto más pensaba en ello, más extraño e irreal le parecía el incidente. Por fin, para cuando llegaron a la casa y Gilbert empezó a contar con entusiasmo cómo habían encontrado a la tía Julia, esta ya había descartado cualquier sospecha y coincidía con Deverel en que había sido cosa de un cazador furtivo, que le había disparado por error.

—¡Un error que le costará muy caro! —prometió Deverel con absoluta seriedad—. ¡Pudo haberte lastimado!

—¡Qué horrible! —exclamó Lady Stonehaven.

—¡Julia! Ha debido de ser espantoso para ti —se compadeció Phoebe—. Debes subir arriba a descansar. Te pondré algo de lavanda en las sienes.

—Me encuentro bien, Fee —aseguró Julia con una sonrisa—. En realidad, no me ha pasado nada. Solo me llené de tierra el vestido.

—Un sitio muy peculiar, el campo — opinó Geoffrey —. Debo decir, Phoebe, que quizá deberíamos ir pensando en regresar a Londres.

—Sí, Geoffrey, por supuesto. Nos iremos pronto.

Julia permitió que Phoebe la llevara arriba, donde se desvistió y se lavó para quitarse la tierra. Luego se metió en la cama y aceptó que Phoebe le enjugara la frente y las sienes con un pañuelo humedecido con agua caliente y unas gotas de lavanda. Tremendamente cansada después de la experiencia, no tardó en quedarse dormida.

Al despertarse, comprobó que un criado le había llevado el almuerzo en una bandeja. En la bandeja encontró, asimismo, una nota de Deverel, en la que le pedía que se reuniera con él en su estudio. Julia hizo una mueca, pensando que se trataba de una orden más que de una petición, pero decidió cumplir su deseo.

Se levantó con sumo cuidado, sintiendo los músculos aún doloridos tras la odisea de aquella mañana, y descubrió que estaba muerta de hambre. Tras engullir el almuerzo con fruición, se vistió y bajó al estudio de Deverel.

—Julia — Deverel se levantó al verla entrar —. ¿Cómo te encuentras?

—Bien. El descanso hace milagros.

—Ven, siéntate — pidió él guiándola hasta una silla.

—No estoy inválida —aseguró ella con aspereza.

—Claro que no —Deverel se puso rígido y retiró la mano de su brazo—. Sé que no necesitas mi ayuda.

Julia se sintió un poco culpable. No habría reaccionado así de haberse tratado de otra persona. Pero parecía que, en presencia de Deverel, siempre se comportaba con brusquedad.

—He hablado con el guardabosque — prosiguió él —. Se sorprendió mucho al enterarse de lo que te sucedió esta mañana. Afirma no haber oído ningún rumor sobre la presencia de furtivos en la zona. Ha ido a inspeccionar el claro, y piensa contratar a más hombres para tener el terreno mejor vigilado.

—No hace falta que conviertan el bosque en un campamento militar — protestó Julia —. Estoy segura de que, quienquiera que lo hiciese, no volverá.

—Sin duda. No obstante, debo tomar todas las precauciones posibles para garantizar la seguridad de mis huéspedes.

—Claro. A ti te corresponde decidirlo — Julia se encogió de hombros, dando por zanjada la cuestión —. Quería pedirte que me dejaras la nota de Selby.

—¿La nota? Julia... ¿crees que es prudente obsesionarse así con el asunto?

—No estoy obsesionada.

—No pretenderás mostrársela a la señora Armiger, ¿verdad?

—No. No soy tan insensible. Solo le causaría dolor. Al menos, mientras no se demuestre que Selby no la escribió — Julia hizo una pausa, y luego añadió a regañadientes —: Comprendo por qué decidiste no mostrársela.

—Vaya, gracias — Deverel rebuscó en un cajón del escritorio y sacó la nota —. Ten — cuando Julia tomó la carta e hizo ademán de levantarse, él añadió —: No, espera. Hay otro asunto del que debemos hablar — recogió de la mesa una hoja con un sello oficial —. He recibido la licencia especial esta misma mañana.

Julia se quedó paralizada, mirándolo.

—Ya podemos casarnos. Cuanto antes, mejor, puesto que le dijimos a Pamela St. Leger que ya estábamos casados.

—Tú se lo dijiste – señaló Julia ácidamente –. Yo no tuve nada que ver.

Deverel se encogió de hombros.

—Eso apenas importa. La cuestión es que debemos casarnos enseguida. Sugiero que sea esta misma tarde. La ceremonia puede celebrarse aquí mismo, o podemos ir a la iglesia, si lo prefieres.

—Yo no he accedido a casarme contigo.

Él hizo una mueca.

—¿Todavía estamos con esas? Creí que habías comprendido que no tienes elección.

—Siempre se tiene elección – objetó Julia –. No quiero casarme contigo.

—Sé muy bien cuáles son tus sentimientos hacia mí – aseguró Deverel rígidamente –. No me engaño pensando que será un matrimonio real, o que sentirás por mí lo que una esposa ha de sentir por su marido. Será un matrimonio dictado por el deber.

—Por el deber –repitió ella con cierta sensación de malestar–. Entonces, no habría... –la palabra «amor» se le atascó en la garganta.

—Dormiríamos en habitaciones separadas, si te refieres a eso –dijo Deverel con un frío brillo en los ojos–. No albergo malignas intenciones sobre tu cuerpo virginal. Ni me engaño pensando que tus manifestaciones previas de deseo eran algo más que... puro teatro.

—Entonces, ¿estás hablando de un matrimonio solo en apariencia?

—Desde luego. ¿Acaso podría haber algo más entre los dos?

—No, claro que no –respondió ella a través de labios helados–. ¿Es eso lo que deseas...atarte de por vida a un matrimonio sin amor?

—No se trata de lo que yo desee, sino de lo que debemos hacer. ¿O no eres consciente de tus obligaciones hacia tu familia?

—Por supuesto que soy consciente –Julia se quedó mirando a Deverel. Había jurado no casarse con el hombre que hundió a su hermano. Pero, ¿había sido realmente él el responsable? Todos sus instintos clamaban contra la idea de pasar una vida entera sin amor. Sin embargo, también sabía que negarse constituiría un acto de cobardía por su parte.

Julia enderezó los hombros y miró a Deverel a los ojos..

—De acuerdo, está bien –dijo–. Me casaré contigo.

El párroco los casó aquella misma tarde en la intimidad de la pequeña sala de estar, con Lady Stonehaven, Phoebe y Geoffrey como únicos asistentes a la ceremonia. A continuación, cuando el párroco se hubo marchado después del breve convite ofrecido por Lady Stonehaven, los demás también desaparecieron discretamente, dejando solos a Julia y a Deverel.

—Bueno, ya está hecho –comentó él muy serio, y ella asintió. Deverel se quedó mirándola unos instantes, para luego proseguir con voz brusca–: Lo normal sería que te trasladaras al dormitorio contiguo al mío, ahora que eres Lady Stonehaven.

El título le sonó a Julia hartamente extraño.

—Comprendo. Entonces, supongo que, eh, tendré que hacerlo.

—Diré a los criados que muden tus cosas – tras una breve pausa, Deverel añadió–: Aunque eso no significa nada, desde luego. Ni siquiera te tocaré.

Ella retiró la mirada.

—Desde luego.

—Bien –él titubeó y luego se giró para salir de la habitación.

Julia se desplomó en la silla más próxima, con los ojos llenos de lágrimas. Sabía que debía sentirse aliviada por el hecho de que Deverel no hubiera exigido hacer uso de sus derechos maritales. Pero, por algún motivo, sus palabras no habían hecho sino entristecer aún más su ánimo decaído. Hundió la cabeza entre las manos y dio rienda suelta a las lágrimas.

Pasó un rato hasta que se decidió a subir al dormitorio. No parecía haber nadie por la casa, y Julia se preguntó si se habrían retirado temprano para brindar algo de intimidad a los recién casados. Eso demostraba cuán poco sabían acerca de su matrimonio..

Notó cierta sensación de extrañeza mientras subía las escaleras y recorría el pasillo por sí sola. Aquel era ahora su hogar, aunque seguía sintiéndose como una simple invitada.

Julia encontró abierta la puerta del cuarto contiguo al de Deverel. Al entrar, le resultó obvio que aquel era su nuevo dormitorio. Su caja de recuerdos yacía sobre el tocador de caoba, junto a su cepillo y su espejo. Abrió uno de los cajones y encontró dentro su ropa interior y sus camisones, pulcramente doblados.

Tras desvestirse y ponerse la camisa de dormir, ayudada por la doncella, Julia se quedó mirando la puerta que conectaba su dormitorio con el de Deverel. Se planteó si debía cerrarla con llave, aunque rechazó de inmediato la idea. Al fin y al cabo, él había dejado claro que no la buscaría. Se preguntó si Deverel estaría en su cuarto. Diciéndose que no le importaba en absoluto, se dio media vuelta en la cama y cerró los ojos.

Al cabo de un rato se dio cuenta de que permanecía rígida, con el cuerpo tenso, pendiente de cualquier sonido que pudiera llegar del cuarto contiguo. Con un exasperado suspiro, retiró la colcha y se levantó para encender la lámpara. Ya que no podía dormir, se dijo, leería un poco. Se acordó de la enorme selección de libros del estudio de Deverel. Seguramente a él no le importaría si leía alguno. Después de todo, pensó, ahora era su esposa, y aquella también era su casa, a pesar de que se sintiera como una extraña.

Abriendo la puerta quedamente, Julia salió al pasillo y bajó las escaleras. Tuvo ciertas dudas, temiendo que Deverel pudiera hallarse en el estudio, pero comprobó con alivio que la puerta estaba abierta y la habitación a oscuras. Alzó la lámpara para disipar la oscuridad reinante y se puso a buscar un libro. Ninguno suscitó su interés, pero, finalmente, extrajo un delgado volumen que contenía la historia de la familia de Stonehaven.

Julia se acurrucó en una silla, hecha un ovillo, y empezó hojear el libro. Fue así como Deverel la encontró una hora más tarde, profundamente dormida, con el cabello suelto y un hombro de blanca piel al descubierto, al habersele bajado el amplio cuello de la camisa de dormir.

Capítulo 9

Deverel tampoco había podido conciliar el sueño. Se había retirado a su estudio al poco de concluir la ceremonia y había permanecido allí sentado durante una hora o más, incapaz de hacer nada salvo pensar en Julia. Imaginaba la perspectiva de pasar el resto de su vida junto a ella, sin poder acariciarla o besarla, eternamente desterrado de su lecho. No era un panorama agradable. En realidad, la deseaba con una intensidad casi irracional.

Finalmente, Deverel había subido a su cuarto, y allí se había sentido aún peor, pues oía a la doncella en la habitación contigua, preparando las cosas de Julia, y no conseguía sacarse de la cabeza el hecho de que dormiría junto a ella cada noche... habiendo jurado no tocarla.

Salió del dormitorio, profiriendo una maldición, y salió a dar un largo paseo. Más tarde, al regresar a la casa, vio encendida la luz de su estudio, de modo que fue a echar una ojeada.

Y allí encontró a Julia, dormida en una de las sillas, con un libro abierto en el regazo. Se acercó a ella cautelosamente y la contempló durante unos segundos. De repente, la estancia se le antojó muy calurosa. Tras quitarle el libro de la falda, la tomó en brazos cuidadosamente, sin despertarla. Con un suspiro, Julia se acurrucó contra su pecho, y Deverel se sintió inundado por una oleada de calor. A continuación, ayudado únicamente por el pálido resplandor de la luna, que se filtraba por las ventanas, subió las escaleras y entró en el dormitorio de Julia.

Fue entonces cuando ella se despertó. Parpadeó, mirándolo con aire somnoliento, y sonrió. Era una cálida sonrisa de bienvenida que hizo que el corazón le diera un vuelco en el pecho. Sin embargo, un instante después, Julia recordó quién era y dónde estaba, e hizo una mueca.

— ¿Qué estás haciendo? –inquirió con brusquedad–. Juraste que no me...

— Créeme, muchacha, mis intenciones no son malas –repuso él–. Te encontré dormida en mi estudio y decidí traerte al dormitorio –al llegar hasta la cama, la soltó con menos cuidado del que hubiera empleado normalmente–. Obviamente, ha sido un error por mi parte.

Julia botó unas cuantas veces al caer, en el suave colchón. Balbuciendo indignada, echó los brazos hacia atrás para incorporarse. Pero se pilló el camisón con una mano, y la fuerza de su impulso hizo que dos de los botones saltaran de su sitio. El camisón cayó hacia un lado, dejando al descubierto un blanco seno.

Ambos se quedaron petrificados, él con los ojos fijos en el seno desnudo, ella mirando el rostro de él. Impulsivamente, Deverel alargó la mano hacia el suave orbe. Julia emitió un jadeo y retrocedió, avergonzada. Él retiró la mano como si se hubiera quemado. Profiriendo una maldición, se dio media vuelta y salió del dormitorio.

Julia permaneció sentada durante largo rato, mirando la puerta por la que Deverel había salido. Por un momento, cuando la miró con aquella expresión abrasadora y hambrienta, había sentido que su bajo vientre se fundía. Deseó que la tocara, pero se había retirado a causa de la vergüenza y el asco hacia sí misma. ¿Cómo podía sentir aquel deseo arrebatador por Deverel? ¿Si él la odiaba!

Deverel había asegurado que no deseaba un matrimonio auténtico. De hecho, había afirmado con absoluta claridad que no sentía ninguna pasión por ella después de lo que le había hecho. Si la hubiera tocado, se dijo Julia, habría sido impulsado por una lujuria efímera e impersonal. Y no era así como ella lo deseaba a él. No lo deseaba de ninguna manera, ¿verdad?

Julia se deslizó entre las sábanas, deseando poder ocultarse debajo de ellas eternamente, para no ver a Deverel nunca más. Quiso perderse en una tormenta de lágrimas, pero, esta vez, las lágrimas no llegaron.

Al día siguiente, después de desayunar, Julia se sentó para estudiar con detenimiento la nota de Selby. Abrió su caja de recuerdos y extrajo una de las cartas de su hermano. Tras colocar las dos cartas juntas, una al lado de la otra, procedió a cotejarlas palabra por palabra, hasta que,

paulatinamente, empezó a identificar una pauta. Solo para cerciorarse, sacó otra carta que Selby le había escrito desde Londres, hacía varios años, y la comparó con la nota.

Con una sonrisa de triunfo, Julia se levantó de un salto y bajó rápidamente las escaleras, con las tres cartas en la mano.

— ¡Deverel! –gritó sin resuello al llegar a la puerta del estudio. Entró sin detenerse a llamar. – ¿Qué sucede? –inquirió él levantándose y dirigiéndose hacia ella.

— ¡He encontrado algo! –Julia extendió las dos cartas encima del escritorio, colocando– en medio la «nota del suicidio». Al verlas, Deverel puso expresión ceñuda.

— Julia... –empezó a decir con cautela.

— Espera. No lo rechaces antes de verlo. He estado repasando la nota, y estoy segura de que no es la letra de Selby. Fíjate –Julia señaló una letra y de la nota–. ¿Ves cómo la curva de la y invade la otra línea? Y aquí tienes una carta que Selby me escribió cuando estaba en la universidad. ¿Ves la y? Se interrumpe antes de tocar las demás letras.

— Sí, parece diferente –reconoció Deverel.

— Y hay más. La nota es demasiado regular.

— ¿Qué quieres decir?

— Date cuenta de cómo las letras mayúsculas de Selby suelen ser grandes, igual que en la nota. Pero varían de tamaño, algunas son más pequeñas y otras mayores. Las de la nota son totalmente uniformes. Tienen todas exactamente el mismo tamaño.

— Cierto. Pero son diferencias muy leves. Mira ambas caligrafías en su conjunto. ¿No te parecen iguales?

— Desde luego. Se trata de una falsificación excelente. Pero la nota no es auténtica. ¿No te das cuenta? Hay otros detalles. El modo en que se unen las letras "ds" en las otras cartas, por ejemplo. En la nota, todas las "és" minúsculas llevan los puntos directamente encima. Mientras que, en las cartas, Selby coloca la mitad de ellos desplazados hacia un lado.

Deverel observó los ejemplos que Julia le mostraba y frunció el ceño. Sintió una punzada de intranquilidad.

— Pero esas cartas las escribió Selby hace mucho tiempo –objetó–. Probablemente, su caligrafía cambió con los años.

— Un poco, quizá.

— Debes tener presente que cuando escribió la nota estaba sometido a una gran tensión. Seguro que la redactó apresuradamente.

— Claro. ¿No te das cuenta? –Julia le sonrió triunfante, y el brillo que emitía su rostro bastó para dejar a Deverel sin aliento–. ¡La caligrafía de la nota no evidencia en absoluto un estado de agitación! Es totalmente uniforme y regular. Fíjate bien. ¿Acaso tiene sentido que una nota de suicidio esté escrita de una forma tan impecable y precisa? ¿Que su caligrafía sea tan perfecta?

— No... Supongo que no.

— Además, no parece escrita con el corazón, sino de forma mecánica y fría, como si se concentrara meramente en la impecabilidad de la caligrafía.

— Sí, resulta un poco extraño –reconoció él.

— ¡Un poco! Yo diría que es extrañísimo.

— Pero son detalles nimios –protestó Deverel–. No parece suficiente para demostrar que Selby...

— ¡Oh! –exclamó Julia con frustración–. ¡Estás empeñado en que fue Selby! Sean cuales sean mis argumentos, siempre hallas la manera de rebatirlos.

— Preferiría que Selby no se hubiese suicidado –replicó Deverel rígidamente–. Creo que eres tú la empeñada en hacerme quedar como el villano de la obra. Jamás le deseé mal alguno a Selby. Bien sabe Dios que, al principio, me negué a creer que fuese culpable. Era amigo mío. Intenté por todos los medios hallar la forma de probar que no había hecho nada malo –se dio media vuelta y guardó silencio durante varios segundos. A continuación se giró de nuevo hacia Julia–. Mira, te prometí que investigaríamos otra vez el asunto del desfalco, y lo haremos. Las cartas donde se solicitaba el dinero están en Londres, en la oficina del agente. Sugiero que vayamos a echarles un

vistazo. Podrás cotejarlas con tus cartas. Hablaremos de nuevo con Fitz y Varian y veremos si alguien conocía la existencia de esa amante misteriosa.

— Seguro que nadie, porque no existía —dijo Julia con firmeza. Sus ojos volvían a emitir un brillo de ansiedad—. ¡Oh, Deverel! Sé que descubriremos la verdad. Verás que Selby no lo hizo.

— Creí que estabas convencida de que fui yo quien lo hizo —él la miró socarronamente.

— Oh —Julia se sonrojó. Fue incapaz de mirarlo a los ojos—. Ya... ya no estoy segura.

— Celebro oír eso —el primer impulso de Deverel fue acercarse a ella para estrecharla entre sus brazos, pero lo reprimió.

Julia empezó a recoger las cartas. En un momento dado, se detuvo y lo miró.

— Gracias —dijo suavemente.

Él enarcó las cejas.

— ¿Por qué?

— Por ayudarme. Por acompañarme a Londres para ver las cartas. Yo ya lo intenté, ¿sabes?, pero el agente no me lo permitió —los ojos de Julia emitían un brillo de gratitud que ejerció un efecto extraño en el pecho de Deverel.

— No las merece. En realidad, no soy un ogro.

Ella hizo ademán de marcharse, pero se volvió. Sin mirarlo a la cara, dijo apresuradamente:

— También espero que algún día me perdones... por lo que te hice. Por mi culpa has tenido que casarte conmigo. Me pesará durante el resto de mi vida.

Deverel se puso rígido, notando cómo se desvanecía el calor propiciado por sus anteriores palabras.

— Por favor, no pienses más en ello.

Lo dijo en un tono gélido, y Julia fue dolorosamente consciente de que no había dicho que la perdonase. Probablemente, se dijo, seguiría odiándola siempre.

Asintió, incapaz de mirarlo, y salió de la habitación.

Dos días más tarde, partieron hacia Londres con Phoebe y Geoffrey. Al llegar a la ciudad, Julia notó una sensación de extrañeza cuando el carruaje la dejó, junto con Deverel, en casa de este, para luego seguir hasta el hogar de los Armiger sin ella. Mientras traspasaban la puerta principal, se dio cuenta de que ahora estaba sola con él.

Tras presentarle a los miembros del servicio, Deverel subió con ella al dormitorio principal, donde los recibió un exquisito jarrón de cristal lleno de flores frescas. Era una habitación preciosa, amplia y bien amueblada.

— Lo siento —dijo Deverel algo tenso—. Olvidé pedirles que... prepararan otro... dormitorio.

Su voz se quebró, y Julia se dio cuenta con asombro de que estaba azorado.

— Comprendo.

— Pero no debes preocuparte. Solo será por esta noche —aseguró él—. Dormiré en el sofá.

Julia no pensaba decirle que lo que sentía no era «preocupación» precisamente.

Tras cenar temprano, se sentaron un rato juntos en la sala de estar. Julia había pensado que la velada sería insoportablemente tensa e incómoda, al estar los dos solos. Pero Deverel empezó a hablar de los progresos de Gilbert con el poni, y no tardaron en verse inmersos en una animada conversación acerca de sus respectivas experiencias montando a caballo. Ambos descubrieron que les resultaba fácil charlar e incluso reírse juntos. La situación no se tornó incómoda hasta última hora de la noche, cuando Julia reprimió un bostezo y Deverel dijo, con aire casual, que ya era hora de irse a la cama.

De repente, el aire pareció cargarse. Julia notó que un súbito calor ascendía por su garganta, y Deverel retiró la mirada.

— Si, eh, estás lista para retirarte, creo que iré a mi estudio y tomaré un coñac.

— Me parece bien. Tengo sueño —Julia no pudo evitar que la voz le temblara un poco.

Asintiendo, Deverel se levantó al mismo tiempo que ella, y salieron de la sala. Julia subió al cuarto y se puso el camisón de dormir, ayudada por una tímida doncella.

— Tiene usted un cabello precioso, señora —suspiró la joven al tiempo que comenzaba a pasarle el cepillo—. Parece de fuego. Y qué suave es.

— Gracias —respondió Julia, recordando cómo Deverel le había pedido que se soltara el cabello en el carruaje, cómo había pasado los dedos por las suaves hebras, murmurando palabras de deseo.

Cuando la doncella se hubo retirado, Julia se metió en la cama, aunque pronto comprobó que le costaba conciliar el sueño. Aún seguía despierta cuando la puerta se abrió quedamente y Deverel entró en el dormitorio. Sus movimientos eran suaves, pero Julia no pudo sino reparar en cada uno de ellos. Escuchó mientras se quitaba la ropa, su mente llenándose de imágenes vívidas e inquietantes. Intentó no pensar en cómo se quitaba la camisa, o en qué aspecto tendrían su pecho y sus brazos desnudos. Sin embargo, por más que se esforzara, sus pensamientos siguieron traicionándola, manteniendo su mente despierta hasta mucho después de que Deverel se hubiera tumbado en el sofá. Julia oyó cómo el ritmo de su respiración iba decayendo hasta la regular lentitud propia del sueño. Le resultó irritante que pudiera dormirse con tal facilidad, mientras que ella seguía dando vueltas en la cama.

Por fin, al cabo de un rato, se quedó dormida, pero, casi al mismo tiempo, empezó a soñar. Fue un sueño oscuro y sensual, en el que Deverel se hallaba presente.

Le acariciaba la piel y le besaba las mejillas, recorriéndole el cuello lánguidamente con los labios. Todo su cuerpo ardía de deseo, y se arqueó contra él, ansiando su contacto. Luego sus manos empezaron a moverse sobre ella, y se sintió perdida en un remolino de placer...

Deverel se despertó bruscamente. Se incorporó en el sofá, mirando a su alrededor, confuso. Luego volvió a llegarle el sonido. Un murmullo bajo, amortiguado, procedente de la cama, y comprendió que eso lo había despertado. Permaneció quieto, escuchando. Oyó a Julia moviéndose en la cama, dando vueltas y retorciéndose; luego emitió un jadeo.

Deverel pensó que estaría enferma o tenía una pesadilla, de modo que se levantó y se acercó a la cama, encendiendo una lámpara para verla mejor. La contempló durante varios instantes.

Julia había retirado la colcha en sus incesantes vueltas. El camisón se le había subido hasta los muslos, dejando al descubierto la tersa longitud de sus largas piernas. Sus senos se apretaban contra la camisa de dormir, los oscuros pezones visibles a través de la fina tela.

Deverel se notó la garganta seca. No estaba teniendo una pesadilla, sino un sueño erótico y apasionado. Observó las expresiones de deseo que surcaban su rostro. Se movía y arqueaba la espalda, mientras con la mano se acariciaba un seno y luego el estómago.

Deverel siguió mirándola mientras notaba cómo su propio deseo se intensificaba. Julia murmuró una palabra. Él pensó que era su nombre, aunque no estaba seguro de si había dicho «Dev» o si era cosa de su deseosa imaginación. Tragó saliva y apretó los puños, como para impedirse a sí mismo acariciarla. Ella emitió un leve gemido, y luego otro, hasta que todo su cuerpo se tensó. A continuación, tras un prolongado jadeo, fue relajándose poco a poco.

Deverel sabía que Julia había llegado al éxtasis. Se mordió el labio inferior para reprimir sus propios jadeos. Nunca había deseado a nadie con tanta intensidad. Pero era consciente de que tomarla en aquellas circunstancias, tras haberle jurado que estaba a salvo de él, sería un acto propio de un canalla.

Permaneció inmóvil durante un largo momento, luchando por dominarse, y luego regresó lentamente al sofá, donde le aguardaba una noche sin sueño.

Julia se despertó, sintiéndose lánguida y acalorada. Notaba una extraña sensación entre los muslos, no de dolor, sino de insatisfacción. Comprobó que Deverel se había ido, y con él cualquier indicación de que hubiera pasado la noche en el sofá, en lugar de en la cama.

Una vez que se hubo vestido, bajó al salón, donde encontró a Deverel sentado a la mesa, leyendo el periódico y tomando una taza de café. Cuando la vio, un cálido fuego hizo resplandecer sus ojos.

— Julia.

Ella se estremeció, recordando de repente el sueño que había tenido la noche anterior. En él, Deverel la había acariciado, y se había sentido completamente embargada por el placer. Recordó, asimismo, aquella última sensación de éxtasis. La cálida comezón que sentía entre las piernas se intensificó.

— Deverel —estaba segura de que se había ruborizado. ¿Qué pensaría él si supiera lo que había soñado?

Deverel se levantó para retirarle una silla. Una vez que ella se hubo sentado, le preguntó: — ¿Café?

Julia asintió en silencio, y él le sirvió una taza.

— ¿Quieres comer algo?

— Con una tostada será suficiente —Julia se sabía incapaz de tomar un desayuno completo. Tomó una rebanada de pan de la bandeja y le untó mermelada.

— ¿Has dormido bien? —inquirió Deverel, y ella alzó la cabeza rápidamente.

Él no podía saberlo, se dijo. Simplemente estaba siendo cortés.

— Sí. Muy... bien.

— Estupendo. Me alegro de que la cama te resultara... confortable.

— Sí, mucho —Julia tuvo problemas para engullir el trozo de tostada. El calor que notaba entre las piernas aumentaba, casi provocándole palpitaciones. Se removió incómoda en la silla, tratando de aplacar la sensación. De pronto, reparó en lo que estaba haciendo y se detuvo. Vio que Deverel la observaba, con una leve sonrisa en los labios. ¡Lo sabía! ¡Julia no se explicaba cómo, pero sabía lo que había soñado!

Retiró la silla bruscamente y se levantó.

— Con... con permiso —se giró para dirigirse hacia la puerta, pero Deverel la siguió al instante. Alcanzó la puerta antes que ella y la cerró.

— Espera. No te vayas —pidió en tono bajo y casi sin resuello. Sus ojos se clavaron en los de Julia—. He sido un estúpido al provocarte. Me siento... —retiró la mirada, como si buscara la palabra adecuada, y añadió—: Celoso. Anoche me desperté. Y te oí.

Julia emitió un ahogado jadeo de vergüenza y se llevó las manos a las inflamadas mejillas. Luego agachó la mirada.

— No. No dejes de mirarme —Deverel le tomó la barbilla con la mano y la obligó a alzar la vista. Julia tembló al notar el calor de sus ojos—. He sentido celos... de nada. ¡De un sueño! —abrió la mano y la deslizó con ternura por su cuello—. Por un momento, quise tener... lo que estabas dándole a la persona de tu sueño.

— Deverel...

— Me pareció oírte pronunciar mi nombre. ¿Es cierto? —Deverel alzó la mano para acariciarle la mejilla. Seguidamente recorrió con el pulgar la línea de sus labios—. ¿Era yo el hombre con el que...?

— ¡No! Por favor, no me preguntes eso. No puedo... —la caricia de sus dedos estaba distrayéndola hasta tal extremo, que apenas podía pensar.

— Te deseo, Julia —dijo él osadamente—. ¿Debemos renunciar al placer durante el resto de nuestras vidas?

— Pero juraste que no...

— Dije que no exigiría el cumplimiento de mis derechos maritales. Pero no prometí no pedírtelo —Deverel se inclinó para acariciarle los labios con los suyos. Julia tembló al sentir la cálida y sedosa caricia—. ¿Y bien, Julia? —resolló él. Se agachó para besarle el cuello suavemente. Ella no pudo contener un leve jadeo. Notaba cómo los pezones se le endurecían, ansiando su contacto.

— Pero si me odias —murmuró.

— Te deseo.

— Oh... —Julia se llevó las manos a las sienes—. Estoy tan confusa...

— Déjame que te ayude a aclarar las ideas —sugirió Deverel al tiempo que reclamaba sus labios.

Al principio la besó con suavidad, casi provocativamente. Con la lengua recorrió la abertura de sus labios, separándolos e invadiendo su interior. Julia se derrumbó sobre él, perdida en el placer

del beso. Deverel la sujetó con un brazo, mientras con la mano libre tomaba uno de sus senos a través de la tela del vestido. Luego intentó ansiosamente desabrocharle los botones, arrancando dos de ellos en su apresurada ansiedad. Cuando por fin llegó al último botón, bajó de un tirón el talle del vestido. Julia emitió un jadeo ante la ferocidad del movimiento, pero su cuerpo se llenó de un calor aún más intenso.

Tomándola en brazos, Deverel la llevó hasta la mesa y la soltó sobre su pulida superficie, apartando los platos.

— ¡Deverel! —gritó Julia en tono quedo, sorprendida—. ¿En la mesa?

Él se inclinó sobre ella, sus ojos negros brillando ferozmente.

— Quiero dame un festín contigo —se introdujo uno de los pezones en la boca y empezó a lamerlo y a chuparlo, hasta que Julia se retorció de placer, incapaz de contener los jadeos.

Tras bajarle las medias y la ropa interior, Deverel empezó a explorar su cuerpo con los dedos. Ella gimió al tiempo que movía las caderas instintivamente.

Deverel jadeó. Se desabotonó el pantalón y su miembro erecto salió proyectado hacia delante, hinchado y palpitante. Lentamente, con la suavidad que le permitía su lujuria, empezó a deslizarse dentro de ella. Julia se quedó rígida al notar la extraña sensación, pero él la acarició, murmurándole palabras tranquilizadoras, y por fin se relajó.

Deverel se topó con el obstáculo de su virginidad, y empujó cuidadosamente hasta que, con una última acometida, entró en ella. A continuación empezó a moverse lentamente hacia detrás y hacia delante, regocijándose con la sensación de placer que había ansiado experimentar durante tanto tiempo.

Julia se aferró a él, pronunciando su nombre con apremio, y súbitamente se estremeció, recorrida por ondulantes oleadas de placer. Deverel emitió un grito ronco en ese momento, incapaz de contenerse más, y se sumergió de cabeza en el oscuro torbellino de la pasión.

Deverel emergió lentamente de la roja neblina de la lujuria. Sentía el terso cuerpo de Julia debajo del suyo, oía su suave respiración, notaba la calidez de su piel. Lo embargó una sensación absoluta de paz, una satisfacción como jamás había experimentado con anterioridad. Luego, comprendió lo que había hecho. Se quedó rígido, horrorizado, y repasó mentalmente la escena.

En su arrebatador deseo por Julia, la había poseído como un animal, tumbándola en la mesa y dando rienda suelta a sus apetitos. Era una muchacha virgen, sin experiencia, y la había tratado como a una furcia, se dijo abatido por la vergüenza. Seguramente, ella lo odiaría ahora.

— Lo siento —dijo al tiempo que se retiraba de ella y se vestía torpemente—. Lo siento mucho. Te ruego que aceptes mis disculpas. Ha sido un error... Nunca pretendí que ocurriera. Ni volverá a ocurrir, te lo prometo.

Julia se quedó mirándolo, incapaz de asimilar sus palabras. Unos minutos antes, Deverel la había llenado de un goce tan intenso, que apenas había podido respirar. Jamás había sentido nada semejante. Y, en aquel momento, había comprendido algo que llevaba días intentando negar ante sí misma: lo amaba. A despecho de lo que había ocurrido entre ambos, se había enamorado de Deverel.

No obstante, según parecía, él no había disfrutado haciéndole el amor.

— Les diré a los criados que te preparen otro dormitorio —prosiguió Deverel, volviéndose. Julia se incorporó, reprimiendo las lágrimas, sin poder articular palabra. Sintió vergüenza al saberse desnuda, y rápidamente procedió a ajustarse la ropa, sin mirarlo. ¿Cómo era posible que algo que había sido tan maravilloso para ella, hubiera provocado en él tales sentimientos de furia y de culpabilidad? ¿Tanto la despreciaba?

Deverel se dio media vuelta y salió de la habitación.

Cumplió su palabra. Los criados dispusieron otro dormitorio para Julia y trasladaron a él su ropa. Deverel salió de la casa y pasó fuera la mayor parte del día, sin regresar hasta primeras horas de la noche.

Julia pasó el día sola, sintiéndose desgraciada, vagando de una habitación a otra, tratando de leer y de coser un poco, antes de volver a la tarea de repasar las cartas de Selby. Cenó sola, sentada a la enorme mesa, incómodamente consciente de lo que debían de pensar los criados. Era evidente, para todo el mundo, lo poco que la estimaba su esposo.

Al día siguiente, Julia pidió que le subieran el desayuno en una bandeja, sintiéndose incapaz de ver a Deverel. No obstante, en la bandeja que le llevó uno de los criados había una nota. Era de Deverel, y en ella le preguntaba si quería ir a la oficina del agente aquella misma mañana.

Julia engulló el desayuno y se arregló a toda prisa. Luego, con las cartas de Selby y la nota en la mano, bajó para reunirse con Deverel.

Él la recibió con su habitual cortesía, aunque ella se dio cuenta, consternada, de que evitaba tocarla o mirarla siquiera a los ojos. Se mostró tan frío y correcto como si fueran dos desconocidos. Subieron en el carruaje y se dirigieron a la oficina del agente, sin hablar, tan distantes el uno del otro como si se hallaran en condados distintos.

Por fin, cuando el carruaje se detuvo, Deverel se apeó y alargó la mano para ayudar a Julia. Aun a través del guante, ella sintió un hormigueo al notar su contacto. Lo miró de soslayo y, por una fracción de segundo, captó la misma sensación en sus ojos.

En cuanto entraron en el vestíbulo de Henry Carter, el agente salió de su oficina para recibirlos, sonriendo de oreja a oreja.

— ¡Ah, Lord Stonehaven! ¡Qué grata sorpresa! No esperábamos verlo por aquí –miró a Julia con curiosidad.

— Permítame presentarle a mi esposa, señor Carter. Querida, este es Henry Carter, el encargado de velar por los intereses de Thomas durante todos estos años. Señor Carter, Lady Stonehaven.

— ¡Lady Stonehaven! ¡Qué gran honor! –el agente les dio la enhorabuena, asegurándoles que estaba encantado de tenerles en su oficina.

— Señor Carter, hemos venido a examinar las cartas de Selby –dijo Deverel interrumpiendo sus cumplidos.

La expresión del agente se tornó grave.

— ¿Las cartas del desfalco, señor?

— Exacto.

— Pero, señor, ¿es necesario que reavivemos ese doloroso episodio?

Deverel enarcó una ceja.

— ¿Insinúa que no desea enseñarme las cartas?

— No, señor, desde luego que no –empezó a balbucir el agente–. Al fin y al cabo, tiene perfecto derecho a verlas –se giró y chasqueó los dedos–. Teasely, saca las cartas del fondo de St. Leger... Las del desfalco –dijo a uno de los jóvenes que ocupaban las mesas del vestíbulo. Luego tragó saliva, como si las palabras se le hubieran atragantado.

El joven se levantó y se acercó a una de las vitrinas situadas junto a la pared.

— El señor Teasely responderá a todas sus preguntas sobre el fondo de fideicomiso –prosiguió Carter con una rígida sonrisa–. Y, si necesitan algo más, estaré en mi oficina –se retiró haciendo una ligera reverencia.

— ¿Prefieren examinarlas encima de una mesa? –Teasely se aproximó a ellos con varias hojas de papel en la mano.

— Sí, gracias. Muy amable.

Teasely los acompañó hasta una sala contigua, donde había una única mesa y varias sillas de aspecto incómodo. Luego depositó las cartas en la mesa.

— ¿Puedo hacer algo más por ustedes? –preguntó educadamente.

— De momento, no. Por cierto, ¿fue usted quien se ocupó de gestionar esas cartas?

El joven se puso rígido.

— Me encargué de abrirlas y de leerlas. Al tratarse de una petición de dinero, se las mostré al señor Carter para obtener su aprobación.

— Naturalmente —Deverel le sonrió—. Seguro que no hizo usted nada incorrecto. Simplemente sentía curiosidad por saber cómo se realizó la gestión. Cómo se remitió el dinero al tal «Jack Fletcher», por ejemplo.

El ceño de Teasely se relajó.

— Ah, comprendo. En la primera carta figuraba una dirección —señaló la primera hoja—. Ahí lo enviamos.

— Entiendo. ¿Y quién lo recibió? ¿Hay algún registro escrito?

El joven se mostró perplejo.

— Puedo, eh, comprobarlo, señor.

— Bien. Se lo agradecería mucho.

En cuanto Teasely hubo salido de la habitación, cerrando la puerta tras de sí, Julia se volvió hacia Deverel con ansiedad.

— ¡Muy astuto! Si encontramos a la persona que recibió realmente el dinero...

Deverel arrugó la frente.

— Debí haberlo comprobado antes. No sé por qué, ni siquiera se me ocurrió. Es un cabo suelto que debí haber atado.

— Lo ataremos ahora —Julia se sentó y procedió a leer las cartas—. Fíjate. La misma uniformidad en cuanto a los espacios y las mayúsculas. Y las curvas de la “y” son idénticas a las de la nota.

Deverel se enderezó y se aclaró la garganta.

— No es tan extraño. Fueron escritas por la misma persona.

— Pero no por la misma persona que escribió estas cartas —dijo Julia alzando las dos viejas cartas que Selby le había enviado años atrás—. La caligrafía de todas esas cartas difiere de la de Selby en los mismos aspectos.

Deverel frunció el ceño.

— Las diferencias son muy leves... Julia, no entiendo cómo puedes decir que eso prueba que Selby no las escribió.

En ese momento regresó Teasely, con cuatro hojas de papel.

— Aquí están los acuses de recibo que nos devolvió el mensajero, señor.

Deverel tomó las hojas, y Julia y él se dispusieron a examinarlas. La primera estaba firmada por «Jack Fletcher».

— ¡Mira! —Julia señaló la firma, con un dedo tembloroso a causa de la excitación—. Esa no es la letra de Selby. No se parece a la de las cartas.

— Tienes razón —Deverel frunció aún más el ceño. Observó la siguiente nota, cuya firma era idéntica a la de la primera. Las dos últimas, sin embargo, tenían otra firma, cuya caligrafía era claramente femenina: «Señora de Jack Fletcher».

— ¡Señora! —exclamó Julia confusa.

Deverel la miró de soslayo, y ella comprendió que había pensado inmediatamente en la amante mencionada en la nota de Selby.

— No —dijo con firmeza—. No.

— Gracias —dijo Deverel al secretario—. Permítame que tome nota de la dirección, y podrá llevarse los documentos —cuando le hubo entregado todos los papeles a Teasely, se giró hacia Julia.

— ¡Selby no tenía ninguna amante! —insistió ella acaloradamente.

— Es evidente que una mujer firmó algunos acuses de recibo.

— Pero no era la amante de Selby. Él no robó el dinero.

— ¿Sabes? Creo que deberíamos investigar ese asunto de la amante. Hablaremos con Fitz y con Varian, para comprobar si ellos sabían algo. Si tal mujer existía, y averiguamos su nombre, quizá podamos dar con la verdad.

Primero se dirigieron a la residencia del Mayor Fitzmaurice saltó de la silla, sorprendido, cuando el mayordomo los anunció.

— ¡Deverel! Y Julia... Lady Stonehaven, debería decir.

— No, por favor. Sigo siendo Julia.

Los tres tomaron asiento y, al cabo de unos segundos, Fitzmaurice dijo:

— Bueno, debo decir que no esperaba veros tan pronto. ¿No estabais en Buckinghamshire?

— Sí, tuvimos que ir a darle la noticia a mi madre, por supuesto —explicó Deverel—, pero no quisimos prolongar en exceso la visita.

— Fitz —empezó a decir Julia, inclinándose hacia delante—, hemos venido a hacerte una pregunta relacionada con Selby.

— ¿Con Selby? —Fitzmaurice pareció sorprenderse—. ¿Se trata, acaso, de esas cartas que firmé? No recuerdo haberlo hecho, en realidad. Aunque eso no quiere decir nada. Selby solía pasarme muchos documentos, y nunca los leía antes de firmarlos —se encogió de hombros—. Al fin y al cabo, tampoco los hubiera entendido.

Julia asintió.

— Ya, pero no era eso lo que queríamos preguntarte. Deseamos saber si Selby tuvo alguna amante.

Fitzmaurice pareció tan conmocionado, que Deverel tuvo que reprimir una carcajada.

— ¿Es preciso que seas tan directa, Julia? —murmuró.

— No se me ocurre un modo sutil de preguntarlo —respondió ella.

— Supongo que tienes razón —Deverel miró al otro hombre—. ¿Y bien, Fitz? ¿Sabías que Selby tenía una amante? En sus últimos años, quiero decir.

El Mayor se ruborizó.

— Dev, muchacho... No está bien que hablemos de ello delante de su hermana.

— Desde luego —terció Julia bruscamente—. Pero resulta que la hermana quiere saberlo. Por favor, Fitz, olvídate del decoro y dinos la verdad. Es muy importante para mí.

— Yo... eh... —Fitz lanzó una mirada suplicante a Stonehaven, pero no encontró ningún apoyo. Finalmente, dijo—: Pues sí, oí algunos rumores que así lo apuntaban.

— ¿Qué clase de rumores?

— Se decía que tenía una querida en una casa de Londres, y que la visitaba con regularidad.

— ¿Llegaste a verla alguna vez?

— No —Fitzmaurice pareció levemente indignado, como si Julia lo hubiera acusado de algo indebido—. Nunca.

— ¿Te habló Selby de ella en alguna ocasión? —inquirió Deverel.

— No. Soy la persona menos indicada para esa clase de confidencias. Nunca se me ha dado bien guardar secretos.

— ¿Y recuerdas cuándo oíste esos rumores? ¿Fue mientras Selby aún vivía?

El Mayor arrugó la frente, concentrándose.

— No estoy seguro. Aunque creo que fue después de su muerte, porque recuerdo que pensé que no hacíamos bien al hablar así de un muerto.

— ¿Que no hacíais bien? —terció Julia—. ¿Recuerdas con quién estabas hablando?

— Mmm, no. No recuerdo la ocasión exacta en que lo oí por primera vez. Quizá fue en el club.

Era inútil tratar de obtener más detalles del Mayor. Ya había forzado su capacidad intelectual al máximo. De modo que acudieron a visitar a Varian, cuya casa se hallaba a unas cuantas manzanas de la de Fitzmaurice.

Varian se mostró igualmente desconcertado al verlos en Londres tan pronto, pero era demasiado educado como para interrogarlos al respecto. Tampoco recordaba haber firmado la carta que llevaba su firma.

— Lo cual es raro —añadió—, porque yo solía leer todas las cartas. Y lo consultaba con Selby cuando había algún detalle del que no estuviera seguro —miró a Deverel—. ¿Tú no?

— Sí, yo también lo hacía así por regla general.

— Además, me hubiera chocado una carta como esa —prosiguió Varian—. Que contuviera el nombre de Jack Fletcher, quiero decir. Nunca comprendí por qué utilizó ese nombre. Hizo que todo resultara muy obvio, ¿verdad?

— Eso se debe a que él no escribió esas cartas —se apresuró a decir Julia—. He intentado decírselo a todo el mundo. Selby no era estúpido. No habría utilizado ese absurdo nombre si hubiera robado el dinero.

— Otro detalle que nos desconcierta —siguió diciendo Deverel, pasando por alto la intervención de Julia—, es lo de la amante de Selby.

— ¡Dev! —Varian miró de soslayo a Julia.

— No te muestres mojigato conmigo, Varian. He leído la nota del suicidio.

Varian arqueó las cejas.

— ¿Has dejado que la lea? —preguntó acusadoramente a Deverel.

— Yo insistí —respondió Julia—. Y me alegro de haberlo hecho, porque pude comprobar que la caligrafía no se correspondía exactamente con la de Selby.

Varian se quedó boquiabierto.

— ¡No! Me estás tomando el pelo.

— En absoluto.

— Hay ligeras diferencias —confirmó Deverel.

— Vaya —Varian parecía estupefacto.

— Así que leí lo de la amante. Pero no lo creí. Por eso quiero saber si tú oíste hablar de ella antes de leer la nota. ¿Llegaste a verla? ¿Selby te dijo algo?

— No. Selby jamás hablaba de otras mujeres. Estaba locamente enamorado de Phoebe. Por eso me quedé atónito cuando confesó que había tenido una amante. En la nota, quiero decir.

— ¿Así que te enteraste de la existencia de esa mujer a raíz de la nota?

Varian asintió.

— Aunque más tarde oí rumores. Me comentaron que era una auténtica belleza. Rubia. Bailarina, creo recordar. Puede que incluso oyera mencionar su nombre, aunque no lo recuerdo.

— ¿Quién te dijo todo eso?

— ¿Quién? —Varian se removió en la silla—. Lo siento, no lo recuerdo exactamente.

Más tarde, cuando hubieron acabado de hablar con Varian y se dirigían de vuelta a casa, Julia dijo:

— ¿Crees que Varian ha sido sincero con respecto a quién le hizo llegar el rumor?

Deverel la miró de reojo.

— ¿A ti también te pareció sospechosa su reacción?

— O sea, que pensaste que no estaba diciendo toda la verdad —Julia se sintió inmensamente satisfecha al comprobar que Deverel coincidía con ella.

Él asintió.

— Pareció muy incómodo al responder a la pregunta.

— ¿Por qué será?

— No lo sé. Quizá lo oyó en algún sitio que no quiso mencionar delante de una dama.

— Un prostíbulo, por ejemplo.

Deverel emitió una risotada.

— Francamente, Julia, eres muy poco sutil.

Rodearon una esquina y enfilaron la calle donde estaba situada la casa de Deverel. Casi habían llegado, cuando un carruaje dobló la esquina a toda velocidad. Se giraron hacia él. El cochero, envuelto en una capa y con el sombrero muy calado sobre la frente, arreó a los caballos, que emprendieron una frenética carrera calle abajo, directamente hacia Julia y Deverel.

Capítulo 10

Julia se quedó petrificada. Deverel la agarró del brazo y tiró de ella hacia un lado, y ambos cayeron al pie de las escaleras de la casa. El carruaje pasó como un rayo, tan cerca que Julia pudo sentir el viento que levantaba al pasar. Llegó hasta el final de la calle, dobló la esquina y desapareció.

— ¿Te encuentras bien? —preguntó Deverel con ansiedad, incorporándose e inclinándose sobre ella.

— Sí. Creo que... sí — Julia se levantó cuidadosamente —. ¡Ese cochero debía de estar loco!

— O borracho. En fin, gracias a Dios que no nos ha pasado nada.

Julia asintió, y por fin entraron en la casa. Deverel parecía ceñudo.

— ¿Sabes? — dijo lentamente —. Casi pareció un intento deliberado de atropellarnos.

— ¿A qué te refieres? —inquirió Julia mirándolo.

— Al modo en que condujo los caballos directamente hacia nosotros. Además, es la segunda vez que casi te matan.

— La tercera —murmuró Julia con un tenso nudo en la garganta.

— ¿Cómo? ¿De qué estás hablando?

Julia le refirió lo sucedido la noche en que un hombre irrumpió en su dormitorio.

— Dimos por sentado que se trataba de un ladrón. No obstante, resulta extraño que se tomara la molestia de trepar por un árbol para entrar en mi cuarto, cuando el acceso por la planta baja era mucho más fácil.

Deverel se quedó mirándola unos instantes, y luego se giró, meneando la cabeza.

— Todo esto es una locura. ¿Por qué querría alguien hacerte daño?

— ¿Porque estoy intentando averiguar quién desfalcó el dinero? Alguien que tenga buenos motivos para saber que Selby no lo hizo.

No volvieron a hablar más del asunto. Sin embargo, Deverel pareció ausente durante la cena. Cuando hubieron acabado de cenar, se levantó bruscamente.

— Voy a llegarme al club —anunció en tono casi grave—. Quiero hacer algunas preguntas, comprobar si alguien sabe algo de esa mujer — se giró hacia Julia y añadió terminantemente:

— No quiero que salgas de la casa —. Ella se quedó mirándolo.

— ¿Por qué lo dices? ¿Adónde podría ir?

— No lo sé. Pero no quiero que salgas esta noche. Últimamente están sucediendo demasiadas cosas extrañas.

Julia asintió, conmovida por sus palabras. Quizá no quisiera hacerle el amor, pero al menos se preocupaba por ella.

Deverel titubeó. Nunca se había sentido tan confuso. Deseaba estrechar a Julia entre sus brazos y apretarla contra sí. No le apetecía en absoluto abandonar la casa, pero sabía que era el único medio viable de conseguir alguna pista.

— Aquí estarás a salvo —dijo para tranquilizarse a sí mismo, más que a ella.

— Lo sé.

Deverel oyó el tono inexpresivo de su voz, y estuvo seguro de que Julia celebraba librarse de su presencia. No podía ser una situación cómoda para ella, se dijo, permanecer allí sentada, esperando, preguntándose si él volvería a perder el control.

Con un rígido saludo, Deverel salió por la puerta.

Más tarde, aquella misma noche, Julia se incorporó en la cama. Se había retirado temprano, pero había sido incapaz de conciliar el sueño. Oyó un ruido de pasos en el vestíbulo y esperó, muy tensa. Deverel había vuelto del club. Al cabo de unos instantes, le llegó la luz que se filtraba por debajo de la puerta del cuarto contiguo. Julia se sintió irresistiblemente atraída hacia la puerta y, tras un

momento de vacilación, se acercó a ella, llamó y la abrió inmediatamente, sin aguardar una respuesta. Deverel estaba de pie frente a la cómoda, y se giró al oírla. Se había quitado la chaqueta y el chaleco, y tenía la camisa abierta. Julia pudo ver una amplia zona de su pecho, liso y musculoso, ligeramente salpicado de vello, y la boca se le secó. Las palabras que había pensado decir se desvanecieron de su mente.

Deverel echó a andar hacia ella, pero se detuvo.

— Quería... eh, preguntarte si has averiguado algo —dijo Julia.

— ¿Averiguado? —los ojos de Deverel recorrieron su figura, oculta tan solo por la camisa de dormir. Con cierta dificultad, alzó la vista para mirarla a la cara—. Ah, sí, por supuesto. Me temo que no mucho. Unos cuantos tipos habían oído los rumores, pero ninguno pudo decirme nada concreto.

Julia era incapaz de retirar la mirada de su pecho. Deseaba abrirle la camisa. Deseaba recorrer su cuerpo con las manos. El corazón empezó a latirle con fuerza.

— ¿Quieres que te ayude con las botas?

Deverel la miró, perplejo.

— ¿Qué?

Ella señaló sus ceñidas botas.

— Tu ayuda de cámara no está. Podría ayudarte a quitarte las botas.

— Muy bien —la voz de él sonó un tanto extraña, y la piel de su rostro pareció tensarse.

Julia se acercó.

— Tendrás que sentarte.

Deverel se sentó en la cama, y Julia se agachó para agarrar el talón de la primera bota. Empezó a tirar con todas sus fuerzas. Sus pechos se bambolearon con el esfuerzo. Agachada como estaba, Deverel podía verle los senos por el generoso cuello del camisón. Unas súbitas gotas de sudor perlaron su labio superior.

Una vez que le hubo sacado la primera bota, Julia se volvió de espaldas y se ahorcájó sobre la otra pierna para quitarle la otra bota.

— Julia...

Ella notó cómo le acariciaba los glúteos. Tras sacar la bota, se giró para mirarlo. El rostro de Deverel estaba tenso a causa de la pasión, y sus ojos parecían emitir fuego. Alargó los brazos y le colocó las manos en la cara exterior de los muslos. Luego, con un gruñido, las retiró, apretando los puños.

— Maldita sea, Julia, esto no es justo. Te dije que nunca te...

— Lo sé —se apresuró a responder ella—. Pero he estado pensando. Me gustaría tener hijos. ¿Y a ti? ¿No te gustaría tener un heredero?

Él se quedó mirándola, y tragó saliva.

— ¿Estás diciendo que quieres...? ¿Que no te importaría... hacer el amor?

Julia asintió.

— Sí, si estás dispuesto —si la rechazaba, se dijo, tendría que vivir soportando esa humillación. Pero, al menos, debía intentarlo.

Deverel se incorporó lentamente, sin dejar de mirar el rostro de Julia.

— ¿Si estoy dispuesto? —dejó escapar una breve y ronca risotada.

A continuación, alargó la mano hacia ella, pero Julia sonrió sensualmente y dijo:

— No, esta vez no te llevarás toda la diversión. Deseo acariciarte —le colocó las manos en el pecho, entre los bordes de la camisa. Luego fue bajándolas lentamente, explorando las curvas de su musculatura, pasando los dedos por la fina línea de vello que se extendía desde su estómago hasta la cinturilla del pantalón.

Tras quitarle la camisa y arrojarla sobre la cama, acercó los labios a uno de los pezones y lo mordisqueó con los dientes, arrancándole un leve jadeo.

— ¿Te gusta? —preguntó con una risita.

— Sí. Oh, sí, me gusta.

— Bien —Julia se retiró un poco para desabotonarle el pantalón. Deverel la ayudó con presteza, despojándose de la prenda y, seguidamente, de los calcetines. Ahora estaba completamente

desnudo, y Julia lo contempló sin timidez, fascinada por la fuerza y la belleza de su cuerpo. Sus ojos se clavaron en el hinchado miembro que sobresalía de entre sus piernas, una prueba clara del deseo que sentía por ella. Cuidadosamente, alargó la mano y tocó su erección, para a continuación abarcarla con ambas manos y agitarla hacia atrás y hacia delante.

Deverel se mordió el labio inferior, con los ojos cerrados. No pudo contenerse más. Se agachó para quitarle el camisón y, besándola, entró en ella, moviéndose lentamente al principio y aumentando el ritmo hasta que Julia se retorció debajo de su cuerpo. Siguió empujando más y más deprisa, propulsándolos a ambos a un reino donde no existía nada, salvo la unión de sus cuerpos. Julia le clavó los dedos en la espalda, gritando de deseo, hasta que una oleada de placer estalló en su interior. Deverel arqueó la espalda, pronunciando su nombre con voz ronca.

Luego se derrumbó encima de ella y así permanecieron, aún unidos, flotando juntos en un maravilloso limbo.

Cuando Julia se despertó, al día siguiente, el mundo se le antojó mucho más luminoso. Deverel estaba delante del espejo, afeitándose.

— Buenos días –la saludó.

Ella le devolvió el saludo con cierta timidez, recordando el desenfreno de la noche anterior.

— He pensado que, después de desayunar, podemos visitar la dirección a la que se envió el dinero.

— Oh, sí –convino Julia incorporándose, sin acordarse de cubrirse con la sábana. No tenía idea de lo atractiva que estaba, con el cabello suelto sobre los hombros y el rostro aún relajado tras la reciente sesión de amor.

Deverel apenas pudo contener el impulso de acercarse a ella para besarla. Sin embargo, aún no estaba seguro de cómo debía comportarse con Julia. Dudaba que recibiera de buen grado cualquier muestra de cariño por su parte.

Julia se puso el camisón y regresó a su cuarto, donde se bañó y se vistió, cantando mientras se arreglaba.

Partieron en el carruaje de Stonehaven poco después del desayuno. La casa en cuestión se hallaba en el East End, en un barrio poco respetable, y al cochero le costó un buen rato y varios intentos fallidos encontrarla.

Se trataba de un edificio alto y angosto, con un letrero que rezaba «Se alquilan habitaciones» encima de la puerta. Stonehaven se apeó del carruaje y ayudó a Julia a bajar, mirando cuidadosamente en torno. A continuación, llamó perentoriamente a la puerta y, poco tiempo después, acudió a abrir una mujer desgarrada de mediana edad.

— Ya va, ya va. Un poco de paciencia, ¿quiere? –protestó. Sus ojos se abrieron como platos cuando vio a Deverel y a Julia, fijándose rápidamente en sus caras ropas y en el carruaje que los esperaba en el extremo de la estrecha calle.

— ¿Es usted la dueña de este establecimiento? –le preguntó Deverel.

— Quizá lo sea –respondió ella con cautela.

— Estamos buscando a un hombre que alquiló aquí una habitación hace tres años. ¿Era usted la dueña entonces?

La mujer asintió con énfasis.

— Sí, pero no creo que me acuerde habiendo pasado tanto tiempo. Tengo muchos clientes, y es imposible que los recuerde a todos.

— Por supuesto. Pero quizá a este sí lo recuerde. Pidió que le entregaran cuatro paquetes en esta dirección. Y no todos los días le llegan a usted mensajeros con paquetes para sus inquilinos, ¿verdad?

— Bueno, puede que lo recuerde –dijo la mujer con expresión sibilina–, si me lo propongo. Claro que no tengo tiempo que perder en ese tipo de cosas. Siempre hay mucho trabajo que hacer.

— No lo dudo. Sin embargo, estoy dispuesto a pagarle por su esfuerzo –Deverel mostró una pieza de oro, y los ojos de la mujer se hicieron casi tan grandes como la moneda.

Alargó la mano para tomarla, pero Deverel la retiró rápidamente.

— Antes, quiero la información. Luego ya veremos si vale la pena.

— Recuerdo que era un caballero. Elegantemente vestido. Y hablaba muy bien.

— ¿Vivía aquí?

— Oh, no. Venía de vez en cuando, para reunirse con su querida o para recoger uno de esos paquetes que usted ha mencionado.

— ¿Su querida? —preguntó Julia, notando que el estómago le daba un vuelco.

— Sí, señora. Ella vino varias veces.

— ¿Y qué hay del caballero? —la interrogó Deverel—. ¿Cómo se llamaba?

La mujer torció el gesto.

— Vamos, hombre, ¿cree que voy a acordarme, después de tres años?

— Pues hableme de él. Ha dicho que vestía con elegancia y hablaba bien. ¿Qué aspecto tenía?

— Más bien normal, nada fuera de lo corriente. Pelo castaño, ojos marrones, estatura mediana — la casera se encogió de hombros.

Julia se enderezó.

— ¿Pelo castaño? —repitió, tratando de reprimir su excitación—. ¿Seguro que no era pelirrojo?

— ¿Pelirrojo? ¿Cómo el de usted, quiere decir?

— Sí, más o menos.

— Oh, no —la mujer meneó la cabeza con decisión—. Eso lo recuerdo. Tenía el pelo castaño. Embargada por una gran sensación de alivio, Julia se sintió repentinamente débil. Se giró hacia Deverel y vio el asombro que se reflejaba en sus ojos.

— Dios mío —exclamó él.

— ¡No era Selby! —gritó Julia, con lágrimas en los ojos—. No podía ser Selby. Él era completamente pelirrojo.

— Lo sé —dijo Deverel, estupefacto. Entregó la moneda de oro a la casera—. Gracias. Nos ha sido de gran ayuda.

Se dirigieron de vuelta hacia el carruaje. Julia se agarró del brazo de Deverel. Tenía la sensación de que el sol asomaba de repente por entre las nubes.

— Es posible que contratara a alguien para que recogiera el dinero. No sabemos si el hombre que alquiló esa habitación era el ladrón —afirmó Deverel.

Julia lo miró con escepticismo.

— ¿Robarías esa cantidad de dinero y luego lo dejarías en manos de otra persona?

— No. Tienes razón —mientras emprendían el camino de regreso, Deverel miró con aire ausente por la ventanilla del carruaje—. Acusé a la persona equivocada. Estaba tan convencido de tener razón... Acosé a un hombre inocente hasta su muerte.

Su expresión era de angustia, y Julia sintió compasión por él. Le colocó la mano en el brazo.

— No. Tú no lo acosaste hasta su muerte. Estoy segura de que Selby no se quitó la vida. La nota de suicidio la escribió el ladrón. Él mató a Selby. Además, tú no conocías a mi hermano tan bien como Phoebe y yo. No podías tener tanta fe en él como nosotras. Deverel la miró con cierta extrañeza.

— No habrías dicho eso hace unas cuantas semanas.

— Porque, por entonces, no te conocía —Julia se ruborizó levemente—. No sabía lo honorable que eres, lo mucho que crees en el cumplimiento del deber.

Deverel se giró y le tomó las manos con fuerza.

— Te lo juro. Yo no desfalqué ese dinero. Ni denuncié a Selby por esa razón.

Julia sonrió.

— Lo sé. Creo que lo comprendí hace mucho. De lo contrario, no me habría casado contigo. Ni hubiera compartido tu cama.

Él la estrechó entre sus brazos, abrazándola con fuerza, y descansó la mejilla en su cabello.

— Eres la mejor mujer que he conocido nunca.

Julia notó que se le saltaban las lágrimas. Para contenerlas, dijo con desenfado:

— Además, después de hablar con la casera, me convencí definitivamente de que no fuiste tú. De ti podrían decirse muchas cosas, pero ninguna mujer diría que no eres «nada fuera de lo corriente».

Deverel emitió una risita y le besó la frente.

— Ah, Julia... Menos mal que se te ocurrió ese absurdo plan del secuestro. De lo contrario, seguiría convencido de la culpabilidad de Selby.

Tras llegar a la casa, se acomodaron en la pequeña salita de la segunda planta. Deverel pidió té, y luego empezó a pasearse por la estancia.

— Debemos limpiar el nombre de Selby – dijo ceñudo—. La pregunta es, ¿cómo?

— Hay que encontrar al verdadero ladrón – dijo Julia.

— Y asesino –añadió Deverel en tono grave—. Estoy seguro de que mató a Selby y luego escribió esa nota –frunció el ceño—. Y esos «accidentes» que te han ocurrido... Ahora que sé que Selby fue asesinado, tiene sentido que alguien haya intentado matarte –hizo una pausa—. ¿Quién sabía que ibas tras el verdadero ladrón?

Julia se encogió de hombros.

— Varias personas. Phoebe y Thomas, por supuesto. Nunnelly y algún otro criado. El primo Geoffrey. Y se lo dije a Varian y a Fitz en una de sus visitas... –dejó la frase en suspenso y miró a Deverel.

Él suspiró.

— Sí. Reconozcámoslo. Varian y Fitz son los candidatos más probables.

— Pero cuesta mucho creerlo –opinó Julia—. Ambos eran buenos amigos de Selby, y... –se interrumpió.

— La misma lógica que empleaste para acusarme a mí los condena a ellos –observó Deverel—. Los depositarios somos los candidatos más probables. Tuvo que ser alguien que conociera bien el funcionamiento de la gestión del fondo y que estuviera al tanto del nombre de Jack Fletcher. Dado que partimos de la base de que ni Selby ni yo lo hicimos, solo quedan Varian y Fitz.

— Lo sé, pero... Francamente, no creo que Fitz fuera capaz de tramar un plan semejante. ¿Tú sí?

— No. Tienes razón. Carece del ingenio necesario. Varian es el único candidato real que nos queda.

Julia asintió con tristeza.

— Y, de todos los implicados, era el que más necesidad tendría de dinero. Su familia pasa por una situación financiera muy delicada.

— Eso he oído.

— Pero, ¿cómo podemos estar seguros? Tenemos que demostrarlo, no barajar simples especulaciones.

— Siempre queda la posibilidad de secuestrarlo para obligarlo a confesar –sugirió Deverel con un brillo perverso en los ojos.

— Basta –le recriminó Julia—. Un poco de seriedad.

— Eso sí, no te permitiría que lo sedujeras para hacerle hablar.

— No seas absurdo –replicó ella con arrogancia—. Sé que mi plan estaba llamado a fracasar desde el principio. Pero debemos hallar algún medio de demostrarlo. Quizá si obtenemos un retrato de Varian y se lo mostramos a la casera...

Deverel frunció el ceño, pensativo.

— Tal vez deba hacerle una visita a Varian. Puede que tenga retratos suyos en casa. Quizá podría tomar alguno «prestado» durante un día o dos.

— Iré contigo –dijo Julia—. Dos pares de ojos ven mejor que uno.

Él negó con la cabeza.

— No. Tú te quedarás aquí. Es demasiado peligroso.

— ¡Vamos, Deverel! ¿Qué puede tener de peligroso una visita a Varian?

— ¿Y lo preguntas después de tres atentados contra tu vida?

— ¡Pero tú pudiste morir igualmente en el último! Corres tanto peligro como yo.

— Sé cuidarme –Deverel vio que Julia estaba a punto de estallar, de modo que la atrajo hacia sí y sofocó sus palabras con un beso—. Pero si tuviera que protegerte también a ti, sería más peligroso para los dos.

— Pero, Deverel...

— Por favor, Julia. Te lo ruego, deja que haga esa visita yo solo.

— Oh, está bien –respondió ella a regañadientes—. Pero no es justo por tu parte.

— Te lo contaré todo con detalle.

Julia hizo un puchero.

— Pero no es lo mismo.

Deverel partió hacia la casa de Varian después del almuerzo. Julia no tardó en aburrirse, y sintió un gran alivio cuando, unos minutos más tarde, el mayordomo anunció la visita de su primo.

— ¡Geoffrey! –exclamó al tiempo que se acercaba a él y le tomaba las manos—. Cuánto me alegro de verte. Me aburría como una ostra. Ven, siéntate. Cuéntame todos los chismorreos que circulan por ahí.

— Casi todos ellos se refieren a ti –respondió Geoffrey mientras se sentaba—. Todo el mundo está intrigadísimo con tu repentina boda con Stonehaven.

— Espero que les llegue la noticia de que Selby fue acusado injustamente –dijo Julia—. Hemos descubierto algo –prosiguió relatando el encuentro con la casera.

— Vaya, resulta muy alentador.

— Así es. Bastó para convencer a Deverel, gracias a Dios, aunque estoy segura de que hará falta algo más para convencer al público en general. Sobre todo a Pamela, que disfruta haciendo quedar a los Armiger como villanos.

— Una mujer insufrible –convino Geoffrey—. Entonces, ¿ya no sospechas de Stonehaven?

— No. Enseguida me di cuenta de que no pudo ser él.

— Yo tampoco lo creía –le recordó Geoffrey—. Pero, entonces, ¿quién fue?

— No estamos seguros. El caso es que corrió el rumor de que Selby tenía una amante.

— ¿Qué? ¿El bueno de Selby? Bobadas. Adoraba a Phoebe.

— Lo sé. Pero creo que, si encontramos a la persona que desató ese rumor, descubriremos que fue la misma persona... que escribió la nota de suicidio.

Geoffrey se quedó mirándola, con los ojos desorbitados.

— ¿Insinúas que... alguien asesinó a Selby?

— Seguramente. No pudo ser de otra manera.

— Pero, ¿quién lo haría?

— Prefiero no especular siquiera sobre ello –confesó Julia con tristeza—. Tuvo que ser alguien cercano a Selby, que conociera bien el asunto del fondo de fideicomiso y el nombre de Jack Fletcher. Y lo peor que es no se me ocurre cómo averiguar quién cundió esos rumores. No soy bien recibida en los círculos de sociedad, y...

— Eso cambiará ahora que estás casada con Stonehaven. No me sorprendería que empezaras a recibir una avalancha de invitaciones a fiestas. Claro que resultará muy incómodo ir preguntando por ahí si tu hermano tenía una amante.

— No me importa. Lo preguntaré, de todos modos.

— No me cabe duda –Geoffrey hizo una pausa, pensativo—. ¿Sabes? Le preguntaré a Bouldin. Un ayuda de cámara es siempre la mejor fuente de información en lo que a chismorreos se refiere. ¡Ah! Lo cual me recuerda... ¿Por qué no le preguntas al viejo ayuda de cámara de Selby? Si alguien sabe si esa amante existió, es él.

— ¡Osgood! ¡Pues claro! ¿Cómo no lo pensé antes? Además, me encantará volver a verlo –el ayuda de cámara había dejado su puesto después del funeral de Selby, al no ser ya necesarios sus servicios.

— Ahora tiene una tienda de ropa de caballero. Y muy buena, por cierto. Hace poco compré allí una camisa, precisamente...

— ¿Dónde está?

— ¿La camisa? En mi casa, por supuesto. ¿Dónde iba a...?

— ¡No, la tienda! Debo ir a verlo.

— ¡No puedes ir... sola! —exclamó Geoffrey, escandalizado—. No sería correcto. Las mujeres no se pasean por Bond Street sin acompañante. Solo hay tiendas de artículos para caballeros y establecimientos por el estilo.

— Pues deberás acompañarme —contestó Julia resueltamente—. Imagino que Deverel estaría de acuerdo.

— Debí sospechar que acabarías pidiéndomelo —dijo Geoffrey con resignación—. De acuerdo, iremos —su expresión se animó un tanto—. De todos modos, necesitaba unos guantes nuevos.

Osgood reconoció a Julia en cuanto la vio entrar en la tienda, del brazo de Geoffrey.

— ¡Señorita Armiger! No sabe cuánto me alegra verla. Me he acordado de usted muchas veces en estos últimos años, y me preguntaba cómo estarían usted y la señora Armiger.

— Estamos bien, Osgood. Y también Gilbert.

— Por favor, tenga la amabilidad de pasar a mi oficina —pidió Osgood.

Julia dejó a Geoffrey discutiendo sobre los méritos de un par de guantes con un dependiente, y siguió al antiguo ayuda de cámara de su hermano hasta la trastienda.

— Tienes una tienda preciosa, Osgood.

— Gracias, señorita... Es decir, Lady Stonehaven.

— Ah, conquie ya conoces la noticia. Debí haberlo supuesto.

— Al principio, me sorprendió mucho. Pero, sí, he oído lo de su boda con Lord Stonehaven. Le deseo toda la felicidad del mundo.

— Gracias.

— En cuanto a la tienda, pude abrirla gracias a la generosidad del señor Selby. Me legó el dinero necesario para montar el negocio —Osgood suspiró—. Aunque lo devolvería de buen grado, si así pudiéramos recuperar al señor.

— Lo sé. Estoy segura de que lo añoras mucho.

— Sí. Estuve unos diez años a su servicio.

— Osgood, he venido para preguntarte una cosa. ¿Me responderás con absoluta sinceridad?

— ¡Faltaría más, señora!

— Se trata de algo muy importante, relacionado con la inocencia de Selby.

Él la miró durante unos instantes, y luego asintió.

— Sí, señora... Le responderé, sea cual sea la pregunta, si con ello ayudo a demostrar que el señor Selby no robó ese dinero.

— ¿Tenía mi hermano una amante en Londres?

Osgood se quedó boquiabierto.

— ¡Señora! —pasada la sorpresa inicial, añadió—: Su hermano fue siempre un marido fiel. Estaba muy enamorado de la señora Armiger.

— Sí, lo sé. Pero se rumoreó que Selby tenía una amante en Londres, y que robó el dinero para poder mantenerla en secreto.

— He oído esos rumores —reconoció Osgood con expresión de disgusto—, pero jamás les he dado crédito. No es más que una invención de mentes mezquinas.

— Creí que podía tratarse de algo más.

— Estoy seguro de que el señor Selby no tenía ninguna amante, aunque me lo pregunté cuando dijo que pensaba viajar a Londres, antes de su muerte.

Julia arrugó la frente, confusa.

— ¿A Londres? Selby no viajó a Londres antes de morir.

— Oh, sí que lo hizo, señorita —le aseguró Osgood—. Dejó la casa para venir a Londres tres días antes de su muerte.

— Fue al pabellón de caza. ¿No lo recuerdas?

— Eso fue lo que dijo a todo el mundo. Pero a mí me confesó que en realidad venía a Londres. Quise acompañarlo, como solía hacer siempre, pero no me lo permitió. Dijo que no iba al pabellón de caza. Al menos, no de inmediato.

Julia se quedó mirándolo.

— No lo entiendo. ¿Por qué nos dijo que iba al pabellón de caza, si en realidad pensaba venir a Londres?

— No lo sé. Naturalmente, cuando más tarde oí que, al final, había ido al pabellón de caza, supuse que me había contado esa historia sobre Londres para evitar que lo acompañara. Quizá pensaba ya quitarse la vida, e imaginó que yo trataría de impedirselo.

— Estoy convencida de que no se quitó la vida, Osgood –dijo Julia con firmeza–. Selby no se suicidó –le habló de la nota que había dejado y de la diferencia de caligrafía con respecto a sus antiguas cartas. Cuando Julia acabó, Osgood parecía casi abrumado.

— Pero, entonces... ¿cree usted que sí viajó a Londres? ¿Que vino aquí primero y luego se dirigió al pabellón de caza? –inquirió el ayuda de cámara, confuso.

— No lo sé. Tampoco me explico por qué nos lo ocultó a Phoebe y a mí.

— Dijo que no quería que la señora Armiger se hiciera demasiadas ilusiones, según recuerdo.

Julia se quedó mirándolo.

— ¡Demasiadas ilusiones! ¿Con respecto a qué?

— No me lo dijo, señorita. Simplemente se limitó a mirarme, con un brillo de excitación en los ojos, y me hizo un guiño. ¡Ojalá me hubiera permitido que lo acompañase! De haber estado yo con él, no habría pasado lo que pasó.

— No debes culparte, Osgood –Julia se inclinó hacia delante y le dio una palmadita–. Ya sabes cómo era Selby cuando algo se le metía entre ceja y ceja. Me pregunto si... –se mordió pensativamente el labio inferior–. Mira, estoy convencida de que Selby fue asesinado por la misma persona que desfalcó el dinero. Así pues, cabe pensar que la historia que te contó no era un pretexto para deshacerse de ti, sino la verdad. Era cierto que pensaba viajar a Londres, y el motivo del viaje era algo que le excitaba, pero quiso guardar el secreto para que Phoebe no se hiciera ilusiones en vano. ¿Cuál podría ser dicho motivo, sino la esperanza de encontrar algo en Londres que limpiara su nombre?

— ¡Señorita! ¿De veras lo cree usted así?

— Sí. ¿Por qué, si no, se sentía tan excitado? ¿Por qué hizo ese comentario acerca de las «ilusiones» de Phoebe? –Julia se puso en pie de un salto–. Tengo que volver a casa para decírselo a Stonehaven. Gracias, Osgood, muchas gracias. Me has ayudado muchísimo. Es la información que necesitábamos.

— Siempre es para mí un placer ayudarla, señorita –Osgood la miró con expresión perpleja pero esperanzada.

Julia se apresuró al salón exterior del establecimiento, donde halló a Geoffrey examinando concienzudamente dos pañuelos de seda.

— Ah, Julia, ahí estás –dijo algo distraído–. Dime, ¿cuál te gusta más? ¿Crees que este azul es demasiado... chillón?

— Es perfecto –respondió ella, sin mirar apenas los pañuelos–. Geoffrey, tenemos que irnos.

— Sí, sí, enseguida. Aguarda a que envuelvan mis compras –Geoffrey volvió a concentrarse en los pañuelos de seda–. Pero no acabo de decidir cuál de estos dos irá mejor con mi nueva chaqueta gris paloma.

— No importa, Geoffrey, escoge uno. Tengo que irme –Julia miró al exterior de la tienda con impaciencia–. ¿Sabes? Creo que volveré sola. No está lejos...

Dicho esto, se dirigió hacia la puerta resueltamente. Geoffrey tardó un segundo en darse cuenta, y se giró horrorizado.

— ¡Julia! ¡No! No puedes pasearte por Bond Street sola. ¡No es lo correcto!

Pero Julia, naturalmente, hizo caso omiso y abrió la puerta para salir. Apresuradamente, Geoffrey agarró el sombrero y el bastón y arrojó los guantes a las manos del dependiente.

— Tenga. Me quedo con ambos. Envuélvalos, y enviaré a un criado para que los recoja más tarde – a continuación, enfiló hacia la puerta.

Julia echó a andar por la acera, decidida a relatar su descubrimiento a Deverel cuanto antes. Apenas prestó atención al carruaje que esperaba frente a la puerta de la tienda, algo más adelante. Tampoco miró cuando, de pronto, la portezuela se abrió y un hombre salió del interior. Solo cuando el hombre alargó la mano y le agarró el brazo, Julia se giró, emitiendo un jadeo ahogado, y vio horrorizada que llevaba puesta una máscara negra. Intentó gritar, pero el individuo le tapó la boca con la otra mano y empezó a arrastrarla hacia el carruaje.

Capítulo 11

Julia golpeó hacia atrás con el codo tan fuertemente como pudo, alcanzando las costillas de su agresor. Este emitió un sorprendido gruñido de dolor. Julia aprovechó para darle un fuerte pisotón en un pie.

— ¡Arpía! —el hombre la rodeó con ambos brazos, alzándola del suelo, y procedió a llevarla hasta el carruaje.

Tal acción dejó libre la boca de Julia, que gritó con todas sus fuerzas al tiempo que agitaba los brazos y las piernas. En ese momento, Geoffrey salió presuroso de la tienda. Al ver la escena, los ojos casi se le salieron de las cuencas.

— ¡Cielos! —corrió hacia el carruaje, donde el enmascarado intentaba hacer pasar a Julia a través de la portezuela—. ¡Suéltela! ¿Se puede saber qué demonios hace? —alzó su elegante bastón y lo descargó con fuerza sobre la espalda del agresor. El individuo gritó dolorido y soltó a Julia, que cayó sobre el pavimento, sin resuello.

El enmascarado se giró, tambaleante, para enfrentarse a Geoffrey. Este volvió a alzar el bastón, avanzando hacia delante, cuando el agresor se sacó una pistola del interior de la chaqueta y disparó.

Geoffrey retrocedió, agarrándose el hombro. Seguidamente, el enmascarado se subió de un salto en el carruaje, que partió a toda velocidad calle abajo.

Julia se puso de rodillas trabajosamente y miró en torno. Vio a Geoffrey tumbado en el suelo con una gran mancha roja a la altura del hombro.

— ¡Geoffrey! —Julia avanzó a gatas hasta su primo. Para entonces, una multitud se había congregado en torno a ellos. Osgood salió corriendo de la tienda.

— ¡Señorita! ¿Qué ha ocurrido? ¡Oh, Dios mío! ¡Señor Armiger!

— ¡Le han disparado! —chilló Julia—. ¡Geoffrey! —se inclinó sobre él, con lágrimas en los ojos.

— Cielos —dijo Geoffrey débilmente—. No me llenes de lágrimas el fular.

— ¡Oh, Geoffrey! Lo siento tanto... —Julia miró a Osgood—. Debemos llevarlo a un médico enseguida.

— Ahora mismo —Osgood hizo un gesto a uno de sus empleados—. ¡Tim, ven aquí!

— Que vaya a casa de Phoebe —indicó Julia—. Lo llevaremos allí.

— ¿A casa de Phoebe? —inquirió Geoffrey—. Oh, no. No hay necesidad de preocuparla. Bouldin puede ocuparse de mí.

— Nada le gusta más a Phoebe que cuidar de alguien —contestó Julia en tono de broma—. No quiero privarla de ese placer.

Cuando hubieron llegado a casa de Phoebe, en un carruaje alquilado, y ayudados por varios hombres, la cuñada de Julia bajó corriendo de la planta superior.

— ¡Julia! ¿Qué ha pasado? —Phoebe se puso pálida—. ¡Geoffrey! ¡Oh, Dios mío!

— No pasa nada, Phoebe —respondió Julia, corriendo hacia su cuñada—. Le han disparado mientras intentaba protegerme.

— ¡Qué hombre tan valiente! —exclamó Phoebe con lágrimas en los ojos.

Sus palabras, al parecer, bastaron para reanimar a Geoffrey, que abrió los ojos y dijo:

— Hola, Phoebe. Siento presentarme así, sin avisar.

Phoebe tuvo que reírse a pesar de las lágrimas. Hizo una señal a los criados.

— Llévadlo arriba y acomodadlo en la habitación verde. ¡No os quedéis ahí parados!

Los criados así lo hicieron, y el médico llegó a los pocos minutos. Julia lo condujo hasta la habitación verde y, a continuación, sacó de la estancia a los criados, para dejar que Phoebe y el doctor se hicieran cargo de la situación.

En ese momento, la puerta principal se abrió con estrépito.

— ¡Julia! —tronó la voz de Stonehaven.

— ¡Deverel! —Julia emitió un grito ahogado, con el pecho lleno de júbilo y de alivio. Corrió hacia el pasillo y comenzó a bajar las escaleras. Deverel, al verla desde abajo, se apresuró hacia ella, subiendo las escaleras de dos en dos.

— ¡Julia! —la estrechó entre sus brazos fuertemente y dijo—: Amor mío. ¡Gracias a Dios! Cariño, cariño mío —siguió apretándola contra su pecho al tiempo que murmuraba palabras cariñosas y la besaba. Julia se acurrucó contra su cuerpo, deleitándose con sus palabras y sus actos. ¡La había llamado «amor mío»! Deseó preguntarle si lo había dicho de corazón, pero carecía del arrojo necesario.

Finalmente, Deverel dejó de besarla y se retiró ligeramente para contemplarla de pies a cabeza.

— ¿Te encuentras bien? Me han dicho que hubo disparos. Pensé que... —se detuvo de pronto, fijándose en una mancha de su vestido—. ¡Julia! ¡Eso es sangre! ¿Estás herida?

— No, no es mía. Es de Geoffrey.

— ¡Geoffrey! No estará...

— No. El agresor le dio en el hombro, y el médico está arriba, atendiéndolo.

— ¿Qué ocurrió? —Deverel rodeó a Julia con el brazo y la guió escaleras abajo, tan cuidadosamente como si se tratara de una frágil figurilla de cristal.

— Un hombre trató de meterme a la fuerza en un carruaje. Llevaba una máscara negra, de modo que no pude verle la cara. Geoffrey salió de la tienda y le atacó con el bastón.

— ¿En serio? —Deverel sonrió—. Me hubiera gustado verlo.

— Sí, seguro que fue todo un espectáculo, aunque yo no pude ver nada al estar de espaldas. El individuo me soltó al recibir el golpe de Geoffrey, y yo caí al suelo con tal fuerza, que tardé un rato en recuperarme. El agresor le disparó a Geoffrey y salió huyendo en el carruaje —los ojos de Julia se llenaron de lágrimas—. ¡Todo fue culpa mía! Debí seguir tu consejo y quedarme en casa. Pero cuando Geoffrey me sugirió que hablara con Osgood, me excité tanto que no pude esperar.

Deverel le apretó levemente los hombros.

— Estoy seguro de que Geoffrey se recuperará. No debes preocuparte por eso.

— No puedo remediarlo. Yo tuve la culpa. Me extraña que no te hayas puesto furioso conmigo.

— Aún estoy a tiempo —dijo Deverel con expresión divertida. La acompañó hasta la sala de estar—. Ven, siéntate. Quiero que me lo cuentes todo con detalle.

Cuando Julia le hubo relatado pormenorizadamente la visita a la tienda de Osgood, y su conversación con el antiguo ayuda de cámara de Selby, Deverel la miró perplejo.

— Todo esto resulta cada vez más raro. ¿Para qué vendría Selby a Londres? ¿Y por qué os mintió a ti y a Phoebe? No tiene lógica. Además, es indudable que fue al pabellón de caza. Lo encontramos allí.

— Sí, pero yo creo que, mientras estuvo ausente, debió de pasar la mayor parte del tiempo en Londres. Así todo tiene más sentido. Antes me preguntaba cómo el asesino había sabido que Selby se hallaba en el pabellón de caza. Era imposible que hubiera rondado por Greenwood durante días o semanas, siguiéndolo. No obstante, si estuvo en Londres un tiempo, el asesino pudo seguirlo fácilmente desde aquí.

— Eso es cierto —Deverel frunció el ceño—. Pero, ¿qué haría Selby en Londres? ¿Y por qué os dijo que iba a otro sitio?

— No lo sé. Pero quise regresar a casa cuanto antes para decírtelo. Geoffrey se había entretenido comprando unos pañuelos, así que decidí volver sola.

— Naturalmente —dijo Deverel en tono socarrón.

— ¡Yo no sabía que ese individuo estaba acechando allí!

Deverel suspiró.

— Ya no podemos seguir engañándonos, pensando que se trata de meros accidentes.

— No. Alguien intenta abortar nuestra investigación. Por eso debemos darnos prisa.

Ambos se giraron al oír un ruido de pasos en el vestíbulo. Era el médico. Tenía expresión grave, y Julia notó una sensación gélida en el estómago. No obstante, las explicaciones del hombre disiparon su angustia.

— Hemos extraído una bala del hombro del señor Pemberton, y se recuperará sin problemas.

— Gracias a Dios.

Deverel le estrechó la mano.

— Gracias por haber venido, doctor.

Julia tuvo que subir para cerciorarse de que Geoffrey seguía con vida y evolucionaba favorablemente. Lo encontró profundamente dormido, tan pálido como las sábanas que lo cubrían. Bouldin, su ayuda de cámara, se hallaba muy atareado recogiendo todo lo que había quedado por medio tras la visita del doctor, y Phoebe estaba sentada junto a la cama. Se levantó al ver a Julia, y ambas salieron al pasillo.

— Creo que se pondrá bien —aseguró Phoebe al tiempo que cerraba la puerta del cuarto.

— ¿De verdad?

— Sí. No creo que Geoffrey se atreva a morir con su ayuda de cámara aquí.

Julia sonrió.

— Seguro que a Deverel no le importará si me quedo...

— No es necesario, querida. Creo que Bouldin se basta por sí solo. Será un milagro si me permite atender a Geoffrey en absoluto.

Julia era reacia a marcharse, pero Phoebe logró convencerla, asegurándole que le enviaría un mensaje si necesitaba ayuda.

Una vez en casa de Stonehaven, Julia se giró hacia su marido y le preguntó:

— ¿Conservas todavía la nota de Selby? Me refiero al mensaje en el que te citaba en el pabellón de caza.

Deverel pareció sorprendido.

— Sí, está en la caja, con la nota del suicidio.

— ¿O sea, que la tienes aquí? ¿En esta casa?

Deverel asintió.

— ¿Quieres verla?

— Sí —respondió Julia con ansiedad—. Se me ha ocurrido una idea.

Entraron en el estudio y, tras revolver unos cuantos papeles, Deverel extrajo la nota y la extendió encima de la mesa. La letra era obviamente apresurada, con caracteres grandes y garrapateados. Julia notó que los ojos se le inundaban de lágrimas, y tuvo que sentarse al fallarle repentinamente las rodillas.

— La escribió Selby.

— ¿Qué? —Deverel se quedó mirándola, estupefacto.

— Es la letra de Selby. ¿Ves la y? ¿Las mayúsculas? ¿Los espacios entre las letras?

— ¿De modo que Selby sí me escribió esa nota, pidiéndome que fuera a verlo? ¿Eso era lo que esperabas encontrar?

Julia asintió.

— Selby le comentó a su ayuda de cámara que no deseaba decirle nada a Phoebe, para que no se hiciera ilusiones en vano. ¿A qué podía referirse, sino al escándalo? Creo que debió de encontrar alguna pista que le ayudaría a demostrar su inocencia. Quizá incluso sabía quién era el verdadero culpable. Así que decidió ir a Londres, tal vez en busca de más pistas. Puede que llegara a enfrentarse al ladrón. Después, te escribió esa nota y partió hacia Buckinghamshire.

— Iba a relatarme sus sospechas, para convencerme de que había acusado a un hombre inocente —dijo Deverel, siguiendo el razonamiento.

— Eso creo.

— Pero, ¿por qué eligió ese día en concreto? Algo debió de ocurrir para que Selby empezara a sospechar de alguien. ¿Qué?

— No lo sé —Julia miró a Deverel con una excitación apenas contenida—. Si logramos descubrirlo, quizá demos con la respuesta.

Al día siguiente, Julia y Deverel hicieron una visita a Phoebe. Habían pasado casi toda la noche especulando acerca de qué pudo haber descubierto Selby para partir a Londres con tanta prisa, aunque no sacaron nada en claro.

Sidle, el mayordomo, los hizo pasar al salón, y Phoebe tardó apenas unos segundos en aparecer, sonriendo.

— ¿Cómo está Geoffrey? —preguntó Julia ansiosamente.

— Muy bien. Tuvo un poco de fiebre, pero ya se le ha pasado. Está durmiendo.

— Gracias al cielo —Julia abrazó a su cuñada—. Phoebe... tengo que hablar contigo acerca de Selby.

— Muy bien, querida —Phoebe la miró inquisitivamente, y a Julia se le ocurrió que, por primera vez desde que podía recordar, los ojos de Phoebe no se oscurecían con tristeza ante la mención de su amado esposo.

— ¿Recuerdas si Selby dijo algo el día en que se marchó? ¿Algo acerca del desfalco o del fondo de fideicomiso?

Phoebe enarcó las cejas.

— Dios mío, hace tanto tiempo ya... No lo recuerdo todo exactamente. ¿Por qué? ¿Qué sucede?

— Creemos que Selby pudo descubrir algo acerca del desfalco —Julia explicó lo que Osgood le había contado el día anterior, y los ojos de Phoebe se tornaron cada vez más grandes.

— Oh, cielos. Déjame pensar... Aquella mañana, Selby vino a verme a la sala de estar, y me dijo que se iba al pabellón de caza —hizo una pausa, pensativa—. Recuerdo que parecía muy excitado, pero pensé que era por el simple hecho de ir al pabellón. Ya sabes cuánto le gustaba ese lugar. Dijo algo así como que esta vez volvería con una presa importante, y sus ojos brillaron... Oh, Dios mío —se puso muy pálida—. Quizá no se refería a la caza de un animal, sino a...

— Pensaba cazar al desfalcador —concluyó Julia con satisfacción.

— Señora Armiger —Deverel se inclinó hacia delante—, ¿Recuerda de qué humor estaba Selby unas horas antes, esa misma mañana?

— Pues yo diría que su humor era el de siempre.

— ¿No estaba excitado?

— No. Eso fue más tarde, cuando vino a la sala de estar.

— ¿Y qué ocurrió entre el desayuno y el momento en que acudió a la sala de estar?

— No sé. Que yo recuerde, no recibimos ninguna visita. Aunque quizá Sidle se acuerde —sugirió Phoebe, animada.

— ¿Quién? —inquirió Deverel.

— El mayordomo —explicó Julia—. Pues claro. Es una buena idea.

Sin embargo, el mayordomo, al ser preguntado, puso expresión perpleja.

— ¿El día en que se marchó, señora? —Sidle alzó la vista hacia el techo, como si pudiera encontrar allí la respuesta—. No recuerdo que ocurriera nada fuera de lo corriente.

— ¿Vino alguna visita?

— No. Fue una mañana muy tranquila. Recogí el correo y lo llevé al estudio del señor Selby. Luego, según recuerdo, hubo un contratiempo en la cocina, y tuve que acudir a resolverlo. Volví a ver al señor cuando salió de su estudio y llamó a un criado para que hiciera entrega de un mensaje. También pidió que prepararan su carruaje.

Deverel se levantó.

— ¡El correo! ¡Eso es! ¡Recibió una carta!

— ¡Pues claro! —exclamó Julia—. Sidle, ¿de quiénes eran las cartas?

— No lo sé, señorita... Es decir, señora. No recuerdo haberlas mirado siquiera. Me limité a llevárselas al señor.

Deverel suspiró y despidió al mayordomo. Luego se giró hacia Julia. Esta parecía a punto de llorar de frustración.

— ¿Cómo podemos estar tan cerca y no saber nada aún? —gimió.

— Yo sé qué carta recibió —dijo Phoebe en tono quedo.

Julia se giró rápidamente hacia ella.

— ¿Cómo has dicho?

— Después de la muerte de Selby, entré en su estudio. Me senté delante de su escritorio y lloré un rato. Luego examiné todo lo que había sobre la mesa, esperando hallar alguna pista que explicase

por qué lo había hecho. Pero no encontré nada. Solo una carta, abierta, como si la hubiera dejado allí después de leerla. La leí una y otra vez. La carta no tenía nada que ver con su muerte, pero, aun así, no pude evitarlo.

— ¿Qué era?

— No creo que sea de mucha utilidad. Era una carta del encargado de la mina de Cornwall que compró el padre de Selby. Seguro que lo recuerdas. Se llama Jordan. Por lo visto, había surgido un problema en la mina y necesitaban nuevas herramientas. El señor Jordan decía que pensaba enviar una carta a un tal señor Underhill, a quien no conozco de nada, y que se tomaría la libertad de añadir la firma de Selby en la carta, como había hecho otras veces.

— ¡Dios santo! —exclamó Deverel, atónito—. ¿Cómo no se me ocurrió antes?

— ¿Qué? —Julia se giró hacia él—. ¿A qué te refieres?

— Una persona con aspecto y modales de caballero, según dijo la casera; que está familiarizada con el asunto del fondo de fideicomiso y que conoce la letra de Selby... ¡El agente!

Hubo un momento de estupefacto silencio.

— ¿El agente? —repitió Julia por fin—. ¿El encargado del fondo de Thomas?

— Sí, el señor Carter. No sé por qué no contemplé esa posibilidad antes. Tuvo acceso a un sinfín de documentos con la letra de Selby... y muchas oportunidades de copiarla.

— Pero, ¿y lo del nombre de Jack Fletcher? ¿Cómo pudo saberlo?

— Quizá Selby se lo mencionó en alguna ocasión. O el mismo Walter, antes de su muerte.

— Pero... ¿no podía haberse apoderado del dinero, sin más? —sugirió Phoebe.

— Eso es cierto —convino Julia—. Ya gestionaba el fondo: ¿Para qué iba a meterse en tantos problemas?

— Porque de lo contrario, habría resultado evidente que él sustrajo el dinero. Sirviéndose de esas cartas, siempre existía la esperanza de que ninguno de los depositarios cuestionara siquiera su acción. Y, si lo hacíamos, las cartas le posibilitaban tener un chivo expiatorio a mano.

— ¡Qué hombre tan malvado! —exclamó Phoebe—. ¿Por qué incriminó a Selby? ¿Por qué lo odiaba tanto?

— Probablemente no lo odiaba —razonó Julia—. Selby era quien hacía la mayoría de las solicitudes de dinero, de modo que sus cartas serían las menos sospechosas.

— Si fue Carter —previno Deverel—. Al fin y al cabo, se trata de una mera especulación.

— Cierto. Pero creo que ya sé lo que debió de pasarle a Selby. Cuando leyó esa carta, de un empleado de confianza capaz de imitar su firma, enseguida pensó en Carter, y por eso viajó apresuradamente a Londres.

— Lo que debemos hacer ahora, pues, es interrogar a Carter, para saber si Selby acudió a verlo antes de su muerte.

— Sí —asintió Julia con decisión al tiempo que se ponía en pie—. Vamos.

— Iré yo solo —replicó Deverel—. No quiero que te acerques a un posible asesino. Y menos teniendo en cuenta lo que te sucedió ayer.

— Tiene razón, Julia —terció Phoebe—. Pudiste haber muerto.

Julia hizo una mueca.

— Pero no morí.

— No, pero Geoffrey recibió un disparo mientras intentaba protegerte —afirmó Deverel sin ambages.

Julia sintió una punzada de culpabilidad.

— Lo sé, y lo siento muchísimo. No debí haber metido al primo Geoffrey en esto. Pero, precisamente porque existe peligro, no es recomendable que ninguno de nosotros vaya allí solo. ¿Crees que yo quiero que te enfrentes a un asesino por tu cuenta?

— Estoy preparado —dijo Deverel en tono grave—. Podré ocuparme de él.

— Y podrás igualmente si yo te acompaño. No puedo obligarte a que me lleves contigo, pero, si te niegas, iré por separado en otro carruaje.

Deverel emitió un suspiro.

— No me cabe la menor duda. Debí de estar loco al acceder a casarme contigo. Ahora veo que a tu lado no tendré ni un solo día de paz.

— ¡Acceder a casarte! —exclamó Julia indignada—. ¡Pero si prácticamente me obligaste a casarme contigo! Aunque tienes razón. Probablemente no te daré ni un solo día de paz —con un rictus cínico, añadió—: Conmigo no te vas a aburrir.

Se despidieron de una ansiosa Phoebe y fueron en carruaje hasta la oficina del agente. Al verlos entrar, el señor Teasely y otro secretario alzaron la mirada, no sin cierta sorpresa.

— ¿Lord Stonehaven? —dijo Teasely incorporándose—. Le diré al señor Carter que está usted aquí.

Pero no hizo falta. El agente ya había salido de su oficina y empezó a saludarlos con excesiva efusividad.

— Lord Stonehaven... ¡qué inesperado placer! ¡Dos visitas en la misma semana! ¿A qué debemos este honor?

— El otro día olvidé hacerle cierta pregunta.

— Faltaría más. Pregunte, pregunte. Me satisfará mucho ayudarle si está en mi mano.

— Estoy seguro de que recordará la trágica muerte del señor Selby Armiger, hermano de Lady Stonehaven, ocurrida hace unos años.

— Oh, sí. Desde luego —Carter miró nerviosamente hacia Julia.

— Fue en marzo, si mal no recuerdo, hace poco más de tres años. Me preguntaba por qué motivo lo visitó a usted poco antes de, eh, fallecer.

El señor Carter lo miró sin comprender.

— Pero el señor Selby no nos visitó hace tres años. Al menos, no en una fecha cercana a su muerte. Algunos meses antes, cuando las, eh, irregularidades aún no habían salido a la luz, sí nos visitó. Pero nunca posteriormente.

— ¿Está seguro? —inquirió Stonehaven, con los ojos peligrosamente entrecerrados.

El agente, incómodo, desvió la mirada hacia uno de sus empleados.

— No nos visitó, ¿verdad?

— Que yo recuerde, señor, no —contestó Teasely educadamente.

Entonces habló el otro secretario.

— Yo sí lo recuerdo. Estuvo aquí —las miradas de todos los presentes se giraron hacia él. Era un tipo bajo, con poco pelo y cara de ratón, y los miraba solemnemente desde detrás de sus gruesas gafas—. Usted no estaba presente ese día, señor Carter. Fue en la época en que padeció esas intensas fiebres y libró un par de semanas.

El rostro de Carter se aclaró.

— Ah, sí: ¿Y ya hace tres años de eso? Cómo pasa el tiempo.

Deverel se giró hacia Teasely.

— ¿Y usted no recuerda haberlo visto aquel día?

— No estoy seguro. Vino en un par de ocasiones, pero no me acuerdo de las fechas concretas. — Oh, tienes que acordarte, Teasely —dijo el otro empleado—. El señor Selby apareció y, cuando le dijimos que el señor Carter no estaba, respondió que no venía a ver al señor Carter. A continuación, él y tú entrasteis en la oficina del señor Carter y cerrasteis la puerta. Hubo un gran estruendo de voces y el señor Selby se marchó furioso. ¿No te acuerdas?

Todos se volvieron hacia Teasely.

Este forzó una risita. Julia creyó percibir un atisbo de pánico en sus ojos.

— Ah, sí, recuerdo aquella conversación, aunque había olvidado la fecha exacta. Probablemente tengas razón, Foster. Debió de coincidir con la enfermedad del señor Carter. De lo contrario, el señor Selby hubiera hablado con él.

— ¿De qué hablaron ustedes? —lo interrogó Deverel.

— Bueno —empezó a decir Teasely, removiéndose inquieto—, hablamos de las cartas que, eh, el señor Selby escribió, solicitando que se enviara dinero a Jack Fletcher. Quería verlas, pero yo no creí oportuno permitirselo, dado que ya no era depositario del fondo. Le dije que debería esperar a que regresara el señor Carter, y se puso a gritarme. Luego salió como una exhalación de la oficina.

— Comprendo —Deverel hizo una pausa—. Qué raro que no se acordara usted de algo así inmediatamente.

— Sí que me acordaba —de nuevo, Teasely emitió una risita fingida—. Aunque no recordaba que hubiera sucedido en las fechas a las que ustedes se referían.

— ¿Aun cuando tuvo usted que atender a Selby porque el señor Carter estaba enfermo? —inquirió Deverel—. Qué raro que olvidara una fecha tan señalada.

— Sabía que sucedió durante la enfermedad del señor Carter —explicó Teasely, tocando nerviosamente su reloj—. Simplemente, eh, no recordaba la fecha — el secretario parecía cada vez más inquieto ante la mirada de basilisco de Deverel.

— No creo que hablaran ustedes de si Selby podía o no ver esas cartas —afirmó Deverel con voz férrea—. Creo que vino para enfrentarse a usted. Dedujo que fue usted quien imitó su caligrafía y le acusó de haberlo hecho. ¿No fue ese el motivo de la discusión?

El otro secretario se quedó boquiabierto. El señor Carter no salía de su asombro. Teasely fue el único que no mostró síntoma alguno de sorpresa.

— No, no —protestó inquieto—. No fue así en absoluto.

— ¿No? —Deverel enarcó las cejas, y una sonrisa sardónica curvó sus labios—. Creo que tendrás que ser más sincero. Verás —mintió con calma, tuteándolo—, encontramos las notas que escribió Selby, en las que dejaba constancia de sus sospechas sobre ti.

Teasely miró en torno frenéticamente.

— Solo... solo porque años atrás me vio firmar unas cartas por el señor Carter... y alardear de mi habilidad. ¡Pero eso no significa que yo falsificara su letra! ¡Yo no robé ese dinero!

— Yo creo que sí —afirmó Deverel fríamente—. Y cuando Selby descubrió que tú lo habías hecho, fue a Buckinghamshire para contarme sus sospechas. De modo que lo seguiste hasta su casa, ¿verdad? ¡Y lo mataste para que no pudiera revelar la verdad!

— ¡No! —gritó Teasely—. ¡Yo no lo hice! ¡No puede demostrar nada!

— Conseguiré las pruebas que hagan falta —gruñó Deverel avanzando hacia él.

— ¡Yo no lo maté! —chilló Teasely histéricamente. Agarró un libro de la mesa y se lo arrojó a Deverel. Luego se dio media vuelta y se dirigió como un rayo hacia la puerta.

El libro golpeó a Deverel en el hombro, frenándolo momentáneamente. Echó a correr tras el secretario, salvando de un salto la barandilla de la escalera, tal como Teasely había hecho. Julia y los demás los siguieron a un ritmo más lento. Al llegar afuera, Julia se detuvo, examinando la bulliciosa calle, solo para encontrar que habían desaparecido. Carter y el otro secretario se pararon junto a ella. Por fin, desde la parte alta de las escaleras de entrada, Julia pudo divisar la conocida figura de Deverel. Estaba a media manzana de distancia, corriendo hacia la calle. Teasely iba algunos metros por delante, e intentaba sortear un carruaje. Lanzó una temerosa mirada hacia atrás mientras corría.

Julia emitió un jadeo ahogado al ver cómo un pesado carro avanzaba hacia Teasely. Deverel gritó una advertencia, señalando, pero Teasely, aterrado, siguió corriendo sin alzar la mirada hasta que fue demasiado tarde. El caballo del lado izquierdo del carro golpeó y derribó al secretario, que se perdió bajo las pezuñas del animal.

Capítulo 12

— Qué forma tan horrible de morir —musitó Phoebe estremeciéndose—. Jamás le hubiera deseado semejante destino, aunque fuese el asesino de Selby.

— Fue espantoso —convino Julia.

Había transcurrido una semana desde que Teasely resultó aplastado bajo los cascos de los caballos, pero Julia aún no conseguía desterrar la escena de su mente.

— ¿Cuándo va a regresar Stonehaven? —inquirió Geoffrey—. Ya que tengo que trasladarme al campo, prefiero hacerlo cuanto antes.

Se había recuperado de la herida de bala casi por completo, pero aún estaba algo pálido y bastante más delgado. Phoebe había decidido que necesitaba pasar unas cuantas semanas respirando el saludable aire del campo. Para asombro de Julia, Geoffrey se había avenido a la idea, y ahora esperaban que regresara Deverel para partir hacia Greenwood.

— Seguro que volverá pronto —le aseguró Phoebe sonriéndole.

Stonehaven había ido a una reunión con el detective a quien había encargado la investigación sobre Edmun Teasely y el desfalco que cometió tres años antes.

Se oyó un sonido de pasos en el vestíbulo, y los tres ocupantes de la sala se giraron hacia la puerta mientras Deverel entraba.

— Buenos días —los saludó, aunque sus ojos se clavaron únicamente en Julia, y le dirigió una sonrisa semejante a una caricia.

— ¿Cómo ha ido? —inquirió ella.

— Sí, ¿qué has averiguado? —quiso saber Geoffrey.

— Teasely fue el autor del desfalco. No hay ninguna duda al respecto. Fitz y Varian me acompañaron a la reunión con el detective, así como el agente. Se asegurarán de que todo el mundo conozca, la noticia. Varian dijo que iría a Farrow para decírselo a Pamela y a Thomas personalmente.

— ¡Gracias a Dios! —exclamó Phoebe.

— Sí, aunque ahora te verás obligada a alternar socialmente con Pamela otra vez —señaló Julia con sarcasmo.

— El detective registró la casa de Teasely. Encontró una pistola de bolsillo y una máscara negra, similar a la que llevaba el individuo que os atacó. También halló diversas pertenencias que alguien con un simple sueldo de secretario jamás hubiera podido permitirse. El reloj y la cadena que llevaba, por ejemplo. En su despacho, en el fondo de un cajón, descubrió varias hojas de papel en las que había practicado para falsificar la letra de Selby. Por último, encontró un retrato en miniatura de Teasely, que posteriormente mostró a la casera. La mujer lo identificó como el «caballero» que había alquilado la habitación con el nombre de Jack Fletcher.

— Parece extraño que conociera ese nombre —reflexionó Geoffrey.

— Sí. Pero supongo que Selby debió de mencionárselo en uno de sus encuentros.

Julia suspiró.

— Ha sido horrible. Pero me siento algo vacía por el hecho de que no llegara a confesar la verdad. Es decir, me alegro de que todo el mundo sepa por fin que Selby era inocente, y de que Gilbert se libre de la sombra del escándalo. Aun así, hubiera preferido otro final.

Deverel le tomó la mano, y Julia lo miró con ojos radiantes. Phoebe, al contemplarlos, sonrió para sí.

— Vamos, Geoffrey —dijo Phoebe levantándose—. Es hora de trasladarte al carruaje.

— Mmm. Eso llevará su tiempo —Geoffrey se retiró la manta de las piernas y puso los pies en el suelo, incorporándose con la ayuda del bastón—. Dios mío, ya sé cómo me sentiré cuando tenga ochenta años —salió de la sala, acompañado de Phoebe.

Julia se alegró de quedarse a solas con Deverel.

— Deverel...

— ¿Sí?

— Esto me va a resultar muy difícil, pero he estado pensando estos últimos días, y debo decírtelo. Quiero... quiero pedirte disculpas por lo que te hice. Por haber pensado que tú robaste el dinero.

Una perezosa sonrisa curvó los labios de él.

— No debes sentirlo. Me alegra que ocurriese. Porque, de lo contrario, nunca te hubiera conocido.

— Y nunca te habrías visto obligado a casarte conmigo.

Deverel sonrió enigmáticamente.

— Nunca hago nada por obligación.

Julia lo miró. ¿Acaso estaba sugiriendo que se había casado con ella porque lo deseaba, y no por simple decoro?

Entrelazó los dedos y agachó la mirada.

— Lo que me dijiste el otro día, ¿Fue de corazón?

— ¿Cuándo? ¿Qué te dije?

— El otro día, cuando creíste que me habían disparado... me llamaste «amor mío». Y me... me preguntaba si lo dijiste en serio.

— Sí.

Julia alzó la cabeza rápidamente.

— ¿De veras?

Él emitió una risita.

— Sí, de veras. ¿Por qué te sorprende tanto?

— Creí que me... despreciabas por todo lo que te había hecho.

Deverel le tomó la mano y la miró a los ojos.

— Te quiero. Bien sabe Dios que intenté evitarlo. Pero creo que te he amado desde el primer momento en que te vi. Cuando descubrí que tu pasión hacia mí era fingida, me sentí dolido. Furioso.

— No era fingida –confesó Julia tímidamente–. ¿Por qué crees que entré en tu cuarto aquella noche? Me arrojé a tus brazos.

— Deseabas tener hijos.

— Te deseaba a ti.

— Julia... –él la miró maravillado, alargando la mano para acariciarle la mejilla.

— Cuando hicimos el amor, aquella mañana, comprendí que te amaba.

Deverel respiró hondo, sorprendido.

— Julia... –empezó a decir, y luego la estrechó entre sus brazos al tiempo que reclamaba su boca.

Fueron interrumpidos por la aparición de un pequeño torbellino en forma de niño de seis años.

— ¡Tío Dev! ¡Tía Julia! Mirad, ya estoy limpio. Mamá dice que puedo viajar en vuestro carro.

Con un reluciente suspiro, Deverel soltó a Julia y se giró hacia el pequeño.

— Pues claro que puedes. Y seguro que te sentirás mejor que viajando en el carruaje.

— ¡Yujuu! –Gilbert dio unos cuantos saltos–. Me alegro mucho de que seas mi nuevo tío. Deverel sonrió y miró a Julia.

— ¿Sabes, chico? Yo también.

Julia permanecía sentada en la terraza, contemplando los pacíficos jardines de Greenwood. Los dos días anteriores habían sido de ensueño. Sobre todo, porque los había pasado con Deverel. Julia adoraba Greenwood, pero sabía que seguiría sintiéndose igual de feliz cuando se trasladaran a Stonehaven.

Se giró al oír un ruido de pasos. Geoffrey caminaba hacia ella, de la mano de Phoebe. Su primo tenía mucho mejor aspecto, y Julia notó que Phoebe parecía igual de radiante.

— Hola –dijo Julia con curiosidad–. ¿Qué tramáis vosotros dos?

— ¿Tan evidente es? –inquirió Phoebe, su sonrisa ampliándose aún más.

— No estoy segura, pero parecéis muy... felices. Como si compartierais algún secreto maravilloso.

Phoebe dejó escapar una risita.

— Así es. Y hemos venido a comunicártelo.

— ¿Qué? –Julia se inclinó hacia delante, intrigada por las palabras de Phoebe.

Esta sonrió al tiempo que se sentaba junto a Geoffrey. Fue él quien habló.

— Phoebe me ha hecho el gran honor de aceptar convertirse en mi esposa.

Julia los miró boquiabierta.

— ¿Cómo?

— ¡Geoffrey y yo vamos a casarnos! –exclamó Phoebe—. Aún es un secreto, pues no se lo hemos dicho a Gilbert, pero...

— ¡Phoebe! –la interrumpió Julia, levantándose para abrazar a su amiga—. ¡Geoffrey! ¡Enhorabuena! Jamás imaginé que... –empezó a reírse—. Debí de estar ciega. No tenía ni idea –se agachó para abrazar también a Geoffrey.

— No soy de los que expresan abiertamente sus sentimientos –explicó su primo—. Aunque siempre admiré a Phoebe.

Julia se giró hacia Phoebe y le apretó afectuosamente la mano.

— Ay, Fee, me alegro tanto por ti...

— ¿En serio? Lo celebro. Temí que pensaras que... estaba traicionando la memoria de Selby.

— No. Desde luego que no. Ya han pasado tres años. Es hora de que rehagas tu vida de nuevo. Eres demasiado joven y maravillosa como para recluirte en la viudedad –Julia hizo una pausa y sonrió—. Aunque, debo confesarlo, me ha sorprendido que sea con Geoffrey.

Tras retirarse Geoffrey, pasaron una hora hablando felizmente de los planes de boda, cuando un mayordomo salió a la terraza.

— Señora, el honorable Varian St. Leger, la señora St. Leger y el señorito Thomas acaban de llegar.

— Oh, cielos –Phoebe puso cara larga—. Que pasen al salón. Iremos enseguida.

Una vez que se hubo retirado el mayordomo, Phoebe miró a Julia y suspiró.

— Tendremos que resignarnos a verla de vez en cuando –dijo Julia.

— Sí, lo sé. Pero... ¿por qué tenía que estropearnos este día, precisamente?

— Míralo por el lado bueno. Al menos, yo aún estoy aquí para compartir la carga.

— Tienes razón –Phoebe se animó un poco.

Se dirigieron hacia el salón, donde las esperaban las visitas.

— ¡Julia! ¡Phoebe! –exclamó Thomas—. ¿No es una noticia maravillosa? Yo estaba seguro de la inocencia de Selby, pero creí que el culpable había sido Stonehaven.

— Hola, Thomas –Julia se acercó para darle un abrazo y un beso en la mejilla, y luego se giró hacia los demás—. Varian, celebro volver a verte. Y Pamela... eres muy amable al visitarnos –añadió con una inflexión irónica.

— Julia –Pamela esbozó una trabajosa sonrisa—. Phoebe. Cuando Varian nos contó lo sucedido, me sentí en la obligación de venir. ¿No es así, Varian?

— Naturalmente. Me alegré mucho al saber de la inocencia de Selby.

Se sentaron y se miraron incómodamente durante unos segundos. Por fin, Pamela dijo:

— Voy a dar una fiesta para celebrar la visita de Varian. Espero poder contar con vosotras.

— Me temo que Deverel y yo estaremos de vuelta en casa para entonces –dijo Julia.

— Pero si aún no he dicho cuando será.

— No importa –replicó Julia.

Pamela enarcó las cejas ante el velado insulto.

— Francamente, Julia, tendrás que aprender a dominar esa lengua si esperas moverte en los círculos de Lord Stonehaven.

— Deverel admira mi inteligencia.

— ¿Sí? Qué raro. Pero, bueno, Stonehaven siempre ha sido un caso aparte.

Se produjo un intervalo de silencio. Finalmente, Thomas preguntó acerca del hallazgo de la culpabilidad de Teasely, y Julia empezó a referirle detalladamente lo sucedido.

Con una risa falsa que colmó los nervios de Julia, Pamela aseguró:

— Bueno, a mí nunca me cayó bien el tal Teasely. No me sorprende que fuera él el culpable.

— Qué extraño –respondió Julia ácidamente–, después del modo en que proclamaste a los cuatro vientos tu convencimiento de que Selby lo había hecho.

Pamela puso expresión herida.

— ¿Cómo puedes decir semejante cosa? Yo siempre aprecié mucho al querido Selby. Fue muy bueno con Thomas. Pero pensé que debía de haber robado el dinero, sobre todo después de escribir esa nota.

Julia se quedó petrificada. Notó cómo empezaba a erizársele el vello de la nuca.

— ¿Qué nota? –inquirió Phoebe confusa.

— Sí, Pamela, ¿de qué nota estás hablando? –preguntó Julia con dureza–. ¿Te refieres a la que Stonehaven nunca hizo pública? ¿Aquella cuyo contenido solo conocían Deverel y Varian? Pamela se puso pálida. Se quedó mirando a Julia, sin decir una sola palabra.

— ¿De qué estás hablando? –quiso saber Phoebe, perpleja–. No hubo ninguna nota, ¿verdad?

— Nosotras nunca llegamos a conocer su existencia, Phoebe –explicó Julia, sin retirar los ojos de Pamela–. Stonehaven y Varian lo mantuvieron en secreto, porque contenía revelaciones que te hubieran hecho demasiado daño. Mentiras, naturalmente, que el ladrón quiso hacernos creer. Dime, Pamela, ¿cómo es que conoces el contenido de la nota?

— Pues yo... no estoy segura. Corrieron muchos rumores.

— No sobre esa nota. Nadie conocía su existencia.

— Seguramente me lo dijo Varian.

Varian la miró con expresión perpleja.

— No, nunca te dije nada. Dev y yo quedamos en que nadie debía saberlo.

— Fuiste tú, ¿verdad? –Julia se levantó, apretando los puños–. ¡Tú estuviste implicada en el asunto!

Varian se quedó boquiabierto.

— ¡No seas absurda! –Pamela también se puso en pie, y empezó a retirarse nerviosamente de Julia–. Era el dinero de mi propio hijo.

— Por eso mismo eres aún más despreciable. Debí sospechar de tu implicación en lo ocurrido. Siempre te quejabas de que Walter hubiera legado todas sus posesiones a Thomas.

— ¡Yo era la madre de Thomas! ¡Tenía derecho a disponer de dinero suficiente para criarlo!

— Y para redecorar tu dormitorio, a pesar de que lo habías renovado hacía tan solo seis meses. Y para un carruaje nuevo, porque el antiguo te parecía «poco elegante». ¿Eso es para ti la «crianza» de Thomas? Oh, no, Pamela, a mí no me engañas. Phoebe y yo sabemos que presionabas a Selby, pidiéndole dinero una y otra vez.

— ¿Y qué? –Pamela sacudió la cabeza–. ¡Eso no significa nada!

— La casera afirmó que Teasely solo acudía a la habitación alquilada para recibir los envíos o para verse con su «querida». Eras tú, ¿verdad? Tenías una aventura con Edmun Teasely. Conspiraste con él para sustraer dinero de la propia herencia de tu hijo. ¡No, un momento! Ahora que lo pienso, debió de ser idea tuya. ¡Sin duda sedujiste a ese pobre hombre para que lo hiciera!

— Te has vuelto loca.

— ¿Sí? ¿Sabes? Esa mujer, la casera, tiene buen ojo y buena memoria. Identificó a Teasely de inmediato. Me preguntó qué dirá cuando le mostremos un retrato tuyo.

— ¡No me reconocería! Yo siempre llevaba puesto un... –Pamela se interrumpió bruscamente, comprendiendo que se había delatado a sí misma. Se giró y echó a correr hacia la puerta, pero Julia se lanzó sobre ella y ambas cayeron al suelo. Levantándose, Pamela sacó una pequeña pistola del bolso y apuntó con ella a Julia.

— ¡Ja! Por fin te detienes, ¿eh? –se irguió del todo sin dejar de apuntarle–. La señorita sabelotodo. La que siempre tiene razón. Para ti es fácil decir que yo disponía de dinero suficiente. Selby pensaba lo mismo. «Oh, no, para eso no podemos retirar dinero del fondo» –dijo con voz de

falsete—. Cualquiera hubiera dicho que la herencia era suya, y no de Thomas, visto cómo se comportaba.

— ¿Tú... tú mataste a Selby? —inquirió Phoebe con voz trémula.

— ¡Él se lo buscó! —gritó Pamela—. Yo jamás hubiera tenido que hacer nada de lo que hice, si él hubiera cooperado. Pero no, el santo Selby era demasiado bueno, demasiado puro. Ni siquiera podía ser infiel a su esposa. ¡La preciosa Phoebe! —agitó frenéticamente la pistola delante de Julia—. ¿Creéis que yo quería hacerlo? ¿Creéis que quería acostarme con ese necio de Teasely?

— Estamos seguros de que no, Pamela —dijo Varian en tono tranquilizador—. Lo comprendemos. No querías hacer nada de lo que hiciste. ¿Por qué no sueltas la pistola? Luego podremos hablar.

— ¿Me tomas por tonta? —los labios de Pamela se curvaron en un gesto de desdén.

— No. Te tomo por una asesina sin entrañas —respondió Julia, enfrentándose a ella con fría tranquilidad.

— Al menos, eres sincera.

— Tú metiste a Teasely en el plan, ¿verdad? —inquirió Julia—. Descubriste que tenía habilidad para imitar la letra de otras personas, y lo sedujiste para que escribiera esas cartas. Sin duda, fuiste tú quien añadió el detalle del nombre de Jack Fletcher.

— Naturalmente que sí. Walter siempre se reía con ese estúpido nombre inventado por Selby, como si se tratara de un gran chiste. ¡Y me pareció divertido usar ese nombre para hundirlo!

— Desde luego. Fue un modo magnífico de vengarte del hombre que te rechazó, ¿verdad? Y de que pareciera que él había desfalcado el dinero.

— Sí, lo fue —un brillo malicioso iluminó los ojos de Pamela—. Disfruté mucho viéndolo caer... Viendo cómo los Armiger caían en desgracia.

— Y dime, ¿cómo convenciste a Teasely para que asesinara a Selby?

— ¿Asesinar a Selby, ese cobarde? Carecía del valor necesario para hacerlo. Ni siquiera consiguió quitarte a ti de en medio. Fracasó una y otra vez. ¿Cómo iba a enfrentarse a un hombre como Selby? No, tuve que hacerlo yo misma.

— ¡Mamá! —gritó Thomas—. ¿Cómo pudiste?

Pamela se giró hacia él, y por un momento pareció avergonzada. Luego agachó la cabeza.

— ¡No me mires así! —rugió—. Tú no sabes cómo era tener que rogar y suplicar continuamente para conseguir dinero... —retrocedió mientras hablaba, como si deseara alejarse de la expresión horrorizada de su hijo. Llegó hasta la puerta.

De repente, un brazo surgió de la nada y golpeó a Pamela, obligándola a soltar la pistola. En la misma maniobra, Deverel salió de su escondite detrás de la puerta y agarró a Pamela por la cintura con ambos brazos.

— ¡Maldito seas! ¡Suéltame! —la voz de Pamela se deshizo en balbuceos y chillidos ininteligibles.

Geoffrey apareció en el pasillo, junto a Stonehaven, seguido de dos criados, y entró presuroso en la sala.

— ¡Phoebe! ¿Estás bien, amor mío?

— ¡Geoffrey! —Phoebe corrió hacia él—. ¡Ha sido horrible! ¡Gracias a Dios que estás aquí!

— Por supuesto que estoy aquí, querida. ¿Dónde iba a estar, si no?

Stonehaven entregó a la vociferante Pamela a los criados, quienes la sujetaron y la sacaron de la habitación. A continuación, Deverel se acercó a Julia para estrecharla entre sus brazos.

— Ya ha pasado todo —murmuró al tiempo que le acariciaba el cabello y la espalda.

— Pobre Thomas —suspiró Julia, mirando al chico. Este permanecía derrumbado en una silla, con la cabeza entre las manos—. A pesar de los defectos de Pamela, es su madre. Debe de estar sufriendo mucho.

— Lo sé. Le ayudaremos como podamos.

— ¿Qué será de él?

— Puede venirse a vivir con nosotros. Tendremos que ser su familia ahora.

— Julia miró a Deverel con ojos radiantes.

— Eres tan bondadoso...

Él sonrió.

— Tonterías. Se trata, simplemente, de ser prácticos. No puedo permitir que mi esposa vaya a Kent todas las semanas para ver cómo se encuentra el chico, ¿verdad?

— Di lo que quieras, pero a mí no me engañas –Julia le posó la mano en la mejilla–. Eres el mejor hombre que conozco.

— Solo un hombre que está muy enamorado de su esposa –Deverel le tomó la mano para besarle la palma.

— Con eso me basta –Julia sonrió al tiempo que se ponía de puntillas para besarlo.

Epílogo

Julia tomó la mano de su marido mientras avanzaban por el salón de baile, hacia donde se encontraban Geoffrey y Phoebe.

— ¿No ha sido una boda encantadora? ¿Verdad que Phoebe estaba muy hermosa?

— Radiante –convino Deverel. Se agachó para besarle la frente–. Pero no tan hermosa como tú.

— Oh, cómo eres –Julia pasó la mano por la voluminosa falda de su vestido–. Me siento grande como una casa –cuando hubieron llegado junto a la otra pareja, alargó las manos hacia Phoebe–. Phoebe. Primo Geoffrey. Ha sido una boda maravillosa.

— Sí, creo que ha ido bastante bien –dijo Geoffrey–. Y eso que tuve un presentimiento nefasto cuando estropeé tres fulares seguidos. Creí que el resto del día transcurriría igual. Lo que son las cosas.

— Tú lo has dicho –convino Deverel con solemnidad.

— ¡Tía Julia! ¡Tío Dev! –Gilbert se acercó corriendo a Julia y se abrazó a sus piernas. –Gilbert, cariño mío –Julia se agachó para besarlo y le revolvió el cabello.

— ¿Has visto mi nuevo poni? –inquirió el pequeño, irguiéndose para abordar asuntos más importantes que los simples besos.

— No, no lo he visto. ¿Cómo es?

— Un auténtico «corredor» –anunció Gilbert orgulloso–. Me lo compró el primo Geoffrey. Podré tenerlo aquí, en Londres, y montarlo en el parque. Así no me aburriré tanto. Aunque seguro que nos divertiremos más en Stonehaven.

— Pues claro que sí –respondió Deverel sonriendo.

— Porque iremos a pescar.

— Desde luego.

— Y a montar a caballo.

— Faltaría más.

— Y a explorar el bosque.

— Cuenta con ello.

Phoebe se echó a reír.

— Ya veo cuánto vas a echarme de menos – se inclinó para besar la frente de su hijito–. Bueno, ve con la niñera, golfillo. Iré a verte dentro de un rato –cuando Gilbert y la niñera se hubieron retirado, Phoebe se giró hacia Julia y Deverel–. Gracias por quedaros con Gilbert mientras Geoffrey y yo vamos de luna de miel.

— Lo hacemos encantados –aseguró Julia.

— Lo dirás por ti –Deverel se rió–. Ese pilluelo me dejará para el arrastre.

Julia emitió una risita.

— Y disfrutarás cada minuto. Además, te irá bien practicar.

— ¿Dónde está Thomas? –preguntó Phoebe—. No lo he visto en todo el día.

— Está allí, en el otro extremo de la sala –Julia señaló hacia un rincón, donde Thomas charlaba animadamente con una joven—. Ha disfrutado mucho regresando a Farrow y reencontrándose con sus amigos.

— Tiene buen aspecto.

— Yo diría que le ha sentado bien la estancia en Stonehaven, después de que estallara el escándalo.

Phoebe tomó a Julia de la mano y se la llevó aparte.

— ¿De veras eres feliz? –le preguntó en tono quedo.

— ¡Por supuesto! –respondió Julia—. ¿Acaso no se me nota en la cara?

— Sí –Phoebe sonrió—. Solo quería asegurarme. El modo en que os casasteis... En fin, tú ya me entiendes. En mi corazón, nunca dejarás de ser mi cuñada.

— Oh, qué dulce eres –Julia la abrazó—. Pero no tienes por qué preocuparte –se giró para mirar con ojos radiantes a su marido—. Soy muy feliz. Deverel y yo nos divertimos mucho, discutiendo, riendo juntos o haciendo cualquier otra cosa. Siempre había soñado con tener un marido como él, y cada día lo amo más –se ruborizó—. ¿No hablo como una tonta?

— No, como una mujer muy dichosa. Y no sabes cuánto me alegro.

— Yo también deseo que seas feliz.

— Y lo soy –le aseguró Phoebe con calma.

— La orquesta acaba de iniciar la pieza, querida –dijo Geoffrey acercándose a ellas—. Se supone que debemos encabezar este baile.

— Sí –Phoebe le sonrió mientras se dejaba llevar hasta el centro de la sala.

Deverel se giró y miró inquisitivamente a su esposa al tiempo que le tendía la mano. Julia se detuvo, saboreando la dulzura del momento, y luego sonrió y se aproximó a él.

— Un penique por tus pensamientos –murmuró Deverel, acariciándole el cabello con los labios.

— Oh, no. Valen mucho, mucho más.

— ¿Tan buenos son?

— Lo bastante buenos para toda una vida –Julia sonrió y se apoyó en su esposo, sintiendo cómo su cálido brazo la rodeaba con fuerza.